



CHRISTINA  
COURTENAY



*El  
Abanico  
Dorado*



Lectulandia

1641: Midori Kumashiro, la hija huérfana de un señor de la guerra, recibe la noticia de que debe abandonar Japón si quiere seguir con vida. No tiene más opción que huir a Inglaterra. Es una experta en las artes de la guerra, pero ¿le bastarán esas habilidades para sobrevivir a la travesía en un barco con una tripulación libidinosa y un atractivo capitán en el que no confía?

El capitán Nico Noordholt ha llegado a Nagasaki para comerciar y lo último que desea es tener que cargar con una pasajera. ¿Cómo va a protegerla de sus hombres si no puede apartar los ojos de ella?

Durante su viaje, Nico y Midori crean un tímido vínculo, sin embargo ambos ocultan secretos capaces de cambiarlo todo. En una Inglaterra al borde de la guerra civil, solo manteniéndose unidos tendrán alguna oportunidad de sobrevivir.

**Lectulandia**

Christina Courtenay

# **El abanico dorado**

**Saga Kumashiro - 2**

ePub r1.0

Titivillus 07.12.16

Título original: *The Gilded Fan*  
Christina Courtenay, 2012  
Traducción: Rebeca Rueda Salaices

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Paul Tapper, el mejor hermano del mundo, con amor.

La idea de esta historia me llegó mientras escuchaba *The Temple of the King* de Ritchie Blackmore's Rainbow (perteneciente al álbum del mismo nombre), así que tengo que agradecer al señor Blackmore y a Ronnie James Dio que compusieran una canción tan buena y evocadora. Y gracias a mi hermano Paul por enviarme el álbum.

Muchas gracias al equipo y a los escritores de Choc Lit, sois tan fantásticos y solícitos que es una gozada trabajar con vosotros.

Gracias a mis compañeras de oficio que me ayudan a mantenerme cuerda (o todo lo cuerda que puede estar una escritora), sobre todo a Henriette Gyland, Gill Stewart, Tina Brown, Sue Moorcroft y Myra Kersner, y a todos mis amigos de la Asociación de Novelistas Románticos y de la Sociedad de Novela Histórica.

Mención especial merecen mi cuñada Jacqueline Oishi Tapper, por ayudarme con las frases en japonés y por inspirarme para mi heroína; Margaret James, que creyó en la historia desde su primera encarnación; y Rachel Summerson, por sus valiosas críticas y por señalarme que al principio tenía al héroe equivocado: estabas en lo cierto. ¡Espero que este te guste!

A la doctora Janet Few y a Christopher Braund, de la exposición permanente *Torrington 1646*, en Great Torrington, Devon, muchas gracias por vuestra colaboración y por contestar a todas mis preguntas. Gracias también a Ken Clayton y a sus amigos de la Sociedad Inglesa de la Guerra Civil por su ayuda. Y estoy en deuda con el catedrático Mark Stoye, su libro *Loyalty and Locality: Popular Allegiance in Devon during the English Civil War* lo explica todo maravillosamente.

Como siempre, muchas gracias a Richard, Josceline y Jessamy por soportarme y a los «chicos» por hacerme compañía mientras escribo.

# Prólogo

*27 de diciembre de 1640*

En el día más frío del año del dragón, la campana del gran templo tañía al ritmo del lastrado paso de los dolientes que avanzaban por la nieve. El profundo y resonante sonido rebotaba en las colinas cercanas y su eco inundaba el valle. Sus ásperas notas resultaban tan inexorables como la misma muerte.

La nieve que había llegado de forma inesperada la noche anterior era suave, maleable y se adhería a todas las superficies como para protegerlas de cualquier daño. Las siluetas de los tejados se desdibujaban y se fundían con los árboles a sus espaldas. Sobre el suelo, una superficie lisa e interminable lo abarcaba todo. A pesar de aquella intensidad casi cegadora, su belleza hacía que fuera imposible apartar la vista. El conjunto creaba un efecto placentero que en cualquier otro momento habría deleitado a Midori Kumashiro. Sin embargo, hoy aquella visión la dejaba indiferente porque su madre, Hannah, ya no estaba allí para disfrutarla con ella.

Con la mirada fija en el suelo en señal de respeto, la silenciosa comitiva siguió la urna hacia el templo, en lo alto de la colina frente al castillo, donde los monjes budistas los aguardaban. Sus graves cantos en honor a la difunta se oían perfectamente a pesar del estruendo de la campana. Midori reprimió un escalofrío. Para ella era un sonido extraño, como si las almas de sus ancestros se mezclaran con las voces humanas para lamentar la muerte de su madre. La triste verdad, sin embargo, era que su madre no tenía ancestros allí y no había nadie que realmente la quisiera, excepto ella.

Hannah había sido una *gaijin*, una extranjera procedente de una tierra tan lejana que Midori no se la podía ni imaginar. Llegó a Japón como polizón en un barco mercante y una vez allí, conoció y amó a Taro Kumashiro, el padre de Midori, un poderoso señor de la guerra, un *daimio*. Sus padres se quisieron mucho y a pesar de sus diferencias culturales, vivieron felices hasta el año anterior, cuando Taro murió en un accidente de caza. Desde aquel momento, Midori supo que su madre no tardaría en seguirlo.

*Bueno, tú ya estás donde quieres, pensó, pero ¿no se te ocurrió pensar en mí?*

Sabía que era injusta. Su madre la había querido mucho, pero ese amor no era nada comparado con el que había sentido por su padre. Estaban hechos el uno para el otro, tanto en vida como ahora en la muerte, y eso era algo que debía aceptar.

El cortejo fúnebre llegó a las puertas del templo y cuando Midori las franqueó, alzó la vista y contempló durante unos segundos a los monjes que cantaban. Cuarenta días habían pasado desde la muerte de su madre y desde el comienzo de los rituales

fúnebres, pero el dolor seguía siendo intenso. La joven sentía como le revolvía las entrañas y tuvo que hacer un esfuerzo consciente por respirar. Sabía que con el tiempo la pena se atenuaría, pero solo si aguantaba aquel momento.

La procesión reanudó su camino y Midori notó que la empujaban con sutileza desde atrás para que avanzara. Como en trance, siguió a los demás hacia el cementerio y se olvidó de todo en cuanto vio el agujero en el suelo. Era el lugar donde su madre descansaría ya para toda la eternidad. La joven huérfana se sentía tan helada como la tierra que los rodeaba y no escuchó las palabras del sacerdote.

Un cuervo se había posado en silencio sobre un pino cercano y Midori quedó hipnotizada por su magnífico plumaje negro, ahora inflado para soportar mejor el frío. Aquella visión la ayudó a mantener el dolor a raya. El estoicismo con que el pájaro se enfrentaba a lo que le rodeaba le hizo reaccionar. Echó los hombros hacia atrás y decidió seguir su ejemplo. Concentrada en aquella lucha personal, se sobresaltó cuando su hermanastro Ichiro le tocó el brazo. Alzó la vista y lo miró confundida.

—Es hora de irse —susurró Ichiro.

—¿Irse? Oh, sí, claro.

Percibió un breve destello de pena en los ojos de su hermanastro que este se apresuró en disimular. Aquello la hizo sentir que no estaba tan sola como pensaba y le dio fuerzas. Pero antes de seguir a su hermano, contempló por última vez el pequeño pozo, tan desasosegantemente negro en comparación con la blanca nieve, donde descansaría su madre. La oscura tierra era un reflejo de su estado de ánimo y el blanco sin duda imitaba su tez, pero su rostro era una máscara inexpresiva. La hija de un daimio debía mostrar dignidad.

Echó de nuevo los hombros hacia atrás y comenzó a bajar la colina con la cabeza bien alta y el dolor oculto en lo más profundo de su corazón.



*Septiembre de 1641*

Nico Noordholt, el primer oficial del Zwarte Zwaan, estaba sentado con las piernas cruzadas sobre un gran cojín de seda, luchando desesperadamente por mantener la espalda recta. Sin embargo, los funcionarios japoneses que tenía frente a él vestidos con sus caros kimonos de suave seda, no parecían tener dificultad alguna en mantener la postura erguida. Nico los miró con envidia mientras sentía calambres en la espalda. A su izquierda, Corneliszoon, el gobernador de la VOC en Japón, la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales, no se molestó ni en intentarlo, y no paraba de retorcerse y encorvarse. En cambio, al hombre sentado a su derecha, el capitán Casper de Leuw, parecía que le hubieran metido carbón encendido por el trasero de lo tieso que estaba, aunque Nico sabía que aquello le estaba costando un gran esfuerzo.

*¡Maldita sea, debería estar en la cama!*, pensó.

Y eso mismo le había dicho antes de la reunión.

—No está bien, deje que yo me encargue, por favor.

—No, esta vez no. Confío en ti, ya lo sabes, pero esto es mi responsabilidad, solo mía —había gruñido Leuw mientras se limpiaba el sudor de la frente con un pañuelo algo sucio—. Debo negociar un buen trato ahora que los funcionarios por fin han accedido a vernos. Además, no me pasa nada, solo tengo un poco de fiebre.

Era algo más que eso y los dos lo sabían, pero Nico fue prudente y no quiso añadir nada más. Conocía a Leuw desde hacía ya más de diez años y la palabra «testarudo» se quedaba corta para describirlo. Discutir con él solo habría tenido el efecto contrario.

Bajo los cojines sobre los que estaban sentados se extendían esteras hechas con paja de arroz. Eran suaves, esponjosas y despedían una fragancia que le recordaba a un prado bañado por el rocío de la mañana. Le hubiera gustado echarse hacia atrás sobre aquellos tatamis y estirar las largas piernas antes de que las rodillas se le quedaran para siempre atascadas en la postura antinatural en la que estaba en aquellos momentos. Sin embargo, eso sería considerado como una falta de respeto por sus interlocutores que, a pesar de sus reservas hacia los extranjeros, parecían dispuestos a comerciar con ellos. De modo que tendría que aguantarse. Además, tampoco quería defraudar a Leuw.

—*Ah, so desu ka, demo...*

Le gustaba como sonaba aquella lengua, pero la negociación parecía que no fuera a terminar nunca. El traductor hacía lo que podía, pero Nico tenía problemas para comprender todos los matices de la conversación y de vez en cuando desconectaba.

Corneliszoon bostezó abiertamente, ganándose con ello la mirada furiosa del traductor, que el holandés decidió ignorar. Nico rezaba para que llegaran a un acuerdo sobre el intercambio rápidamente, antes de que los funcionarios perdieran la paciencia con aquel hombre tan grosero.

—Tenemos que volver a Ámsterdam y debemos hacerlo con mercancía valiosa —le había dicho Leuw al traductor—. Les agradeceremos mucho su ayuda.

Tener el mando de un barco de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales era un gran honor y el fracaso no era una opción para un hombre como Leuw. Siempre había cumplido su cometido con éxito y si el gobernador lo echaba todo a perder con su falta de seriedad, jamás se lo perdonarían. Nico le lanzó una mirada de aviso en nombre del capitán, pero el gobernador estaba concentrado en otra cosa.

Mientras los demás proseguían con las negociaciones, Nico desvió la mirada hacia la ventana y contempló la delgada franja de agua que los separaba de la ciudad de Nagasaki. El puesto de comercio holandés estaba situado en una isla hecha por el hombre llamada Dejima, justo a las afueras de la ciudad. Los extranjeros no podían ir más allá. De hecho, tenían prohibido entrar en el país y Dejima era el único lugar donde se les permitía comerciar. Y tenían suerte de que su barco fuera holandés, ya que esa era la única nación a la que se le reconocía ese derecho. Los españoles estaban proscritos allí desde hacía años, los ingleses se habían dado por vencidos y por lo que sabía Nico, los portugueses fueron expulsados del país hacía tan solo dos años.

—La única forma de llegar a tierra es a través de ese pequeño puente que está siempre vigilado —le habían dicho nada más llegar—. No lo cruce jamás.

Ni siquiera lo intentó, sabía que habría sido inútil, pero se pasaba horas contemplando la otra orilla. Japón le fascinaba. No se parecía a ningún otro lugar de los que había visitado en sus muchos viajes. Admiraba el orden con que se hacía todo, ya fuera negociar, cocinar o cuidar del jardín. Los japoneses parecían tener reglas para todos los aspectos de la vida, y aunque algunas le parecían crueles, al menos resultaban efectivas. Por lo que había visto hasta el momento, allí la vida transcurría sin problemas.

El puerto de Nagasaki estaba rodeado por las montañas y una espectacular costa. El paisaje era hermoso y le daba rabia no poder verlo desde cerca. *He venido hasta tan lejos para que solo me dejen asomarme.* Parecía que no iba a poder aprovechar aquella oportunidad. Pronto, sin embargo, dejarían todo aquello atrás para regresar a Holanda cargados con ricas mercaderías, que era lo que realmente importaba. O al menos eso esperaban todos. Los beneficios del comercio con el lejano oriente podían ser enormes y bien merecían el riesgo que corrían con aquellos viajes tan largos.

—De-ruh-san, Nohduh-hortuh-san, Kohnehlison-san —dijo el traductor, mientras se ponía en pie y daba así por terminada la reunión. Nico sonrió para sus adentros ante la incapacidad de aquel hombre de pronunciar sus nombres, pero no hizo comentario alguno.

Ayudó a Leuw a incorporarse y lo agarró con fuerza cuando este se balanceó ligeramente. El hombre estaba tan caliente que Nico sintió que se quemaba la mano.

¡Maldita sea! ¡Un poco de fiebre, sí...! Intentó ocultar su preocupación. Unos minutos más y el capitán podría acostarse.

De Leuw cogió aire con dificultad.

—*Hai*, Ito-san —contestó con una inclinación de cabeza. Nico lo imitó y le dio un codazo a Corneliszoon para que hiciera lo mismo. Tanto Nico como su superior se habían preocupado por aprender unas cuantas palabras y frases en japonés, lo que no les había resultado especialmente difícil.

—Los funcionarios japoneses tratarán a los comerciantes holandeses con respeto y consideración si se esfuerzan por comprender sus costumbres —les dijo un experimentado miembro de la VOC antes de abandonar Ámsterdam—. Lo sé porque ya he estado allí dos veces. —Aquel resultó ser un buen consejo.

—Negociación terminado. Mercancía lista una semana. ¿Esto bueno? —preguntó el traductor.

Nico resopló mientras Leuw asentía con la cabeza. Ya llevaban allí demasiado tiempo y cada vez era más difícil controlar a una tripulación aburrida que pedía putas y entretenimiento. Pero había que ser pacientes, sobre todo cuando se trataba de cerrar un negocio.

—Muy bueno. Gracias. *Domo arigato gozaimasu*. —Todos hicieron otra reverencia. Nico y Leuw se inclinaron un poco más que los funcionarios japoneses en señal de respeto. Las expresiones de los extranjeros no desvelaron nada, pero Nico tenía la sensación de que apreciaron el gesto.

—Gracias a Dios que ya se ha terminado —dijo en cuanto los japoneses se hubieron marchado. Se volvió para sonreír a Leuw, pero la sonrisa se le heló en los labios cuando vio la palidez de su rostro. El capitán dejó escapar un quejido, le temblaron las rodillas y se desplomó sin sentido. Gracias a sus rápidos reflejos adquiridos en años de servicio en el mar, Nico logró impedir que se golpeará la cabeza con la esquina de una mesita.

—¡Capitán! —Lo depositó sobre el fragante tatami y colocó un cojín bajo su cabeza—. ¡Necesitamos un médico! ¡Búsquelo, vamos! —le gritó.

El gobernador pestañeó como si no hubiese asimilado lo que acababa de suceder. Tardó unos segundos en reaccionar ante las palabras de Nico.

—Pediré que llamen al médico del barco ahora mismo —dijo.

Corneliszoon salió a toda prisa de la habitación y Nico se arrodilló junto a su capitán, amigo y mentor.

—No me deje, Casper —susurró—. Estamos en esto juntos.

Sin embargo, a juzgar por la tez de Leuw, no iba a permanecer mucho tiempo en este mundo.

—Tiene que ir a ver a mijnheer Schuyler.

La áspera voz sobresaltó a Nico, que se incorporó de un salto. Se había quedado dormido en el suelo, apoyado contra la pared, junto al futón de Leuw. La sala estaba casi a oscuras y no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado, pero al menos debían de haber sido un par de horas.

—¿Qué? Casper, ¿cómo se encuentra?

—He estado mejor.

Nico encendió una lámpara y pudo comprobarlo por sí mismo. Habían pasado tres días desde el desmayo del capitán y su rostro parecía haberse replegado sobre sí mismo. Ahora su piel tenía un tono más bien gris. *Mala señal.*

—Bueno, no hable. Debe descansar y conservar las fuerzas. ¿Quiere agua? ¿Algo de comer?

—No, escucha, por favor. —Hizo una pausa para coger aire no sin cierta dificultad y prosiguió—: No voy a conseguirlo. Tienes que ver a Schuyler... él sabe... tiene algo para ti.

Nico le cogió la mano, solo era piel y huesos. Ya no estaba caliente, sino fría y eso le hizo estremecer. Sintió cómo le temblaba y la apretó con más fuerza, como para imbuirle de su energía, aunque sabía que era inútil.

—No hable así. Claro que se pondrá mejor —dijo con contundencia.

El veterano marino negó lentamente con la cabeza apoyada en la almohada.

—Nico, seamos realistas. Eres fuerte, te he enseñado bien. Debes ocupar mi lugar. Ha llegado el momento.

Nico pestañeó para aliviar el repentino picor que sentía en los ojos. No había llorado desde niño y no iba hacerlo ahora, sin embargo... *¡Maldita sea, no es justo!*

Conoció a Casper Leuw cuando se alistó como miembro de la tripulación en un barco bajo sus órdenes. Por aquel entonces solo tenía diecisiete años y no sabía nada de la vida en el mar. Por alguna razón, el capitán lo escogió entre los demás. Lo protegió y le enseñó todo lo que debía saber sobre navegación y comercio. Entre ellos se creó un fuerte vínculo, hasta tal punto que Casper se convirtió en alguien especial para Nico, en el padre amable, en el mentor y amigo que jamás tuvo. Después de aquel primer viaje, siempre navegaron juntos. Su vida ya no sería igual sin el capitán.

—No tiene que darme nada —murmuró—. He ganado suficiente dinero con nuestros viajes comerciales y mi parte en los beneficios de este viaje me bastará para vivir cómodamente durante varios años. Además, ya me ha dado más de lo que cree y sus posesiones deberían heredarlas sus sobrinos. —Sabía que tenía familia y estaba seguro de que esperaban heredar algo de Casper—. Estaré bien.

—También les dejo algo. —El capitán expulsó el aire con un estertor que sonó doloroso—. Hay para todos. Pero ya es tarde para cambiar nada... el testamento está firmado. Es válido.

—Bueno, gracias —susurró Nico—. Gracias por todo.

El capitán apretó débilmente la mano de su protegido y sonrió.

—No, gracias a ti. Has sido el hijo que jamás tuve. ¡Vive la vida al máximo y sé feliz! Ahora eres el capitán del Zwarte Zwaan... no me defraudarás, lo sé.

Nico solo pudo asentir con la cabeza y observar cómo el pecho de Casper se alzaba y se hundía una última vez. Nadie más había creído en él o se había sentido orgulloso de él, y ahora estaba decidido a demostrar que el capitán no se había equivocado al confiar en él.

—Lo haré lo que mejor que pueda. Descansa en paz, amigo mío.

—La verdad, no me parece que sea sensato. Deberías esperar a que encuentre a algún funcionario al que sobornar. Así podré acompañarte.

Midori miró a su hermanastro e intentó no mostrar la impaciencia que sentía. Ya habían hablado de aquello, en profundidad, y creía que la decisión estaba tomada.

—Estuviste de acuerdo conmigo en que entonces podría ser demasiado tarde. Los barcos extranjeros se marcharán pronto, o eso dijo tu informador. Por favor, Ichiro, déjame intentarlo sola.

En el último año habían cambiado tantas cosas que Midori no quería ni pensar en ellas. Tenía que hacer algo y rápido, antes de que fuera demasiado tarde. No había tiempo para discusiones ni lamentos.

Se encontraban en los jardines de un pequeño templo cerca de la isla de Dejima, en el puerto de Nagasaki. Aquel discreto promontorio, con la forma de un abanico, albergaba a los comerciantes extranjeros a los que habían venido a ver. Eran la única esperanza de Midori. Tenía que comprar un pasaje en uno de sus barcos, para regresar al país de su madre. No era algo que quisiera hacer, pero no tenía elección.

Debía abandonar Japón.

*¿Cómo he llegado a esto?* Apartó ese pensamiento e intentó centrarse en la tarea que la ocupaba en aquel momento.

Ya había anochecido y la puerta de templo los ocultaba de miradas indiscretas. Aun así, alguien podría sorprenderlos en cualquier momento. Midori se sumergió en las sombras, atenta al sonido de pisadas. No oyó nada.

—Puede que los extranjeros no hablen japonés —susurró—, y aunque entiendes el inglés, no estás acostumbrado a hablarlo como yo.

—Y ¿qué pasa si esos holandeses no te entienden? No conocemos su idioma. —A pesar de la oscuridad, Midori podía ver cómo su hermano fruncía el ceño.

—No lo sé. Esperemos que me entiendan, aunque sea un poco. De no ser así, no podrían comerciar con los ingleses.

—No debes ir sola, es indecoroso. Estarás rodeada de desconocidos, hombres que no son de tu familia ni tus iguales. En circunstancias normales debería ir contigo.

—Sí, pero estas no son circunstancias normales, ¿no? —objetó Midori con

dulzura, pero también con firmeza—. Estaré sola durante el viaje. Puedo hacerlo, tengo que hacerlo.

Ichiro siguió negándose a que fuera sola, hasta que al final tuvo que admitir que era el único camino. Su hermana tenía que aprender a valerse por sí misma y aquel era tan buen momento como cualquier otro.

—Pero mis hombres y yo nos ocultaremos cerca de la puerta, y si ves alguna señal de peligro, puedes pedirnos ayuda, ¿entendido? Si la isla es tan pequeña como dicen, no tendremos problemas en oírte.

—Sí, hermano. —Le agradecía su preocupación, pero en el fondo sabía que muy pronto no estaría a su lado para protegerla y ayudarla.

—Creo que debería enviar a alguien contigo a Inglaterra —murmuró Ichiro, como si supiera lo que su hermana estaba pensando—. Llévate a Satoshi, no se negará si se lo pido.

Midori descubrió la expresión de terror del criado antes de que lograra ocultarla bajo su habitual inexpresividad. Negó con la cabeza.

—No, Ichiro. Tiene familia y si viene conmigo quizá no la vuelva a ver. No puedo hacerle eso a nadie. No estaría bien.

—De acuerdo, como tú quieras. ¡Ahora vete y no tardes en volver!

Mientras se acercaba a la isla, Midori intentó sosegar un poco. Sentía mariposas en el estómago, así que tragó saliva antes de pisar el estrecho puente. Después cogió aire, apretó los puños dentro de las mangas de su kimono y aferró la empuñadura de la espada que escondía entre el ropaje. Siempre había que estar preparada y ella lo estaba. Con esa idea en la cabeza, avanzó por el puente, controlando su respiración para calmar su espíritu y concentrarse en la tarea que tenía entre manos.

—*Konbanwa*, he venido para ver al extranjero al mando —le dijo educadamente al guardia al tiempo que se inclinaba en señal de respeto y ocultaba los ojos bajo el sombrero de paja. Era importante que no le viera los ojos, que eran de un verde oscuro, en lugar de los típicos marrones. Aunque entre las sombras probablemente el guardia no habría distinguido el color, no quería arriesgarse.

—¿Corneliszoon-san, o el capitán? —le preguntó.

Midori dudó.

—Eh, el segundo —murmuró. Seguramente el capitán estaría al mando de una embarcación, y ese era el hombre con el que tenía que hablar.

La mirada insolente del guardia la recorrió de arriba abajo, pero Midori esperó paciente. Normalmente no habría tolerado semejante falta de respeto, pero ahora no podía permitirse ser tan susceptible, a pesar de que le molestara mucho.

—No creo que tengas mucha suerte con él vestida así. Es muy suyo con respecto a las mujeres. De hecho, no recuerdo que pidiera ninguna.

—¿Mujeres? —Midori se preguntó que habría querido decir, pero pronto saldría de dudas.

—Supongo que te envían para entretenerlo. Las putas son las únicas mujeres que pueden entrar en la isla. Aunque dudo que seduzcas a nadie vestida con el *hakama*. —El hombre soltó una carcajada como si la idea de una cortesana con pantalones le pareciera ridícula. Midori comprendió que tenía cierto sentido.

*Así que es eso.* Maldijo entre dientes, pero pronto se recuperó y comprendió la situación. El espía de Ichiro les había dicho que solo podían entrar a la isla mujeres japonesas, aparte de los funcionarios que debían atender a los extranjeros y algunos criados. Pero no les había aclarado qué clase de mujeres, el muy idiota. De todas formas, le daba igual si el guardia pensaba que era una cortesana, mientras le permitiera hablar con el capitán. Estaba segura de que cuando le expusiera su negocio, lo entendería. Lo de la ropa era un fastidio, pero se había vestido como un hombre a propósito. Si surgía algún problema, necesitaba libertad de movimientos para defenderse.

—Según parece, ha pedido algo distinto esta vez —mintió—. Además, no creo

que le importe mucho la ropa que lleve, sino lo que hay debajo —añadió con un tono seductor. Soltó una risita y vio cómo se dibujaba una amplia sonrisa en el rostro del guardia.

—Supongo que tienes razón. Está bien, puedes pasar. Sigue todo recto, después gira a la izquierda. Es la segunda casa a la derecha. —Se apartó para dejarla pasar, cosa que hizo a toda prisa.

Acababa de entrar en un pequeño jardín cuando apareció un criado procedente del edificio principal. Midori le dijo a quién había venido a ver.

—Por favor, espere aquí. Voy a ver si el capitán-san está listo —dijo con una inclinación.

—Gracias.

Mientras aguardaba, miró a su alrededor y arrugó la nariz. Unas grandes lámparas arrojaban su pálida luz sobre un jardín más bien sucio. Había pilas de excrementos de animales repartidas por el terreno que las gallinas sorteaban mientras cacareaban suavemente y un par de cerdos que se peleaban por el contenido de un comedero. Además, el olor era bastante repugnante. No se parecía en nada a los hermosos jardines del castillo Shiroi, su hogar. Avanzó con cuidado a través del barro y el estiércol, hasta un pequeño banco apoyado contra la pared. Se sentó, no sin antes comprobar que estaba limpio y que no se hundiría bajo su peso.

Suspiró un tanto aliviada. Era maravilloso haber llegado tan lejos. *Aquí estaré segura con todos los demás extranjeros.* Después de todo, era el sogún quien les permitía estar allí y ahora ella era una más. No quiso pensar en lo que tenía por delante ni en la posibilidad de fracaso. Aquellos holandeses tenían que llevarla a Europa. *Tengo que convencerlos como sea.* Tampoco se permitió pensar en las personas que dejaba atrás. Su destino estaba lejos de allí.

Contempló a los cerdos durante un rato con fascinación y horror. Eran unas criaturas feas y sucias que solo parecían comer basura. No podía entender cómo esos extranjeros se podían alimentar de algo tan repugnante. Los samuráis apenas comían carne. Y aunque Hannah alguna vez, cuando le podía la nostalgia, le dio a probar de su comida nativa, jamás le gustó. De hecho, tuvo verdaderos problemas para ocultar su rechazo. Ahora que observaba a los cerdos, se estremeció al recordar la textura de su carne.

Además, por lo poco que sabía, los extranjeros eran también gente sucia y de hábitos repugnantes, más o menos como los animales de los que se alimentaban. Y sin embargo, ella era medio extranjera, así que ¿con qué derecho los criticaba? ¿Y haciéndolo, no traicionaba también la memoria de su madre? Midori se sintió culpable y decidió no volver a hacer ese tipo de juicios apresurados. ¿Es posible que estuviera siendo injusta con los parientes de su madre? Tendría que esperar y ver.

—¡Que me lleven los diablos si este no es mi día de suerte!

Aquellas palabras la hicieron estremecer. Era la primera vez que oía a alguien hablar en inglés aparte de su madre, su padre o Ichiro. Miró con intensidad a los tres



hombres que se acercaban por el barrizal. Al principio no los pudo ver con claridad, pero pronto estuvieron lo bastante cerca para distinguir sus facciones a la luz de las lámparas.

Altos y peludos, con barbas descuidadas y ropas extrañas que llevaban días sin lavar, no se parecían a nadie que hubiera visto antes. Uno tenía la nariz enorme y llena de puntos negros, las de los otros dos era largas y afiladas. Se parecían mucho, como si fueran hermanos. Desgraciadamente, los tres mostraban la misma expresión lasciva bastante fácil de reconocer. Midori se puso en pie y metió la mano en la manga para agarrar la empuñadura de su espada, lista para la confrontación.

—Buenas noches —dijo, sin dejar de mirar a los tres hombres mientras se inclinaba ligeramente como había visto hacer a su padre cuando saludaba a alguien de rango inferior.

—¿Buenas noches? —repitió uno de los hombres y los tres rompieron a reír—. ¿Has oído eso, Barker? Struth, una puta con modales. ¡Y encima habla inglés!

Midori frunció el ceño y se preguntó qué había dicho que fuera tan gracioso. Le pareció que los había saludado de forma correcta, pero claro, jamás había vivido entre la gente de su madre y por lo tanto no tenía forma de saber lo que consideraban apropiado o no. Seguramente aprendería con el tiempo.

—¿Son ingleses? —preguntó, pensando que quizá los podía distraer con algo de charla hasta que llegara el capitán. A no ser que uno de ellos fuera el capitán. Esperaba que no—. Me han dicho que aquí solo se alojan holandeses.

—Trabajamos para ellos, aunque solo el Señor sabe por qué —repuso uno de los hombres de nariz afilada.

—Porque pagan mejor que los nuestros. Lo que nos deja con algo de dinero extra para gastar. —El hombre de la nariz porosa, que según parecía se llamaba Barker, alzó las cejas de forma sugerente. Su aspecto se le antojó tan ridículo que tuvo que contenerse para no soltar una carcajada.

—Kimura-san se ha superado —les dijo a sus compañeros—. Esta vez sí que nos ha traído a una chica guapa. —Le indicó con el dedo índice que se acercara—. Ven aquí, muñeca, y demuéstreme qué sabes hacer.

—He venido para ver al capitán, solo a él.

—¿El capitán Noordholt? No, no, no vamos a dejar que se quede con un bombón como tú para él solo.

—Desde luego que no —dijeron los otros—. Aquí las putas se comparten equitativamente. No es que a él le vaya mucho eso, pero ahora entiendo por qué se ha estado reservando.

Avanzaron hacia Midori.

—No os acerquéis más —avisó.

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer? —Los tres hombres rompieron a reír de nuevo. Uno incluso tuvo que agarrarse el estómago de la risa.

—Basta de tanta tontería. —Barker caminó hacia ella e intentó agarrarla del

brazo, pero se detuvo en seco cuando una espada curva y muy afilada apareció delante de su cara.

—He dicho que no te acerques más.

El hombre la miró atónito durante un segundo y después su cara se volvió roja de la ira.

—¿Qué es esto? ¿Te vas a enfrentar conmigo con esa espada? Eso habrá que verlo, zorra. —Dio unos pasos hacia atrás y desenvainó la suya. Era un arma de peor calidad. De hecho, Midori se preguntó cómo había sobrevivido con eso durante tanto tiempo.

Al principio los otros dos hombres contemplaron el combate con mudo asombro, sin caer en la cuenta de que debían ayudar a su amigo. Midori pronto se olvidó de ellos, concentrada como estaba en el hombre que tenía enfrente. Se abalanzó sobre ella como un toro enrabietado y casi se choca contra la pared cuando ella simplemente se apartó. Golpearlo en un lado de la cabeza con la empuñadura de la espada fue más fácil de lo que había imaginado, pero según parecía tenía la cabeza dura, porque solo consiguió enfadarlo aún más. Se volvió más rápido de lo que esperaba e hizo girar su arma por encima de la cabeza mientras gritaba alguna maldición que no pudo comprender. Después intentó alcanzarla con la espada. Midori bloqueó el ataque, pero necesitó de toda su fuerza de voluntad para disimular que aquel golpe no le había hecho daño en el brazo. El sonido del acero contra el acero resonó en sus oídos y Midori sacudió la cabeza para concentrarse.

Mientras Barker fintaba a la derecha, ella se movió a la izquierda con rapidez y le desgarró la manga de la camisa. El hombre gritó y volvió a bajar su espada sobre ella. Sin embargo, Midori había aprendido la lección y esta vez se apartó de un salto en lugar de bloquear el golpe. Él la siguió, blandiendo la espada como un loco, pero ella se limitó a esquivarlo una y otra vez. Aquella extraña danza continuó durante un rato hasta que el marinero comenzó a jadear con el rostro cubierto de sudor, como si no estuviera habituado al ejercicio físico. Midori se apartó, su hedor le resultaba insoportable. Decidió poner fin a aquella pelea lo antes posible, y se alejó aún más.

Si no le hubieran enseñado a ocultar siempre sus emociones durante una lucha, se habría reído a carcajada limpia ante la mirada de incredulidad de Barker cuando, tras lanzarse sobre él cuando menos lo esperaba, le hundió la espada en el brazo. El hombre gritó de dolor y se apartó dando tumbos hasta caer en brazos de sus compañeros.

—¡Me ha herido! ¡El brazo! —El grito resonó en todo el jardín y sacó a los demás de su apatía.

—¿Cómo se atreve?

—Hay que darle una lección.

Midori apretó los dientes y se preparó para enfrentarse a los otros dos hombres, mientras el corazón le latía con indignación y rabia. Ellos eran los que necesitaban un par de lecciones sobre cómo tratar a una mujer y cómo luchar con la espada.

*Yo les enseñaré.*

Nico estaba sentado en el porche, contemplando la bahía y pensando todavía en Casper. Se habían llevado el cuerpo del viejo marino para prepararlo para el enterramiento, y aunque Nico había estado presente durante el proceso, todavía le parecía un poco irreal.

Ya había informado a los miembros de la tripulación, a Corneliszoon, así como al funcionario japonés, y todos comenzaron inmediatamente a llamarle capitán. Casper lo había sido durante tanto tiempo que le sonaba raro que le aplicaran el título a él, pero sabía que tenía que acostumbrarse y rápido. Como primer oficial, ya había estado a cargo del día a día de la tripulación, pero ahora tenía que demostrarles quién estaba al mando.

Oyó gritos desde algún lugar al otro lado de la isla, pero los ignoró. Los marinos siempre andaban metiéndose en peleas, y en aquel momento estaba demasiado cansado para que le importara. Suspiró y se preparó para regresar al interior de la casa y comenzar a comprobar la lista de mercancías que tenían que cargar la mañana siguiente. *Es mejor mantenerse ocupado que regodearse en pensamientos inútiles.*

En la puerta casi se choca con un criado.

—Una señora quiere verlo —dijo el hombre con una educada inclinación.

—¿Una señora? —Nico sabía perfectamente que aquel era un eufemismo—. Lo siento pero no he pedido ninguna. Por favor, mándela de vuelta por donde ha venido o dígame que hable con los otros hombres —y asintió con la cabeza para despedir al sirviente. Debía sumergirse en su nuevo papel y no tenía tiempo para putas. Le distraerían.

Para su sorpresa, el criado no se movió.

—*Sumimasen*, la señora ha pedido capitán. Quiere hablar con usted.

Nico reprimió otro suspiro. Le sorprendía la iniciativa que tenían algunas cortesanas, por no hablar de su tesón. Si no iba y la despedía en persona, probablemente se convertiría en una molestia.

—Está bien, ahora voy. Gracias.

Avanzó hacia el pequeño jardín exterior y al acercarse a la puerta, frunció el ceño ante el sonido metálico del acero golpeando acero. Además escuchó gritos de ira en inglés.

—Maldita sea —murmuró—. ¿En qué lío se habrán metido ahora? —La tripulación inglesa era una constante fuente de problemas y ya se estaba hartando de ellos. Formaban un grupo especialmente pendenciero, pero no había mucho donde elegir cuando los enroló en su breve parada en Batavia, en la isla de Java. Los marineros solían abandonar el barco en puertos a medio camino y a veces se veían en la obligación de contratar hombres nuevos. Desgraciadamente, lo único que encontró fue a aquel grupo de ingleses.

Tuvo que detenerse a medio camino y pestañear ante la visión que tenía ante sí. Desde luego no era lo que esperaba encontrar. John Barker, uno de los marineros ingleses, estaba apoyado contra la pared, agarrándose del brazo, que parecía sangrar profusamente. De vez en cuando lanzaba una maldición en voz alta, y entre tanto emitía un sonido agudo para mostrar que le dolía. Al mismo tiempo, una mujer japonesa luchaba contra dos de los compatriotas de Barker, sin mostrar la menor señal de intimidación. Nico se quedó paralizado en el sitio, mirándola atónito.

—¡Maldita seas, puta!

Abe Jessop, un amigo de Barker, cargó contra ella con una mirada asesina en los ojos. Sin embargo, Nico enseguida llegó a la conclusión de que lo que le sobraba de rabia le faltaba en concentración, porque cuando la mujer sacó un pie y le dio una patada en el estómago, lo pilló con la guardia baja y lo hizo caer pesadamente al suelo. El segundo hombre, el primo de Abe, Peter, se abalanzó hacia ella desde el otro lado blandiendo un gran cuchillo. Nico contempló cómo la joven se volvía justo a tiempo y de un golpe, le hacía perder el arma. Ella sostenía una espada corta y curva que reflejaba la luz de todas las lamparillas que alumbraban el jardín. El arma estaba perfectamente pulida y la mujer sabía cómo manejarla. Peter no tenía ni una oportunidad, su contrincante hacía que aquello pareciera tan fácil como robarle un caramelo a un niño.

Abe se recuperó e hizo ademán de volver a atacarla, pero Nico decidió que había llegado el momento de tomar cartas en el asunto. Daba igual su maestría con la espada, aquello era una pelea de tres hombres contra una mujer y eso no lo podía permitir.

—¡Basta! ¿Qué ocurre aquí? —Al oír su voz, Abe y Peter se detuvieron en seco.

Se volvieron hacia él con la misma expresión de frustración y rabia en sus rostros. Nico se habría reído si no fuera porque la mujer dio media vuelta para mirarlo también. De repente se olvidó de todo ante el rostro más perfecto que jamás había visto. Era tan exquisito que por un momento se preguntó si no sería un sueño.

Ojos grandes, ligeramente almendrados, rodeados de oscuras pestañas y cejas perfectamente arqueadas. Nariz pequeña y ligeramente respingona, pómulos altos y una boca del tamaño y forma correcta, todo enmarcado por un rostro en forma de corazón con una piel perfecta de porcelana. Quizá fuera vestida como un hombre, pero resultaba muy femenina en todo lo demás. Se adivinaban suaves curvas a través de la seda de su ropa y el trasero quedaba delineado por aquellos extraños pantalones. El pelo, sedoso y con peso, tan largo que le llegaba hasta las rodillas, estaba recogido con un simple lazo.

Nico tuvo que concentrarse para cerrar la boca.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Se os ha comido la lengua el gato?

Midori se volvió a mirar al hombre que había acudido en su ayuda. La voz pertenecía a un joven mucho más alto que los demás, de espaldas anchas y no tan sucio. Parecía que se esforzaba en dominar sus barbas pues las llevaba recortadas, y el pelo recogido en una pequeña cola de caballo. El color de su cabello la sorprendió, nunca había visto nada igual. Era como oro brillante, pero envejecido, y en la frente tenía lo que su madre llamaba un «pico de viuda». Midori no podía apartar los ojos de él.

La barba y las cejas eran de un tono más oscuro y marcaban las líneas de su afilado rostro. Ojos algo hundidos, mandíbula potente y una nariz recta con un pequeño bulto en el medio que le daba carácter. Aunque vestía el mismo tipo de pantalones bombachos que sus compatriotas, encima llevaba una chaqueta japonesa limpia atada con un cinturón. Con las piernas separadas, los brazos cruzados y una fiera mirada dirigida a los otros hombres, aguardaba una explicación.

—Capitán Noordholt, señor, esta zorra ha herido a Barker en el brazo.

—Sí, solo nos estábamos divirtiendo un poco con ella, señor, como con las otras, pero parece que se ofendió por algo.

—Y desenvainó la espada. Mire lo que me ha hecho, señor.

Barker le mostró su herida sin ahorrar aspavientos y resoplidos de dolor. El corte era profundo y sangraba en abundancia, pero no era una herida mortal. Midori lo miró con sorna. No había visto un comportamiento igual más que en niños y aquel era un adulto. ¡*Patético!*

—Marchaos —ordenó el capitán—. Que le echen un vistazo a esa herida, Barker.

—Pero capitán Noordholt, señor...

—Haced lo que he dicho —repuso—. Ya hablaré con vosotros luego.

Los hombres se quejaron entre dientes, pero finalmente se marcharon, dejando a Midori a solas con el hombre al que había venido a ver. Su expresión perdió fiereza mientras sus tranquilos ojos azules la estudiaban. Se parecían tanto a los de su madre que por un momento se quedó sin respiración. El hombre se inclinó y luego comenzó a hablar en un japonés titubeante. Su voz ahora sonaba amable y conciliadora.

—Le pido disculpas. Soy el capitán. Quería hablar conmigo, por favor, explíquese.

Midori le devolvió el saludo, pero se inclinó un poco más que con los otros para agradecerle su intento de ser educado antes de contestarle en inglés.

—No importa. Creo que me tomaron por alguien que no soy.

—¿Habla inglés? —dijo alzando las cejas de forma tan repentina que Midori estuvo a punto de reír de nuevo. Aquellos extranjeros eran transparentes.

—Sí, soy medio inglesa.

—Ya. ¿Y qué la trae por aquí, si me permite la pregunta?

—Quiero visitar a unos parientes y he venido a comprar un pasaje a Inglaterra en su barco. Es decir, si es que es usted el dueño del Zwarte Zwaan. —Satoshi le había informado del nombre del único barco extranjero anclado en el puerto. *Espero haberlo pronunciado correctamente*, pensó.

—El dueño no, pero sí su capitán. —El hombre dudó por un momento—. Eh, ¿viaja sola?

Cuando Midori asintió, el capitán frunció el ceño.

—Quizá no sepa que lo normal es que las mujeres viajen siempre con un acompañante, sobre todo si lo hacen en un barco... a no ser que se trate del tipo de mujer con la que le confundieron mis hombres.

—*Honto, neh?* —Midori pensó con rapidez. Tampoco se le habría ocurrido viajar sola por Japón, pero no tenía elección. Aunque podía contratar a algún criado para que la acompañara, no le parecía justo porque no pensaba regresar y así se lo dijo al capitán Noordholt.

—¿No piensa volver?

—No.

—¿Nunca? —Abrió mucho los ojos y a la luz de los farolillos, le pareció que brillaban como zafiros. La visión la distrajo momentáneamente, pero enseguida recordó la pregunta que le había hecho. Negó con la cabeza.

El capitán se acarició la barbilla mientras parecía meditar sobre el asunto.

—Si no le importa que se lo pregunte, ¿esperan su llegada?

—No, pero no creo que haya ningún problema. Llevo una carta para ellos.

—Ya. Bueno, señorita, eh...

—Midori. Me llamo Midori. —Pensó que era mejor no mencionar el clan de su padre, por si acaso. De momento tendría que valer su nombre de pila.

El hombre la miró a los ojos y sonrió brevemente.

—Muy adecuado, por supuesto. Sus ojos verdes deben de ser objeto de gran admiración aquí, ya que no son muy frecuentes, supongo.

Midori dedujo que sabía que su nombre significaba «verde» en japonés, y que había visto el color de sus ojos gracias a la luz de los farolillos, pero no entendió lo que implicaban sus palabras. Frunció el ceño.

—No, no le gustan a nadie, salvo a mis padres. Y a Ichiro, claro. —Se detuvo, al darse cuenta de que había dicho demasiado—. Pero ¿a qué viene eso ahora?

—Oh, por nada, la verdad, perdone. No debería haber dicho nada.

Midori se estaba impacientando, no había ido allí para hablar del color de sus ojos.

—¿Y bien? ¿Me permitirá viajar en su barco o no? —preguntó.

—No, me temo que no puedo ayudarla. Darle pasaje a usted sola en un barco con más de ciento veinte hombres sería una locura —dijo y se encogió de hombros como si no hubiera nada que pudiera hacer.

—¿Pero, por qué? No alternaré con la tripulación. Le pagaré por un camarote privado.

El capitán volvió a fruncir el ceño.

—Señorita Midori, parece una mujer sensata. Estoy seguro de que entiende que sería usted una gran tentación.

—Sé defenderme. ¿Acaso no se lo he demostrado ya?

—Sí, contra tres hombres quizá, y tres de los más torpes, todo hay que decirlo. Pero ¿qué pasa con los otros cien? Las puertas de los camerinos son bastante endebles.

—No creo que todos al mismo tiempo... —Midori intentó no sentirse intimidada por la imagen que el capitán había creado en su cabeza.

—¿Ah, no?

Su expresión de incredulidad mientras la contemplaba desde arriba le molestó. Seguramente su actitud no era más que obstinación, estaba empeñado en quitarle la idea de la cabeza. Apretó los puños dentro de las mangas de su chaqueta e intentó mantener la calma. Una dama japonesa jamás perdía los nervios y no iba a permitir que aquel irritante extranjero la provocara.

—Quizá subestima sus encantos, señorita Midori —añadió en un tono amable, que la molestó todavía más.

—¿Es que no es usted lo bastante hombre como para conseguir que su tripulación le obedezca? —preguntó retadora.

Aquello le sorprendió.

—Claro que sí, pero jamás se me ocurriría admitir en mi barco una tentación tan suculenta. Sería un tonto si lo hiciera y no necesito complicaciones extra en este viaje. Acabo de ascender a capitán y es importante que todo salga bien.

—¿Suculenta? —Midori estuvo a punto de alzar la voz, pero consiguió contenerse en el último momento—. Para su información le diré que hasta ahora jamás he conocido a un hombre que se sintiera tentado por lo que usted llama «mis encantos». —No contó el episodio de los tres marineros porque la habían tomado por una puta y por lo tanto su reacción era hasta cierto punto lógica—. Si sus hombres están tan desesperados debería llevar consigo más mujeres.

—¡Por todos los santos! ¿Es que ha perdido el juicio? Bastante problema es mantener a la tripulación bien alimentada durante el viaje. Y lo que menos necesito es un motivo que los haga pelear a la menor oportunidad. Por Dios, tendría un motín en las primeras cien leguas. —Negó con la cabeza ante aquella idea.

Midori se acercó un paso.

—Bien, pues no me importa cómo se organice a bordo del barco. Solo sé que debo marcharme en él y que tengo mucha plata para pagar por mi pasaje. Si me quedo aquí, moriré. Así de simple.

—¿Qué quiere decir con que morirá?

Nico frunció el ceño y miró a la mujer intentando comprender el sentido de sus palabras.

Ella lo contempló con rabia.

—¿Es que no se ha enterado? El sogún ha decidido acabar con todos los extranjeros y cristianos. Debemos abandonar el país, incluso los gaijin como yo. No tengo más opción que marcharme, ¿lo entiende?

Nico había oído algunos rumores sobre el asunto, pero no había prestado demasiada atención. Corneliszoon le aseguró que en aquella isla estaban a salvo, y como tenían permiso para comerciar y su estancia iba a ser breve, no le había preocupado.

—Estoy seguro de que debe haber otras opciones. Me han dicho que hay una comunidad cristiana japonesa en las Filipinas bastante próspera. ¿Por qué no va allí? —sugirió—. Para empezar, está mucho más cerca y podría viajar en un barco japonés.

Era una propuesta razonable, pero no pareció satisfacer a la mujer.

—No quiero ir a Filipinas, voy a Inglaterra —insistió.

Nico suspiró. Detestaba discutir con mujeres, no tenían su misma lógica. Pero en esta ocasión debía mantenerse firme.

—No en mi barco. Lo siento, pero no puedo llevarla.

Aunque no alzó la voz, imbuyó sus palabras con toda la autoridad de la que fue capaz para dejarle bien claro que no tenía intención alguna de dar marcha atrás. Lo había practicado con la tripulación del Zwarte Zwaan con bastante frecuencia y generalmente le procuraba una obediencia casi instantánea.

La joven entornó los ojos y respiró hondo.

—¿Ha oído hablar de los ninjas? —preguntó en un tono más suave.

—Sí. Son asesinos profesionales o algo así, ¿no? ¿Qué pasa con ellos? —Nico frunció más el ceño. *¿Qué estará tramando ahora?*

—Mi hermano sabe dónde encontrarlos, y como quizá sepa, están dispuestos a hacer lo que sea por dinero. No como otra gente.

El capitán cruzó los brazos sobre el pecho y clavó su terca mirada en sus ojos.

—¿Adónde quiere ir a parar, señorita Midori? —preguntó, aunque era perfectamente capaz de imaginarlo—. Soy un hombre muy ocupado.

—Oh, sí, claro. Esperaba una puta. Siento mucho haberle entretenido, pero...

—Yo no me relaciono con putas —dijo, apretando los dientes e intentando que aquella mujer no le hiciera perder los nervios—. Y esa no es una palabra que una mujer respetable deba pronunciar en ningún caso. Sus padres deberían habérselo enseñado.

—¿Ah, sí? Qué raro, ¿pues cómo debería llamarlas?



—¡Nada! Si fuera una dama no las mencionaría en absoluto. Bien, ¿quiere ir al grano, por favor? —Estaba perdiendo la paciencia rápidamente.

—Capitán Noordholt, si no cambia de parecer y me permite viajar en su barco, puede que usted tampoco suba a bordo. Los ninjas son famosos por su sigilo y su crueldad, y tienen la reputación de no fallar jamás.

El capitán dio un paso hacia delante y la miró furioso.

—¿Está usted amenazándome? —Como le sacaba más de una cabeza y era probablemente el doble de ancho, supuso que su avance la haría recular, pero la mujer no parecía intimidada en absoluto.

Alzó la vista hacia él, totalmente tranquila y puso cara de inocente.

—Yo no lo llamaría así. Solo le estoy informando de las consecuencias si persiste en su negativa.

Se quedó sin habla durante un momento, incapaz de creer que aquella poquita cosa osara darle un ultimátum. Entonces cayó en la cuenta de lo absurdo de aquella situación y lanzó una carcajada.

—¿Y por qué cree que no la voy a matar aquí y ahora? ¿O secuestrarla?

—Mi hermano me está esperando. Si no regreso, vendrá a por mí.

—Pues lo aguardaré con mis hombres.

Midori negó con la cabeza.

—No se lanzaría a la carga, él prefiere el sigilo —y añadió con un resoplido—: No es idiota. Además, no creo que sea necesario.

Antes de que Nico tuviera tiempo de hacer nada más que abrir los ojos como platos por la sorpresa, se encontró tumbado en el suelo, bocarriba y sin aire en los pulmones. Midori estaba sentada encima y lo amenazaba con un cuchillo en la garganta. El capitán la miró aturdido, mientras intentaba recuperar el aliento.

—¿Pero qué demonios...? ¿Cómo lo ha...?

Una ola de rabia lo recorrió, pero consiguió mantener la calma. Aquello ya se pasaba de absurdo. Era ridículo.

Había sido casi demasiado fácil y sabía que lo había sorprendido porque no esperaba que una mujer lo atacara. Era un hombre grande, y ella era pequeña en comparación, así que había mantenido la guardia baja. Midori se limitó a colocar la pierna derecha detrás de su pierna izquierda y a empujar con fuerza. Después saltó rápidamente sobre él, y sacó su cuchillo. Había tenido suerte, pero estaba segura de que no volvería a darle otra oportunidad.

La entrevista no había salido como lo había planeado, así que decidió hacer algo drástico. No podía fallar. Regresar sin haber conseguido un pasaje a bordo del barco sería un fracaso ante Ichiro. Tenía que demostrarle a su hermano que podía valerse por sí misma. Con renovada determinación, agarró el mango de su cuchillo con más fuerza y respiró hondo para tranquilizarse. No debía bajar a su nivel de bárbaro, tenía

que conservar la calma y ser razonable. Lentamente comenzó a sentir que recuperaba su armonía interior.

En el rostro del capitán pudo leer diferentes expresiones: asombro, furia y puede que algo de admiración. Midori esperó en silencio con el cuchillo en su cuello mientras observaba cómo sopesaba otras opciones. Sus siguientes palabras indicaban que aunque no estaba preparado para ceder, sí comenzaba a tener alguna duda.

—No vamos a Inglaterra, así que tendría que encontrar la forma de viajar desde Ámsterdam adonde sea que quiera ir —gruñó—. Usted sola.

—Bueno, algún barco habrá que vaya a Londres. ¿No está lejos, no? —Midori no tenía ni idea de si era así, pero decidió arriesgarse. En realidad tampoco iba a Londres, pero sabía que era la ciudad principal de Inglaterra, y que por lo tanto podría llegar a su destino desde allí, de alguna manera.

—¿Londres? —Bajó las cejas aún más—. ¿Sus parientes viven allí?

—Hum, cerca, creo, sí. —Para que no cayera en la cuenta de que le estaba mintiendo, le dedicó una deslumbrante sonrisa—. ¿Lo ve? Basta con que me lleve a Ámsterdam.

El capitán pestañeó y se la quedó mirando fijamente. La joven vio como tragaba saliva, después cerró los ojos y emitió algo parecido a un gemido.

—Está bien —dijo entre dientes—. Puede viajar con nosotros. No puedo garantizar su seguridad, pero haré lo que esté en mi mano. Aunque quizá no sea bastante, ¿lo entiende?

—Perfectamente. Dejaré que disfrute de sus... placeres. ¿Cuándo partimos?

—Por última vez, yo no voy con... —Maldijo entre dientes y después hizo un evidente esfuerzo por calmarse—. Salimos con la marea pasado mañana. Me tendrá que pagar mañana por la noche. Mil piezas de plata.

Midori ni pestañeó ante la absurda cifra, aunque no pudo evitar preguntarse si Ichiro había traído tanto dinero.

—Quinientas —dijo—. Le daré la mitad mañana, y el resto cuando llegue a Ámsterdam.

—No he dicho que el precio sea negociable. —Sus ojos azules se volvieron de acero.

—¿Ah, no? —Midori sonrió con dulzura y arqueó las cejas, mientras le pinchaba con el cuchillo. Una pequeña gota de sangre apareció en su piel quemada por el sol.

El capitán Noordholt la miró furioso antes de dar la vuelta a la situación con el mínimo esfuerzo. Con un rápido movimiento, le cogió el cuchillo por la empuñadura, le retorció la muñeca y le hizo soltar el arma que cayó al suelo. Después se la quitó de encima y se puso de pie de un salto.

—Seiscientas y es mi última oferta —le dijo antes de desaparecer dentro de la casa.

Midori se quedó sentada en el barro, mirándolo.

—¡Qué hombre más extraordinario! —murmuró. La podía haber apartado en

cualquier momento, pero había preferido dejarla creer que tenía el control. Y después, ¿accede a sus peticiones? Aquello no tenía ningún sentido, pero aun así, se sentía agradecida.

Se preguntó si alguna vez entendería a aquellos extranjeros.

Nico se detuvo en la entrada y apoyó la espalda contra la puerta durante un momento. El corazón le latía tan rápido como si hubiera estado corriendo. Apretó los puños con fuerza.

*¡Maldita sea! ¡Eres idiota, un completo imbécil!, se dijo. Había permitido que una cara bonita le nublara el juicio. Había dejado que lo convenciera, increíble. Bueno, no es solo una cara bonita, ¡es realmente hermosa! Y yo soy un idiota...*

Y sin embargo, ¿cómo iba a abandonar a una mujer como aquella a una muerte segura? Era medio inglesa, después de todo, casi tan extranjera para los japoneses como él. Una dama, sola e indefensa, le había pedido ayuda y le había resultado imposible decir que no.

Su intención siempre fue rechazar aquella absurda petición. Como le había dicho al principio, era una locura dejar que subiera al Zwarte Zwaan. De hecho, dudaba que comprendiera la magnitud del favor que le había pedido. Pero una sonrisa, una preciosa sonrisa bastó para que olvidara todos sus propósitos.

Nico golpeó la pared con el puño y contempló luego con remordimiento el hueco que había dejado en la blanda madera.

—¡Maldita sea! ¡Al infierno todo!

Pero ya había dado su palabra y ahora no podía echarse atrás.

—¿Ya te vas? —El guardia de la puerta pareció decepcionado cuando Midori surgió a sus espaldas y le pidió que la dejara salir.

—Sí, el capitán es un hombre muy ocupado, pero me ha pedido que vuelva mañana, así que más te vale que avises a tus colegas de que voy a volver. Ah, y puede que algunos de mis criados traigan cosas más, así que por favor, dejadlos pasar también. Voy a zarpar con el capitán. —Pasó por delante del guardia, que la miró con la boca abierta, y desapareció en la noche.

En cuanto perdió de vista al centinela, Ichiro y sus hombres salieron de sus escondites para reunirse con ella en la parte de atrás de la posada.

—¿Estás bien? —Se colocó a su lado y la miró de arriba abajo para comprobar que no le habían hecho nada.

—Sí, gracias. He negociado con éxito mi pasaje a bordo del Zwarte Zwaan hasta... hasta el país del capitán. —No quería contarle que el barco iba a Ámsterdam, solo serviría para complicar las cosas y estaba segura de que podía encontrar la forma de llegar a Inglaterra desde allí.

—¿Negociaste en el barro?

—¿Qué? —Midori se dio la vuelta y vio que Ichiro le estaba mirando la ropa sucia a la luz de las linternas que portaban sus criados—. Oh, bueno, no te imaginas lo asquerosa que es esa isla. Tienen animales sueltos por ahí. Me senté en un banco a esperar y supongo que las manchas son de eso.

—Ya. —Ichiro le dedicó una mirada penetrante, pero lo dejó estar.

Midori dudó un poco antes de hablarle de su principal preocupación.

—Ichiro, ¿cuánta plata has traído?

—Bastante, ¿por qué?

—El capitán me pidió una suma increíble y aunque regateé, no estoy segura de si debí presionarle para que bajara más el precio.

—¿Cuánto quiere?

—Seiscientas piezas. —Vio cómo su hermano alzaba las cejas y añadió rápidamente—. Aunque le dije que solo le pagaría la mitad ahora, el resto se lo daría al llegar a Inglaterra.

—Hum, es mucho, desde luego, pero si así conseguimos salvarte... No, no podemos discutir con el capitán. Necesitas tenerlo de tu lado.

Midori decidió entonces que sería mejor no contarle que ya era un poco tarde para eso. El capitán sin duda cumpliría su palabra e intentaría protegerla, pero estaba segura de que no estaba «de su lado».

—¿Cuándo te marchas?

—El barco zarpa con la marea pasado mañana. Nos queda un día más para pasarlo juntos.

De repente se dio cuenta de que probablemente aquella sería la última vez que viera a su hermano. Un profundo sentimiento de tristeza le golpeó la boca del estómago y le hizo contener por un momento la respiración. Ichiro la miró con preocupación y Midori intentó disimular fingiendo que le había dado un ataque de tos. *Un día más, ¿y después qué?*

Tenía que aprovecharlo al máximo. No quería que la recordara abatida y desolada por la pena. Tenía que recordarla alegre. *Volveremos a encontrarnos si ese es nuestro destino*, se dijo para consolarse.

Era el mejor hermano que nadie podía tener. Intentó darle las malas noticias con delicadeza, pero no consiguió amortiguar la impresión inicial...

Algo más de una semana antes estaba en sus aposentos del castillo Shiroi haciendo una composición floral cuando su criada entró para darle un mensaje.

—Señora Midori, el señor Ichiro desea hablar con usted. Está junto al estanque.

Midori alzó la vista del *ikebana* que estaba creando para encontrar a la criada de rodillas e inclinada en una profunda reverencia.

—Gracias, Kumi, ahora mismo voy. Me puedes acompañar.

Se preguntó si aquello tendría algo que ver con la llegada aquella mañana de un mensajero de Edo. Lo había visto entrar al galope hasta el patio principal. Por los ademanes del mensajero detectó cierta urgencia que no presagiaba nada bueno, y ella odiaba no enterarse de lo que sucedía. Si algo malo iba a pasar, quería saberlo para prepararse y enfrentarse al peligro cara a cara, tal y como su padre le había enseñado.

Era un claro día de otoño, perfecto para contemplar la hermosura de la naturaleza, y para eso, no había mejor lugar en todo el mundo que el estanque del castillo. Mientras avanzaba por los largos senderos con la criada siguiéndola a cierta distancia, contempló la gloriosa revolución de los colores. Los arces se habían vestido con sus tonos más brillantes, desde un pálido naranja a un burdeos intenso, y Midori no pudo evitar sonreír ante semejante espectáculo. Era como si la naturaleza intentara compensarlos por los aburridos meses que se avecinaban, dándoles algo impresionante que recordar cuando todos los colores desaparecieran.

El estanque era más bien un pequeño lago cuya función no era solo decorativa, pues también servía para criar carpas. Encontró a Ichiro sentado en el embarcadero que se reflejaba en las tranquilas aguas. Con las piernas cruzadas, estaba tan quieto como las piedras que rodeaban la orilla. Su mirada perdida en la lejanía y su mente en evidente armonía con el paisaje. Dudó, no quería perturbar su tranquilidad. Cuando dio un paso hacia el embarcadero, sin embargo, las tablas temblaron y lo alertaron de su presencia. Se volvió, sonrió y extendió un brazo a modo de invitación.

—Ah, aquí estás. Ven, siéntate a mi lado.

Midori se percató de que estaba sentado sobre un cojín de seda y de que había otro esperándola a ella. Se puso de rodillas, unió las manos sobre su regazo y esperó a que su hermano hablara. Aunque deseaba preguntarle por el mensajero, sabía que no debía. Semejante impertinencia sería intolerable, incluso para su hermano. Ichiro se lo contaría todo, cuando él quisiera, ni un momento antes.

Se tomó su tiempo, como si debiera sopesar sus palabras con cuidado antes de pronunciarlas. Finalmente dijo:

—Midori, ¿sabes que tu bienestar es importante para mí y que quiero que seas feliz? —Su hermana asintió con la cabeza. A pesar de una diferencia de edad de diez años y del hecho de que tuvieran diferentes madres, siempre se habían llevado bien y se habían querido—. Entonces, si te digo que ha llegado el momento de que te marches, comprenderás que no es porque yo así lo desee. —Era una declaración, no una pregunta, pero Midori detectó una ligera duda en su voz, como si no estuviera seguro de cómo reaccionaría ella.

—¿Marcharme? ¿Te refieres a que por fin me has encontrado un marido?

Ichiro suspiró.

—No, ojalá. Pero eso no es lo que quiero decir.

Desde hacía varios años, su hermano había intentado encontrarle un marido lo bastante ilustre para desposar a la hija de un daimio, y lo bastante pobre como para pasar por alto el origen de su madre. Sin embargo, aquella había demostrado ser una tarea imposible.

Midori no se tenía por fea, pero sabía que era diferente de las demás. Aunque su pelo era igual de liso y brillante, su color era cobrizo y al tacto resultaba mucho más suave. Pensó en teñírsele de negro, pero como no podía cambiar el color verde de sus ojos, no le vio mucho sentido. Se había dado cuenta de que cuando algún posible pretendiente la miraba a los ojos, pestañeaba horrorizado o parecía quedarse sin aliento, y enseguida encontraba alguna excusa para desaparecer. La verdad era que los asustaba o los repelía.

—Tienes que regresar al país de tu madre —dijo Ichiro, interrumpiendo su línea de pensamiento. Midori alzó la vista rápidamente. Le pareció que le daba una orden, y sus palabras le resultaron frías, algo que no se correspondía con el hermano cariñoso que conocía y quería.

—¿A Inglaterra? ¿Por qué no puedo quedarme aquí contigo? Encontraré la forma de ser útil. No necesito un marido.

—Ese no es el problema. —Guardó silencio durante un rato y después prosiguió —: Esta mañana han llegado noticias de Edo. Un gran amigo y aliado me ha informado de algo que no puedo ignorar. ¿Te has enterado de la persecución iniciada por el sogún contra los cristianos?

—Bueno, sí, sé que no son bien aceptados, pero...

—La situación es mucho más seria. Su presencia es ahora intolerable. De hecho, les están dando caza como a animales y pronto no quedará ni uno.

—Pero ¿qué tiene eso que ver conmigo? Yo no soy cristiana, ya lo sabes. Madre intentó enseñarme, pero la verdad, no presté mucha atención a lo que me contaba sobre su dios y su hijo.

—Lo sé. Aun así, al ser mestiza, según las autoridades tienes todas las papeletas para ser también cristiana. Esa gente lo arriesga todo por sus creencias, de hecho ponen en peligro sus propias vidas, por lo que su culto es secreto. Por lo tanto cualquiera puede ser sospechoso, y tú más que nadie. Si Hannah aún estuviera viva... —Negó con la cabeza—. Debemos estar agradecidos de que no sea así. Están ejecutando a hombres, mujeres y niños a millares. Me han contado historias terribles de torturas, de personas que son quemadas vivas. Vivas, ¿entiendes?, solo porque siguen a ese dios extranjero y sus enseñanzas.

Hizo una pausa y respiró hondo antes de continuar.

—El actual sogún está aún más decidido que su predecesor a librarse de todos los extranjeros y según parece también ha ordenado la expulsión de todos los mestizos. Los que permanezcan en el país serán ejecutados. Me temo que eso te incluye a ti.

—Pero no sabe nada de mí, ¿no? Tu castillo está alejado, jamás viene por aquí. La próxima vez que vayas a Edo me puedo quedar aquí.

—No subestimes al sogún. Tiene espías en todas partes y créeme, sabe de tu existencia. Alguien se encargó de informarle.

—¿Qué? ¿Quieres decir que alguien se lo contó?

—Exactamente. Aún no sé quién es, pero lo descubriré. Mientras tanto, tu vida corre peligro. Tienes que marcharte ahora que aún estás a tiempo.

Midori intentó asimilar las noticias. Alguien había informado a las autoridades de su existencia.

—No lo entiendo, Ichiro. ¿Por qué? ¿Quién quiere me que me vaya de aquí? Quizá no le caiga bien a todo el mundo, pero hasta donde yo sé nadie me odia.

Aquello no era del todo cierto. En más de una ocasión, sobre todo últimamente, se había topado con grupos de personas que hablaban entre susurros y que se callaban de repente en cuanto la veían aparecer. No tenía ninguna duda sobre el objeto de la conversación, pero además, también había interceptado alguna que otra mirada maliciosa. En su momento le pareció extraño, pero ahora lo entendía todo.

—Es un misterio y llegaré hasta el fondo del asunto, no lo dudes. Sin embargo, ahora mismo da igual quién haya sido. El hecho es que tienes que marcharte y pronto, y aunque me apena que te vayas, no tenemos otra elección. Hannah era la única madre que he conocido y siempre la tuve en gran estima. Le juré que cuidaría de ti y pretendo mantener mi promesa. ¿Sabías que una vez me salvó la vida, aquí, en este mismo estanque? Me caí, estuve a punto de ahogarme. Ahora tengo que hacer lo mismo por ti.

Se volvió para contemplar el espejo del agua y prosiguió.

—Te escoltaré hasta la costa y juntos navegaremos hasta Nagasaki, donde tengo entendido que atracan los barcos extranjeros —dijo con el tono de voz del que está

acostumbrado a dar órdenes—. Te daré plata suficiente para comprar un pasaje al país de tu madre y esperaré allí hasta que subas a bordo de uno de esos barcos. También te proporcionaré una dote. Es lo único que puedo hacer en estas circunstancias. ¿Sabes dónde encontrar a la familia de Hannah?

—Por supuesto, hablaba con frecuencia de su hogar. Estaba en un lugar llamado Plymouth, pero jamás pensé que tendría que ir allí. —Midori sintió un vacío en su interior. Tenía la sensación de estar hablando con un extraño, un hombre que quería librarse de ella. ¿Cómo iba a dejar todo aquello que conocía y quería, para viajar a un país que, según lo poco que sabía, estaba lleno de bárbaros? ¿Donde la gente no se lavaba y era grosera, no tenía modales y comía cosas raras? Agachó la cabeza para ocultar sus tormentosos pensamientos.

—¿Sabes cuidar de ti misma?

Alzó la cabeza de golpe y frunció el ceño.

—Por supuesto que sí. Tú mismo me enseñaste a manejar la espada, el arco y me instruiste en todas las técnicas de lucha. Al igual que padre.

Ichiro sonrió y alzó una mano para silenciarla.

—Sí, sí, perdóname, no pretendía poner en duda tus habilidades. Como bien dices, he hecho cuanto ha estado en mi mano para prepararte para la vida, aunque jamás pensé que tendrías que irte tan lejos.

Ella tampoco.

Permanecieron sentados en silencio durante un rato. Entonces Ichiro le dio unas extrañas palmaditas en la mano.

—Es lo mejor y es tu destino. Debemos aceptarlo. —Sacó una carta sellada de una de las mangas de su kimono—. Tu madre y yo hablamos de la posibilidad de que un día tuvieras que marcharte y escribió esta carta para que la entregaras a tus parientes en caso de que fuera necesario. —Le ofreció el documento enrollado.

—¿Por qué no me lo dio ella? —preguntó Midori con el ceño fruncido.

—Quizá porque no quería entristecerte. Sabía lo que pensabas del tema.

Midori asintió con la cabeza y recordó las últimas palabras de su madre, susurradas con urgencia, mientras su delgada y sudorosa mano se aferraba con fuerza a la suya.

—Tienes que dejar Japón. Viaja a Inglaterra y busca a mi familia. No hay nada para ti aquí.

—Si eso es lo que deseas, mamá —le había contestado Midori, pero lo dijo solo para complacer a su madre y evitar que se preocupara. Jamás había tenido la más mínima intención de viajar al otro lado del mundo. Japón era su hogar.

—¿Así que está todo decidido? ¿No hay otra salida?

Ichiro negó lentamente con la cabeza.

—Partimos mañana al amanecer.

—¿Tan pronto? Pero...

—Ahora ve y prepárate. Y recuerda que solo debes coger lo que puedas llevar tú



misma. Quién sabe si encontrarás algo de ayuda durante el viaje. Enviaré a alguien con tu dote para que puedas ocultar las monedas entre tu ropa.

—¿No dejas que me despedida de tu mujer y mis sobrinos? —De alguna manera la idea de irse sin decir adiós a su cuñada y al resto de la familia hacía que todo fuera aún más difícil.

Ichiro negó con la cabeza.

—Lo siento, así es mejor. Puedes hacerles una visita, como si no pasara nada, como si fueras a verlos de nuevo mañana por la tarde.

Midori se puso de pie, la conversación había terminado. No tenía elección y debía aceptar la decisión de su hermano. Ahora era el daimio, pero ni siquiera él la podría salvar si los hombres del sogún iban a buscarla. Además, ella tampoco querría porque traería el deshonor a la familia y pondría a Ichiro y a todo el clan en peligro. No podía pedirle a su hermano que se arriesgara así. Se inclinó y se volvió dispuesta a marcharse, pero entonces se detuvo.

—¿Ichiro? Si no soporto la vida en Inglaterra, ¿podré volver?

Su hermano asintió sin mirarla y Midori comprendió que deseaba que aquello no sucediera.

Regresó lentamente a sus aposentos. Intentó que la belleza de la naturaleza calmara su inquietud, pero no pudo concentrarse en el paisaje otoñal. El impacto de tener que marcharse del único hogar que había conocido, y de forma tan repentina, era demasiado profundo. *¿Y si no vuelvo a ver este lugar nunca más?* Respiró hondo varias veces para calmarse y apaciguar los latidos de su corazón, pero no logró controlar los sentimientos de rabia, tristeza y resentimiento que la habían invadido.

Todavía estaba confusa y agitada cuando llegó a sus aposentos, en el ala este del castillo. Situados al nivel del suelo, con un pequeño jardín privado, tenía el lujo de disponer de dos grandes habitaciones y una más pequeña solo para ella. Gruesos tatamis de la más alta calidad cubrían el suelo y costosos murales decoraban varias paredes. En una estantería tenía dispuestos diferentes y preciosos objetos lacados y de porcelana, regalo de sus padres. En un nicho en la pared había una mesita con el arreglo floral a medio terminar en el que había estado trabajando antes de hablar con su hermano.

Le habían dado todo tipo de caprichos, lo sabía, pero eso había acabado.

Se preguntó qué clase de alojamiento la esperaba en Inglaterra. Su madre le había hablado de que ella había compartido cuarto, e incluso la cama, con su hermana. ¿Sería ese su destino, o algo incluso peor? ¿Y si sus parientes habían muerto o no querían saber nada de ella? Suspiró e intentó deshacerse de aquellos pensamientos. No le conducían a nada.

En la esquina de una de las habitaciones había un pequeño altar en honor a sus padres. Se acercó y se arrodilló ante él. Dos urnas en miniatura contenían parte de sus cenizas y había tablas de madera con sus nombres escritos en *kanji*. Un pequeño cazo lleno de arena contenía palitos de incienso que llenaban la habitación con un dulce

aroma. Además, aquella misma mañana, había dejado una ofrenda de comida y bebida.

Dio dos palmadas, se inclinó profundamente y se dispuso a rezar y a pedir ayuda a sus padres.

—Por favor, dadme la fuerza necesaria para enfrentarme a mi destino con valor, como vosotros habríais hecho. Ayudadme a superar los obstáculos y a aceptar con serenidad de espíritu lo que no pueda cambiar. Os lo ruego, no me abandonéis nunca y protegedme —susurró—. Necesito que los dos me guiéis en este viaje a lo desconocido.

Se inclinó una vez más y esperó una respuesta. Creía con cada fibra de su ser que sus padres estaban aún con ella, aunque como *kami*, espíritus, y no tenía ninguna duda de que eran benignos, puesto que ambos habían sido buenos en vida. Aquello formaba parte del sintoísmo que había aprendido de su padre, y lo prefería con creces a la creencia de su madre en una vida después de la muerte donde las dos únicas opciones eran ir al cielo o al infierno.

—Si el sogún pudiera verme ahora —susurró— puede que no dudara de mí.

Sintió un pequeño golpe de viento en la nuca y supo que sus padres la habían escuchado. Inmediatamente se sintió reconfortada. Debía recordar que no estaba sola y que jamás lo estaría. Tras terminar las oraciones, cogió las urnas y las tablas y comenzó a hacer el equipaje. Allí donde fuera, sus padres la acompañarían.

Había una cosa más sin la que no se podía marchar. De una pequeña cómoda sacó una bolsita de seda. Contenía una cruz de oro y una cadena. Midori la sostuvo a la luz. Se estremeció ante la visión de aquel pequeño símbolo que relucía y brillaba con el sol. No había caído en la cuenta de que tener algo así la ponía en grave peligro, pero tras hablar con su hermano ahora lo entendía todo. Sin embargo, era un recuerdo de su madre, ¿cómo iba a dejarlo allí?

Lo más seguro sería arrojarlo al estanque y olvidarse para siempre de él, pero Midori no lograba quitarse de la cabeza la imagen de su madre con el colgante. Hannah habría querido que lo conservara. Además, si lo escondía bien, nadie se daría cuenta. Contempló de nuevo el conflictivo objeto y tomó una decisión. Pronto estaría de camino a un país donde símbolos como aquel no estaban prohibidos, todo lo contrario, puede que incluso le resultara útil. Lo ató a un pedazo de tela, luego cogió un kimono y abrió una de las costuras. Lo introdujo y volvió a coser la tela. Así nadie lo encontraría, estaba segura...

Nico se recostó sobre el suave futón, apoyó la cabeza sobre las manos y contempló el baile de las motas de polvo. Acababa de salir el sol, pero hacía tiempo que estaba despierto. No paraba de darle vueltas a su encuentro con la mujer de la espada y se le hacía un nudo en el estómago solo con pensar en la enormidad de la tarea que se le avecinaba.

*¿Cómo he podido acceder a llevarla conmigo? ¡He perdido el juicio!*

Todas sus razones para no dejar que viajara en su barco eran perfectamente válidas. Que una mujer viviera entre más de un centenar de hombres sería causa segura de conflicto, de eso no tenía ninguna duda. Pero es que además no se trataba de una mujer cualquiera, sino de una joven de belleza espectacular.

—¡Ah! —Golpeó la almohada con el puño para dar rienda suelta a parte de su frustración.

Lo había pillado por sorpresa al atacarlo de aquella manera, pero nunca llegó a estar en peligro. Podría haberle dicho que no, dejarla allí y olvidarse para siempre de ella. Después de todo, no estaba obligado a rescatarla. *Salvo por mi conciencia, ¡maldita sea!* Por alguna razón lo había elegido a él, y en cuanto la vio y habló con ella, en cuanto lo deslumbró con aquella increíble sonrisa supo que estaba perdido.

*Señor, ¡y cuánta determinación!* Algo en ella resonaba dentro de su ser, quizá fuera el eco de un Nico más joven, el que se hizo al mar por primera vez con Casper. Porque, a pesar de su bravuconería, sabía que era tan vulnerable como lo había sido él. Daba igual cuántos trucos conociera o lo hábil que fuera con las armas, jamás habría sido rival para un hombre grande como él. ¿Cómo se las iba a arreglar entonces en un barco lleno de rudos marineros sin nadie que la proteja?

Se pasó la mano por el rostro. *Bueno, me he impuesto esa tarea y haré lo que pueda.* Solo Dios sabía cómo.

Su belleza lo había perturbado más de lo que estaba dispuesto a admitir. Había visto mujeres hermosas antes, incluso había tenido la suerte de acostarse con algunas, pero jamás había conocido a nadie como Midori. Quizá fuera la mezcla de razas. La combinación de rasgos europeos y asiáticos le daba un aspecto exótico, aunque no muy distinto de las demás jóvenes japonesas. De alguna manera era mucho más atractiva y no podía negar que su habilidad en la lucha también le había impresionado. *¡Qué valentía!*

*¡Dios, pero no necesito esta complicación y no puedo ir tras ella como embobado durante todo el viaje! Me volveré loco... ¡No, basta! No voy a pensar más en ella.*

Intentó concentrarse en otra cosa. *¡Cualquier cosa que no sea Midori!* Dejó que su mirada vagara por la sencilla habitación en la que se encontraba. El espartano

mobiliario era muy de su gusto y quería recordarlo todo cuando se marchara. Los suelos de madera elevados estaban cubiertos por un tatami y las paredes eran en realidad paneles móviles, puertas correderas y pantallas que servían para dividir las habitaciones; todo ello sustentado por pilares de madera. Las pantallas estaban hechas de simple papel de arroz. Brillantes y suaves, decoradas con hilos de plata formando un hermoso dibujo, no se parecían en nada al material áspero sobre el que estaba acostumbrado a escribir. Los únicos muebles de la habitación, aparte de un extraño cojín de seda, eran unas mesas bajas.

Ojalá su vida fuera así de sencilla. Sin embargo, el destino parecía decidido a complicarle la existencia. Bueno, no podía hacer nada más que apretar los dientes y aguantar.

—Tenemos que comprarte provisiones para el viaje —dijo Ichiro la mañana siguiente a su visita a Dejima—. Seguramente lo que tengan en el barco te parecerá incomedible, así que será mejor que te cocines tu propia comida. Ordenaré a mis hombres que lleven un pequeño hornillo y suficiente combustible para seis meses, si no lo malgastas.

—¿Y si no cabe? No estoy segura de cómo será mi camarote de grande.

—Nos aseguraremos de que sea lo bastante grande. —La expresión de determinación en el rostro de su hermano impidió que Midori añadiera nada más—. ¿Queda alguna cosa más?

Habían hecho una lista y un criado se había encargado de comprar todo lo que necesitaba.

—Ahora tengo que salir un rato, pero creo que será mejor que tú te quedes aquí, no quiero que nadie te vea y te denuncie a las autoridades.

Midori estuvo de acuerdo, pero como no dijo nada de que se quedara en la habitación, salió a un pequeño jardín situado en la parte trasera de la posada. Era un paraíso de tranquilidad, con un pequeño estanque rodeado de piedras cubiertas de musgo y bambú. El jardín bullía con el susurro de los insectos y el lastimero croar de un pequeño sapo que se ocultaba bajo una gran hoja. Midori se sentó sobre una piedra cercana e inspiró el aire húmedo, impregnado del olor a vegetación. Permaneció un rato observando la escena, intentando asimilar el impredecible futuro que tenía ante sí.

*Qué raro es que la vida transcurra durante años en las mismas rutinas de siempre y de repente ocurra algo que lo vuelva todo del revés.*

Siempre había estado convencida de que el mayor reto al que se enfrentaría sería el matrimonio. Pero cuanto más mayor se hacía, encontrar un pretendiente se había vuelto cada vez más difícil, hasta que al final aceptó que su destino sería llevar una tranquila existencia en la que no pasaría casi nada. Por supuesto, tuvo que enfrentarse a la muerte de sus padres, pero eso era algo que todo el mundo vivía antes o después.

Y aunque había sido muy duro, no era nada comparado con lo que estaba a punto de experimentar.

Respiró hondo. *Quizá no sea tan malo*. Después de todo, su madre había hecho más o menos lo mismo hacía muchos años, ¿no? Hannah dejó a sus amigos y a su familia en Inglaterra para no volver jamás, y fue bendecida con mucha felicidad. Ni una sola vez la oyó lamentar su decisión. No había razón alguna para que Midori no pudiera disfrutar de la vida en el país de su madre. *Pase lo que pase, siempre será mejor que quedarse en un lugar donde nadie me quiere*.

Apretó los puños y maldijo en silencio al sogún.

—Ojalá no la hubiera tomado con los extranjeros —susurró—. Si por lo menos se dignara a escucharme, quizá le convenciera de que no soy cristiana.

Y si los gaijin no se hubieran empeñado en enseñar su religión...

Permaneció allí sentada junto al pequeño estanque durante lo que le parecieron horas. Completamente sumida en sus pensamientos, no se dio cuenta de que ya no estaba sola, hasta que de repente alguien la agarró desde atrás.

—¡La tengo!

La voz ronca sonó triunfante y Midori, con el corazón a mil por la sorpresa, se retorció frenéticamente para ver quién era su captor. Para su consternación, había varios hombres en el pequeño jardín vallado, todos vestidos con la misma ropa de aspecto alarmantemente oficial. Un escalofrío de miedo le recorrió todo el cuerpo. Intentó escabullirse, pero resultó inútil porque la superaban en número. No había oportunidad alguna de escapar.

—Tienes que venir con nosotros, gaijin. Las autoridades han ordenado tu detención.

—No soy una gaijin, soy la hija de un daimio —respondió, intentando dar una imagen de dignidad y seguridad en sí misma—. Soltadme o lo lamentaréis.

Sus palabras fueron recibidas con carcajadas y burlas, nadie le dio la menor credibilidad. Al contrario, le ataron con rapidez las manos con fuerza y la sacaron a empujones de la posada. Justo antes de pasar por la puerta del *ryokan* y salir a la calle, vio de reojo a Satoshi, el criado de Ichiro. Estaba escondido en una esquina oscura del pasillo. Parecía paralizado por el terror, pero en sus ojos distinguió algo que intrigó a Midori. En aquellos momentos no pensó nada; además, el hecho de que la hubiera visto la alivió en cierta manera. Ichiro sabría lo que había ocurrido e intentaría ayudarla. Esa idea le dio valor y se libró con una sacudida del guardia que la sujetaba para caminar sin ayuda y con la cabeza bien alta.

—Vosotros delante —dijo.

Sin embargo, parte de ese valor la abandonó en cuanto llegó a su destino. Le quitaron las ataduras y la hicieron pasar a una pequeña sala llena de individuos de aspecto penoso. Apestaban y tuvo una arcada al caer al suelo. Una multitud de manos de dedos retorcidos intentaron agarrarla, algunas para ayudarla, otras para tocar la fina seda de su ropa, pero Midori reaccionó rápido y se incorporó como un

relámpago. Las manos seguían acosándola y ella apartó algunas a manotazos, se alejó de otras, al tiempo que con la mirada buscaba alguna esquina donde desaparecer.

—¿Tienes comida? Danos algo —le rogó alguien, pero Midori se limitó a negar con la cabeza, incapaz de hablar por las náuseas.

—Oh, menudos aires se da, pero pronto se le bajarán los humos, ¿verdad? —dijo otra voz—. ¿Por qué estás aquí? ¿Por robar? Te cortarán la cabeza, eso harán.

—Dejadme en paz —murmuró Midori entre temblores. Vio un espacio libre junto a la pared, avanzó dando tumbos y se sentó allí, con la espalda apoyada en la rugosa superficie. Pegó las rodillas al pecho y escondió el rostro bajo la cortina de su hermoso pelo.

Cuanto menos viera de aquel lugar, mejor.

Nico estaba comiendo, disfrutando de la tranquilidad de la noche y de los exóticos platos presentados de forma casi artística. Casper había insistido en contratar a un cocinero japonés para su estancia porque le gustaba probar cosas nuevas. A él también le pareció una buena idea y de momento todo lo que le habían traído le gustaba. Echaría de menos aquello cuando tuviera que conformarse con la comida del barco.

No oyó que se acercara nadie, pero una inesperada corriente de aire le anunció que no estaba solo en la habitación. Sorprendido, se atragantó con un pedazo de tempura de gambas, mientras contemplaba la amenazante figura que había surgido como de ninguna parte. Ante él había un hombre, tranquilo e inmóvil. Iba vestido todo de negro y en su rostro se apreciaba una terrible tormenta; la visión que ofrecía era formidable. Nico inmediatamente se fijó en las dos espadas que se balanceaban a ambos lados de sus caderas. Sus empuñaduras relucían con cada movimiento, pero algo le decía que aquellas no eran las únicas armas que portaba.

Durante el ataque de tos que acompañó a sus intentos por deshacerse de la gamba, le vino a la cabeza lo que había dicho Midori acerca de los ninjas. Pero descartó la idea casi al instante. Por lo que sabía, los ninjas jamás mostraban sus rostros y este hombre lo miraba abiertamente, casi de forma apreciativa. Además, ya había accedido a llevarla con él, así que no había necesidad de más amenazas.

Cuando por fin consiguió recuperar el aliento, se levantó despacio y se inclinó.

—*Hai, nani desu ka?* —No estaba seguro de haberlo dicho bien, pero pensó que aquel hombre entendería lo que quería decir.

Para su sorpresa, el intruso le contestó en inglés con un fuerte acento.

—Soy Kumashiro, hermano de Midori-sama. —La frase «*yoroshiku onegai shimasu*», que equivalía a un «¿cómo está?» fue pronunciada como un gruñido, pero Nico apenas se percató de ese detalle.

¿*Hermano?* Estudió los rasgos del hombre, pero no distinguió ni pizca de sangre europea. Era un noble, a juzgar por su ropa y sus armas. ¡*Qué raro!* Eso implicaba

que Midori era hija de una mujer noble. ¿Por qué una dama así se iba a casar con un inglés? Le parecía bastante improbable, pero aquel no era el momento de entretenerse en esas disquisiciones.

—¿Cómo ha entrado aquí? Pensé que nadie podía acceder a este lugar sin un permiso —dijo Nico levemente molesto porque el centinela no parecía emplear el mismo celo según el sujeto.

Kumashiro sonrió levemente.

—El guardia, incapacitado.

—Ya. Bueno, ¿y a qué debo este honor? —El capitán cruzó los brazos sobre el pecho para demostrar que no se sentía intimidado.

—Ayer hizo un trato con mi hermana y entiendo que va a cumplirlo.

Nico asintió.

—Por supuesto, soy un hombre de palabra.

El hermano de Midori parecía dudar de que los extranjeros fueran honorables, pero se lo guardó para sí.

—Hum —fue todo lo que dijo—. ¿Su barco zarpa mañana? ¿Es así?

—Sí, a no ser que sus compatriotas encuentren la forma de retrasar la salida. El cargamento ya está en el barco y todo está listo para salir mañana al amanecer. Supongo que las posesiones de la señora Midori ya están a bordo.

—Mis hombres se han encargado de eso. Pero hay un pequeño problema.

—Oh, ¿ha cambiado de opinión? —Según su experiencia, eso era algo que las mujeres solían hacer con cierta facilidad sin saber muy bien por qué. Esperaba que no le hicieran esperar, sobre todo porque él se había negado desde un principio a participar en aquel disparate.

—No, la han detenido.

—¿Qué? ¿Por qué? —Nico se puso tenso de inmediato ante aquel inesperado giro de los acontecimientos.

—Es una gaijin, como tú. Si no consigo sacarla de la prisión, la matarán. Pronto, quizá mañana.

Nico sintió un frío helador en la boca del estómago. ¿Cómo iban a detener y ejecutar a aquella mujer solo por ser extranjera? *Así que decía la verdad, realmente necesitaba marcharse, y pronto.* Ahora entendía que insistiera tanto en comprar un pasaje con tanta celeridad. Frunció el ceño y miró al hombre que tenía ante él.

—¿La puede liberar?

—Quizá, pero si lo hago, deberá desaparecer o mi clan y yo tendremos problemas. Nadie me puede ver con ella.

—Pero lo estarán vigilando.

—Sí, pero existen formas de ser... eh...

—¿Invisible?

—*Hai.*

Nico decidió que lo mejor era no hacer más preguntas. Cuanto menos supiera,

mejor, así que se limitó a asentir con la cabeza.

—Si la traigo durante la noche, ¿estará preparado para recibirla? —quiso saber Kumashiro.

El capitán no vaciló. Aquello complicaba aún más las cosas, pero no podía negarse. Cualquier duda que pudiera albergar había desaparecido. Midori corría un serio peligro.

—Sí, embarcaré en cuanto acabe de comer. De todas formas ya estaba listo para partir.

—Bien. Gracias. —Parecía que Kumashiro quisiera decir algo más, pero no estaba seguro de cómo expresarlo. Nico creía imaginar qué le preocupaba.

—No se inquiete, cuidaré de su hermana lo mejor que pueda. Quizá no sea suficiente, pero haré todo lo que esté en mi mano. Es... una mujer muy valiente. —A pesar de su enfado inicial, respetaba a Midori por la forma en que había intentado obligarle a ayudarla. Nunca había conocido a una mujer igual, tan segura de sí misma y tan valiente.

Kumashiro entornó los ojos como si lo estuviera estudiando, como si juzgara qué clase de hombre era. Después, y para sorpresa del joven capitán, le sonrió.

—Gracias. Espero que sea un hombre de palabra.

Se volvió para marcharse, pero antes de llegar a la puerta, Nico se percató de que no podía dejar que se fuera así.

—¡Espere! ¿Puedo hacer algo? —dijo.

Kumashiro dio media vuelta con las cejas arqueadas.

—*Nani?*

—Quisiera ofrecer mi ayuda. Ya sabe, para liberar a su hermana... —No terminó la frase al darse cuenta de que probablemente estaba insultando a aquel hombre. Después de todo, ¿qué podía hacer él? ¿Un extranjero al que ni siquiera se le permitía pisar el país? Aun así, su oferta era sincera, quería ayudar.

Kumashiro permaneció en silencio durante un momento, sumido en sus pensamientos, luego asintió.

—Quizá, pero será peligroso, ¿lo sabe?

Ahora era el turno de Nico. Asintió.

—Sí, lo sé. Por favor, dígame que quiere que haga.



A pesar del miedo, Midori logró dormir durante un rato. Alzó la cabeza cuando la sobresaltó el ruido de la puerta y los guardias arrojaron algo al interior de la celda. Se preguntó si sería otra pobre alma condenada, pero entonces se dio cuenta de que se trataba de la cena. Sus compañeros de celda se lanzaron a por la comida y lucharon con uñas y dientes por las escasas raciones que había en el saco. Parecían galletas de arroz rancias. La joven se estremeció y se preguntó cómo podían pensar en comer. Sintió que la bilis subía por su garganta e hizo un esfuerzo por tragar saliva.

Durante un tiempo, pensó que quizá todo aquello solo fuera una pesadilla, pero ahora le parecía demasiado real. El duro, frío y sucio suelo en el que estaba sentada olía como si hubieran arrojado sobre él el contenido de cien letrinas. La húmeda pared sobre la que apoyaba la espalda y el terrible hedor de la suciedad acumulada sobre los otros presos que la rodeaban... nadie podía imaginar algo semejante. Las cucarachas pasaban a toda prisa entre sus piernas y momentos antes había visto a una rata aparecer por un agujero en una esquina. Se le puso la piel de gallina y se rascó varias veces picores reales o imaginarios que la estaban volviendo loca.

*Debo conservar la calma. Tranquila, respira.*

Sin embargo, jamás en toda su vida había tenido tanto miedo, ni se había sentido tan indefensa y terriblemente sola como en aquellos momentos. Estaba rodeada de gente, pero no era la clase de personas con la que estaba acostumbrada a relacionarse. La mayoría eran de una categoría inferior, vulgo, e incluso *hinin*, mendigos y gente de baja ralea, y *eta*, los extremadamente sucios, la casta más baja que había. Sentía lástima por ellos, por supuesto, pero quería gritar que aquel no era su lugar. Su estatus como hija de un daimio le debería haber procurado un trato mejor y haberle ahorrado todo aquello. Pero allí todos eran iguales, todos estaban a merced de sus carceleros. *Aquí no soy nadie*, se dijo.

—Padre, madre, por favor, ayudadme —rezó. A esas alturas, creía que solo la intervención de los espíritus podría salvarla.

Un terror generalizado se extendió por sus venas paralizándola de pies a cabeza, hasta que tuvo la sensación de que jamás volvería a moverse. Quería gritar, pero su mandíbula parecía atascada y ni siquiera podía abrir la boca. Además respiraba con dificultad porque no podía mover la caja torácica.

*¿Dónde está Ichiro?* ¿Es que nadie la iba a ayudar? ¿Pero cómo iba a poner en riesgo su vida y el honor de su clan?

Ya había hecho mucho por ella...

La mañana siguiente a su charla con Ichiro, un pequeño grupo se reunió en el patio del castillo justo después del amanecer. Midori miró a su alrededor sorprendida. Esperaba una comitiva de algo más de un centenar de hombres, puesto que su hermano jamás viajaba con menos, pero aquella mañana solo había diez jinetes y ningún equipaje. Frunció el ceño y atravesó el patio adoquinado.

Llevaba ropa parecida a la de los hombres. Así sería más fácil cabalgar y le protegería las piernas de arañazos y cortes. Cuando su hermano salió del edificio principal, ella ya estaba subida a su caballo, tras haber montado sin que nadie la ayudara. Le gustaba ser autosuficiente en todo.

—¿Dónde está mi halcón? —La voz de Ichiro resonó autoritaria, como siempre, y tan parecida a la de su padre que a Midori se le encogió el corazón.

—Aquí, mi señor. —Un hombre corrió hacia él y le entregó, con una profunda reverencia, el pájaro de presa encapuchado.

—¿Listos? —Hubo rumores de asentimiento—. Pues vámonos. Ojalá encontremos algo antes de que el sol esté demasiado alto.

Mientras traspasaban las puertas y atravesaban el foso, Midori se situó junto a su hermano y se inclinó para susurrarle:

—¿Y mis cosas? ¿Es que al final no nos vamos hoy?

—Sí, pero creo que nos vigilan, así que tenemos que fingir que nos vamos de caza. Envié una avanzadilla al bosque anoche con tus pertenencias y con provisiones para el viaje. Más hombres nos seguirán en un par de días y cuando nos alcancen, enviaré a alguien de regreso al castillo con el halcón.

Midori asintió. Confiaba en Ichiro y si él creía que aquel subterfugio era necesario, no debía discutirlo. Nadie que los estuviera observando pensaría que iban muy lejos. Su hermano lo tenía todo bien planeado.

—Ayer en el castillo se oían todo tipo de rumores, así que pensé que si parecía que me iba a cazar con toda tranquilidad, todo el mundo se calmaría —añadió su hermano.

—Buena idea. Si de verdad hubiera algún peligro, no te arriesgarías a entrar en el bosque con tan pocos hombres.

—Exactamente. —Ichiro le dedicó una sonrisa y espoleó a su caballo hasta ponerlo a medio galope.

Cabalaron por la colina hacia el templo y Midori contuvo la necesidad de echar la vista atrás y contemplar el castillo una vez más. Aunque sabía que probablemente aquella sería la última vez que viera el lugar que había sido su hogar durante diecinueve años, no quiso levantar sospechas. Además, si cerraba los ojos, podía ver el castillo y sus alrededores; sabía que jamás lo olvidaría.

—Vamos, lleva tú el pájaro un rato. —Ichiro le ofreció el precioso animal, evidentemente para intentar distraerla de sus tristes pensamientos.

Midori le dedicó una sonrisa de gratitud.

—Gracias. ¿Tanto se me nota?

—Solo a veces. Hay ocasiones en las que te pareces mucho a tu madre. Ella jamás supo esconder sus emociones.

—Lo sé. —Aquel fue uno de los rasgos de Hannah que enamoró a su padre. De hecho, le solía tomar el pelo con ese tema. Con esfuerzo, desechó aquellos pensamientos y se ajustó el guante que la protegería de las afiladas garras del pájaro que, inquieto, cambiaba el peso de su cuerpo de una pata a otra. Se concentró en admirar a aquella criatura. Sus relucientes plumas del color del ámbar brillaban bajo el sol de la mañana y la ligera brisa las alborotaba.

Al pasar frente al templo, su campana tañó y el sonido le trajo de nuevo recuerdos de aquel frío día del invierno pasado. Midori se estremeció. No importaba si no volvía a ver jamás la tumba de su madre, su espíritu viajaría con ella. Pero aun así, echó un último vistazo hacia el cementerio por el rabillo del ojo y rezó una oración para que los dioses guardaran los restos de las cenizas de sus padres.

A poca distancia, un hombre aguardaba en el camino con caballos de refresco cargados con provisiones para el viaje y con las posesiones de Midori. Su equipaje solo consistía en una cesta de bambú forrada y cubierta con hule, cerrada con un nudo en su parte superior para que el contenido no se derramara. Mientras el criado acercaba el caballo de carga, Midori se dio cuenta de que los nudos del cesto se habían aflojado, así que le ordenó al hombre que se detuviera un momento para volver a atarlos. Al agacharse algo la dejó sin respiración.

—Ichiro, alguien ha revuelto mis cosas. —Alzó la vista hacia su hermano, que se acercó para echar un vistazo al interior de la cesta.

Frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes? A mí me parece que todo está bien.

—Metí el kimono color ámbar el último, al ser el que menos me gusta, pero ahora el que está arriba es el azul, ¿lo ves?

—Hum, bueno, más tarde podrás comprobar si te falta algo. Ahora no tenemos tiempo. —Ichiro miró a su alrededor con los ojos entornados, como si temiera que lo estuvieran espiando—. Tenemos que darnos prisa en salir de aquí.

Midori asintió con la cabeza. Tenía razón y si le habían quitado algo, no había nada que pudiera hacer en ese momento.

Más tarde, cuando pararon para comer, vació el contenido de la cesta para ver si faltaba algo, pero estaba todo.

—Creo que alguien registró el cesto y luego lo metió todo de nuevo, aunque en el orden equivocado —le dijo a su hermano—. Según he comprobado, toda la plata que me diste sigue oculta en las costuras de la ropa y las pocas baratijas que escogí también siguen en su sitio. —No le dijo nada de la cruz de oro, pero había apretado la costura donde la había escondido para asegurarse de que seguía allí y para su alivio, notó el bulto.

—Bien, quizá solo comprobaron qué cosas te llevabas. —Ichiro no parecía muy preocupado y Midori intentó relajarse. Quizá estaba exagerando la importancia del asunto, pero no conseguía librarse del todo de aquella inquietud.

—¿De verdad crees que alguien nos observa? —preguntó.

—Sí. Quién le habló al sogún de tu existencia es alguien que nos guarda rencor. No tiene ningún sentido informar a las autoridades si no estás seguro de que se va a hacer algo al respecto. Se habrán asegurado de que los hombres del sogún conocen tus movimientos.

—Pero no lo entiendo, ¿qué enemigos tengo yo?

—No van a por ti. Si te cogieran y te quemaran viva, se vería como una confirmación de que yo he albergado a una cristiana en mi castillo y por lo tanto todo el clan caería en desgracia. Algunos de nuestros vecinos no lamentarían que nos ocurriera algo así.

—Sí, claro.

Ichiro posó una mano sobre su hombro y apretó.

—Deja de preocuparte. Conozco mis tierras mejor que nadie. Padre me enseñó bien. Llegarás a Nagasaki sana y salva.

—Gracias. Por todo. Siento causarte tantos problemas.

—No digas eso. Eres la única hermana que me queda, así que haré todo lo que pueda por ayudarte, faltaría más. —Midori podía ver el profundo cariño que su hermano sentía por ella reflejado en sus ojos y supo que aunque jamás lo dijera en voz alta, la quería tanto como ella a él.

Pensó en las otras, en las otras dos hermanas mayores que había conocido y que habían muerto jóvenes, y en el hermanito que no llegó a celebrar su primer cumpleaños.

—Supongo que es una suerte que solo quede yo —dijo. El lazo que los unía se había fortalecido aún más—. ¿Crees que podré escribirte? —No quería perder el contacto por completo, aunque no volvieran a verse nunca más.

—Puedes probar. Quizá los barcos mercantes puedan traer cartas. Yo tendré que encontrar a alguien de confianza en Nagasaki que pueda traerme tus misivas. Veré qué se puede hacer...

Midori había pensado que la prisión sería menos dura por la noche, cuando no pudiese ver la suciedad que la rodeaba o a sus miserables compañeros de celda, pero pronto se dio cuenta de que se equivocaba.

Con la oscuridad llegaron toda clase de sonidos, magnificados por su sentido agudizado del oído, con lo que su terror se multiplicó por diez. El ruido de las cucarachas y las ratas le hacía creer que el suelo estaba lleno de aquellas criaturas, aunque probablemente no hubiera tantas como imaginaba. Sentía el siniestro resoplido de la respiración de alguien muy cerca de su oído, a solo un brazo de

distancia. Pero lo peor de todo eran los gritos de alguna pobre alma a la que estaban torturando y que reverberaban por toda la prisión con una alarmante claridad ahora que ya no se oía la charla ni las quejas de nadie más.

Con el paso de las horas, Midori comenzó a calmarse e intentó mantener la cabeza fría para pensar en algún plan. Tenía que hacer algo, tenía que haber alguna forma de salir de allí, lo único que necesitaba era una estrategia. Por desgracia, el terror la había paralizado mentalmente y era algo contra lo que no podía hacer nada. Se lo propuso de nuevo, respiró hondo varias veces e intentó meditar.

Oyó cómo se abría la puerta, pero mantuvo los ojos cerrados y siguió con su mantra. Profundizó más y más en su mente, quería llegar a un estado de calma total. Ya casi estaba allí, cuando alguien la agarró del brazo y la obligó con brusquedad a ponerse en pie.

—Te toca. El juez quiere verte —lo informó una voz áspera.

—¿Qué? ¿Quién? ¡No! ¿Adónde me llevas? —Midori estaba confundida y atontada, su cerebro aún no había regresado del todo a la tierra. Solo una cosa era segura, no quería que la llevaran a ningún otro lugar. Aquella celda quizá fuera una pesadilla, pero allí había cierta seguridad.

El guardia prestó oídos sordos a sus protestas y la sacó de la celda. Atravesaron un patio y cruzaron una gran puerta con Midori resistiéndose con todas sus fuerzas. Pero no le sirvió de nada, el hombre era muy fuerte. Prosiguieron por un largo pasillo donde los gritos de los torturados se oían todavía con mayor claridad. El terror le encogió el estómago. No tenía miedo al dolor del día a día, como cuando uno sufría un accidente o resultaba herido en un combate, pero el que se infligía allí, a propósito, era algo totalmente diferente. Pensar en ello solo empeoraría las cosas, así que intentó memorizar el trayecto. Si quería escapar de aquella prisión, debía conocer el lugar.

El hombre se detuvo por fin y llamó a una puerta. Alguien la abrió desde dentro con un chirriante sonido de bisagras. Con la mano aún aferrando el brazo de Midori, la hizo pasar y la condujo hasta el centro de una sala larga y tenuemente iluminada. Se parecía un poco al gran salón de Ichiro, aunque a menor escala. Los rollos pintados que decoraban las paredes estaban un tanto deshilachados en los extremos y el tatami no parecía muy limpio. Aun así, era una sala impresionante, sin duda diseñada para intimidar a los acusados. Se respiraba el miedo en el aire y Midori intentó no inspirar profundamente para que no entrara en su cuerpo.

—Puedo caminar yo sola —dijo entre dientes, pero el guardia se negó a soltarle el brazo.

Echó un rápido vistazo a su alrededor para intentar ver a qué o a quién se enfrentaba. En el estrado, al otro lado de la habitación, había un hombre pequeño y marchito, vestido de negro y con un sombrero a juego. Estaba sentado sobre una silla blanca. La puntiaguda perilla y el largo y lacio bigote, junto con la forma alargada de su rostro y unos ojos casi invisibles, hacían que pareciera una rata disgustada. Cuando

comenzó a hablar, Midori no se sorprendió al ver que sus dientes delanteros eran bastante grandes y protuberantes. Se concentró en la imagen de un roedor para no pensar en todas las escenas que se agolpaban en su cabeza, y no mostrar así señal alguna de miedo. *Yo no les tengo miedo a las ratas.*

—Kumashiro Midori —dijo el hombre—. El sogún ha ordenado tu arresto por ser una gaijin y una traidora. ¿Tiene algo que decir?

—No soy ninguna gaijin, mi señor. Soy una verdadera *nihonjin* y lucharía hasta la muerte por mi país y por el sogún. Las acusaciones son falsas y no sé quién las ha hecho —dijo desafiante, alzando la barbilla un poco para dar más énfasis a sus palabras.

—Sabemos de buena fuente que tu madre era una extranjera y una cristiana. Por su culpa estás contaminada —dijo el hombre con voz fría.

—¡No! —exclamó quizá con demasiada energía. Respiró hondo para tranquilizarse antes de proseguir. Tenía que conservar la calma, tenía que convencerlos de alguna manera—. Es decir, sí, mi madre era una extranjera, pero yo no adopté su fe. Sigo las enseñanzas de mi padre, nada más.

—No lo creo. Te han estado observando. —El hombre ojeó varios papeles hasta encontrar lo que buscaba—. Aquí dice que te han oído rezar al dios cristiano y que tienes un símbolo que implica la aceptación de esa fe. —Hizo una señal a alguien a su lado que alzó una pequeña cruz de oro que colgaba de una cadena. Midori la miró estupefacta.

*¡No puede ser!*

—¿Es esto tuyo? —Cara de rata cogió la cruz de las manos de su asistente y se la arrojó con desdén. Gracias a sus rápidos reflejos, Midori atrapó el colgante y lo miró incrédula, casi con desprecio. *Una cosa tan pequeña y bonita, pero tan peligrosa. Debí deshacerme de ella.*

—Era... era de mi madre. Me lo dejó como recuerdo, pero no significa nada más que eso para mí. Lo juro. —Frustrada, apretó los puños y metió el colgante dentro del bolsillo secreto de su manga. ¿Cómo se habían hecho con la cruz? Pensaba que la había escondido bien. Ahora se daba cuenta, sin embargo, de que quién registró su cesta debió de descoser la costura, sacar la cruz y luego volver a coserla. Maldijo entre dientes; debería haberse asegurado. Pero ¿quién habría hecho algo así y por qué? Alguien en el castillo la había estado espiando, quizá una de sus criadas.

—Veo que no nos vas a poner las cosas fáciles. —El hombre asintió con la cabeza, como si aquello fuera algo esperado—. Bien, pronto veremos cómo cambias tu versión. Átala y llévatela. —Con un movimiento de muñeca, dio la vista por terminada y el guardia la empujó hacia donde se encontraban dos hombres de aspecto fiero.

—¡No! Lo puedo demostrar. Firmaré una declaración, lo que sea... —Midori intentó hacerse oír pero una bofetada la acalló.

—Vamos. —El hombre más alto de los dos la sacó de allí a rastras y entonces

supo que Ichiro había estado en lo cierto, nadie la iba escuchar. Nadie la iba a creer.  
Había perdido.

Al otro lado de la puerta principal de la prisión, Nico se preguntaba si no habría perdido el juicio. *¿Cómo demonios me he ofrecido a esto?* Un hombre sensato habría subido a su barco, un hombre sensato no se habría involucrado en aquel absurdo intento de rescate por un mal entendido sentido del deber para con una mujer a la que solo había visto una vez. *Aunque sea una extranjera aquí, como yo.* No tenía ninguna garantía de que Kumashiro no lo dejase abandonado a su suerte después de haberse servido de él. Después de todo, apenas conocía a aquel hombre.

Nico suspiró. *Es evidente que he perdido el juicio, pero ahora la suerte está echada y hay que seguir hasta el final.*

De acuerdo con las instrucciones del noble, derramó una jarra entera de sake sobre su chaqueta y bebió un par de tragos. Los vapores del alcohol y el olor dulce del vino de arroz le estaban dando náuseas, pero tragó saliva e intentó ignorarlo. Hizo acopio de sus mejores trucos de actor y comenzó a avanzar por la calle de la prisión. Iba dando bandazos, como si estuviera borracho, y se aseguró de tropezar con cualquier cosa lo bastante grande como para hacerle perder el equilibrio. Llenó los pulmones de aire y comenzó a cantar a voz en cuello una estridente cancioncilla, la única que recordaba en aquellos momentos. Por dentro, rezaba.

El efecto de aquel espectáculo fue casi instantáneo, como Kumashiro había predicho. La puerta se abrió de golpe y unos guardias salieron del complejo de la prisión como si estuvieran bajo ataque. En unos segundos, tenían a Nico rodeado. Lo apuntaron con sus espadas, y él alzó las manos en señal de rendición, mientras se reía a carcajadas. Después terminó su canción con un gran eructo y un ataque de hipo.

—¿Qué es esto? *Nani?* ¿Vais a desfilar? —Se balanceó de forma exagerada, hizo como que bailaba, dio unos pasos atrás, y casi se cae al tropezar con sus propios pies.

El hombre que parecía estar al mando le contestó con una retahíla de palabras en japonés, y aunque Nico entendió lo fundamental, fingió ignorancia y alzó su botella de sake para saludarlo torpemente.

—*Kampai!* —Y asintió con la cabeza—. Salud.

Volvieron a dispararle más palabras en japonés, pero Nico solo parecía contrariado porque la jarra estaba vacía. La sacudió varias veces, para confirmar que no quedaba nada.

—¡Quiero más! —gritó—. *Mo ichi* —repitió en japonés, señalando la botella.

El jefe de la guardia mantenía ahora una conversación entre susurros con un oficial. Nico oyó que decía: «baka gaijin», extranjero idiota, varias veces, lo que consideró una buena señal. Si lo tomaban por tonto, no lo considerarían peligroso. Señalaron varias veces hacia la prisión, y en dirección contraria, hacia el puerto,



como si los dos hombres no se pusieran de acuerdo sobre qué hacer. Nico los ignoró y comenzó otra canción que era cualquier cosa menos melodiosa.

Un grupo de hombres que parecía regresar a casa después de pasar la noche en la ciudad interrumpió la conversación.

—¿Qué pasa aquí? ¿Podemos ayudar? —lanzó uno de ellos.

—Sí, cumpliremos con nuestro deber cívico —gritó otro, o al menos eso es lo que a Nico le habían dicho que iban a decir. Kumashiro le había preparado para que detectara si las cosas iban bien o no. Fingió no prestar ninguna atención, pero escuchó y comprendió algunas palabras por las que dedujo que la conversación había ido más o menos como Kumashiro había planeado.

—No es asunto vuestro —dijo el jefe de la guardia con altanería, pero su compañero le susurró algo al oído que lo hizo mirar a Nico de nuevo—. Hum —murmuró.

—¿No les estará molestando ese extranjero idiota? —insistió el hombre—. ¿Lo arrojamos al mar? —Sus compañeros rompieron a reír a carcajadas y a gritar con entusiasmo su total disposición.

—Sí, sí, al agua, así aprenderá. Son todos unos engreídos estos gaijin.

—No, gracias. Lo vamos a arrestar. Tengo el asunto controlado.

El grupo de hombres protestó en voz alta.

—¡Oh, no, hombre!

—Quizá se haya perdido, no creo que sea peligroso.

—Sí, pero si va borracho...

—Nos ha ocurrido a todos, te pasas con el sake y cuanto te quieres dar cuenta...

El segundo oficial volvió a susurrar algo a su superior. Nico se moría de ganas de cogerlo por los hombros y sacudirlo. Estaba tan nervioso que no sabía cuánto aguantaría; tanto parloteo estaba llevando más tiempo del esperado y deseó estar a cien leguas de allí.

—De acuerdo, lo dejaré ir —dijo el jefe por fin—. ¿Os lo lleváis de vuelta vosotros? Puedo proporcionaros una pequeña escolta por si causa algún problema, pero necesito a la mayoría de mis hombres aquí.

—¿De vuelta adónde? —El hombre miró al guardia, como si no le hubiera comprendido.

—A la isla de Dejima, por supuesto —le espetó—. Llevadlo hasta la puerta y decidle al imbécil del guardia que la próxima vez que deje pasar a uno de estos idiotas a la ciudad, es hombre muerto.

—Oh, ya entiendo. Muy bien, eso haremos, ¿verdad? —El hombre miró a sus amigos, que asintieron sin dudar. Dos se acercaron a Nico, lo cogieron por los brazos y lo arrastraron con ellos.

—Vamos, es hora de ir a la cama. Cama, ¿entiendes?

—Quiero sake. —Nico insistía petulante mientras intentaba frenar con los pies su avance—. ¡Más sake!

—Sí, sí, te daremos más, ahora vamos.

El hombre se despidió de los guardias con un movimiento de mano mientras decía:

—No se preocupen, no necesitamos ayuda. Solo es un pobre borracho y además extranjero, nos las arreglaremos.

—Muy bien. Gracias. —Todos se inclinaron, incluyendo Nico, al que uno de sus nuevos amigos obligó a agachar la cabeza con un manotazo. Los guardias de la prisión comenzaron entonces a desaparecer dentro del complejo una vez más, como hormigas en su hormiguero. El grupo de civiles borrachos prosiguió su avance por la calle y dobló una esquina. Cuando supieron que desde la cárcel no los podían ver, comenzaron a correr como almas que lleva el diablo y no se detuvieron hasta alcanzar la parte más oscura del puerto.

Al principio, sumergida en la tristeza, Midori apenas se resistió cuando la cogieron de los brazos y ni siquiera le preocupó adónde la llevaban. Supuso que la iban a torturar y el lugar donde lo hicieran carecía de importancia. Lo único que podía hacer era rezar para que cometieran un error y la mataran rápidamente. Mejor eso que...

Su mente se rebeló y una nueva energía se apoderó de su cuerpo, tomándola por sorpresa. *No, ¡no quiero morir!* Y desde luego tampoco quería que la torturaran. *Tengo que hacer algo.* Siguiendo un impulso, se lanzó contra el guardia de su derecha, que no supo reaccionar. Le rodeó el cuello con los brazos desde atrás para que la cuerda que unía sus muñecas le cortara el suministro de aire. Cruzó las manos detrás de su cabeza y de esta forma improvisó una especie de garrote, luego apretó con todas sus fuerzas, nacidas de la desesperación y el miedo. De repente se sintió viva. Su destino estaba en sus manos de nuevo y eso la hizo sentir bien.

—*Chikusho!* —exclamó, una de las maldiciones favoritas de su padre. Les dio las gracias a los dioses por llevar todavía el hakama y no un incómodo kimono. Con las piernas enrolladas alrededor de la cintura del hombre, procuró mantenerlo erguido, porque aquella era la forma de asegurarse de que no se soltaba. El guardia luchó para apartar sus manos y la cuerda de su garganta. En sus frenéticos intentos por liberarse, comenzó a dar bandazos de un lado a otro. Aquello protegía a Midori hasta cierto punto del ataque del otro guardia, que pretendía abalanzarse sobre ella. Lanzó las piernas un par de veces contra el segundo guardia, apuntando a sus partes íntimas, y tuvo la satisfacción de oírlo gemir de dolor.

El guardia al que estaba aferrada se lanzó de espaldas contra la pared, sorprendiéndola. El golpe casi la dejó sin respiración. Además, su cabeza impactó con el marco de una puerta, lo que la aturdió durante unos segundos. Pestañeó con fuerza para aclarar su visión y luchó por coger aire, pero disminuyó la presión con la que intentaba estrangular al hombre. Podía sentir su pánico. Entonces notó que perdía fuerzas y rezó para que muriera rápidamente.

Cuando por fin se desplomó, el otro guardia se lanzó a por ella. Por desgracia, no fue lo bastante ágil para esquivarlo. Su rostro era una máscara deformada por la rabia.

—En pie —le dijo, pegando su cara a la de ella y obligándola a levantarse. Midori se resistió de nuevo a patadas, pero esta vez no consiguió nada—. Oh, no, ni hablar, *ama*.

La agarró del pelo mientras comprobaba con un pie si su compañero había muerto.

—Pagarás por esto, ya lo verás. —Y se la echó a un hombro, dejándola de nuevo sin aliento. La desesperación se apoderó otra vez de Midori, drenando toda su energía. *He fallado*.

Un lejano sonido se abrió camino entre la niebla de su desánimo y de repente, el hombre que la llevaba a cuestas la soltó y ella cayó, golpeándose el hombro. Cuando alzó la vista, vio que el guardia la miraba con una extraña expresión. De su garganta se escapó un agónico gorgoteo y se desplomó, pero antes de que impactara contra el suelo, una figura vestida de negro lo cogió desde atrás. Midori contempló casi sin aliento cómo el atacante sacaba el cuchillo que le había clavado en el cuello. Los ojos de su rescatador los habría reconocido en cualquier parte.

—¡Ichiro! —No emitió ningún sonido pero su boca formó el nombre de su hermano.

—Vamos —le dijo al oído—. No hay tiempo que perder.

Su corazón, que no había parado de hacer cabriolas en su pecho, recuperó su posición normal. Se incorporó a toda velocidad y se dejó guiar por la mano que la había agarrado y que la hizo pasar por una puerta cercana antes de que llegara nadie más.

Varias sombras los siguieron. Otras revelaron su presencia al apartarse de las oscuras esquinas del patio para correr en una silenciosa procesión hacia la libertad. No había tiempo de mirar alrededor mientras con tranquila eficiencia y gran velocidad, los hombres sombra trepaban por una escalera de cuerda negra que alguien había colgado de una pared. Por allí no parecía haber ningún guardia, pero Midori no tuvo tiempo de preguntarse por qué. Cuando llegó su turno, escaló tan rápido como pudo con la ayuda de alguien que tiró de ella desde arriba y varias manos que la empujaron desde abajo. En todo momento esperaba escuchar un grito que delatara su ascenso, pero no se produjo. Oyó un jaleo de risas y voces en la distancia, pero nada más.

Al otro lado del muro la esperaba un palanquín, tan oscuro como sus rescatadores y casi igual de invisible. Prácticamente se lanzó a su interior de cabeza y nada más entrar, este se puso en marcha. Alguien que corría a su lado echó las cortinas y la dejó en total oscuridad. Con el vaivén de la carrera Midori se podría haber mareado, pero no fue así. En su lugar, el júbilo comenzó a recorrerle todo el cuerpo e inspiró el aire algo rancio del palanquín, que comparado con el hedor de la prisión, era casi como un perfume para sus sentidos.

Ichiro la había rescatado y por eso le estaría eternamente agradecida.

Cuando por fin pudo salir del palanquín, vio que su hermano la esperaba cerca de la orilla, vestido con un ropaje idéntico al de sus hombres. Todos se fundían con el paisaje del puerto y solo su voz le indicó cuál era su situación exacta.

—¿Estás herida? —le preguntó con una nota de preocupación en la voz que raramente había escuchado antes.

—No, pero me siento muy sucia. —Buscó sus manos en la oscuridad y se aferró a ellas—. No puedo agradecértelo lo suficiente. Yo... No tienes ni idea de lo que... Iban a...

—Lo sé. No pienses más en eso, se acabó. Hiciste muy bien en matar a un hombre, nos facilitó tu rescate y pudimos ser más rápidos. No tenemos mucho tiempo, debemos ir al barco ya. El capitán nos espera. Y recuerda, no te dejes ver hasta que el barco haya zarpado, por si hubiera otros buques cerca.

—Lo prometo. Pero Ichiro, tú también debes tener cuidado. Hay un traidor entre tu gente. —Le contó lo de la cruz y su hermano soltó una maldición cuando la sacó de la manga para enseñársela.

—Lo sabía. No te preocupes. Llegaré al fondo de todo esto, no tengas miedo.

Justo en ese momento, la luna salió y Midori pudo ver un pálido rostro que asomó por unos segundos tras un árbol cercano y que desapareció casi al momento. Fue tan fugaz que al principio dudó de si lo había visto. Entonces recordó algo y supo, con total seguridad, quién era el traidor. La rabia casi la ahoga, pero logró dominarse y fingió que perdía el equilibrio. Cuando su hermano la cogió a tiempo, le susurro algo al oído.

Ichiro avanzó hacia el árbol directamente y quien estaba escondido tras él salió corriendo, demostrando así su culpabilidad. Los otros hombres ya se habían dado cuenta de que algo ocurría y siguieron a su señor hasta cercar al espía desde diferentes ángulos. El traidor no tenía ninguna posibilidad de escapar y al final, fue afortunado por morir de forma rápida, con un cuchillo entre los omóplatos. Era un castigo demasiado leve.

Midori esperó junto a la orilla y cuando Ichiro regresó jadeando, le preguntó:

—¿Tenía razón?

Su hermano asintió.

—Sí, Satoshi está muerto. Si no lo veo con mis propios ojos jamás lo habría creído capaz de semejante traición. A partir de ahora no confiaré en la gente con tanta ligereza. Gracias, sin duda me has ahorrado muchos problemas.

—Lo celebro.

Había llegado el momento. La acompañaron a la orilla, donde una pequeña embarcación de remos la aguardaba. Ichiro la cogió de la mano para que no perdiera el equilibrio y después subió de un salto.

—¿Estás seguro de que haces bien en venir? —le preguntó.

—Sí, quiero ver dónde te van a meter.

—Pero es demasiado peligroso, alguien podría verte.

—Si alguien me ve, será lo último que haga. —Asintió hacia la orilla, donde las oscuras sombras se ocultaron tras árboles y rocas. Si alguien más lo había seguido, sus hombres se encargarían.

Para sorpresa de Midori, todos se inclinaron a modo de despedida. Aquello era un honor, mostraban su respeto a la hermana gaijin del daimio. Profundamente conmovida por lo inesperado de su gesto, les correspondió con otra inclinación. Les debía la vida.

El barco anclado en el centro de la bahía parecía grande, pero a medida que se acercaban, surcando las oscuras aguas, fue ganando en tamaño hasta que Midori se sintió casi insignificante. Se mecía con suavidad arriba y abajo con las pequeñas olas. Por un momento, la joven tuvo la tentación de dar media vuelta y salir corriendo a toda velocidad, como si huyera de un enorme monstruo, pero en su lugar, respiró hondo e intentó guardar la calma. Daba igual lo aterrador que fuera el viaje, seguramente no sería peor que lo que acababa de vivir.

El olor a agua salada se mezclaba con el ácido aroma de la brea y la madera mojada. Había algunas lámparas encendidas en cubierta, pero el barco estaba casi a oscuras. También parecía extrañamente en silencio mientras subían por la larga escalera de cuerda hasta llegar a la cubierta. Midori bajó de un salto y esperó a Ichiro.

—¿Dónde está todo el mundo? —Miró a su alrededor con curiosidad. Nunca había visto nada igual. El barco era grande y pesado, con una cubierta limpia y unas enormes velas que ahora estaban plegadas. Las cuerdas eran gruesas como sus brazos y estaban enrolladas en pilas repartidas por el barco. Sobre sus cabezas se alzaban varios mástiles que parecían llegar casi hasta el cielo. Se preguntó cómo algo tan pesado podía flotar.

—Quizá estén aprovechando su última noche libre antes de embarcar. —Ichiro también miraba con interés a su alrededor, pero con ojos más críticos, como si no estuviera seguro de que todo estuviera preparado. Tras el escrutinio asintió, aparentemente satisfecho con lo que había visto.

Un hombre avanzó hacia ellos desde la parte posterior del barco y Midori lo reconoció al momento, se trataba del capitán Noordholt. Su porte, alto y musculoso, lo hacía inconfundible incluso en la oscuridad, y por alguna razón su corazón comenzó a latir más rápido. La luz de una única lámpara enfatizaba sus rasgos, haciéndole parecer como un ser de otro mundo. El capitán se detuvo a unos pasos de los dos hermanos y se inclinó con cierta inseguridad, como si no tuviera claro cuál sería el ángulo correcto. Los dos recién llegados contestaron a su saludo con otra reverencia y Midori vio con asombro como Ichiro casi se inclinaba tanto como el

extranjero, como habría hecho con alguien de rango superior.

—Bienvenidos, Kumashiro-sama, señora Midori —dijo Nico en un balbuceante japonés.

—Gracias. —Midori vio que los dos hombres intercambiaban miradas de complicidad, como si se estuvieran diciendo algo, y después, ambos asintieron y sonrieron, lo que la dejó aún más confundida. ¿Qué estaba pasando ahí? Pero antes de que tuviera tiempo de preguntar, Ichiro comenzó a darle las últimas instrucciones en voz baja y perdió su oportunidad.

Cuando hubo terminado, se volvió al capitán.

—¿Está todo listo para la partida?

—Sí. Los aposentos de la señora Midori están por aquí. Si me acompañan, por favor. —Les indicó con una señal el camino y lo siguieron hasta un pequeño camarote en la popa, al que se llegaba tras pasar por una escotilla y bajar unas escaleras. El capitán tuvo que agachar la cabeza para no golpearse con el dintel, a diferencia de Ichiro que, al ser más bajo, entró sin problema alguno—. Me temo que esto es todo lo que puedo ofrecer. —Miró a Midori como si se disculpara—. Mi camarote está justo encima. Si necesita algo, solo tiene que dar unos golpes en el techo. —Y volvió a inclinarse.

—Gracias, capitán. Estoy segura de que estaré muy bien aquí. —Nada más echar un vistazo a su alrededor, supo que no iba a ser así. Pero no tenía otra opción y no dudó de las palabras del capitán, seguramente sería uno de los mejores camarotes del barco.

Ichiro le ofreció una gran bolsa de monedas de plata y le agradeció al capitán llevar a su hermana a Inglaterra. El capitán Noordholt dedicó una enigmática mirada a Midori antes de contestar.

—Será un placer. Ahora os dejo.

Midori inspeccionó sus pertenencias antes de volverse para abrazar a su hermano. Aquel gesto europeo le pareció extraño y adecuado al mismo tiempo; además, su hermano no se apartó.

—Gracias de nuevo. Eres el mejor de los hermanos —susurró, mientras intentaba no pensar en el hecho de que quizá aquella fuera la última vez que lo veía. Ichiro le devolvió el abrazo, un tanto incómodo, y permanecieron así durante unos segundos. Sintió cómo temblaba por la emoción, y supo que a ella le ocurría lo mismo. *Te echaré muchísimo de menos.*

—Jamás te olvidaré —le susurró su hermano—. Rezaré a los dioses y a los espíritus para que te cuiden y espero que puedas enviarme una carta para decirme que has llegado sana y salva.

Los ojos de Midori se llenaron de lágrimas y pestañeó con fuerza para evitar derramarlas.

—Yo tampoco te olvidaré. Ten cuidado tú también, y escíbeme si puedes. Takano-san ha prometido actuar como mensajero entre los dos, ¿no? —preguntó,

intentando que no le temblara la voz.

—Sí, todo lo que le envíes, me lo hará llegar a mí.

—Bien. Ahora vete, estaré bien. —De repente quería que aquella despedida acabara ya. Le resultaba demasiado doloroso ocultar sus emociones y si Ichiro no se iba pronto, sabía que se desmoronaría y le suplicaría que le dejara quedarse con él. No podía deshonrar así a la familia.

Su hermano pareció comprenderla y no retrasó más su marcha.

—Que los dioses te acompañen, hermanita.

Midori se sentó en su estrecho camastro y escuchó cómo las olas golpeaban el casco del barco. Como aún estaban anclados en el puerto, el balanceo apenas era perceptible, solo un ligero vaivén. La madera del buque crujía continuamente y desde donde estaba, podía oír sin problemas los pasos de alguien haciendo la ronda para comprobar que todo estaba en orden. Cuando dichas pisadas se acercaron a su camarote, se puso tensa, pero enseguida se alejaron de nuevo. Después solo hubo silencio.

Se sentía increíblemente sola por segunda vez aquella noche y en un momento de autocompasión, se preguntó si quizá no habría sido mejor morir. Sin embargo, desechó aquel pensamiento: ella quería vivir. Aunque eso significara dejar todo lo que conocía atrás y forjarse una nueva vida.

La sensación de haber sido tratada de manera injusta comenzó a apoderarse de ella, pero desechó esa idea antes de que terminara de asentarse en su cabeza.

—Jamás sientas compasión de ti misma y nunca te quejes de lo que te ha tocado en la vida —le había enseñado su padre—. Es inútil. —Por supuesto, aquel consejo había sido fácil de seguir cuando era la hija mimada de un daimio, pero sabía que no importaba qué le arrojara el destino, ella podría soportarlo. Era una luchadora.

Había demostrado ser una buena marinera en su viaje al sur y no tenía miedo a navegar en el mar. Su estómago ya se estaba acostumbrando al movimiento ondulante del barco, y aunque los espantosos olores del agua de la sentina en la cubierta inferior contaminaban el aire, no había tenido náuseas. Sin embargo, sintió cierto hormigueo en el estómago al recordar las palabras del capitán cuando se conocieron: dejar que viajara en un barco con más de ciento veinte marineros era una locura.

Midori respiró hondo para calmar los nervios.

—Ya es demasiado tarde para preocuparse por eso —se dijo a sí misma. Quería creer que el capitán podría mantenerla a salvo de la tripulación. Para hacerle las cosas más fáciles, había decidido permanecer en su camarote todo el tiempo que le fuera posible y salir a cubierta solo cuando el capitán pudiera acompañarla.

De repente, alguien llamó a su puerta. Se puso en pie al instante y de forma instintiva buscó sus espadas, que había dejado preparadas y a mano ante un posible ataque.

—¿Sí? ¿Quién es?

—El capitán Noordholt.

Abrió la puerta y allí estaba, como invocado por sus pensamientos. Parecía enorme en aquel pasillo de techo bajo y no pudo suprimir un repentino estremecimiento de temor que le recorrió toda la espalda. El capitán la miró durante



un momento, pero no pudo descifrar la expresión de sus ojos, lo que la puso aún más nerviosa. ¿Era peligroso? ¿Podía confiar en él? Recordó el extraño intercambio de miradas entre su hermano y aquel hombre y deseó haber tenido tiempo de preguntar qué había pasado. Parecía que Ichiro había dado el visto bueno al capitán, pero ¿por qué?

—Me preguntaba si necesita alguna cosa —dijo el capitán. Su voz profunda y ligeramente ronca la tranquilizó un poco, pero al mismo tiempo, la perturbó de una manera extraña. Volvió a respirar hondo e intentó parecer tranquila.

—Sí, gracias. Los hombres de mi hermano trajeron todas mis provisiones, como ya sabe. —Dudó un momento porque no quería pedirle más favores—. Pero... ¿podría traerme un cubo de agua de mar todos los días, por favor? Iría yo a por ella pero...

—Por supuesto, le proporcionaremos agua potable diariamente.

—No, no, el agua es para lavarme. —Por alguna razón, hablar con el capitán sobre algo tan íntimo le hizo sentirse incómoda, aunque no tenía ni idea de por qué. Jamás se había sentido avergonzada de su cuerpo, pero por algún motivo, solo con pensar en desnudarse mientras él la miraba con aquellos ojos azules hacía que se le pusiera la carne de gallina. Ahogó una maldición. *¿Qué me está pasando?*

—Ah, ya entiendo. Sí, claro. Haré que le traigan el agua. —Y añadió—: Si es posible, le asignaremos uno de los camarotes de los marineros para que lo utilice durante el viaje, pero me temo que tendrá que arreglárselas sin las comodidades a las que sin duda está acostumbrada.

—Gracias, pero estoy segura de que me apañaré bien aquí sola. —Midori no quería deberle más favores al capitán Noordholt.

Se hizo un incómodo silencio entre los dos.

—Así que al final decidió no contratar a los ninjas, ¿eh? —preguntó finalmente. Era más una declaración que una pregunta. Sus labios se curvaron en una esquina y sus ojos resplandecieron.

—Al final los necesitamos para que me rescataran. —Midori intentó quitarle hierro a la amenaza, sin entender bien por qué a él le parecía tan divertido. Una vez más le asaltaron las dudas. ¿Y si no respetaba su palabra ahora que Ichiro ya no estaba allí? ¿Y si la obligaba a desembarcar?—. Y como al final accedió a llevarme con usted, no necesitamos de sus servicios —añadió con brusquedad, haciendo especial énfasis en el verbo «acceder».

—Por supuesto. —Por un segundo su sonrisa se hizo más grande, pero enseguida se puso serio de nuevo—. Sé algo de lo que ha pasado. ¿Está usted...? Es decir, ¿está usted herida?

Midori se preguntó si de verdad le importaba. Después de todo, para él habría sido mejor que no hubiese podido subir al barco.

—No, no. Ichiro llegó a tiempo. —Se volvió hacia un pequeño ojo de buey para evitar así pensar en lo que podría haber sucedido—. Jamás debieron arrestarme. Lo

hicimos todo con mucho cuidado. Como le dije, el sogún no tolera a los extranjeros e incluso los hijos de los foráneos han recibido orden de abandonar el país bajo pena de muerte. Sin embargo, alguien quiso evitar que me marchara.

Ahora le tocaba a él fruncir el ceño.

—¿Por qué?

Midori se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizá tenga algo contra Ichiro, aunque lo más probable es que fuera un espía a sueldo de otro señor. Al menos el traidor ya está muerto, así que mi hermano está a salvo.

—Bueno, sea lo que fuere, permanecerá en su camarote hasta que zarpe —le ordenó.

Midori se molestó por aquel cambio de tono, aunque comprendía que era una orden lógica y ella misma había llegado a la misma conclusión.

—Muy bien, ¿cuántos miembros de la tripulación saben que estoy aquí?

—Solo un puñado.

—Pues esperemos que mantengan la boca cerrada.

—Ya me he encargado de eso.

—¿Ah, sí? —Lo retó, y vio que el capitán apretaba los labios. Se preguntó si sus hombres serían de fiar y si siempre obedecían a su capitán.

—Sí —dijo cortante, y Midori decidió que lo mejor sería no enfadarlo más. El capitán Noordholt permaneció en silencio durante unos segundos—. ¿Por qué el sogún odia tanto a los extranjeros? —preguntó finalmente.

—Cree que suponen una amenaza para su régimen. Debido a su fe cristiana. —El capitán parecía confundido, así que intentó explicarse mejor—. Según el dios cristiano, sus fieles le deben obediencia primero a él. Por supuesto, el sogún no puede permitir algo así, él es el único gobernante de Japón. Por eso debemos irnos.

—¿Y si se convirtiera... a la religión de sus paisanos?

—No es necesario que me convierta. Yo jamás he sido cristiana. Intenté aclararlo, pero no me creyeron. —Se estremeció cuando recordó la fría mirada del hombre rata. La quería muerta, la mera idea de matarla le proporcionaba placer, de eso no tenía ninguna duda. Por eso no estuvo jamás dispuesto a escuchar nada de lo que le dijera.

—Entiendo. Supongo que nada de eso se aplica a los comerciantes. Lo digo por si tengo que volver algún día, ya sabe.

—No, no lo creo. Los extranjeros están a salvo mientras no salgan de Dejima.

Apartó la vista por un momento, como si estuviera ponderando sus palabras, después volvió a mirarla de nuevo.

—Se equivocó, ¿sabe? —dijo con amabilidad y una extraña mirada en los ojos.

—¿Sobre qué?

Abrió la boca para contestar, pero pareció pensárselo mejor y negó con la cabeza.

—Oh, sobre nada —repuso.

Y con eso se marchó.

—¡Maldita sea!

Era una complicación totalmente innecesaria. Había estado a punto de decirle que era lo bastante hermosa como para tentar a cualquier hombre. *Incluso a mí. No, ¡especialmente a mí!*

Nico se sentó en su camarote, con la mirada fija en la oscuridad que se asomaba a una de sus ventanas mientras el barco se mecía suavemente en las olas del puerto. Las luces titilaban a lo largo de la costa mientras las gentes del lugar regresaban a sus casas alumbrándose con faroles. Aparte de eso, todo estaba en calma. *Salvo ella.*

La oía moverse por su pequeño camarote justo debajo del suyo y la imaginaba preparándose para acostarse. Se estaría quitando esa ropa de hombre que revelaba los contornos de su cuerpo como no lo haría el kimono femenino. Después se recostaría sobre la cama, cerraría esos magníficos ojos y extendería el abanico de sus oscuras pestañas contra sus suaves mejillas... Nico juró de nuevo ante la imagen que estaba creando en su mente e intentó controlar la reacción de su cuerpo.

—Por todos los santos —murmuró. Si era incapaz de controlar su imaginación, ¿cómo iba a evitar que el resto de la tripulación tuviera también fantasías con ella? Y sobre todo ¿cómo conseguir que no hicieran nada al respecto?—. No puedo perder el tiempo así —gruñó entre dientes. Pero entonces, ¿qué demonios hacía ahí sentado, pensando en ella?

No era más que una mujer. El mundo estaba lleno de ellas. Se aseguraría de que llegaba a Inglaterra sana y salva, y después la olvidaría, con la satisfacción de que había cumplido su palabra como un caballero.

—Pero ¿por qué demonios ha aparecido para atormentarme precisamente a mí? —se lamentó.

Aquel año, atracaron en Japón al menos otros tres barcos holandeses aparte del suyo, ¿por qué no pediría pasaje en uno de ellos? Suspiró y se pasó la mano por el pelo. Se masajeó el cráneo para apaciguar el dolor de cabeza que comenzaba a sentir.

Y sin embargo, sabía con toda probabilidad que estaba más segura con él de lo que lo habría estado con cualquier otro capitán de los que conocía. Una vez en el mar, la mayoría se habrían sentido legitimados para intentar algo con ella. Sin duda la habrían protegido del resto de los marineros, pero igualmente habrían intentado seducirla, sin importarles que se tratara de una señora de alto rango. Nico le había dado su palabra a Ichiro de que la protegería lo mejor que pudiera y había sido sincero.

—Como si no tuviera ya bastantes problemas con la tripulación. —Pero estaba casi seguro de que podría mantenerlos a raya si predicaba con el ejemplo. Y ahora se daba cuenta de que eso iba a ser lo más difícil.

Cuando Midori se despertó a la mañana siguiente, ya estaban en mar abierto. Su

camarote tenía dos pequeños ojos de buey, pero cuando se asomó por uno de ellos todo lo que pudo ver fueron las espumosas olas provocadas por el avance del barco y una oscura silueta en la lejanía. Tragó saliva y decidió que probablemente habría sido mejor no ver cómo se alejaba de la costa.

Un golpe en la puerta la devolvió al presente. Su corazón latía muy rápido cuando preguntó:

—Sí, ¿quién es? —En la mente se le agolparon imágenes de rudos marineros dispuestos a aprovecharse de ella, pero con esfuerzo consiguió desecharlas.

—Jochem, señora —dijo una voz joven y nada amenazadora desde el otro lado—. El capitán me dijo que tenía que traerle agua de mar todos los días.

La puerta tenía una gruesa barra, la levantó para dejar pasar al joven.

—Gracias, Jochem. Eres muy amable. ¿La puedes poner por ahí, por favor? —dijo señalando una esquina. El joven entró y depositó el balde con cuidado donde le había indicado—. Tú también hablas inglés, ¿eh? Creía que la mayoría de la tripulación era holandesa.

—Soy holandés, señora, pero mis padres eran ingleses, como los del capitán. Mi padre era comerciante de lanas y entre nuestros países hay una larga tradición mercantil. Decidió establecerse en Ámsterdam, donde murió hace un par de años. Mi madre sigue allí.

—Entiendo. —Midori no sabía nada de la familia del capitán y jamás se le había ocurrido pensar dónde habría aprendido inglés. Ahora se daba cuenta de que debió preguntarle por su formación y sus credenciales antes de solicitar pasaje en aquel barco, pero en su primer encuentro nada le había parecido tan importante como asegurarse su salida de Japón.

—¿Necesita algo más, señora? —Jochem abrió mucho sus enormes y dulces ojos marrones, como si hubiera quedado extasiado al verla. Midori tuvo que morderse el labio para no reír a carcajadas. Nadie jamás la había mirado con esa adoración. Decidió fingir que no se había dado cuenta.

—El capitán mencionó que podrías traerme algo de beber. Supongo que todo el mundo recibe su ración diaria.

—Por supuesto. Ahora mismo. —Se inclinó, sin dejar de mirarla, pero se levantó demasiado rápido y se golpeó la cabeza con el dintel de la puerta—. ¡Ay! Perdón.

Midori disimuló otra sonrisa. Lo último que quería era que perdiera el conocimiento de un golpe en su ansia por complacerla. Si aquel muchacho quedaba incapacitado para trabajar, sin duda el capitán le echaría la culpa a ella.

Regresó poco después con una jarra metálica. Midori la aceptó agradecida y dio un sorbo que casi escupe al momento.

—Puag, ¿qué es esto?

—Es cerveza, señora. —Jochem parecía preocupado—. ¿No le gusta?

—Bueno... ¿seguro que no hay nada más?

—Eso es lo que bebemos todos, pero supongo que podría beber agua de lluvia,

mientras aún nos queda.

—Gracias, lo prefiero. La podría usar para preparar *o-cha*, té verde. Aunque supongo que debería acostumbrarme a vuestras bebidas. —Midori suspiró—. ¿Es esto lo que bebes en tu país?

Jochem asintió, todavía con aire inseguro y cambiando el peso de un pie al otro.

—Pues tendré que aprender. —Le dedicó una amplia sonrisa para tranquilizarlo y él la miró con los ojos muy abiertos—. Pero de momento, te agradecería que me trajeras solo agua.

—Sí, señora. Ahora mismo.

Durante varios días no vio a nadie más que a Jochem y la monotonía se le hacía tan insufrible que incluso hablar con el joven, que no era muy espabilado, se convirtió en el acontecimiento de cada día. Estaba tan aburrida que casi se sintió tentada a aventurarse fuera de su camarote. Sin embargo, todavía tenía muy presentes las advertencias del capitán sobre su díscola tripulación y consiguió contenerse. En su lugar, intentó matar el tiempo escribiendo poemas y manteniendo el camarote y su persona escrupulosamente limpios.

Para no perder la forma física, también procuraba ejercitarse como podía en aquel reducido espacio y practicaba con sus espadas. No era fácil. En una ocasión falló y una de las espadas se quedó clavada en un lado de su camastro con un sonoro golpe que el capitán acudió enseguida a investigar.

—¿Va todo bien? —preguntó irritado tras golpear repetidamente la puerta.

—Sí, solo practicaba. —Blandió la espada en una serie de movimientos circulares a escasos centímetros de su nariz. El capitán dio un paso atrás y la miró con el ceño fruncido.

—¿Aquí? ¿Es que se ha vuelto loca? ¡No hay espacio!

—Aun así, tengo que intentarlo. Es la única forma de no perder destreza. Usted dijo que no estaba seguro de poder defenderme, así que tengo que estar preparada.

El capitán abrió la boca para contestar, pero la volvió a cerrar rápidamente. Después dio media vuelta y se marchó sin decir nada. Midori lo miró confusa.

—Y estoy muy bien, gracias por preguntar —murmuró a sus espaldas.

—¿Prácticas con la espada? ¿Y qué será lo próximo? —murmuró entre dientes y sin saber muy bien por qué aquello le molestaba tanto.

Le debería parecer bien que no fuera una joven indefensa y desamparada, pero la imagen de una mujer blandiendo una espada tan afilada como las suyas le revolvía algo por dentro. ¿Y si se hacía daño? ¿O hería a otra persona, como al grumete, por ejemplo?

Por otro lado, la había visto en acción aquel día que se conocieron y parecía saber

lo que hacía. Aun así, no le parecía correcto y no podía evitar preocuparse.

*Maldita sea, pero qué magnífica estampa luchando como una fiera, con su hermoso cabello flotando tras ella como la seda. Le gustaría entrenar con ella, aprender algunas de sus técnicas y luego enseñarle que no todos los extranjeros eran tan torpes como Barker y sus colegas. Pero eso sería una locura, y no es conveniente que salga de su camarote.*

—¡Maldita sea!

Tenía que dejar de pensar en Midori o jamás llevaría el barco a puerto. Que jugara con sus espadas cuanto quisiera, ¿a él qué más le daba?

*Voy a mantenerme alejado de ella.*

Nico se mantuvo firme en su determinación de no hablar ni acercarse a Midori durante dos días, después ocurrió algo que le hizo olvidar todos sus buenos propósitos. Al tercer día, se detuvo por un momento junto a la borda del buque, apoyó los codos sobre la barandilla y contempló el mar. Algunas personas encontraban la vasta extensión del océano intimidante, pero para él, aquel horizonte infinito representaba la libertad y jamás se cansaba de admirarlo. En aquellos momentos, el agua estaba bastante tranquila y soplabla una suave brisa del noreste que los empujaba hacia Java. Nico inspiró profundamente aquel aire salado y frunció el ceño. Olía a quemado.

Se inclinó sobre la barandilla, miró a la derecha, luego a la izquierda y vio una nube de humo que se elevaba de dos ojos de buey no lejos de donde estaba. No tardó mucho en darse cuenta de a quién pertenecía aquel camarote. *¡Midori!*

—¿Qué demonios está haciendo jugando con fuego en un barco? —murmuró, y salió corriendo hacia la escotilla. ¿Habría prendido la ropa de cama? *No, es imposible. La vela de su lámpara no le habría durado toda la noche.* ¿Pues entonces qué?

Encontró a Jochem sentado con las piernas cruzadas junto a la puerta, cosiendo una vela y silbando suavemente. La repentina llegada de Nico lo hizo incorporarse precipitadamente.

—¿Va todo bien, capitán? —preguntó con cara de sorpresa.

—No, ¿es que no lo hueles? ¡El camarote está ardiendo! —Nico golpeó la puerta—. ¿Midori? —gritó—. Midori, ¿me oye? —Sintió que el estómago se le hacía un nudo. ¿Y si ya había sucumbido al humo? *De todas las tonterías que...*

Casi al momento, Midori abrió la puerta y miró al capitán con las cejas levemente arqueadas.

—Claro que le oigo, capitán. Creo que le ha oído toda la tripulación. ¿Qué ocurre?

Nico se asomó al pequeño cuarto y vio cómo una columna de humo ascendía en remolino desde una tabla de madera. Entonces lo comprendió todo, pero aunque su preocupación se disipó, el enfado ocupó su lugar.

—¿Qué demonios cree que está haciendo? ¿Se ha traído un *hibachi*?

Se quedó mirando el hornillo japonés que parecía un cubo de madera con una cavidad cuadrada y ribeteada de cobre en su centro. No se le había ocurrido inspeccionar sus pertenencias cuando las subieron a bordo, pero ahora se daba cuenta de que debería haberlo hecho.

Midori entornó un poco los ojos, pero conservó la calma.

—Mi hermano y yo pensamos que sería mejor que me preparase mi propia comida. Usted dijo que probablemente no tendría raciones suficientes para todo el viaje, ¿no es así?

Nico la miró furioso.

—Todos los capitanes tenemos los mismos problemas. Eso no significa que quiera que los pasajeros se pongan a cocinar. Es peligroso, podría provocar un incendio y todo el barco acabaría en llamas. El único lugar donde se permite hacer fuego es en la cocina, allí el suelo es de ladrillo.

—Le aseguro que tendré mucho cuidado. Mire —Midori señaló el hibachi—, solo uso un par de trozos de carbón para asar el pescado. El carbón procede de vuestra cocina y me lo trae muy amablemente Jochem. También lo uso para calentar agua para hacer el arroz o alguna sopa.

—Y si el barco se inclinase de repente, ¿entonces qué? El carbón ardiendo acabaría desparramado por el suelo, que, por si no se ha percatado, es de madera. O puede quemarse usted. Lo siento, pero no lo puedo permitir.

—Si las olas son altas, no cocinaré nada —insistió.

—¡No quiero que cocine nunca! —Nico apretó los dientes mientras intentaba contenerse, no sin dificultades.

Midori lo miró retadora.

—Este es mi camarote, he pagado por él con bastante plata como para tener el derecho a hacer lo que quiera en él...

—Y yo estoy al mando de este barco —lo interrumpió Nico, alzando la voz. Por el rabillo del ojo vio como Jochem comenzaba a alejarse en silencio hacia las escaleras—. ¡Quieto! —le gritó—. Quiero que te lleves el hornillo ahora mismo.

—No. —Midori se cruzó de brazos y se mantuvo firme—. Me niego a comer esa bazofia que prepara su cocinero.

Nico estaba a punto de contestarle cuando se percató de que su expresión se había relajado. Sacó una mano y la posó con suavidad sobre su brazo. Aquel gesto inesperado le aceleró de golpe el corazón. Después alzó la vista hacia él y lo miró con aquellos hermosos ojos de gata, grandes y luminosos en la luz que se reflejaba del mar. Sintió cómo sus objeciones se diluían y se perdió en sus verdes profundidades.

—¿No podríamos llegar a un acuerdo? —preguntó con voz suave y persuasiva—. Si juro por mi honor no utilizar el hibachi con mal tiempo, ¿me dejaría conservarlo? No soy tonta, capitán. No pondría en peligro la vida de todos los que vamos en este barco a propósito.

Le aguantó la mirada y aunque Nico intentó aferrarse a su enfado, fue incapaz. Sabía que no era idiota. Había demostrado ser una mujer inteligente e íntegra. Y por lo poco que sabía de los japoneses, estaba seguro de que si juraba algo por su honor, cumpliría con su palabra.

Se rindió.

—Oh, está bien, pero si le digo que no lo use, me obedecerá al instante,



¿entendido? El tiempo cambia sin avisar.

Midori asintió y le dedicó una sonrisa deslumbrante que lo dejó sin palabras.

—De acuerdo.

—Bien. Bueno, hum... pues... Bien. —Y salió a toda prisa hacia las escaleras, maldiciendo entre dientes—. Jamás debí dejar que subiera al barco —murmuró, aunque en el fondo sabía que la causa de su enfado no era tanto que hubiera usado el hornillo, sino su capacidad para convertirlo en un pelele.

Habría querido estrecharla entre sus brazos y besarla hasta la extenuación.

Midori contempló el *haiku* que tenía frente a ella y frustrada, arrojó el pincel. No sonaba bien. Le faltaba algo sustancial, pero por más que le daba vueltas, no se le ocurría qué podía ser.

Orilla lejana  
pedregosa, desalmada, áspera  
acógeme pronto.

—Ayúdame, padre —susurró, mientras miraba a su alrededor en busca de inspiración—. Su padre había sido un gran poeta. Escribió toda una colección dedicaba a su madre y había intentado que su hija siguiera sus pasos. Pero se había quedado atascada y al no recibir ayuda alguna de los espíritus, se dio por vencida de mala gana.

Alguien llamó a la puerta y se levantó a abrirla.

—¿Quién es? —preguntó, mientras seguía pensando en su poema.

—Jochem —dijo la voz al otro lado. Midori levantó la pesada barra con una sonrisa. *Alguien con quien hablar por fin.*

Pero Jochem no estaba solo. Apenas tuvo tiempo de ver los ojos asustados del joven cuando alguien lo empujó con fuerza al interior del camarote, haciendo que se golpeará la cabeza con la pared más cercana. El lugar de Jochem lo ocupó Barker, el hombre contra el que había luchado en Dejima. Imposible no reconocer la enorme nariz porosa y aquella mirada lasciva. La sonrisa de bienvenida se le heló en los labios.

—Así que tenía razón —murmuró—. El capitán te quería para él solo. Pues no me parece justo. Hay que compartir, ese es mi lema. Sobre todo si se trata de putas.

Midori dio un paso hacia atrás y lo fulminó con la mirada.

—Te aviso de que soy una señora y no pertenezco al capitán. No soy más que una pasajera. Por favor, sal de mi camarote.

—Desde luego te pega —dijo Barker—. Con esos aires que te das, ¿no? Pero pronto cambiarás de cantinela. —Sonrió y Midori se dio cuenta de que le faltaban casi todos los dientes. El marinero se abalanzó sobre ella. Midori Intentó agacharse y

coger las espadas, pero no fue lo bastante rápida y en unos segundos, la tenía atrapada contra la pared—. Bien, vamos a comenzar donde lo dejamos, ¿eh? —Con una mano le inmovilizó los brazos, mientras que con la otra comenzaba a manosearla sin miramientos.

Midori se defendió, retorciéndose, intentando golpearle en sus partes, pero todo fue inútil. Puede que aquel bruto no supiera manejar una espada, pero en la lucha cuerpo a cuerpo era mucho más fuerte que ella. Maldijo su suerte. Había pensado que si la atacaban, lo harían de noche, y había bajado la guardia. Ahora pagaría las consecuencias. Gritó con todas sus fuerzas, más rabiosa que asustada. En el último momento, giró la cabeza para evitar la asquerosa boca que se acercaba a la suya.

—¡Apártate de mí! Te mataré, cerdo... *bakajaro*...

El marinero no la escuchaba y Midori sintió que el pánico se apoderaba de ella mientras la rabia iba desapareciendo. Aparte de su breve estancia en la prisión, jamás se había sentido tan indefensa. Siempre había sabido defenderse, pero aquel hombre no le estaba dando ninguna oportunidad. No luchaba limpio y no le soltaba los brazos. Su enorme mano la sujetaba con fuerza por las muñecas. Cuando lo mordió en el hombro en un fútil intento por escapar, Barker la arrojó al catre, donde aterrizó con un ruido sordo. Rápidamente alzó la rodilla y consiguió alcanzarlo. Sin embargo, estaba demasiado concentrado en lo que tenía entre manos para que le importara. Solo consiguió que su empeño en violarla fuera mayor.

—Zorrita —murmuró, y Midori supo que estaba disfrutando.

Chilló de nuevo, pero una mano callosa y sucia le tapó la boca. Entonces ella lo mordió con fuerza, pero su piel era tan dura que apenas le dejó marca.

—¡Cállate mujer! No tardaré mucho.

Estaba desabrochándose los pantalones cuando de repente, alguien lo levantó y lo arrojó contra la pared contraria. Midori alzó la vista y vio el rostro desencajado por la rabia del capitán Noordholt, que la miró de pasada antes de agacharse y coger al hombre por el cuello de su andrajosa camisa. Después lo zarandeó salvajemente como si no fuera más que un saco de grano.

Midori cerró los ojos y se concentró en respirar. Pensar que las manos de Barker la habían tocado le hizo sentir náuseas, pero de alguna manera consiguió controlarlas y tragó la bilis que se había alzado hasta su garganta.

—*Godverdamme!* —El capitán arrojó furioso un torrente de palabras a Barker en holandés, antes de recordar que el marinero era inglés. Mientras Midori escuchaba un discurso semejante en la lengua de su madre, pensó que era un alivio no haber entendido nada de lo primero, aunque podía suponer por donde iban los tiros. Su atacante intentó defenderse e incluso hizo amago de atacar al capitán, pero acabó de nuevo en el suelo. Evidentemente, el capitán Noordholt sabía algo de lucha cuerpo a cuerpo.

Gritó algo a alguien al otro lado de la puerta y varios hombres entraron corriendo. Sacaron a Barker y por fin se hizo el silencio en el camarote.

—¿Está herida? ¿La ha...? —El capitán la miró con ojos encendidos, el fuego de la batalla aún presente en ellos.

Midori negó con la cabeza.

—No, no. Gracias, llegó justo a tiempo.

—Agradézcaselo a Jochem, no a mí. Él vino a buscarme, a pesar de estar herido. —Midori miró a su alrededor, pero no vio al joven—. Le están atendiendo —le explicó el capitán—. Tendrá que estar unos días sin criado. Tiene un buen chichón.

—Ya, bueno, por favor, dele las gracias en mi nombre, hasta que pueda hacerlo yo misma.

El capitán la miró enfadado.

—¿Por qué lo dejó entrar?

—Pensé que era solo Jochem. Barker obligó al chico a fingir que no pasaba nada.

—Debería haberse cerciorado antes. ¿No le dije que tuviera cuidado?

—¡Y lo tuve! ¿Cómo iba a imaginar que no estaba solo? —repuso Midori.

El capitán unió las manos tras la espalda como si intentara controlarse y apretó la mandíbula.

—Le dije que esto podría pasar. ¿Comprende ahora las dificultades de las que le hablaba? ¿Por qué se empeñó en subir a mi barco? —Prácticamente estaba gritando, los ojos le brillaban del enfado. Midori sintió cómo su indignación crecía.

—Supuse que sería capaz de controlar a sus hombres, al menos durante el día, y por eso bajé la guardia. No cometeré el mismo error en el futuro.

—Eso espero. Tendrá que ponerse de acuerdo con Jochem en alguna contraseña, o algo. —Guardó silencio durante unos segundos antes de añadir—: Barker recibirá su castigo. Nadie ataca a los pasajeros o a otro miembro de la tripulación en mi barco. Eso se lo garantizo. Y a ver si aprende usted a medir las consecuencias de sus acciones.

—¡Mis acciones! ¡Pero si yo no he hecho nada!

El capitán fingió no oírla.

—Por favor, cierre la puerta de nuevo y no deje pasar a nadie salvo a mí. Vendré a buscarla cuando llegue el momento.

El látigo cortó el aire y descendió sobre la espalda de Barker por décima vez. El marinero gritó, pero el látigo no detuvo sus constantes y rítmicas acometidas. Con cada impacto, su cuerpo se estremecía y la sangre, mezclada con sudor, corría por su espalda desnuda hasta la cintura, empapando el pesado tejido de sus pantalones.

Nico se volvió hacia donde estaba Midori, su rostro una máscara impassible. Miraba a Barker sin un ápice de pena o asco y no mostraba la típica expresión de horror mezclada con nerviosismo que se solía ver en los rostros de los que contemplaban un castigo como aquel. Nico estaba muy sorprendido.

Lamentó sus palabras en cuanto salió del camarote. *Este no es un espectáculo*

*para mujeres.* En otras circunstancias más normales, jamás habría insistido en que presenciara el castigo, ya fuera ella la causa o no. El problema era que, en lo que se refería a Midori, parecía incapaz de actuar con lógica y había hablado sin pensar. Solo imaginar lo que podría haber pasado lo sacaba de sus casillas y por eso lo había pagado con ella, a pesar de que sabía que no tenía culpa alguna.

Había esperado que Midori se marchara a su camarote, se desmayara o incluso que pidiera clemencia para Barker después de los primeros seis latigazos. Entonces, él se habría ofrecido a acompañarla y le habría pedido disculpas por obligarle a presenciar un espectáculo tan desagradable. Pero no hizo ninguna de esas cosas. En su lugar, se mantuvo impertérrita ante el resto de la tripulación. De hecho, se dio cuenta de que a más de uno se le escapaba una mirada de admiración y desconcierto. Mientras que algunos marineros se estremecían con cada latigazo, ella no movió ni un músculo.

*Tiene un aspecto casi regio.* Nico vio con satisfacción que había cambiado su habitual ropa por otro atuendo más femenino. Aunque el kimono era muy sencillo, azul marino, sin más adornos que el símbolo de su clan y un *obi* haciendo juego, la seda brillaba bajo la luz del sol, revelando su gran calidad. *Además, no es lo que lleva, sino cómo lo lleva lo que la hace destacar.* Sin duda habría estado igual de favorecida con un vestido de lana casera.

*Quizá esto sea lo correcto después de todo.*

En caso de que algún otro tenga las mismas intenciones que Barker, ahora podía ver a qué clase de mujer se enfrentaban. No se trataba de una fulana cualquiera de taberna a la que se podía convencer con facilidad, sino una mujer con determinación de acero, como él había podido comprobar. Y no albergaba ninguna duda de que de ahora en adelante, se mantendría más alerta, al igual que él.

Se volvió a mirar a los marineros ingleses. Barker era su líder, y sin él parecían desconcertados, aunque desafiantes. Nico frunció el ceño. Eran gente problemática, tendría que vigilarlos más de cerca a partir de ahora.

*Jamás debí contratarlos.* En el momento le pareció urgente reemplazar los marineros que habían muerto en el viaje de ida con aquellos voluntariosos ingleses, pero ahora se preguntaba si quizá no habría hecho mejor esperando a encontrar holandeses.

Cuando el castigo hubo terminado por fin y se llevaron a Barker, Midori dio media vuelta y caminó despacio hacia su camarote, con la espalda recta como una vela. Nico intentó no mirarla, pero sus ojos se desviaban constantemente en su dirección. Su largo pelo lacio brillaba con un rojo profundo bajo la luz del sol. Lo llevaba recogido en una cola de caballo y le llegaba hasta el final de la espalda. Y qué final... bajo el kimono, pudo distinguir el balanceo de sus caderas al caminar, llamándolo, haciendo que quisiera salir corriendo tras ella...

Se volvió hacia el mar apretando los dientes.

—Por los clavos de Cristo —murmuró. *Es una mujer como las demás y tengo que*

*quedarme con las ganas, como todos los que están aquí.*

—¿Capitán?

Dio media vuelta y se encontró frente a uno de los marineros ingleses. Frunció el ceño, aunque se tratara de uno de los decentes. No estaba de humor para hablar con nadie y se disponía a despacharlo con cajas destempladas, cuando reparó en su expresión, algo azorada. Era un hombre enorme que por lo general permanecía impasible ante los sucesos más extraños, Nico decidió tragarse sus palabras y escucharle, solo por pura curiosidad. De hecho, no recordaba haberlo oído hablar antes, salvo para contestar sí o no a alguna orden.

—¿Sí? ¿Es Harding, verdad? —El hombre parecía estar poniendo en orden sus pensamientos y Nico comenzó a impacientarse.

—Sí, señor. Estaba pensando... que creo que necesita que alguien vigile a la señora. Le ofrezco mis servicios. No dejaré que le pase nada, lo juro, y mataré con mis propias manos a quien se acerque a menos de diez metros.

Nico lo miró sorprendido.

—¿Cómo dice?

—He dicho que... —Harding movió los pies y miró la cubierta.

—Sí, sí, he oído lo que ha dicho, pero ¿por qué?

—Bueno, no querrá que esto vuelva a ocurrir... —Harding señaló el lugar donde había tenido lugar el azotamiento, los tablones todavía estaban manchados de sangre—. Los hombres estaban murmurando y... y tampoco podemos permitir que vuelvan a atacar a la joven señora —dijo. Después guardó silencio y se quedó mirando al capitán mientras se limpiaba el sudor de la frente con la manga de su sucia camisa.

Nico frunció el ceño.

—¿Y por qué iba a confiársela a usted? —Miró los brazos del marinero, que eran tan gruesos como troncos y luego su ancho cuello que coronaba un pecho musculoso y un cuerpo enorme—. ¿Es esta otra de las ideas de Barker?

—No, señor. Yo no me relaciono con él. Ese tipo es un idiota y no quiero tener nada que ver con gente de su calaña. Pero yo jamás le haría daño a la señora. Tengo una hija justo igual que ella, delicada y pequeña, pero con un coraje impresionante —dijo como si con eso quedara todo explicado. Y Nico pensó que quizá para él así era. Sopesó sus opciones y tomó una decisión. Asintió con la cabeza.

—Muy bien, Harding, puede ser su guardián, pero como se le ocurra tocarle un pelo de la cabeza, lo desollaré vivo.

Harding alzó las manos en señal de rendición.

—No la tocaré, lo juro. Conmigo estará a salvo.

Nico no estaba seguro de por qué, pero confiaba en aquel gigante y sintió un gran alivio al pensar que Midori estaría bien cuidada.

—Vamos, venga conmigo, los presentaré.

Midori no esperaba al capitán de nuevo tan pronto en su puerta y desde luego menos aún acompañado de un gigante. El señor Harding le recordó a uno de esos luchadores de sumo que había visto en Edo cuando visitó la ciudad por última vez, aunque desde luego era más corpulento que todos ellos porque los superaba en altura.

—¿Y dice que me va a proteger? —preguntó, dudando de que el señor Harding pudiera pasar por la puerta de su camarote en caso de necesidad.

—Sí, se ha presentado voluntario —dijo el capitán Noordholt.

—En ese caso, gracias, señor Harding. —Se inclinó ante el hombre que devolvió el saludo como mejor pudo en aquel reducido espacio.

—Será un placer, señora.

El capitán lo volvió a mirar de arriba abajo y después se volvió a Midori. La joven se dio cuenta de que ya no parecía enojado y de que, a la luz que entraba por las pequeñas ventanas, sus ojos eran tan azules como el cielo. Aquella visión le hizo perder el aliento por unos instantes.

—Ha sabido comportarse. —Señaló con la cabeza la cubierta, donde había tenido lugar el azotamiento—. A la mayoría de la gente le cuesta presenciar... esas cosas. Siento haberla sometido a semejante espectáculo. No debí hacerlo. Me temo que fue una decisión tomada algo acaloradamente.

—No importa, he visto cosas peores y no era más que lo que se merecía.

—Desde luego. Dudo que dé más problemas en el futuro. Con Harding a su servicio y el castigo de Barker, creo que debería estar a salvo. Puede que incluso sea aconsejable que suba de vez en cuando a cubierta, en lugar de permanecer oculta aquí abajo. Así no sería un misterio para los hombres.

—Desde luego me gustaría tomar el aire y hacer algo de ejercicio. Yo solo intentaba no ser un problema.

—No creo que pase nada porque salga alguna vez, además tiene a Harding para protegerla. Bien, pues está decidido entonces. —El capitán Noordholt se inclinó—. Y ahora será mejor que vuelva a mis obligaciones. Adiós.

Midori lo vio alejarse.

—No sonrío muy a menudo, ¿verdad? —Quería ver esos ojos azules brillar otra vez.

Harding soltó una carcajada.

—Claro que no. Ser el capitán es una gran responsabilidad. No puede parecer blando, ¿no le parece? Eso sería una tontería.

—Pues creo que puede estar tranquilo en ese sentido —susurró Midori—. Bueno, dígame, señor Harding, ¿por qué se ofreció a ser mi guardaespaldas?

—Es Harding a secas, señora, así me llama todo el mundo. Y como ya le dije al capitán, tengo una hija igual que usted. No quisiera que le pasara nada y como no tiene a nadie que la proteja, pensé...

—Es muy amable. Por favor, siéntese y hábleme de su familia y su país. Usted es de Inglaterra, ¿no es así? —Harding asintió—. Entonces, ¿sería tan amable de describirlo para que sepa con qué me voy a encontrar?

Una enorme sonrisa iluminó el rostro del marinero.

—Por supuesto, será un placer.

Con Harding siguiéndola a cada paso, Midori podía subir a cubierta si así lo deseaba, pero la mayor parte del tiempo permanecía en su camarote. A pesar de lo que el capitán había dicho, prefería que los marineros no la vieran, para recordarles lo menos posible su presencia en el barco. Las pocas veces que se aventuró fuera, sin embargo, no se preocupó mucho de ellos porque solo tenía ojos para el capitán. Aquel hombre la fascinaba y aprovechaba sus salidas para mirarlo disimuladamente. Contemplaba cómo su pelo, de un dorado oscuro, brillaba al sol, cómo entornaba los ojos azules para protegerse de la luz, y la seguridad y el aplomo con que daba las órdenes.

*Le saca una cabeza a casi toda la tripulación, así que es imposible no verlo,* pensó, tratando de justificar su interés. *Y es el capitán, es normal que destaque.* Pero sabía perfectamente que esa no era la verdadera razón por la que le atraía tanto.

Ahora iba vestido con ropa occidental, pantalones de lana hasta la rodilla, camisa de lino blanca de manga larga, ligeramente abierta en el cuello, y una chaqueta de cuero que, según le habían dicho, se llamaba jubón. A diferencia de los demás miembros de la tripulación, que iban descalzos, el capitán llevaba también medias y zapatos de piel.

—¿Es el capitán un jefe duro? —preguntó a Harding cuando la descubrió mirando a Noordholt.

—Sí, pero justo —repuso el gigante inglés—. Por lo que he visto hasta ahora, jamás ha ordenado a nadie que hiciera algo que no pudiera hacer él mismo. Y cuando el tiempo ha sido malo, siempre ha echado una mano. Incluso lo vi una vez en el aparejo, aunque podría haber enviado a cualquier otro en su lugar.

Midori se alegró de oír aquello. También descubrió que nunca alzaba la voz innecesariamente, a pesar de su serio semblante, y que se sabía los nombres de todos sus hombres. Además con frecuencia se paraba a charlar con alguno. Aquello parecía garantizar que sus órdenes fueran siempre cumplidas con celeridad. Varias veces fingió pasar por alto algún error, salvo para dirigirle al culpable una mirada con la que le indicaba que aquello no debía repetirse. Todos parecían respetarlo, y era lógico, pues era un hombre justo.

Un incidente en particular hizo que le gustara todavía más. El capitán caminaba por la cubierta cuando el miembro más joven de la tripulación, un niño de doce años llamado Ben, pasó a su lado corriendo con un cubo de agua sucia. Cuando llegó a la altura del capitán, le golpeó sin querer en las piernas con el cubo y la mitad del contenido acabó en sus zapatos de piel.

—¡Oh, no! —exclamó el chico, mirando al capitán con horror en los ojos. Midori



aguantó la respiración a la espera de un terrible castigo para el chaval. Era evidente que estaba demasiado asustado incluso para disculparse, pero para su sorpresa y la del chaval, el capitán rompió a reír y agitó un pie con cara de resignación.

—Menos carreras, Ben, y más celeridad —le dijo mientras le despeinaba el pelo—. Fíjate bien por dónde vas, ¿de acuerdo?

—Pero, pero... ¡sus zapatos, señor! Lo siento mucho, yo...

—Ya se secarán, no te preocupes. Ahora sigue con el trabajo, pequeño. Lo haces muy bien.

Midori escuchó cómo Harding reía a sus espaldas.

—¿Es siempre tan comprensivo? —le preguntó.

—Con los pequeños, sí, pero nada más. Aunque en un barco pasa de todo, el capitán no es de los que explotan por tonterías. No castiga a los hombres por ser torpes.

Midori estaba impresionada. Cuanto más descubría del capitán, más lo apreciaba. Si al menos no estuviera siempre enfadado con ella... Lo cierto es que nunca la había querido como pasajera en su barco.

Un día, durante un breve paseo por la cubierta al anochecer, Midori y Harding se toparon con el médico del barco, mijnheer De Jong, mientras vendaba la pierna de un marinero que se estremecía y maldecía cada vez que lo tocaba. La herida era bastante profunda y sangraba en abundancia. El médico tenía ante sí una difícil tarea.

—Buenas noches —saludó Midori con educación. El médico contestó en holandés y sin prestarle mucha atención.

—No puede hablar con usted, es holandés, pero si lo desea puedo traducir —se ofreció Harding.

—Gracias, eres muy amable.

En realidad no tenía nada que decirle, sin embargo, mientras observaba cómo intentaba vendar la herida de forma un tanto patosa, se le ocurrió una idea. De Jong era un hombre mayor. Las manos le temblaban y algunos de los dedos de la mano derecha estaban dolorosamente retorcidos a causa de la artritis.

—¿Necesita usted ayuda para atender a los enfermos y a los heridos? Tengo cierta experiencia en ese campo y me gustaría asistirle —dijo.

Aguardó a que Harding tradujera y vio que los ojos del médico se iluminaban. De Jong asintió y un torrente de palabras se escapó de su boca.

—Dice que le agradece mucho su ofrecimiento —tradujo Harding—. Puede empezar con ese vendaje, si es hábil con las manos. Como puede ver, el médico tiene algunas dificultades.

—Encantada.

Mientras Midori trabajaba, Harding agarró al herido porque tenía miedo de que la tomara con ella si le hacía daño. La joven sonrió y dijo:

—Por favor, dígame que seré todo lo delicada que pueda.

Harding hizo lo que le pidió y el marinero se relajó un poco.

No tardó mucho en vendar la herida, con las consiguientes miradas de gratitud del herido y del médico.

—*Dank u wel, mevrouw.*

—De nada. ¿Hay algo más que pueda hacer? ¿Preparar algún ungüento quizá?

Harding tradujo y De Jong la invitó a seguirlo a su camarote.

—Dice que lo mejor es que vaya a ver lo que tiene, luego pueden hablar de lo que hay que hacer. ¿Vamos?

La vida a bordo de un barco del tamaño del *Zwarte Zwaan* era con frecuencia peligrosa, y Midori se sorprendió pero al mismo se sintió complacida de que el médico recurriera a ella con cierta frecuencia durante las siguientes semanas. Hubo brotes de fiebre, problemas estomacales y varios accidentes, y ella se alegraba de tener algo que hacer. La ayudaba a llenar las interminables horas del día. Con Harding como acompañante, no tenía miedo de atender a los hombres enfermos mientras yacían en sus hamacas, y sus dotes en la preparación de ungüentos y pociones de toda clase resultaron muy útiles. Los hombres parecían apreciar su delicadeza y ninguno fue grosero con ella, al menos no cara a cara.

De Jong estaba muy agradecido. A través de Harding le hizo saber que aquel iba a ser su último viaje.

—Espero retirarme cuando regrese a *Ámsterdam* —le dijo—. Estoy viejo y ya no cumplo con mi trabajo igual que cuando era joven. Le agradezco mucho su ayuda. — El médico le sonrió y añadió—: Le doy gracias a Dios por enviarla para que me asistiera.

Mientras tanto, Nico no estaba disfrutando mucho del viaje. Sufría de una inquietud que no podía controlar, y sabía perfectamente cuál era la causa: no podía sacarse a Midori de la cabeza.

Fuera donde fuera, la veía, o al menos eso le parecía a él. Su serena belleza y tranquila disposición lo atraían como un imán. Una y otra vez, encaminaba los pasos adonde estuviera sin ni siquiera proponérselo, hasta que se daba cuenta de lo que estaba haciendo y daba media vuelta. Le irritaba que tuviera aquel poder sobre él, sobre todo porque a ella no parecía sucederle lo mismo. Aunque era muy educada, jamás lo buscaba.

—Bueno, quizá pueda cambiar eso —se dijo. Él siempre había disfrutado de cierto éxito con las mujeres y jamás había tenido problemas para llevarlas a la cama. ¿Por qué iba a ser esta diferente?

*¡Y no es que quiera acostarme con Midori!* Bueno, en realidad sí quería, pero no tenía intención de ir tan lejos. *Un poco de coqueteo no hace daño a nadie, ¿no?* Para pasar el rato. Sonrió interiormente. Sí, ¿por qué no disfrutar de su compañía mientras podía? De un modo del todo platónico, por supuesto.

Era un día caluroso de la tercera semana de viaje y Nico había estado paseando

durante bastante rato por la cubierta, intentando hacer oídos sordos al sonido de una risa femenina. Le estaba volviendo loco y solo el Señor sabía lo que le estaría haciendo al resto de la tripulación. Grave y musical, le arrebatava el sentido y lo torturaba sin piedad. ¿Qué le haría tanta gracia? ¿Cómo era posible que encontrara entretenimiento en la compañía de Harding y el grumete, por no mencionar al médico?

*No hay razón alguna para que no sea feliz conmigo, maldita sea.*

Una vez tomada la decisión, caminó en dirección a la algarabía. Al acercarse, distinguió el sonido de unos dados golpeando la madera mezclado con la risa de Midori. Se asomó al pequeño pasillo que conducía a su camarote. Lo que vio no le gustó, porque no era partidario del juego en su barco, pero aquella era la oportunidad ideal para ver si conseguía alterar un poco su perfecta compostura.

Estaba sentada en el suelo. Iba vestida con otro sencillo kimono, esta vez de color teja oscuro. Las piernas ocultas bajo el ropaje. A su lado, Harding y Jochem permanecían sentados con las piernas cruzadas, tan cerca que casi la podían tocar.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Nico, intentando dar un tono grave a su voz.

Los tres alzaron la vista sorprendidos y las risas se interrumpieron de repente.

—Harding y Jochem me están enseñando a jugar al backgammon —contestó Midori con tranquilidad—. Jugamos con dinero —añadió, señalando una pequeña pila de monedas a su lado.

—Eso ya lo veo —dijo Nico frunciendo el ceño—. ¿Le parece sensato jugar con lo que imagino será el dinero de su dote o su herencia? —Entonces pensó en si realmente tendría una dote y en dónde la habría ocultado. No es que fuera asunto suyo, pero no quería que su tripulación se sintiera tentada también por la plata además de por sus encantos.

Esta vez fue Midori la que frunció el ceño.

—Solo apostamos cantidades pequeñas.

—Eso es lo que dicen todos los jugadores —y asintió como si con ello demostrase su punto de vista.

—Está ganando, capitán —dijo Harding—. Será la suerte del principiante, supongo.

—Eso es irrelevante. La señora Midori quizá esté ganando ahora, pero cuando se contagie de la fiebre del juego, puede que no tenga tanta suerte.

—¿La fiebre del juego? ¿Qué es eso? Nunca había oído hablar de esa enfermedad. —Midori estaba confundida, su habitual calma parecía resquebrajarse.

Nico disimuló una sonrisa.

—Es cuando una persona se hace adicta al juego. No puede controlarse y juega hasta que se queda sin nada.

—¡Yo no soy tan necia!

—Puede que ahora no —repuso el capitán.

—Ni nunca —añadió con calma—. Además, no hay nada más que hacer para

matar el tiempo. Mijnheer De Jong no me necesita hoy y no puedo pasarme el día limpiando el camarote y practicando con la espada. Ahora, por favor, si no quiere jugar con nosotros, sea tan amable de dejarnos proseguir. Seguro que estará usted muy ocupado. —Midori volvió su atención a la partida y comenzó a agitar los dados dentro de sus manos, dando por terminada su conversación con Nico como si nada. Sin embargo, el capitán había captado algo en sus ojos, y la había visto sonrojarse. Era obvio que no le resultaba indiferente después de todo. *¡Estupendo!*

—Los acompañaré —anunció y se sentó en el suelo junto a los demás. Dobló sus largas piernas con algo de dificultad—. Le enseñaré a lo que me refiero y quizá cuando la deje sin un penique, entenderá lo que le quería decir. Comencemos de nuevo, por favor.

Midori lo miró con desconfianza, como si no estuviera segura de que esos fueran sus motivos, pero aun así ordenó las piezas del tablero.

—Está bien.

—Jochem, tú empiezas.

—Sí, capitán. —El grumete no parecía muy cómodo, pero Nico le hizo una señal con la cabeza para tranquilizarlo.

El tiempo era cada vez más caluroso conforme avanzaban hacia el sur y la cabeza rapada de Harding comenzó a llenarse de perlas de sudor mientras el juego progresaba. Nico también sintió la cabeza húmeda, pero Midori no mostraba señal alguna de acaloramiento. De vez en cuando alzaba el abanico para refrescarse, aunque no pareciera necesitarlo. Era muy hermoso, ricamente decorado con flores sobre un fondo plateado. Un objeto exquisito que debía haber costado una pequeña fortuna.

—¿Cómo lo hace, señora Midori? —se quejó Harding después de un rato, con el rostro brillante y rojo.

—¿El qué?

—Permanecer así de impasible ante el calor. Mirándola a usted cualquiera diría que estamos en pleno invierno.

Midori sonrió.

—Me han enseñado a sobrellevar las temperaturas extremas. Mi cuerpo las acepta si mi mente así se lo ordena.

—Puf. —El pobre Harding era incapaz de comprender tal razonamiento y Midori le pasó el abanico para aliviar en algo su suplicio.

Cuando se lo devolvió tras un rato, el capitán dijo:

—¿Me lo deja a mí también, por favor? —Midori asintió y se lo ofreció. Al cogerlo de sus manos, el capitán le rozó suavemente los dedos y se dio cuenta de que ella se estremecía ligeramente—. Gracias. —La miró a los ojos y vio que sus pupilas se dilataban. *Bien, siente la conexión. Así que bajo esa fachada de tranquilidad, es como cualquier otra mujer.*

Pero sabía que corría el peligro de verse más afectado por su cercanía de lo que lo

estaba ella y comenzó a lamentar haberse unido al juego. No solo estaba incómodo en aquel pasillo cerrado donde el calor era mucho más intenso que en cubierta, sino que además tenía problemas para concentrarse estando sentado junto a Midori. La miró e inmediatamente deseó no haberlo hecho. Llevaba el oscuro pelo cobrizo recogido en un moño que se sujetaba con un par de palillos. Unos suaves mechones se habían escapado y le acariciaban las mejillas mientras se concentraba en agitar los dados. Nico apretó los dientes.

*Ninguna mujer debería tener un aspecto tan arrebatador.* Quería llevársela a su camarote en aquel mismo instante y...

Reprimió un suspiro. Esa no era la razón por la que había bajado. *Un poco de coqueteo, nada más,* se dijo. Además, quería saber más de ella, qué pensaba, cuáles eran sus gustos, qué le hacía feliz, qué la entristecía. *Debería hablar con ella y ya está.* Pero algo se lo impedía.

Una cosa que descubrió fue que era una gran jugadora de backgammon y, Harding estaba en lo cierto, que tenía la suerte de su lado. No importaba cuánto empeño le pusiera, no consiguió ganarla y tuvo que renunciar a su propósito de darle una lección.

—¿Había jugado antes? —preguntó, a sabiendas de que su tono era demasiado serio, pero incapaz de cambiarlo.

—No, a este juego no, pero nosotros tenemos otros parecidos. Solía jugar con mis damas de compañía.

—¿Criadas?

—Sí.

Nico la miró.

—Debe de echarlas de menos. Debe de ser duro no tener a nadie que cuide de usted, sobre todo estando acostumbrada a disponer de un ejército de criadas pendientes de sus deseos.

—En absoluto. Mi madre me enseñó a no depender de los demás más de lo necesario y soy perfectamente capaz de valerme por mí misma. Jamás tuve a nadie pendiente de mis deseos, como usted dice. —Lo miró casi con sorna—. Pero le agradezco su preocupación.

Nico de nuevo se maravilló por lo diferente que era de las mujeres que había conocido antes. Irradiaba seguridad en sí misma y tranquilidad. Alzó la vista y se topó con sus ojos relucientes que ocultaban una sonrisa burlona. Aquella mirada lo desarmó. ¿Se habría dado cuenta de sus intenciones? Era probable.

—Bueno, si ya ha terminado de darme una lección, creo que me retiraré a mi camarote, comienzo a tener algo de hambre. Gracias por pasar el rato conmigo. —Se levantó y se inclinó, después cogió el dinero que había ganado y se lo ofreció a Harding y Jochem—. Guardad esto, así podremos volver a jugar mañana. Después de todo, no es más que un pasatiempo. —Y le dedicó a Nico otra mirada burlona.

*Touché,* pensó el capitán y se puso en pie. Le devolvió el saludo, en versión

européa y no pudo evitar devolverle también la sonrisa.

—Listilla —murmuró.

—Será mejor que vayamos a por nuestras raciones, canijo. —Harding recogió las piezas del juego y empujó a Jochem hacia la cubierta—. Enseguida regresamos, señora.

—Gracias. —Midori se detuvo en la puerta y se volvió hacia Nico—. ¿Le apetecería cenar conmigo?

Nico no sabía qué responder. Aquello era lo que quería, pasar más tiempo con ella, pero ahora no estaba tan seguro. No era lo más apropiado si pretendía conservar la cordura. De hecho, seguramente sería una tontería. *Pero qué demonios...*

—Sí, gracias —contestó—. Si le parece bien.

—Claro. Dejaremos la puerta abierta, además, Harding volverá pronto.

Al capitán no se le había ocurrido que fuera poco apropiado que cenaran juntos en su camarote, pero ahora se daba cuenta de que debería haberlo pensado. Negó con la cabeza y la siguió a su camarino.

*¡Maldita sea, cada día estoy más tonto!*

Entonces, usted cree en el destino, ¿verdad?

El capitán Noordholt estaba sentado sobre el camastro de Midori y parecía disfrutar de la comida, aunque no le había podido ofrecer otra cosa que arroz y pescado un poco quemado. Contempló que manejaba los palillos como un experto, sus largos dedos no parecían tener ningún problema con ellos. Le gustó que se hubiese molestado en aprender cuando la mayoría de los miembros de la tripulación seguían utilizando solo la cuchara o los dedos.

—Por supuesto, ¿usted no? —Midori se sorprendió ante aquella pregunta.

—Me han enseñado a vivir de acuerdo con la ley de Dios y que es él quién gobierna todas las cosas, pero en el fondo, yo creo que todos podemos cambiar nuestro destino si nos lo proponemos. Tengo la sensación de que rezar nunca me ha servido para gran cosa.

—Ah, sí, vuestro Dios. —Midori asintió lentamente. Alguna vez se había preguntado si intentaría convertirla a su fe, como Ichiro la había prevenido que los extranjeros suelen hacer. Harding le había dicho que la tripulación rezaba por la mañana y por la noche, todos los días, y si alguien faltaba tenía que pagar una multa. Hasta el momento, a ella no la habían tenido en cuenta, pero esperaba que antes o después, le pidieran que asistiera a los servicios.

—¿No la criaron en la fe cristiana? —El capitán la miró desde detrás de unos mechones de pelo dorado que le habían caído sobre los ojos al bajar la cabeza hacia el plato de arroz.

—Sí, un poco, pero opté por las costumbres japonesas.

—Ya. —Pareció pensar durante unos instantes y luego añadió con bastante tacto —: ¿Se da cuenta de que eso podría suponer un problema para sus parientes ingleses?

—Sí, ya lo había pensado, y he decidido que lo mejor sería no decir nada. No interferiré en sus creencias. —El capitán dejó de comer, se la quedó mirando y rompió a reír. Eran carcajadas graves y roncadas, agradables al oído, que le hicieron estremecer de placer. Sin embargo, tuvo que fruncir el ceño porque no estaba segura de por qué se reía—. ¿He dicho algo mal?

Casi no escuchó su respuesta porque la visión de aquella enorme sonrisa la dejó aturdida. Tenía unos dientes blancos y perfectos, las patas de gallo que se le formaban en los ojos y los surcos a ambos lados de la boca le daban carácter a su rostro oscurecido por el sol y aumentaban su atractivo. Los ojos azules brillaban divertidos. En cuanto a su corta barba, que no terminaba de crecer, Midori no sabía si se la afeitaría o si preferiría acariciarla con los dedos para saber si era suave o áspera al tacto.

—No precisamente, pero me temo que será al revés.

—¿El qué? —Sus palabras la devolvieron a la conversación e intentó centrarse en lo que estaba diciendo y en nada más.

—Lo de la religión. Serán ellos los que intentarán interferir con sus creencias. — Su sonrisa era contagiosa, así que se la devolvió. Sus ojos aún brillaban con las risas contenidas mientras negaba con la cabeza—. Lo siento, no pretendía ofender. Es que su modo de considerar el asunto me ha sorprendido.

—Creía que Inglaterra era un país libre. Me dijeron que no quemaban a nadie por sus creencias. La buena reina Isabel puso fin a esas prácticas.

—No del todo, por lo que he oído, aunque desde luego era más tolerante que los gobernantes que la precedieron. Pero aunque no se ejecute a nadie por sus creencias, la herejía sigue siendo un delito. Y podría enfrentarse a otros castigos bastante severos, eso sin mencionar el ostracismo.

Midori suspiró.

—Entonces en Inglaterra es un delito no ser cristiano, mientras que en mi país los cristianos son perseguidos. Eso no tiene mucho sentido.

—No. Para evitar problemas, lo mejor será que aprenda más cosas sobre la fe cristiana. Quizá deba fingir que la profesa, ¿recuerda algo de lo que le enseñaron?

—Algo. —Midori no estaba dispuesta a confesar el escaso interés que mostró en su día. Aunque Hannah jamás intentó obligarla a nada, hizo todo lo posible por explicarle su fe. Las historias que le contó sobre Jesús y sus discípulos le parecieron demasiado extrañas e irreales. Vivir en el castillo de Shiroi hacía muy difícil que se identificara con ellas.

Mucho más sencillo le resultó creer lo que su padre le contó sobre los espíritus y los dioses presentes en la naturaleza que los rodeaba. Los benévoloos Kamis y los ancestros que velaban por ellos. Sus enseñanzas además se complementaban con el código de los samuráis, con lo que formaban un todo dotado de sentido en sí mismo. Echando la vista atrás, ahora se daba cuenta de que su padre le había instado a que no escuchara a Hannah porque tenía miedo por ella. A pesar de lo mucho que la amaba, jamás permitió que ningún religioso visitara el castillo salvo bajo el más absoluto secretismo, y Midori, sin saberlo, había seguido los deseos de su padre cuando enterró a su madre según las costumbres japonesas y no como a una cristiana.

—Pero no veo por qué les tiene que importar eso a mis parientes —insistió Midori—. Mientras me sepa comportar y cumpla con mis obligaciones, será bastante ¿no? Aceptaré la autoridad del cabeza de familia.

—Quizá no sea suficiente con eso. En Inglaterra, como en otras partes de Europa, hay varios tipos de cristianos. Los que defienden su visión son, bueno, digamos que suelen ser intolerantes con los demás. Por ejemplo, en Holanda hemos estado en guerra, una guerra civil, en parte por las diferencias religiosas. —Ahora su rostro era más serio y Midori le escuchó con el corazón encogido—. La mayoría de los ingleses son protestantes y probablemente eso incluya a sus parientes. Eso significa que



intentarán averiguar si es papista o no; los papistas son los que pertenecen a la fe católica. Si llegaran a la conclusión de que ni siquiera es eso, sería aún peor, una pagana, se sentirían mortificados. —Se encogió de hombros—. Pero quizá no sea del todo así, habrá que ver. Quizá esté siendo injusto con ellos.

—¿Qué es un pagano?

—Una persona que no cree.

—Pero yo sí creo.

El capitán volvió a sonreír, distrayéndola una vez más de la seriedad de su conversación.

—Sí, pero en las cosas equivocadas, según ellos. Lo siento, me doy cuenta de que es difícil de comprender.

—Es más complicado de lo que me habían contado. Me pregunto en qué otras cosas estaré equivocada. —Midori se sintió decepcionada, ya que siempre había creído todo lo que su madre le había dicho. Ahora se daba cuenta de que quizá Hannah había adornado un poco los recuerdos sobre su país natal. O puede que sus recuerdos sobre la realidad de su tierra se hubieran ido difuminando con el tiempo, para convertir Inglaterra en un hogar perfecto—. Capitán Noordholt...

—Por favor, llámeme Nico cuando estemos solos.

—¿Está seguro? —Midori tenía la sensación de que aquello no era apropiado, pero no estaba segura de por qué.

—Claro, mientras no olvide llamarme capitán cuando estén los demás.

—De acuerdo, Nico. —Le gustaba cómo sonaba su nombre. Con sus dos sonoras sílabas, podría ser un nombre japonés. De repente, sintió que una ola de nostalgia le recorría el cuerpo. Suspiró y como si el capitán supiera lo que le sucedía, la expresión de su rostro cambió para mostrar preocupación.

—¿Ocurre algo?

—No, estaba pensando en mi país y en que allí todo era mucho más sencillo.

—No se preocupe, yo la ayudaré. ¿Sabe leer?

Midori asintió.

—Japonés e inglés.

—Bien. Entonces ¿qué le parece si lee historias de la Biblia y luego intento explicárselas a fondo? En mi camarote guardo un ejemplar en inglés. En realidad era de Casper, o sea, del capitán Leuw. Le gustaba practicar inglés leyéndola. Se la prestaré.

Midori miró los ojos azul índigo del capitán y sintió que su fuerza fluía hacia ella. Se relajó. Podría hacerlo, no le pasaba nada malo en la cabeza y aprendía con rapidez. Ichiro le había dicho que si quería sobrevivir debía adaptarse a las nuevas costumbres. Ahora Nico le decía lo mismo. Sabía que tenían razón.

—Gracias, me gustaría mucho. Cuanto antes empiece mejor, ¿no cree? —Le sonrió de nuevo y contempló asombrada que sus ojos se oscurecían, como si una profunda emoción se hubiera adueñado de él. Todos los ruidos del barco

desaparecieron y tuvo la sensación de que estaban en un espacio mágico donde solo existían ellos dos. Permaneció sentada, inmóvil mientras sus ojos la devoraban. Midori no pudo ni pestañear. La tenía prisionera de su mirada y aunque no llegó a tocarla, sintió cosquillas en la piel como si la hubiera acariciado.

—Midori...

La voz de Harding y unas ruidosas pisadas en el pasillo del camarote rompieron el hechizo y Nico se incorporó de un salto. Sus ojos aguantaron su mirada durante unos segundos más, luego se inclinó y avanzó hacia la puerta.

—Gracias por la comida, estaba exquisita. Le diré a Jochem que le traiga la Biblia.

Midori se quedó de pie en el camarote, con el pulso acelerado y sintiéndose extrañamente contenta. Algo se había removido en su interior cuando Nico la miró a los ojos, algo que no había sentido nunca antes, pero que supo reconocer: deseo. Intentó convencerse de que todo se debía a que era la primera vez que un hombre atractivo le prestaba atención. Pero de alguna manera sabía que esa no era toda la verdad.

El capitán era especial y tenía muchas ganas de conocerlo mejor.

Nico marcó con pedazos de papel las partes de la Biblia que quería que Midori leyera y regresó al día siguiente para ver cómo iba. No hizo caso a la vocecita de su cabeza que le decía que aquello no era más que una excusa para pasar más tiempo en su compañía. Y se daba perfecta cuenta de que había estado a punto de hacer algo más que mirarla el día anterior. Era una locura volver.

Pero aun así lo hizo.

La joven lo invitó a sentarse en su camastro. Dejó la puerta abierta, de eso se dio cuenta, para que Harding pudiera verlos a los dos. El gigante estaba sentado en las escaleras que conducían a su camarote y se entretenía tallando una pieza de madera. Midori se sentó junto a Nico, pero a una distancia prudencial.

—Empecé con el Evangelio según San Juan, como me sugirió. Pero no estoy acostumbrada a leer en inglés, y tardé un poco en avanzar, aunque comparado con el *kanji* japonés, la escritura es casi ridículamente sencilla, ¿verdad? Ahora ya no me parece difícil. De hecho, puede que me lea el libro entero.

—¿El libro? —preguntó con una sonrisa—. No es solo un libro antiguo, este es especial y no debería llamarlo así. Es la Biblia, con B mayúscula.

—¿Ah, sí? Bueno, lo que usted diga.

—Sí, ¿y qué le parece de momento?

—Bueno, el Génesis es bastante interesante.

Nico la miró sorprendido.

—¿Está leyendo el Génesis? Pero yo solo marqué dos Evangelios para que fuera empezando.

—Es que los terminé, así que pensé en seguir leyendo y el Génesis me gustó más. Menuda historia, ¿no?

Nico negó con la cabeza, pero no pudo evitar sonreír levemente.

—No es una historia, se supone que es la verdad. Eso es lo que creen los verdaderos cristianos.

—*Honto?* Bueno, podría ser verdad, pero...

—Lo sea o no, da igual. La fe es la clave. Y a no ser que las cosas hayan cambiado de manera drástica en Inglaterra en los últimos trece años, probablemente sus parientes eran devotos cristianos. Así que aunque no lo crea, tiene que respetar el hecho de que otros puedan pensar que así fueron las cosas.

—Ya, lo entiendo. —Asintió—. ¿Sabe? En Japón tenemos una leyenda muy parecida. Lo cual me lleva a pensar que quizá todos los países tengan su propia versión. Mi profesor me leyó extractos del Kojiki, el Registro de Cosas Antiguas, donde se hablaba del nacimiento de las islas de Japón. No sé cuántos años tiene vuestro libro... perdón, la Biblia, pero el Kojiki se escribió hace más de mil años, o eso me dijeron.

—Hum, bueno, creo que la Biblia es más antigua, pero eso no importa. Tendrá que aceptar nuestras costumbres sin cuestionarlas a cada paso. Veamos qué ha aprendido hasta ahora, ¿de acuerdo? Le explicaré las cosas según vayamos avanzando.

Nico sabía que aquello iba a ser un reto, pero estaba decidido a conseguirlo. Tenía que enseñar a Midori la fe cristiana o más le valía arrojarla por la borda. Ahora que lo pensaba, tenía gracia que se hubiera convertido en un instructor religioso. *Yo, ¡el peor cristiano de toda mi familia!* Quizá tuviera razón cuando hablaba del destino, y en aquel momento, el suyo se estaba riendo de él.

*Noviembre de 1641*

Progresaron con las lecciones. Nico iba a su camarote casi todas las tardes y se quedaba allí una hora más o menos. Midori disfrutaba mucho de su compañía y encontraba fascinante todo lo que le enseñaba. Charlar con él también era un placer y le encantaba hacerle sonreír con sus extrañas ideas de extranjera.

—Más vale que tenga cuidado o acabará convirtiéndome usted a mí y no al revés —le dijo entre risas una tarde después de que ella le explicara con más detalle su fe en los espíritus de sus ancestros—. Mis compatriotas se escandalizarían si me oyeran decir esto, pero algunas de sus teorías tienen mucho más sentido que lo que dice la Biblia.

Midori fingió sorpresa.

—¿Cómo puede decir eso? Cuidado, no le vaya a fulminar un rayo.

Miró hacia arriba como si esperase que Dios lo abatiera y después negó con la cabeza.

—No creo —dijo con un brillo guasón en los ojos—, porque entonces todo su país habría desaparecido ya, ¿no le parece?

—Ahí iba yo. Personalmente, prefiero que mi espíritu permanezca en este mundo durante un tiempo para cuidar de mis hijos, si es que tengo alguno. ¿Para qué ir al cielo?

—Porque sus hijos se unirán allí con usted.

—Pero hasta que eso ocurra puede pasar mucho tiempo y desde allí no podría ayudarlos.

Nico negó con la cabeza.

—Me parece que debería leer más e intentar pensar en ello desde nuestra perspectiva. Tendrá que andarse con mucho cuidado, Midori. Si de verdad pretende quedarse en Inglaterra, tiene que aprender a seguirles la corriente.

La joven suspiró.

—Ya lo sé, lo intentaré, de verdad, pero... ¿Realmente cree en todo esto? ¿En todo? —Señaló la Biblia que estaba abierta sobre el camastro, entre los dos.

—Bueno... —Se encogió de hombros—. Tengo que admitir que nunca fui un alumno muy atento, solo me aprendía algunas cosas de memoria, sin pensar mucho en ellas. Como ya le dije antes, soy de la opinión de que si una persona se comporta lo mejor que puede y se esfuerza, recibirá la recompensa que merece el día del juicio.

Midori pensó en aquellas palabras y tras un prolongado silencio, dijo:

—¿Cree que a mis parientes les importará que sea diferente?

Nico miró por la pequeña ventana.

—No lo sé. Seguramente la acogerán porque es su deber cristiano, pero no puedo decir si se alegrarán de verla. Más vale que se vaya preparando para ser vista como algo... extraño, supongo.

Midori se entristeció.

—¿Tan distinta soy entonces?

Nico no contestó de inmediato. Se volvió y acarició con sus ásperos dedos la suave mejilla de Midori mientras la miraba a los ojos.

—Yo diría que sí. —Sonrió e intentó quitar hierro a sus palabras añadiendo—: Pero en el buen sentido.

Su sonrisa y el contacto de sus dedos la reconfortaron y un escalofrío de placer le recorrió todo el cuerpo. Estaba muy cerca. Si se inclinaba un poco más podría... *No, ¿qué estoy pensando?* Su cercanía la confundía, pero sus palabras no eran muy tranquilizadoras ahora que pensaba en ellas.

—Parece que estoy condenada a quedarme siempre fuera. —Suspiró, la desesperación se iba adueñando de ella como un terrible veneno. Solo quería encontrar un hogar, que la quisieran por quién era. Ahora tendría que luchar por encajar en aquel nuevo mundo, donde sin duda estaba destinada a llamar la atención. ¿Es que no había un lugar donde se la pudiera considerar normal?

Nico se puso en pie, parecía inquieto.

—Puede que sus parientes se alegren mucho de verla, ¿quién sabe? —dijo con dulzura.

Midori se incorporó también, ya que su altura resultaba intimidante desde su posición en el camastro. Estaban muy cerca en el reducido espacio del camarote y al alzar la vista descubrió compasión en sus ojos. Hizo un gran esfuerzo para no apoyar la cabeza sobre su hombro. Era fuerte, estaba muy cerca y resultaba tentador, pero sus problemas no le incumbían. Suspiró de nuevo.

—Sí, tiene razón, eso espero.

—No lo sabrá hasta que los vea, pero mientras tanto la prepararé lo mejor que pueda. No podemos cambiar su aspecto, claro, pero creo que su comportamiento será mucho más importante.

Midori decidió comportarse impecablemente y para conseguirlo, dio un paso hacia atrás y se apartó de la tentación.

### *Diciembre de 1641*

Seis semanas después de salir de Dejima, el Zwarte Zwaan echó el ancla en las plácidas y verdes aguas del mar de Java, justo a las puertas de una ciudad amurallada. La costa era casi una línea recta y unas enormes torres dominaban la costa.

—¿Qué es este lugar?

Ya había atardecido y Nico había escoltado a Midori hasta cubierta para que no se perdiera la alegría de la llegada. Los dos se apostaron en la barandilla del barco, algo alejados de los demás, mientras contemplaban cómo la costa se iba acercando al tiempo que el sol se ponía y la luna se elevaba en el cielo.

—Se llama Batavia y pertenece a Holanda. Es una especie de punto de encuentro para todos los barcos que van o vienen de las islas de las Especias, más allá del estrecho de la Sonda, camino a la India, el mar de China y Japón.

—Entiendo. ¿Y los holandeses conquistaron esto?

—Sí. Necesitábamos una base estratégica entre los océanos Índico y Pacífico, si no el comercio se habría visto perjudicado. De esta manera controlamos el extremo occidental del mar de Java, por donde tiene que pasar todo el comercio de las especias.

—Y la fortaleza, supongo que es para protegeros, ¿no? —Midori contempló el impresionante edificio rodeado por una robusta muralla y un foso. Nico asintió—. ¿Contra quién?

El capitán sonrió.

—Contra todo el mundo, supongo. Como he dicho antes, este puerto es crucial para el éxito de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales, y no somos los únicos que quieren una base en esta zona del mundo. El gobernador general se aloja en esa fortaleza, así como los principales funcionarios, y por supuesto cuentan con una guarnición para su defensa. Pero no tema, los nativos no nos van a atacar si eso es lo que le preocupa, aunque no sería la primera vez.

—No estoy preocupada... —comenzó a decir, pero se detuvo cuando vio que el capitán la miraba de forma extraña—. ¿Qué pasa?

—Sus ojos —dijo, sumergiéndose en ellos. Después, señaló con la cabeza el mar. La luz de la luna lo iluminaba confirmando a sus aguas un color verde oscuro. Su superficie se agitó como por arte de magia—. Son del mismo color. Como la luz de la luna sobre el agua verde. —Y de repente se echó a reír y negó con la cabeza—. Lo siento, creo que me ha contagiado su inclinación por la poesía. Que Dios nos ayude.

Midori abrió la boca para contestar, pero antes de que se le ocurriera algo que decir, él ya se había alejado dando órdenes, no sin antes pedirle a Harding que ocupara su lugar junto a ella. Siguió a Nico con los ojos durante unos segundos, admirando su alta figura, sus anchas espaldas y la agilidad con la que se movía, a pesar de su tamaño. Aunque era muy diferente de los hombres que conocía, su altura y su aspecto no le resultaban extraños. Después de solo unas semanas en su compañía, se había habituado. De hecho, para ser sincera, lo encontraba extremadamente atractivo. Esos ojos de un azul intenso en aquel rostro bronceado, las pequeñas patas de gallo de tanto mirar al horizonte entornando los ojos, el dorado bello de sus musculosos antebrazos... todas esas cosas la atraían, incluso cuando intentaba no fijarse demasiado.

Y ¿qué pensaría él de ella? Le agradaban sus ojos, eso estaba claro, ya que

aquella era la segunda vez que los alababa. ¿Le gustaría algo más? Pensó que quizá sí, pero era un hombre enigmático que no compartía sus pensamientos, así que no podía estar segura. *¿Y si le gusto?* Un escalofrío le recorrió la espalda y reconoció que esa posibilidad la complacía. *Más de lo que debería.*

Permaneció junto a la barandilla durante un buen rato, pensando en Nico y en todo el camino que ya había recorrido. Japón parecía muy lejano, aunque a veces sentía que aquel viaje no era más que un sueño del que pronto despertaría para encontrarse de nuevo en su hogar, el castillo Shiroi. Sin embargo, los paisajes, sonidos y olores que la rodeaban eran demasiado reales y la sacaron de su ensimismamiento. Ya no había vuelta atrás y la verdad era que tampoco estaba segura de querer regresar.

Los primeros días en el puerto fueron muy movidos para la tripulación, ya que había que descargar parte de la mercancía para cambiarla por otros productos que se venderían mejor en Europa. Midori se pasó horas en la cubierta viendo cómo trabajaban los hombres, acompañada siempre por Jochem, ya que la inmensa fuerza de Harding ahora era necesaria para otros menesteres.

Alrededor había barcos de todas las formas y tamaños, y gentes de diferentes nacionalidades que se llamaban a gritos en idiomas imposibles de comprender. Midori encontraba muy interesante escucharlos y luego le pedía a Jochem que identificara sus países de origen, si podía. Aunque reconocía a los europeos, jamás había visto chinos, indios ni indonesios antes. La mayoría llevaban ropajes tropicales, y algunos incluso europeos.

—Esos ropajes se llaman *sarongs* —la informó Jochem.

Como estaban a mediados de diciembre, el calor no era tan intenso como durante los meses de verano. Sin embargo la combinación de humedad y altas temperaturas resultaba realmente incómoda, sobre todo para los extranjeros que no estaban acostumbrados a tales condiciones.

—Ya no queda mucho. Casi hemos terminado —dijo Harding a sus espaldas. Midori se volvió para saludarlo.

—Y después, ¿qué pasará?

—Los hombres tendrán por fin permiso para bajar a puerto. Querrán celebrar la Navidad, supongo.

Midori asintió. Su madre le había hablado de aquella fiesta, pero en el castillo Shiroi habían seguido la tradición japonesa y solo celebraban el año nuevo.

—¿Y lo pueden hacer aquí?

—Bueno, no será como en casa, pero seguro que se gastarán todo el dinero que han ganado en tabernas y burdeles... —Se detuvo en seco, y se sonrojó ligeramente—. Perdone señora, no se le habla de esas cosas a una dama.

Midori sonrió.

—Por favor, no te preocupes por eso. Pero, dime, ¿cuándo podré bajar yo también a tierra?

—No lo sé. —Harding se rascó la calva—. Será mejor que hable con el capitán. Iré a buscarlo. —Se marchó y regresó acompañado por Nico.

—Buenos días. —Nico le dedicó una breve sonrisa, pero parecía distraído. No dejaba de lanzar miradas hacia las últimas mercancías que se estaban descargando—. Harding me dice que tiene una pregunta para mí.

—Me preguntaba cuándo me permitiría bajar a la ciudad.

—Me temo que tendrá que esperar hasta que yo pueda acompañarla y ahora mismo tengo muchas cosas que hacer. Lo siento.

—Si Harding viene conmigo, creo que estaré a salvo, ¿no le parece?

—Puede ser, pero prefiero acompañarla yo. Usted es responsabilidad mía. Bien, si me disculpa, será mejor que me marche.

Se inclinó y dio media vuelta, dejando a Midori algo perpleja por su insistencia en acompañarla.

—¿Es Batavia una ciudad peligrosa, Harding? —quiso saber.

—Bueno, como cualquier otra, supongo.

—¿Y por qué no puedo ir contigo?

Harding frunció el ceño.

—No lo sé, pero no quiero desobedecer las órdenes del capitán, señora.

Midori suspiró.

—Muy bien. Entonces no puedo hacer otra cosa que esperar.

El capitán siguió muy ocupado y durante los siguientes días Midori no tuvo más remedio que aguardar impaciente su permiso. Parecía que Nico tenía que vender su cargamento y hacerse con otro, y aquello le ocupaba todo su tiempo. Buscó al primer oficial, que era amigo personal del capitán, y le dijo que necesitaba hablar con su superior, pero no obtuvo respuesta alguna.

Al cuarto día ya había olvidado su deseo de bajar a tierra cuando Harding apareció con aspecto preocupado.

—Es el chico, no está bien, señora. No sé qué hacer. El médico del barco ha bajado a tierra y yo no sé nada de estas cosas.

—Llévame con él.

Harding la condujo hasta Jochem. Lo encontraron en su hamaca, bajo la cubierta, con el rostro empapado en sudor y el torso desnudo. Midori le puso una mano en la frente y se estremeció. Estaba ardiendo.

—Oh, tiene mucha fiebre. ¿Hay alguien más enfermo? Mijnheer De Jong no ha solicitado mi ayuda desde que llegamos aquí.

—Algunos estuvieron malos unos días atrás, pero el médico dijo que él se podía encargar solo. —Harding ahora parecía todavía más preocupado—. Aunque uno



murió.

—Espero que no llegue a eso, Harding. Creo que sé cómo curarle, pero necesito una hierba especial. Tendrás que comprarla en la ciudad.

—¿Yo? Pero si no entiendo de esas cosas, señora.

Midori le describió la planta, pero enseguida resultó evidente que Harding jamás la reconocería. No parecía capaz de distinguir una planta medicinal de otra, de modo que llegó a la conclusión de que tendría que ser ella quién comprara el remedio.

—Da igual —le dijo con voz tranquilizadora ante su creciente desasosiego—. Iré a hablar con el capitán a ver si se puede encargar otra persona. Tú quédate aquí y rocía a Jochem con agua fría. No pares, hazlo una y otra vez, hasta que le baje un poco la fiebre. E intenta que beba algo. Lo necesita.

El capitán había vuelto a bajar a tierra y a bordo del barco no había nadie a quién se le pudiera confiar la tarea de comprar las hierbas. Frustrada, decidió ocuparse ella misma de aquella crisis y regresó en busca de Harding.

—Lo siento, pero tendremos que ir tú y yo. ¿Puedes pedirle a alguien que se quede con Jochem?

—Supongo, pero ¿está segura?

—No hay otra opción. Tenemos que salvarlo.

Harding asintió.

—Está bien, iré a buscar a alguien.

—Te espero en cubierta —dijo Midori, y se marchó para prepararse. Antes de dejar el camarote, ocultó un afilado cuchillo en una de sus mangas y suficiente plata para comprar cualquier cosa que necesitase.

La mayoría de la tripulación había desembarcado y la cubierta estaba extrañamente silenciosa. Solo se escuchaba el ruido de las suaves olas que golpeaban el casco y el grito de los pájaros. Los que permanecían en el barco estaban sentados, con las miradas vueltas a tierra, esperando su turno para bajar, o adormecidos a la sombra.

Mientras esperaba apoyada en la barandilla, Midori se dio cuenta de que había un bote amarrado en popa.

—¿Podemos llevarnos eso? —preguntó a Harding en cuanto se reunió con ella en cubierta.

—Claro. —Le señaló la escalera de cuerda—. Después de usted.

Midori no lo dudó. Pasó las piernas por encima de la barandilla, bajó todo lo rápido que le permitía la ropa y pronto se encontró sentada en el bote. Harding la siguió, ágil a pesar de su corpulencia. No tardaron mucho en llegar al puerto, donde el marinero amarró el bote. Después se adentraron en lo que parecía el centro de la ciudad.

—No se separe de mí, señora o el capitán me matará.

—Lamento mucho lo de Leuw. Era un buen hombre. Lo conocía desde hacía años. — Antonio van Diemen, el gobernador general de Batavia, le dio unas palmaditas en la espalda y le apretó el hombro en un intento de reconfortarlo—. Pero ha hecho bien en tomar el mando del barco y estoy seguro de que los directores se mostrarán muy satisfechos si regresa sin problemas con una mercancía tan valiosa.

—Gracias, señor. Eso espero. Pero el capitán Leuw lo dejó todo atado antes de su muerte, así que el mérito es todo suyo.

—Quizá, pero usted será quién lleve esa mercancía a puerto. Eso cuenta a su favor.

El gobernador le ofreció un vaso de vino y cambió de tema.

—¿Ha tenido la oportunidad de dar una vuelta por la ciudad? Hay muchos productos en oferta. —Van Diemen le guiñó un ojo—. Muchas baratijas para las damas, eso siempre le hace a uno quedar bien.

Nico nunca había tenido que comprar regalos para nadie en sus viajes, pero asintió por educación.

—Sí, claro, veré qué encuentro.

—¿Hay alguien especial esperándolo? ¿Una esposa o una novia, quizá? De ser así, será mejor que no escatime. —Van Diemen soltó una carcajada—. Su regreso será mucho más dulce si llega con un regalo, se lo digo por experiencia.

Nico forzó una sonrisa.

—Lo tendré en cuenta, pero no, aún no estoy casado ni prometido.

—Bueno, pues si espera pedirle la mano a alguna dama, aquí tiene su oportunidad. Está en el mejor lugar para comprar regalos.

Nico no había pensado comprar nada, pero no quería ofender al gobernador general. Improvisó rápidamente.

—De hecho, pensaba en dar un paseo esta tarde para ver qué puedo encontrar. ¿Qué le parece? ¿Seda, o joyas, quizá?

—Conociendo a las mujeres, amigo mío, creo que las dos cosas serían bienvenidas. —Van Diemen sonrió—. Su apetito por las telas y las joyas parece insaciable. Eso sin mencionar cualquier otro accesorio que pueda encontrar. Los abanicos son muy populares, al igual que los chales; al menos a mis familiares les gustan.

—Sí, de hecho, recuerdo que mi tía una vez me dijo... *Godverdamme!* —Nico, que estaba junto a la ventana, acababa de reconocer en la plaza a una figura familiar que lo miraba todo con gran interés.

—¿Cómo dice? ¿Qué dijo su tía? —Mijnheer Van Diemen lo miraba

desconcertado y Nico alzó los brazos a modo de disculpa.

—Oh, no señor, eso no dijo, mi tía jamás se expresa así. Es que acabo de ver a M... a uno de mis tripulantes ahí fuera. —Señaló a la calle—. Es un joven espabilado al que le había ordenado que se quedara en el barco. No me gusta que me desobedezcan.

La expresión del gobernador general se relajó.

—No, claro que no. Entiendo lo que quiere decir. —Asintió hacia la plaza—. Será mejor que vaya a por ese rebelde, ¿no? Antes de que se aleje demasiado. Podría meterse en algún lío.

—Sí, eso pensaba, señor. Gracias, ahora mismo voy. —Se inclinó—. Gracias por dedicarme tanto tiempo, ha sido un placer, señor.

—Descuide, el placer ha sido mío. —Van Diemen lo despidió con una inclinación de cabeza—. Le deseo un viaje seguro de vuelta a Ámsterdam.

Batavia era una maravilla y al principio Midori paseó sin rumbo fijo, intentando asimilar todo lo que veía. Harding la seguía, sin perderla de vista, pero la joven apenas le prestaba atención. Estaba tan concentrada en todo lo que la rodeaba que por un momento olvidó cuál era la razón de su visita.

Le habían contado que en su conquista, los holandeses destruyeron casi toda la ciudad original y que después la reconstruyeron siguiendo su estilo. Ahora entendía lo que eso significaba: filas y filas de robustas casas de ladrillo. Nunca había visto nada igual. La mayoría daban a una red de canales que parecían constituir el modo principal de transporte de los productos que llegaban al puerto. Las casas tenían ventanas pequeñas y eran bastante modestas. Aun así, resultaban agradables a la vista.

Llegó a una plaza empedrada donde se alzaba una construcción mucho mayor que las demás. Alguien le había hablado del ayuntamiento y supuso que debía de ser aquel. Un edificio blanco, de dos plantas, con una gran entrada y contraventanas pintadas. Era impresionante. Un pequeño campanario que coronaba la fachada principal llamó su atención y se detuvo a admirarlo por un momento, después siguió su camino.

—Es muy bonito, ¿no te parece? —le dijo a Harding, que se limitó a asentir sin mucha convicción.

—Hum, sí que lo es. ¿Le parece bien que vayamos a buscar las hierbas ya, señora?

—Oh, sí, no debemos demorarnos. Gracias por recordármelo.

Midori se adentró en otra zona de la ciudad. Esta era menos bonita que la que daba a los canales, pero apenas se percató del cambio, fascinada por las tiendas y puestos que encontraba a su paso. Lo primero era buscar los remedios que necesitaba Jochem. En cuanto hubo encontrado las hierbas, las guardó en una bolsita que había

traído para ese propósito. Con la misión cumplida, no pudo resistir la tentación de echar un vistazo al resto de los productos que se ofrecían. Después de todo, quizá no volviera nunca por allí, así que tenía que aprovechar aquella visita. Había telas de seda de todos los colores imaginables, así como productos en cuero, artefactos de madera, joyas y muchas más cosas.

La plata que había traído resultó válida como forma de pago, aunque algunos de los mercaderes no parecían fiarse mucho al principio.

—¿Hablas su idioma? —le preguntó a Harding. Aunque no era difícil hacerse entender por señas, sabía que sería más rápido comunicarse con palabras.

—Muy poco, pero haré lo que pueda —contestó Harding—. Aquí la mayoría de la gente habla malayo o portugués, que son las principales lenguas de esta parte del mundo. Chapurreo un poco las dos. Puede que demos con alguien que hable holandés, si tenemos suerte.

Se concentró tanto en elegir las cosas que quería comprar, que cuando por fin terminó, el tiempo había volado. Entonces sintió una oleada de pánico y culpa. *Jochem, ¿cómo me he podido olvidar de él?* Se suponía que había bajado del barco para comprarle las plantas medicinales, no para ir de tiendas.

—Gracias por ser tan paciente, Harding —le dijo al gigante—. Pero tenemos que regresar ya. Vamos a ver si encontramos el camino más rápido.

—Eh, sí. —Se rascó la cabeza—. ¿Por ahí? —dijo señalando a la derecha. Midori tampoco estaba segura de dónde estaban, así que siguió aliviada las indicaciones de su acompañante. Sin embargo, pronto se dieron cuenta de que deberían haber prestado más atención al camino que habían seguido.

—Me parece que no es por aquí, Harding —le dijo, deteniéndose. Justo cuando el marinero iba a contestarle, otro miembro de la tripulación del *Zwarte Zwaan* apareció tras ellos—. Oh, mira, es uno de tus compañeros ingleses. Jessop, ¿no? Preguntémosle el camino.

—No sé, señora, es uno de los amigos de Barker. —Harding frunció el ceño, pero Midori estaba tan desesperada por regresar al barco que no le quiso escuchar.

—Sí, pero está solo, así que no creo que sea peligroso.

Cuando preguntaron a Jessop, Midori no recordaba si su nombre de pila era Abe o Peter, este les dijo muy amablemente por dónde tenían que ir. Incluso se ofreció a acompañarlos. Sin embargo en lugar de salir al puerto, se adentraron en una zona más sórdida aún. Midori comenzó a sentirse inquieta y Harding maldecía entre dientes. Un grupo de marineros borrachos apareció dando tumbos al final de la estrecha calle en la que se encontraban. Cantaban a gritos y se chillaban unos a otros. Algunos parecían discutir entre ellos, otros directamente se dejaron caer al suelo, indiferentes a todo.

—¿Cuánto por tus servicios? —gritó uno de los marineros en inglés. Midori lo ignoró y siguió adelante.

—¿Está seguro de que es por aquí, señor Jessop? —preguntó preocupada.

—Sí, este es el mejor atajo. No haga caso, están borrachos.

Midori agarró con fuerza el cuchillo que guardaba en una manga. Intentó no mirar a la izquierda ni a la derecha, así que bajó la cabeza.

Doblaron una esquina y de repente Jessop se detuvo.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué nos hemos parado? —Midori miró a su alrededor y se dio cuenta de que Harding ya no la seguía—. ¿Harding?

Estaban en un pequeño callejón sin salida. Jessop abrió la boca para contestar, la expresión de su rostro era seria, pero antes de que pudiera decir nada, alguien salió de un portal y cogió a Midori de una mano, obligándola a entrar. Todo ocurrió tan rápido que no tuvo tiempo de reaccionar y su cuchillo jamás salió del escondite. Un desconocido la sujetó con fuerza por detrás y le inmovilizó los brazos, fijándolos a sus costados, y aunque probó todos sus trucos para intentar escabullirse, no tuvo éxito.

—¡Suéltame, desgraciado! —Pateó y se revolvió con todas sus fuerzas, pero lo único que consiguió fue un golpe en la cabeza que la dejó atontada y un montón de palabras, quizá fueran insultos, en un idioma que desconocía. Aún no se había recuperado cuando otro golpe en la cabeza la dejó sin sentido.

—¿Dónde demonios estás? Maldita mujer —murmuró Nico entre dientes mientras avanzaba por las calles buscando a Midori entre la multitud. Quería estrangularla por desobedecer sus órdenes, pero no la encontraba por ninguna parte.

Como no sabía en qué dirección se había marchado, caminó describiendo un gran círculo que lo llevó de vuelta a la plaza varias veces. Cuando podía, se detenía a preguntar a algún mercader que vendía productos en los que pensaba que ella podría haberse interesado, pero la mayoría se encogían de hombros.

—Tenemos muchas clientas, señor, no podemos recordarlas a todas. ¿No quiere seda, señor? Muy buena calidad, a la dama le gustará, se lo garantizo.

Nico maldijo una vez más y apretó los dientes sumido en la frustración.

—¿Por qué nunca hace lo que se le ordena? —preguntó en voz alta. Aunque sabía que no estaba siendo justo. Midori había hecho todo lo que estaba en su mano para no llamar la atención en el barco y jamás había causado problemas de forma intencionada. *¿Pues por qué empieza ahora?*

Como para enfatizar la angustia que sentía, el cielo se cerró y una lluvia torrencial cayó sobre la ciudad. Ni los tejados ofrecían resguardo. En un momento, las calles se empaparon. La mayoría de los habitantes de la ciudad desaparecieron como cucarachas ante un rayo de luz, pero Nico se subió el cuello de la camisa y prosiguió su búsqueda. En escasos segundos estaba calado hasta los huesos. Aun así, continuó.

Por fin dio con un mercader que recordaba a Midori. Le dijo por dónde se había marchado al menos una hora antes, después de dar instrucciones de que llevaran lo que había comprado al Zwarte Zwaan. El sol se estaba poniendo y las esperanzas de

Nico de hallarla sana y salva eran cada vez más escasas.

*¡Maldita sea! Tengo que encontrarla...*

—Un poco más de esto y se volvería mucho más tratable.

Aquella voz trajo a Midori de vuelta a la consciencia a través de una niebla de dolor y un fuerte olor que invadió sus fosas nasales, aturdiéndola. Lo reconoció, pero no comprendió su significado. Sintió relámpagos que le atravesaban la cabeza cuando abrió los ojos pero, por fortuna, el lugar en el que se encontraba estaba tenuemente iluminado, dando a sus ojos la oportunidad de ajustarse a la escasa luz.

—Se mueve.

—Sí, ¡fuera esas manos! Cuando acabe con ella te la puedes quedar para ti, pero la quiero lista y bien despierta.

Midori frunció el ceño al contemplar varios rostros inclinados sobre ella. Al principio la visión era borrosa, pero se fue aclarando poco a poco. La sorpresa fue mayúscula.

—¿Jessop? —susurró casi para sí—. ¿Y... Barker? —Oh no... Sonreían de forma lasciva y maliciosa. Midori se estremeció.

—Veo que me reconoces, ¿eh? —Barker se frotó las manos, satisfecho, antes de volverse hacia alguien y ordenar que trajera algo.

Midori se incorporó con cuidado y abrió la boca para protestar, pero antes de que pudiera decir nada, la sujetaron por detrás de nuevo y le retorcieron los brazos hacia arriba. Entonces Barker avanzó hacia ella con algo en las manos.

—Sujétala, Abe —le ordenó a Jessop, que se encontraba a su lado con aspecto nervioso.

—¿De verdad hay que hacer esto? —preguntó.

—Haz lo que se te ordena —contestó Barker—. Me lo debes, ¿recuerdas?

—Ya no te debo nada —murmuró Jessop, pero Barker no le escuchaba.

—Hazlo —le ordenó y su compañero se arrodilló obediente.

—¿Qué? Eh... —Le metieron una especie de pipa en la boca, mientras el primo de Jessop, Peter, le tapaba la nariz. Barker le ordenó que aspirara profundamente.

Midori sacudió la cabeza e intentó liberarse, pero un cuarto hombre se acercó en ayuda de Jessop, y le sujetó la barbilla. Barker hizo lo que pudo para cerrarle la boca, y al sentir sus sucias manos en la cara, se le puso la piel de gallina. Aguantó todo lo que pudo pero al final no tuvo más remedio que aspirar, y al hacerlo sus pulmones se llenaron de humo. El ataque de tos fue inmediato. Entonces sus atacantes la soltaron un poco y le dieron varias palmadas en la espalda.

—¿Qué... es eso? —preguntó medio asfixiada, aunque ya conocía la respuesta. El olor que permeaba la habitación era inconfundible y cuando miró a su alrededor, pudo ver una nube de humo flotando en el aire, confirmando sus sospechas. *¡Estoy en un fumadero de opio!* Había oído hablar de aquellos lugares, pero ni en sus sueños

más locos había pensado jamás que se vería en uno de ellos.

La decoración de la sala parecía china. Los farolillos de seda roja arrojaban una luz matizada sobre pilas de cojines y sobre las mujeres que pululaban por allí vestidas con trajes de seda al estilo chino. Midori pensó que serían señoras de la noche. Hombres chinos con largas colas de caballo se movían por la sala ofreciendo a los clientes pipas y otros objetos. Sintió cómo el miedo se apoderaba de ella. Se respiraba tal ambiente de maldad en aquel lugar que le dieron ganas de gritar.

En la última fase de la enfermedad, su madre fue tratada con opio para aliviarle el dolor. Todo en el cuarto de la enferma quedó impregnado de aquel olor que Midori no olvidaría jamás. Apretó los dientes ante el regreso de aquellos terribles recuerdos.

Los hombres que la rodeaban decidieron que ya había tenido tiempo para recuperarse y se acercaron de nuevo. Esta vez fue algo más rápida y consiguió sacar el cuchillo de su escondite. Lo blandió a lo loco en todas las direcciones y tuvo el placer de escuchar gruñidos de dolor y una maldición entre dientes a sus espaldas. Descubrió con satisfacción que la técnica de lucha cuerpo a cuerpo de Barker no había mejorado mucho desde su último encuentro. Logró hacerle un corte en el brazo en más o menos el mismo lugar donde lo hirió la primera vez con su espada. El marinero gritó y profirió una retahíla de juramentos.

—¡Sujetadla, inútiles! —ordenó mientras se tapaba la herida con una mano—. ¿Vais a dejar que una mujercita pueda con cuatro hombres adultos? ¡Esto es patético!

Estaba furioso y escupía saliva con cada palabra. Desgraciadamente para Midori, sus gritos tuvieron el efecto deseado y tras una breve lucha se encontró de nuevo sin el cuchillo e inmovilizada.

—No te muevas, mujer —le susurró Jessop a sus espaldas. La amenaza en sus palabras la hizo estremecer. Barker le dio una patada, para asegurarse y para aplacar algo su rabia. Después le desgarró la ropa desde la garganta a la cintura, dejándola expuesta y humillada. Midori cerró los ojos para no ver las expresiones voraces de aquellos hombres.

La obligaron a fumar de nuevo de la pipa. Daba igual cuánto se resistiera, al final siempre acababa tragando aquel odioso humo, una y otra vez. Por dentro se sentía seca, abrasada, a punto de explotar. Le ardía la garganta. Tosió hasta que pensó que se le romperían las costillas.

Cuando estaba segura de que no podía aguantarlo más, de repente Barker y sus amigos se detuvieron y se colocaron en círculo a su alrededor, observándola expectantes. Midori frunció el ceño, sin comprender nada. Sin embargo, pronto comenzó a sentir una extraña sensación, parecía como si flotara, como si sus miembros no formaran ya parte de su cuerpo. Ligera, relajada, se echó sobre los cojines que habían colocado debajo.

Su cerebro se sumergió en una extraña calma y sonrió a sus torturadores, que a su vez se sonreían entre sí, sabedores de lo que iba a suceder. A Midori ya no le importaba. La invadió una sensación de bienestar tan profunda que dejó de

preguntarse qué le estaba sucediendo. En su lugar, se fijó en uno de los farolillos de seda y comenzó a estudiar todos sus diminutos detalles, admirando su belleza. El resto de la sala quedó desenfocada.

—Recordad, yo voy primero —escuchó que decía Barker en la distancia—. ¿Está la trastienda vacía?

Midori cerró los ojos, dejándose llevar por el placer de flotar. Alguien la cogió en brazos, alterando ligeramente aquella placentera sensación, pero esta regresó pronto. Apoyó la cabeza contra el hombro de quién la llevaba.

—Esa es mi chica. Sabía que con el opio serías mucho más cariñosa. —Su malvada carcajada no tuvo ningún efecto en Midori, que seguía sonriendo.

El tiempo ya no tenía ningún sentido y cuando la dejaron sobre otro montón de cojines, no sabía si había pasado un minuto o una hora. Le daba igual. De repente, notó jaleo a su alrededor. Abrió los ojos por una fracción de segundo para ver qué ocurría. Distinguió un destello metálico y escuchó el ruido del acero contra el acero, pero no pudo descifrar qué sucedía. Poco a poco, se hundió en los cojines y descansó la cabeza. Se sentía tan bien, tan a gusto, que se habría quedado allí para siempre...



El ruido no la dejaba descansar. Cada golpe reverberaba en su cabeza, haciéndola estremecer. Entornó los ojos. Pestañeó para intentar comprender lo que estaba viendo, pero había movimiento por todas partes, destellos que iban y venían. Nico, con expresión feroz, saltaba y se revolvía en lo que parecía un extraño baile. Barker, Jessop, entre las sombras, se le unieron. Midori quiso reír en voz alta, todos estaban ridículos.

De repente, las cabezas pequeñas se hicieron enormes, como infladas. Los rostros parecían sonreír como si fueran extrañas máscaras en una obra de kabuki, caras absurdas, inhumanas. Algo de metal, brillante como el sol, entraba y salía de aquel baile. Resultaba muy hermoso. Nico flotaba sobre el suelo, describiendo círculos, siempre en movimiento.

Los sinuosos cuerpos de las damas de la noche se juntaban y se separaban como si fueran un nido de serpientes que de repente se entrelazaban para formar una sola. Tenían las bocas y los ojos muy abiertos. Sus brillantes ropajes se convertían en la suave piel de un reptil, y sus brazos se mezclaban con las colas de las serpientes.

Midori cerró los ojos por un momento. Aquello no tenía ningún sentido.

El sonido de rugidos terribles y distantes de animales peligrosos la obligó a abrirlos de nuevo y entonces vio que Nico ahora bailaba solo. Los otros estaban tumbados en el suelo, evidentemente cansados de tanto esfuerzo y aullando como perros en la noche. Sabía cómo se sentían. Ella también estaba agotada, exhausta. Tenía que descansar.

Había llegado justo a tiempo y solo porque se le ocurrió sobornar a un grupo de chavales. Siempre tenían los ojos y los oídos bien abiertos y vieron todo lo que había sucedido. Primero lo condujeron hasta Harding, al que habían golpeado en la cabeza y habían abandonado en un portal, y después lo llevaron hasta el fumadero de opio. *¡Gracias a Dios!* Nico se pasó una mano por el pelo y cogió aire. Por poco.

Cuando rescató a Midori, Harding se había recuperado lo bastante para encargarse de Barker, así él pudo llevar a la joven de vuelta al barco. Ahora estaba sentado a su lado, observándola mientras dormía sobre su camastro. La llevó a su camarote, porque era más espacioso y luminoso, pero ahora lamentaba su decisión. La imagen de aquella mujer en su cama sería difícil de olvidar, aunque ahora estaba vestida. Parecía que no tuviera ni una preocupación. Sonreía como atontada, de vez en cuando se movía, pero por lo general, permanecía con la vista perdida. Nico quería zarandearla y preguntarle cómo se le había ocurrido bajar del barco para recorrer las

calles de Batavia, pero sabía que no conseguiría respuesta alguna. Debía esperar a que los efectos de la droga se disipasen.

Harding entró de golpe sin ni siquiera llamar a la puerta y se detuvo en seco ante la visión de Midori.

—¿Capitán? ¿Está...? Lo siento mucho, debería...

Nico alzó una mano.

—Es igual. Creo que no le ha pasado nada. Solo está drogada. —*Al menos eso espero.* No había forma de estar seguros, pero eso no se lo iba a decir a Harding.

—¿Drogada? —Harding la miró como si lo hiciera por primera vez—. ¿Cómo? Es decir, ¿por qué...? —Se acercó a la cama para verla mejor. Midori sonreía como si nada.

—Cosa de Barker. —Nico apretó los puños involuntariamente y luego se los metió en los bolsillos—. Sin duda pensaba violarla aprovechando que no se podía defender.

—¡Miserable sabandija!

—Yo pienso igual. ¿Está ya a bordo?

—Sí y envié a cinco hombres más a por los demás. Acaban de llegar. Menos mal que sobornó a los chinos para que no los dejaran escapar.

—Sí, dudo que Barker les pagara tanto. ¿Dónde están sus compinches?

—En cubierta. Uno no para de decir tonterías, pero creo que logaremos arrancarle una confesión. Si lo conseguimos, podríamos colgar a Barker, aunque yo preferiría estrangularle con mis propias manos, al hijo de puta.

—No, no, no hay necesidad, Harding. Solucionaremos esto como dios manda. —Nico intentó que su voz sonara tranquila, cuando en realidad él también quería matar a aquel indeseable. Pero sabía que tenía que respetar las normas y dejar sus sentimientos a un lado.

Harding gruñó, luego miró a Midori una vez más.

—¿Está seguro de que se pondrá bien, capitán?

—Sí. La obligaron a fumar opio, pero pronto pasarán los efectos. Lo he visto antes. Un amigo mío fue lo bastante tonto como para probarlo.

—Bueno, me marcharé y esperaré su castigo, señor.

—¿Castigo?

—Por no protegerla, como me pidió, señor.

—Ah, eso. No te preocupes, no te hago responsable. Te golpearon en la cabeza desde atrás, no podías haber hecho nada. Cuando te encontré, estabas recuperando el conocimiento. ¿Te duele?

Harding se frotó la cabeza.

—Solo un poco, pero es lo que merezco. Aunque intenté decirle que no debíamos seguir a Jessop.

Nico negó con la cabeza.

—Y por supuesto, no le escuchó. Sé lo testaruda que es y no es culpa tuya, así que

no te preocupes.

—Gracias, señor, yo... gracias.

—¿Cómo está el chico?

—Acabo de ir a verlo y sigue con algo de fiebre, pero le han estado poniendo compresas frías y parece que le alivia. —Se encogió de hombros—. Le di al médico las hierbas que compró la señora y le va a preparar una tisana.

—Más vale que regreses con Jochem entonces.

—Sí, capitán. —Harding se inclinó y salió del camarote. Nico volvió a concentrarse en Midori.

Transcurrido un tiempo su mirada somnolienta se posó sobre él. La joven sonrió de forma tan encantadora que el capitán tuvo que pestañear varias veces.

—Nico. —Alzó los brazos hacia él, tentándole a que se acercara. Sus manos le acariciaron el cuello, atrayéndolo hacia ella—. Nico —susurró de nuevo—. Estás enfadado. No me gusta cuando te enfadas.

—Midori, no deberías... —comenzó a decir, pero se quedó sin palabras cuando ella de repente lo besó en los labios.

Emitió un gemido ahogado e intentó apartarse, pero ella entrelazó las manos tras su cuello y lo atrapó. Podría haberse opuesto con más contundencia, lo sabía, pero sus labios eran tan suaves y se movían tan lenta y sensualmente que no pudo resistirse. *Solo esta vez*, se prometió a sí mismo. *¿Qué puede pasar? Ahora no nos ve nadie*. La rodeó con sus brazos y la sentó sobre su regazo, sosteniéndola tan cerca que podía sentir los latidos de su corazón. Estaba caliente y manejable, y su aroma era embriagador, a pesar de que aún no se había librado del todo del olor a opio. Cuando por fin el beso acabó, Nico sumergió el rostro en su pelo e inhaló su fresco aroma. Intentó sacarse de la cabeza su imagen desnuda de cintura para arriba.

*Señor, la perfección personificada, ¡el cuerpo de una diosa!*

—Nico —dijo de nuevo, una y otra vez como un mantra. Al capitán le encantaba como sonaba su nombre en sus labios. Unos labios que estaban demasiado cerca para no reparar en ellos, demasiado cerca para ignorarlos y tan hermosos...

No supo cuánto duró el segundo beso, un minuto, una eternidad, daba igual. Para él fue como toda una vida y no quería parar. Su sabor y su entusiasta respuesta casi lo vuelven loco de deseo y solo haciendo un terrible esfuerzo consiguió por fin apartarse para respirar.

Sintió que Midori se estremecía y su cuerpo respondió. Se inclinó para volver a besarla, pero justo entonces la joven se puso tensa y dejó escapar un gemido que no le pareció fruto del deseo. Se apartó para mirarla, tenía el rostro increíblemente pálido.

—¿Midori? ¿Qué ocurre?

—No... no me encuentro bien. Creo que voy a... Lo siento... —Se inclinó y Nico apenas tuvo tiempo de coger un cubo para que Midori vomitara en él.

—¡Maldita sea! —murmuró y se maldijo a sí mismo por ser tan idiota. Había olvidado que el estado inicial de euforia provocado por el opio se disipaba pronto

para dejar paso a otros efectos menos placenteros. Debería haber estado más atento en lugar de dejarse dominar por sus instintos. Maldijo de nuevo su torpeza aunque solo fuera para combatir el deseo que aún lo atormentaba.

Midori siguió con nauseas durante una hora, más o menos, después comenzó a tener sudores y a sentir calambres en las piernas y los brazos. Estaba encogida por el dolor, y Nico le dio masajes en las zonas afectadas lo mejor que supo sin quitarle la ropa. Le dio de beber y por fin la joven se sumergió en un sueño intranquilo y plagado de pesadillas.

El capitán se dejó caer sobre su silla, exhausto por el esfuerzo y emocionalmente seco. Cerró los ojos y deseó estar a miles de millas de allí.

*Nico la estaba besando y le pareció la cosa más maravillosa del mundo. Midori se sumergió en sus brazos, urgiéndole a que se acercara más hasta que sus cuerpos se unieron, pero entonces, una sensación de pánico la invadió y al abrir los ojos vio que no besaba a Nico si no a Barker.*

*Podía oler su nauseabundo aliento y ver sus podridos dientes mientras sonreía satisfecho.*

*—Te tengo, mujer. Ahora eres mía... —Sus carcajadas reverberaban a su alrededor y se tapó los oídos con las manos, pero solo consiguió que su risa sonara más fuerte.*

*—¡Suéltame! ¡Déjame en paz!*

*Barker se burlaba de ella.*

*—Serás mía, serás... —Sus palabras rebotaban de un lado a otro de su cabeza, mareándola. Intentó luchar contra él, defenderse de su voz y de esa boca omnipresente.*

*Por todas partes surgían brazos que la agarraban, la sujetaban, la alzaban, la bajaban y la arrojaban al aire de forma inesperada. Su estómago no paraba de dar vueltas, las náuseas subían y bajaban con el resto de su cuerpo, y se oyó gritar. Sintió dedos por todas partes, arañándole la piel para llegar a su interior. Una explosión de dolor le recorrió todo el cuerpo.*

*Cuando por fin la soltaron, abrió los ojos y se encontró rodeada de farolillos chinos. Polvorientos y de color rojo sangre, todos tenían el rostro de Barker dibujado en su superficie, riendo y mirándola con lascivia. Los farolillos comenzaron a girar alrededor de su cabeza en un gran círculo, acercándose cada vez más hasta que todos se lanzaron sobre ella, uno a uno, dejando la huella de la boca de Barker en su piel como si fueran sanguijuelas.*

*El asco y el miedo se apoderaron de ella y gritó hasta que una de las bocas se aferró a la suya, dejándola sin respiración. Luchó por coger aire, pero la boca no la soltaba y sus brazos estaban de nuevo inmovilizados. Le ardían los pulmones, el dolor la abrasó por dentro hasta que por fin la bendita oscuridad la reclamó...*

—¿Nico? ¿Dónde estoy?

La débil voz despertó a Nico. Abrió los ojos y se dio cuenta de que se había quedado dormido en la silla, y ahora su cuerpo le estaba diciendo lo incómoda que era aquella postura. Intentó estirar el cuello, se dio un masaje con ambas manos y luego se estiró para enderezar la espalda.

Midori estaba todavía tumbada en su cama, mirándolo con una extraña expresión en su hermoso rostro. De repente, recordó cómo se había aferrado a él antes y sintió como si alguien le hubiera pegado un puñetazo en el estómago. Respiró hondo.

—¿Nico?

Miró a Midori no sin cierto esfuerzo.

—Estás en mi camarote —dijo—. Tenía que vigilarte, hasta que se te pasaran los efectos de la droga.

—¿La droga? Oh, sí, ahora lo recuerdo. —Se le nubló la vista y se volvió hacia la pared—. Gracias por venir en mi ayuda. Fuiste tú, ¿verdad?

—Sí.

Lo miró por encima del hombro.

—¿Consiguió... Barker...? —Cerró los ojos como si no pudiera soportar pronunciar las palabras.

Nico apretó los puños y bajó la vista al suelo. Pensar en lo que había sucedido lo dejó frío por dentro. Barker y sus amigos la habían tenido en su poder durante tanto tiempo que podían haber hecho con ella lo que hubieran querido, y lo peor de todo era que Nico no tenía ni idea de si finalmente la habían violado. No había señales exteriores, aparte de algunos moratones y alguna que otra marca, pero no había querido quitarle la ropa y estudiarla con mayor atención. Supuso que ya lo haría ella. Quería matar a Barker con sus propias manos por lo que había hecho y por la cobardía que había demostrado. Sabía, y Barker también, que jamás habría podido con ella en un enfrentamiento cara a cara, salvo si la pillaba por sorpresa, como había ocurrido en su camarote.

—No —dijo con rotundidad. Si ella no lo sabía, no había razón para hacerla sufrir más, pensó. Midori no dijo nada, Nico alzó la vista y se encontró con sus ojos. Lo miraba con el ceño fruncido—. ¿Te encuentras mal de nuevo? ¿Quieres volver a tu camarote?

—Sí, por favor. Te lo agradezco... mucho.

Nico se acercó a la puerta y llamó a Harding. Oyó que se corría la voz por el barco y se volvió hacia la joven.

—Estará aquí enseguida. ¿Necesitas algo?

—Agua, quizá. Siento como si me ardiera la garganta. —Dudó un momento y luego añadió—: Nico, mientras dormía, antes, tuve un sueño. Soñé que tú y yo... que nosotros... —Un ligero rubor le coloreó las mejillas al intentar formular la pregunta.

Nico sabía muy bien a qué se refería, pero no tenía ninguna intención de echarle

una mano. En su opinión, era mejor que aquello quedara olvidado. Sonrió como si le estuviera tomando el pelo a un crío.

—Seguro que has soñado muchas cosas. A juzgar por la sonrisa de tu cara mientras dormías, parecían sueños bastante agradables, al menos al principio. Luego llegaron las pesadillas. Todo forma parte de los efectos de la droga; no pienses más en ello.

—Ya. —Midori asintió como si intentase convencerse a sí misma. Abrió la boca para añadir algo, pero entonces Harding llamó a la puerta y entró en el camarote a toda prisa.

—¡Señora Midori! ¿Está bien? No puedo creer...

—Harding. —Nico posó una mano sobre el brazo del gigante—. Está muy cansada y le gustaría volver a su camarote. ¿La puedes llevar, por favor?

—Sí, claro, por supuesto. Sí señor.

Harding cogió a Midori en brazos casi de forma reverencial y la sacó del camarote. Nico aguantó la puerta, pero no miró a Midori cuando pasó junto a él. De haberlo hecho, se la habría quitado a Harding de los brazos y la habría llevado él mismo. Era bastante reacio a que nadie más la tocara.

Cuando se hubieron marchado, golpeó la pared con el puño hasta que el dolor lo obligó a detenerse.

*¡Aquello tenía que acabar ya!*

Midori se despertó de un sobresalto y se encontró tumbada en su cama acompañada solo por los gritos de las gaviotas. Se sentía sucia y dolorida y tenía la garganta seca y áspera, pero aquellas eran molestias menores comparadas con la tormenta que arreciaba en su interior. Comenzó a recuperar recuerdos aislados. Frunció el ceño al intentar encajar las piezas de aquel puzle. El fumadero de opio, eso lo recordaba a la perfección, y la extraña sensación de tranquilidad en que se sumió de repente, pero después de aquello todo estaba muy confuso. La cara de Barker, con sus feos rasgos, aparecía en varias fases. La había cogido en brazos y se la había llevado, de eso estaba segura, pero ¿adónde? ¿Qué le había hecho?

Midori sabía cuál había sido su intención, pero ¿lo habría conseguido? Nico le había asegurado que no ocurrió nada, pero ¿y si pretendía ahorrarle mayores sufrimientos ocultándole la verdad? Tenía que asegurarse. Con decisión, se sentó y se quitó la ropa en busca de alguna señal de violación. No encontró ninguna. Solo tenía algunos moratones en la parte superior del cuerpo, pero nada más. Se sintió tan aliviada que rompió a llorar.

*Nico llegó a tiempo. Me salvó.*

No había llorado desde que era una niña pequeña, pero ahora las lágrimas brotaban de sus ojos como en un torrente imparable. Sonoros y profundos gemidos estremecían su cuerpo y en su débil estado, se dejó llevar. Todo aquello era

demasiado y su madre habría dicho que aquel llanto era reparador.

*Oh, madre, si estuvieras aquí conmigo para guiarme...*

Cuando por fin se secó las lágrimas, intentó pensar con lógica. Las mujeres samurái se mataban si sentían que su castidad estaba amenazada. Si aún estuviera en Japón, sabía que todos esperarían de ella que se quitara la vida, ya que había perdido su honor. De hecho, de haber cumplido con su deber, se habría clavado el cuchillo de manera inmediata, en lugar de atacar a Barker con él. Pero en aquel momento lo único que se le ocurrió fue defenderse.

—Luché lo mejor que pude —murmuró—. Pero ni siquiera padre habría esperado que superara a cuatro hombres yo sola. Además, la lucha no fue justa. —Aunque como bien sabía, eso daba igual.

Solo había una solución: el harakiri.

Apretó los dientes, se puso de pie y buscó sus espadas. Tras comprobar que el filo estaba en perfectas condiciones, se sentó sobre la cama con las piernas cruzadas y dejó las dos espadas a su lado. Brillaban y relucían en la luz del sol que entraba por los pequeños ojos de buey. Sentía como si la animaran con su resplandeciente belleza, como si dijeran: «Míranos, somos tus amigas, te ayudaremos a acabar con esto rápidamente». Respiró hondo varias veces para calmar los nervios e intentó liberar la mente de todo lo que no fuera su obligación como mujer samurái, lo que el honor requería que hiciese.

Ató un trapo alrededor del filo de la espada más corta y lo cogió con fuerza por la mitad, después, lentamente se quitó la ropa y dejó al aire el estómago. Posó la punta de la espada sobre su piel hasta que supo que no podía seguir sin desgarrar la carne.

*Pero no quiero morir.*

Aquel pensamiento traicionero llegó como de ninguna parte, sorprendiéndola, interrumpiendo su medida respiración y acelerando el latido de su corazón. Cuando bajó la vista de nuevo, vio una gota de sangre caer de una pequeña herida. Debió de clavarse ligeramente la punta de la espada sin darse cuenta. Intentó analizar sus emociones, encontrar la razón por la que no estaba dispuesta a hacer lo correcto. Llegó a la conclusión de que no tenía miedo a morir, ni al dolor que podría sentir, simplemente no estaba preparada. Aún no había llegado su momento.

*Pero eso no es excusa. Nadie cree que haya llegado su momento. Todo el mundo quiere seguir vivo un poco más.*

Y sin embargo, sabía que no estaba preparada para seguir con aquello, para quitarse la vida.

Una vocecita insidiosa dentro de su cabeza le dio la excusa perfecta para no hacerse el harakiri, o *seppuku*, como también se conocía. *Mis compatriotas no me quisieron. ¿Por qué tendría que seguir sus reglas?* Y, bien mirado, ¿había estado a punto de perder su castidad, o estaba exagerando? Basar el suicidio en suposiciones le parecía una medida demasiado drástica. Además, las mujeres samurái solo debían quitarse la vida si contaban con el permiso del líder de su clan. Como no tenía a nadie

allí que pudiera autorizarla, no tenía más remedio que esperar, ¿no?

Cerró los ojos y apartó la espada. Aquel era un dilema que no podía resolver sin pensarlo con detenimiento. Decidió que lo mejor que podía hacer de momento era esperar y ver qué le deparaba el futuro.



*Enero de 1642*

Un día después, justo con la llegada del año nuevo, el Zwarte Zwaan dejó el puerto junto con otros barcos mercantes que también regresaban a casa. Todos iban muy cargados con productos exóticos de gran valor, de modo que para evitar cualquier ataque, contaban con la protección de un par de navíos de guerra. No tardaron mucho en dejar atrás el estrecho de la Sonda y salir a mar abierto. Midori sentía un inmenso alivio, como si al marchar de Batavia, abandonara allí los malos recuerdos. Sin embargo, Barker seguía en el mismo barco y eso la intranquilizaba.

—El capitán se ocupará de él a su debido tiempo —le había dicho Harding—. Deje que ese malnacido siga sufriendo.

Intentó olvidar el asunto y para ello concentró todas sus energías en cuidar de Jochem. Para su alegría, respondió muy bien al remedio que De Jong le preparó con las hierbas que le había comprado. Después solo quedaba ayudarle a recuperar las fuerzas con buena comida y la fruta fresca de la que dispusieron durante el comienzo del viaje. Jochem pronto se recuperó del todo y junto a Harding, hizo lo que pudo para entretenerla. Midori les agradecía el gesto.

Tres días más tarde, Nico llamó a la puerta de su camarote. Abrió y el capitán, con aire solemne, fue directamente al grano.

—¿Quieres estar presente cuando juzguemos a tus secuestradores?

Midori consiguió ocultar sus emociones, aunque se le revolvió el estómago ante la idea de tener que ver de nuevo a Barker.

—Sí, por supuesto. ¿Ahora?

—Sí, pero si prefieres quedarte aquí, lo entenderé. No será agradable. —La miró a los ojos para cerciorarse de que era eso lo que quería.

—Tengo que estar presente. ¿Puedes esperar un momento a que me prepare?

Nico asintió.

—Estaré en la cubierta.

Harding la escoltó al exterior y permaneció junto a ella, como si intentara imbuirla de su fuerza. Midori agradeció el detalle aunque le parecía innecesario. Era su deber presenciar el juicio y pensó que ver cómo castigaban a Barker quizá la ayudara a superar las pesadillas que no dejaban de atormentarla. Intentó que su rostro solo reflejara calma y seguridad y contempló cómo Barker y sus amigos aparecían en cubierta, guiñando los ojos ante la penetrante luz del sol.

Unos marineros arrastraron a un hombre vestido con harapos y Midori se dio cuenta de que se trataba de Abe Jessop. Había meditado mucho sobre su perfidia al

conducirla hasta Barker, pero llegó a la conclusión de que había actuado así por coacción. De hecho, había intentado negarse a colaborar, aunque al final tuvo que acceder.

—Bueno, Jessop, ¿tienes algo que confesar? —le gritó Nico en inglés—. ¿Recuerdas lo que te dije?

Jessop asintió con la cabeza y lanzó una mirada de terror a Barker, que fingía indiferencia, aunque Midori se dio cuenta de que temblaba ligeramente.

Nico prosiguió en holandés para que le entendiera el resto de la tripulación. Jochem, que estaba a su lado, traducía en susurros:

—Estamos aquí reunidos hoy para hacer justicia. Esta dama —dijo Nico señalando a Midori— fue secuestrada y maltratada. Le he pedido a Jessop que nos dé su versión de los hechos. Adelante, por favor.

Jessop se humedeció los labios y se aclaró la garganta varias veces.

—Yo... eh... es decir, hum, él... —señaló a Barker con la cabeza— estaba seguro de que la señora bajaría del barco en algún momento, por eso organizó su... secuestro. Quería divertirse con ella. —Se le quebró la voz y tuvo que volver a carraspear.

—Prosiga —dijo Nico.

—Barker nos dijo que se le había ocurrido una gran idea. Yo tenía que llevarla hasta el barrio chino, a un lugar que conocíamos. —Jessop respiró hondo antes de seguir—. Él y los demás nos esperarían allí.

Nico, visiblemente impaciente, lo interrumpió.

—Muy bien. Entonces, secuestrasteis a la dama y la llevasteis a un fumadero de opio, ¿correcto? —Jessop asintió y Barker escupió sobre la cubierta como si aquello no fuera con él, parecía tranquilo. Uno de sus guardianes lo golpeó con fuerza—. ¿Qué ocurrió después? —le preguntó Nico a Jessop.

—Obligamos a la señora a fumar opio, señor. Ella... intentó defenderse y luchó como una fiera, pero la teníamos bien agarrada. Para ser sincero, yo no quería, pero le debía dinero a Barker y me amenazó, así que... Después, llegó usted —dijo Jessop, que bajó la cabeza como si estuviera derrotado.

—¿Y no ocurrió nada más? —Nico frunció el ceño—. ¿Sufrió la dama algún otro maltrato?

—No que yo viera, pero no sé, Barker se la llevó a la trastienda, aunque no estuvo a solas con ella más de unos momentos, porque entonces usted apareció.

Barker, que había permanecido dócil entre sus guardias hasta aquel momento, de repente pareció revivir. Antes de que nadie pudiera evitarlo, sacó la navaja del cinturón del guardián más cercano y se lanzó a por Jessop. El hombre se mantuvo inmóvil con la expresión de un animal petrificado. Barker que, evidentemente, esperaba algo de resistencia, amagó a la izquierda y le ganó la espalda a Jessop, que seguía incapaz de moverse. Le puso el cuchillo en la garganta y dijo entre dientes:

—Baje el bote o lo mato. Abe y yo nos vamos, ¿entendido?

—Estamos a tres días de Batavia. ¿De verdad crees que vas a llegar en un bote de remos? —le preguntó Nico. Su voz sonó tranquila, aunque Midori advirtió que apretaba con fuerza la mandíbula como si estuviera conteniéndose.

—¡Me da igual! Cualquier cosa es mejor que morir ahorcado por culpa de su puta. —Señaló a Midori con la cabeza y ella le correspondió con una mirada llena de furia.

—¿Quién ha dicho nada de colgar a nadie? —Nico dio un paso hacia Barker—. No has matado a nadie, así que yo diría que este es más bien un trabajo para el látigo de nueve puntas. Vamos, dame ese cuchillo y acepta tu castigo como un hombre. Si no morirás en el mar.

—Haz lo que dice, John, por favor —le suplicó Jessop—. Yo prefiero quedarme aquí y que me azoten.

—¡Idiota! ¿De verdad crees que vamos a sobrevivir? —Miró a Nico con rabia—. Nos va a azotar hasta que caigamos muertos.

—No, el capitán es un hombre justo —dijo y, haciendo acopio de valor, alzó el codo derecho y lo hundió en el estómago de su antiguo compañero. Después intentó apartarse de la navaja, pero Barker consiguió agarrarlo por el brazo izquierdo y lo atrajo de nuevo hacia sí.

—¡Traidor! —gritó—. ¡Rata miserable! —Y entonces, sin la menor vacilación, hundió el cuchillo en la espalda de Jessop.

La tripulación ahogó un grito al tiempo que Jessop, inmóvil, intentaba respirar mientras lentamente se le escapaba la vida. La sangre brotaba con abundancia de su herida, manchando a la víctima y a su verdugo, y salpicando las tablas de la cubierta. Nico aprovechó la oportunidad y antes de que el asesino pudiera recuperar su navaja, se abalanzó sobre el marinero y lo golpeó en el hombro. Desequilibrado, Barker se balanceó y Nico le dio en la barbilla. El reo se rindió y el capitán se inclinó sobre el cuerpo de Jessop con una maldición.

—Está muerto —anunció, aunque no hacía falta que dijera nada.

Un murmullo se elevó entre la tripulación y se oyeron gritos de «a la horca con él» y «pasad por la quilla al hijo de puta». Jochem intentó traducirlo todo lo mejor que pudo, pero las palabras se sucedían con rapidez y sin conexión aparente, lo que dificultaba su comprensión. Midori consiguió deducir que, aunque los chivatos no eran populares entre la tripulación de un barco, el asesinato era una cosa mucho más seria. Algo que no se podía tolerar.

—¿Y a mí qué me importa? —Un Barker desafiante miraba a Nico con odio en los ojos—. Iba a morir de todas formas por ponerle la mano encima a su puta. —Escupió una vez más—. Bueno, ¡pues me alegro de haberla disfrutado y espero que los dos os pudráis en el infierno!

Midori respiró hondo para tranquilizarse y se dijo que aquel hombre solo hablaba así por pura desesperación. Las palabras «haberla disfrutado», sin embargo, se clavaron en su alma y retumbaron en su cerebro a pesar de que sabía que eran falsas.

La sola idea le revolvió el estómago.

Nico apretó los labios, pero no dijo nada. En su lugar, se volvió hacia la tripulación y preguntó:

—¿Estamos todos de acuerdo en que ha cometido un asesinato a sangre fría de la peor clase?

Un sonoro ¡ja! resonó en todo el barco.

—Muy bien, que alguien traiga la soga.

Encontraron la cuerda y trajeron a Barker. El marinero alzó la barbilla en un nuevo gesto de desafío, pero la esperada soga no descendió sobre su cabeza. En su lugar, y a señal de Nico, varios hombres alzaron el cuerpo de Jessop para que estuviera cara a cara con Barker, que juró e intentó apartarse.

—¿Qué demonios es esto? ¿Qué...?

—Quieto. Morirás con tu víctima, como es la costumbre —dijo Nico.

—¿Cómo? ¿Qué? ¡No! No, no puede... ¡hijos de puta!

Rodearon a Barker y Jessop con una cuerda, dejando solo sus piernas libres. Barker comenzó a gritar obscenidades y a revolverse, intentando en vano apartarse del cadáver. Solo consiguió mancharse más de sangre.

—Cállate. —Uno de los guardias lo volvió a golpear, pero no consiguió nada. Barker siguió gritando y maldiciendo.

—Fijad la otra cuerda y lanzadlo por la borda. Ya hay sangre más que suficiente para atraer a los tiburones antes de que Barker se ahogue.

Las órdenes de Nico se ejecutaron al momento y el cuerpo de Jessop quedó colgado como un peso muerto sobre su asesino, que de tanto gritar comenzaba a quedarse afónico.

—¿Alguien tiene algo que añadir? —quiso saber Nico, pero nadie dijo nada—. Pues adelante.

Se necesitaron cuatro hombres para lanzar a Barker por encima de la borda del barco. La tripulación corrió a asomarse, dispuesta a ver qué ocurría a continuación. Midori permaneció en su sitio. No quería presenciar el terrible espectáculo. De todas formas, los tiburones siempre se mantenían cerca del barco y todo aquello terminaría pronto. A ella le bastaba con saber que ya no estaba a bordo.

—Ha sido demasiado rápido —murmuró Harding a su lado, pero a Midori eso le daba igual. Lo único que le importaba es que Barker ya no volvería a hacerle daño.

Oyó la voz de Nico a sus espaldas.

—¿Quiere presenciar el azote de los demás?

—No, gracias. Ya he visto suficiente. —Se volvió para mirarlo a los ojos—. Creo que solo actuaron por miedo a Barker, así que le pido que no sea demasiado severo.

Nico asintió.

—Yo también lo había pensado. Solo recibirán unos cuantos latigazos, suficientes para que aprendan la lección. Esperemos que con esto quede zanjado el asunto.

Poco después, llamó a la puerta de su camarote y cuando Midori abrió, el capitán

entró y cerró la puerta tras de sí.

—¿Estás bien? —le preguntó, cogiéndola por los hombros y mirándola fijamente a los ojos.

Midori asintió, pero le temblaba todo el cuerpo. Sin decir una sola palabra, el capitán la abrazó y le acarició la espalda rítmicamente mientras ella cerraba los ojos y se abandonaba a aquel momento de debilidad. Aspiró su peculiar aroma. Olía a mar, a la brisa salada, a hombre y a jabón de sándalo. Por alguna razón aquel olor le parecía embriagador y decidió guardarlo en lo más profundo de su mente.

—Lo siento —susurró—. No sé qué me ha pasado.

—Es normal que estés disgustada. Lo raro es que hayas aguantado tanto —murmuró—. Pero ya se acabó, ya no puede hacerte daño.

—En realidad no me hizo nada, en eso mintió. —Se sentía obligada a decírselo, para que no quedara duda alguna sobre su honor.

—Me alegro, de todas formas tampoco lo creí.

Permanecieron así un rato, hasta que por fin Midori dejó de temblar y comenzó a sentirse más tranquila.

—Gracias, Nico —dijo y se apartó un poco. Su cercanía le había dado fuerza, pero sabía que debía mantener cierta distancia o acabaría haciendo algo más que abrazarlo.

—De nada. —El capitán se inclinó para besarla en la mejilla y la miró de nuevo a los ojos—. ¿Estarás bien?

—Sí. —Y supo que esta vez estaba diciendo la verdad.

Nico mantuvo las distancias con Midori deliberadamente durante más de una semana para darle tiempo a recuperarse. Hasta que ya no pudo aguantarlo más. Tenía que verla, tenía que asegurarse de que estaba bien. Llamó a la puerta de su camarote y le dio la contraseña acordada, pero cuando le abrió la puerta, le pareció que tenía aspecto de cansada.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado por su pálida tez y el modo en que dudó en hacerlo pasar. Antes siempre se había mostrado deseosa de verlo y había llegado a la conclusión de que disfrutaba de sus conversaciones tanto como él.

—Sí, gracias. Es solo que... bueno, no has venido a verme en un tiempo y pensé que quizá había hecho algo mal.

Un ligero rubor le coloreó las mejillas y Nico supuso que se refería al abrazo del último día. En aquel momento, su intención solo había sido consolarla, pero no podía negar que había disfrutado y que quizá la abrazó durante demasiado tiempo. Pero ella no tenía la culpa de eso.

—No, claro que no. Solo quería darte tiempo para que te recuperaras.

—Ya. —Una expresión de alivio le iluminó unos segundos el rostro—. Pues gracias, pero estoy perfectamente, aparte de mi honor mancillado, claro... —Se

apartó, aparentemente mortificada por haber dicho aquello—. Oh, no, me estoy convirtiendo en una gaijin a pasos agigantados —murmuró—. Por favor, olvida lo que he dicho.

Nico la contempló, con la cabeza inclinada hacia un lado.

—¿Honor mancillado? ¿Es eso lo que tus compatriotas habrían dicho? Me temo que no lo vemos de la misma manera. Además, ya no estás en Japón. Ahora estás en mi barco, donde mi palabra es ley. —Sonrió, le cogió las manos y apretó—. Olvida lo que pasó. Se acabó.

Midori asintió. Al tocarla notó que se estremecía, pero no era la única, su cuerpo también reaccionaba ante su contacto. Era una mujer hermosa y resultaba normal que le provocara aquellas sensaciones. Cualquiera hombre sentiría lo mismo que él. Eso era todo. *No es para mí. Al menos aquí no, ahora no.*

—Tienes razón. Estoy a punto de emprender una nueva vida, una vida en la que tendré que cambiar mi modo de pensar con respecto a más de una cosa. —Le dedicó una pequeña y delicada sonrisa que se le clavó en el corazón e hizo que quisiera atraerla hacia sí. Pero logró contenerse.

—Sí —dijo, intentando que su voz sonara normal—. Este es el comienzo de un nuevo futuro para ti. Empiezas de cero. Todo lo demás está en el pasado, donde debe quedarse. —Cogió la Biblia que estaba sobre su cama—. Bueno, ¿te apetece que debatamos sobre teología? Veo que has estado estudiando.

—Sí, por favor. Necesito estar preparada y agradezco tus lecciones.

Nico asintió. Debía enseñarle todo lo necesario para su nueva vida, después se olvidaría de ella y podría regresar a la libertad de los siete mares.

Porque eso es lo que quería, ¿no?

*Julio de 1642*

El resto del viaje de vuelta a Europa duró siete meses. Aunque en cierto sentido fue como una eternidad, ya que la vida en el barco era bastante tediosa. Para Midori el tiempo pasó volando y no quería que aquel viaje acabara nunca. Cuanto más tiempo pasaba con Nico, más le gustaba. Era adictivo, como el opio, su cuerpo le pedía cada vez dosis mayores y había llegado a la conclusión de que jamás tendría bastante.

Sus conversaciones diarias se apartaron de la religión y comenzaron a tratar multitud de temas diferentes. Todos salvo uno, la razón por la cual Nico no quería hablar de sí mismo.

—No hay gran cosa que contar. —Se encogió de hombros—. Crecí, me hice a la mar y desde entonces no he parado de navegar.

Lo único que Midori logró averiguar fue que no estaba casado, que sus padres habían muerto y que, aunque según parece tenía madrastra y hermanos, no se llevaba bien con ninguno de ellos. Aparte de eso, no consiguió sacarle nada más.

Midori sabía que aquello era normal. Después de todo, a ella tampoco le gustaba mucho hablar de sí misma, pero como era un gaijin, la verdad es que no esperaba esa misma actitud por parte de Nico. Le hizo preguntarse si no tendría algo que ocultar. De todas formas, no le quedó más remedio que respetar su intimidad. A su vez, ella fue igual de imprecisa sobre su vida.

La atracción física entre los dos aumentó conforme lo hacía su amistad, y cuando se tocaban sin querer, Midori sentía que un extraño latigazo le recorría todo el cuerpo. Estaba segura de que Nico lo notaba, pero nunca dijo nada y jamás la tocó de forma deliberada. Era como si hubiera levantado una barrera que no podía atravesar aunque a ella le hubiera gustado que lo hiciera. No sabía si lo que estaba experimentado era solo deseo, pero sospechaba que había algo más. La cuestión era, ¿qué podía hacer al respecto?

Y la respuesta era nada, a no ser que Nico le pidiera matrimonio. Solo podía esperar y soñar.

Inevitablemente, soportaron varias tormentas durante el viaje, pero la que despertó a Midori en mitad de la noche a finales de julio fue la peor de todas.

Al principio lo que le molestó fue el sonido del viento en la velas. Le recordó al ruido de un centenar de látigos golpeando al mismo tiempo, acompañado por el lamento del viento. Se despertó en la oscuridad y se percató también del movimiento

del barco. Casi a continuación una ola consiguió sacarla de la cama. Se sentó en su camastro y se frotó el hombro que se había golpeado contra la pared mientras murmuraba entre dientes.

—Estamos en el golfo de Vizcaya por fin —le había informado Harding aquella mañana—. No quedan ya más que unos pocos días de viaje.

Sintió que las vigas del buque se estremecían con el impacto de otra ola gigante.

—Quizá se precipitó en sus conclusiones —dijo para sí.

Se dio media vuelta e intentó conciliar de nuevo el sueño, pero fue imposible. La tormenta era cada vez más fuerte y Midori comenzó a sentirse atrapada dentro de su pequeño camarote. Así no es como había imaginado el final de su viaje y estaba segura de que no deseaba morir allí. De repente le pareció que las paredes se cernían sobre ella e imaginó el cuarto llenándose de agua. En solo unos segundos, quedaría atrapada en una tumba acuática.

Saltó de la cama y se puso una bata encima de su camisón. Sin calzarse, abrió la puerta y salió al pequeño pasillo. Otra ola alcanzó al barco y arrojó a Midori contra la pared.

—¡Oh! —Se agarró el hombro dolorido e intentó avanzar hacia la escotilla. El suelo estaba mojado y resbaladizo por lo que extendió los brazos para apoyarse en las paredes y ganar así estabilidad. No sirvió de mucho, pero al menos logró mantenerse en posición erguida.

Tardó un siglo en abrir la escotilla. Cuando por fin lo consiguió, subió las escaleras y se asomó al exterior. Su larga melena quedó atrapada al instante en el viento y comenzó a agitarse sobre su cabeza. Midori lo ignoró y se agarró con fuerza a ambos lados de la escotilla para no caerse. La oscuridad era casi total, interrumpida por algún relámpago ocasional que le mostró la actividad frenética de la cubierta. La caótica escena la dejó petrificada.

Había hombres por todas partes intentando asegurar cabos, moviendo la mercancía, arriando velas y vigilando por si había que cortar algún mástil. Harding le había dicho que eso era lo que se solía hacer en caso de emergencia. Ahora podía ver por sí misma por qué podría ser necesario. Además de los gritos de aviso y las órdenes a voz en cuello, había toda una cacofonía de sonidos, los golpes de viento, los quejidos de las vigas del barco y el golpeteo de las velas y los cabos sueltos. Pero sobre todo, el ruido ensordecedor del mar.

En unos segundos, la lluvia empapó a Midori hasta los huesos. La heladora agua del mar barría la cubierta de un lado a otro y una ola la alcanzó de lleno, dejándola sin respiración. Los ojos y la nariz le picaban por la sal y entre toses y resoplidos, agitó al cabeza.

—¡Maldita seas! —le gritó a la tormenta, alzando un impotente puño contra las increíbles fuerzas de la naturaleza.

En ese momento, una figura se materializó en la oscuridad.

—Midori, ¿qué demonios haces aquí? ¡Baja a tu camarote ahora mismo!



—No, por favor, Nico, no quiero morir ahí abajo. La sola idea de quedarme allí encerrada me parece insoportable. ¡Es horrible!

—Las probabilidades de que sobrevivas aquí arriba son menores —le gritó—. Ya he perdido a varios hombres, las olas son muy fuertes. Por el amor de Dios, Midori, te suplico que bajes, vamos.

La joven alzó la vista, pestañeó varias veces para expulsar el agua salada de los ojos e intentó distinguir su rostro. Otro rayo le mostró que su expresión era triste, pero firme. Se dio cuenta de que se sentía responsable del bienestar de toda la tripulación. Como capitán del barco su deber era llevarlos hasta un lugar seguro. Ya que no podía ayudarlo, al menos le debía el no empeorar las cosas.

—Está bien —dijo, se agarró a ambos lados de la escotilla con las dos manos para estabilizarse una vez más. Bajó las escaleras y él la siguió hasta que estuvo a su lado en el pequeño pasillo. Sintió como le rodeaba los hombros con su brazo en un gesto protector.

—Vamos, te acompaño.

Otra ola golpeó el barco y la arrojó contra él. El capitán intentó mantener el equilibrio mientras maldecía entre dientes. Siete meses en el barco le habían servido para aprender algo de holandés, sobre todo los juramentos. En aquel momento a ella también le apetecía soltar unas cuantas maldiciones. Decidió olvidarse de que era una dama y se dio el gusto.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó Nico, sonriendo. Midori asintió y le devolvió la sonrisa. Le agradaba saber que aún conservaba su sentido del humor, a pesar de todo.

La acompañó hasta la puerta de su camarote.

—Por favor, quédate aquí —le dijo—. No quiero tener que preocuparme además por ti. Vendré en cuanto me sea posible. Y no te preocupes, hemos estado en situaciones peores.

Midori asintió aunque no estaba segura de si debía creerlo. En cualquier caso, no tenía muchas ganas de ponerse a discutir. Cerró la puerta a sus espaldas, se cambió de ropa e intentó secarse el pelo. Todos sus esfuerzos fueron inútiles porque se pasó el resto de la noche zarandeada de un lado para otro y con los pies sumergidos en el agua que se filtraba por el suelo. Dormir quedaba totalmente descartado, así que ni siquiera se recostó. En su lugar, rezó en silencio a los espíritus de sus ancestros para pedirles ayuda. Incluso le rezó al dios de Nico y de su madre, por si servía de algo. Aunque en el fondo, no estaba muy segura de que nadie la escuchara.

¿Sería aquel el final de su viaje?

Nunca supo cuánto duró la tormenta, pero le pareció una eternidad. Hora tras hora las olas golpeaban el barco sin descanso, vapuleándolo como si fuera un juguete.

Cuando por fin sintió que las olas se calmaban y que el movimiento del barco

disminuía un poco, se dispuso a tumbarse en la cama, extenuada, pero unos golpes en la puerta le hicieron cambiar de opinión.

—¿Quién es?

—Nico. —Le dijo la contraseña y cuando abrió la puerta, entró dando tumbos, con un brazo y un hombro cubiertos de sangre. Midori lo miró atónita. De repente ya no tenía sueño.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —Intentó ver si estaba gravemente herido, pero la tenue luz del amanecer que entraba por los ojos de buey no era suficiente.

Nico cerró los ojos dolorido.

—Sí, sí, pero el primer oficial... intenté salvarlo, pero me cayó algo y lo solté. — Se cubrió los ojos con una mano y juró en voz baja—. Era un buen hombre, un buen hombre y un buen amigo.

Puso una mano sobre su brazo y lo acarició para tranquilizarlo.

—Seguro que no fue culpa tuya. Hiciste lo que pudiste, y ahora estamos a salvo gracias a ti, ¿verdad?

El capitán se apartó el pelo mojado con una mano y se encogió de hombros.

—Sí, eso creo. Lo peor ha pasado ya, y estamos en condiciones de llegar a puerto, pero...

Midori decidió cambiar de tema.

—Ven, deja que vea esa herida, ¿es profunda?

—No, ya haré que me la vean luego. Ahora tengo que ayudar en cubierta. Solo quería asegurarme de que estabas bien.

—Sí, no te preocupes por mí.

—Bien, volveré dentro de un rato.

Se sentó en el camarote durante lo que le pareció una eternidad, contemplando cómo cada vez más luz entraba por sus pequeñas ventanas. Se preguntó qué suerte habrían corrido los otros barcos que conformaban el convoy. No los veía por ninguna parte. *Espero que estén todos bien.* Las olas seguían siendo altas, pero no tan amenazantes, de hecho incluso pudo comer algunas galletas rancias mientras esperaba el regreso del capitán. Oyó a la tripulación y supuso que estarían limpiando la cubierta y reparando los desperfectos como mejor pudieran. Deseó que las reparaciones bastaran para llevarlos a su destino sanos y salvos.

—Creo que todo está bajo control, o al menos lo mejor que puede estar en estos momentos.

Nico regresó por fin y Midori le pidió que se sentara. Sin pedirle permiso, le apartó el pelo y la camisa para ver la herida del hombro por la que aún salía sangre.

—Creo que tendré que coserte esto, si no la herida no se cerrará.

—Haz lo que tengas que hacer, pero rápido, por favor. Tengo que regresar lo antes posible.

—Estoy segura de que se las arreglarán sin ti durante un rato —le contestó—. Que te desangres no les servirá de nada.

Una sonrisa le asomó a los labios.

—Sí, creo que en eso quizá tengas razón.

Reunió todo lo que necesitaba e intentó no quedarse mirando cuando se quitó la camisa. Aquella no era la primera vez que veía el torso desnudo de un hombre, pero el de Nico era especialmente ancho y perfecto. Se le marcaban los potentes músculos en los lugares justos, y sus hombros y brazos estaban bien definidos. De repente sintió la necesidad de acariciarlo, de sentir la suavidad de su piel contra las yemas de sus dedos, y el tacto de sus duros músculos. Sin embargo la visión de la sangre que salía de la herida la sacó de su ensimismamiento y se puso a trabajar lo más rápido que pudo. Nico soportó la cura estoicamente, resoplando entre dientes cada vez que le hacía daño.

—Perdona, pero creo que es necesario —le dijo, dando las puntadas lo mejor que podía. El curandero del castillo le enseñó bien y ahora se alegraba.

—Lo sé. He sufrido heridas peores. —El capitán esbozó una sonrisa y algo se revolvió en su interior, haciéndola sentir calor por todo el cuerpo. Quería más de esas sonrisas suyas, quería escuchar el profundo y ronco timbre de su voz, quería tocarlo sin hacerle daño como en aquel momento.

*Pero no tengo derecho.*

Cuando hubo terminado, Nico se vistió de nuevo y a Midori se le escapó un suspiro de resignación. Podría haberse quedado mirándolo durante horas. El capitán se puso de pie, le cogió una mano y se la llevó a los labios.

—Gracias —le dijo—. Te agradezco tu ayuda. Si alguien más necesita tratamiento, ¿te los puedo enviar? De Jong está ocupado y sin duda le vendrá bien la ayuda.

Mantuvo su mano entre las suyas más de lo que era necesario y ella le acarició con la otra el brazo.

—Claro y *do itashimashite*. —Desde luego, podía acudir a ella cuando quisiera, pensó. Su cercanía la hizo estremecer y de repente se encontró deleitándose en el tacto de sus músculos bajo la tela mojada. Sus manos de nuevo anhelaban tocarlo, e impulsivamente, sumergió la cara en su camisa mojada, mientras lo agarraba de la tela para atraerlo hacia así. Lo sintió estremecer. Experimentó una sensación de seguridad, como si hubiera encontrado su hogar, pero también una especie de placer en el peligro. Le pareció muy extraño, pero estaba segura de que aquel era su destino.

—Midori, no. No sigas. —Nico intentó apartarse, aunque sin mucho interés. Su voz sonó entrecortada. Le puso las manos en los hombros para alejarla.

—¿Por qué? —Aún estaban tan cerca que Midori pudo sentir cómo los músculos de sus muslos se flexionaban contra los suyos. Sintió que un relámpago le recorría el cuerpo y ya no estaba dispuesta a disimular más. Solo les quedaban unos días. El tiempo se agotaba y ella quería respuestas.

Lo quería a él.

—No deberíamos... no puedo... le di mi palabra a tu hermano.

—Ichiro se alegraría por mí. Eres un buen hombre. —Alzó una mano hacia su barbilla y le acarició los labios con las yemas de los dedos. El tacto de la incipiente barba en la palma de su mano le produjo otro escalofrío de placer.

Nico negó con la cabeza.

—En realidad no me conoces.

Pero Midori ya no escuchaba. Aunque sabía que no debía, ansiaba sus caricias. Y sabía que él sentía lo mismo porque sus ojos azules estaban llenos de angustia, pero también del mismo deseo y la misma pasión que corrían por sus venas.

Permanecieron allí, mirándose a los ojos, cada uno luchando contra su conciencia, pero al final fue como si una irresistible fuerza magnética los atrajera y él se inclinó para besarla a pesar de sus palabras. Parecía que lo único que importaba en aquel momento era aquella insuperable atracción. Cada vez que se tocaban, sentían un cosquilleo. Ni siquiera la ropa mojada consiguió enfriar el calor que desprendían sus cuerpos al rozarse.

Midori cerró los ojos. Deseaba a aquel hombre más que nada en el mundo. El destino le había regalado aquel momento, y necesita mostrarle lo mucho que significaba para ella. Le devolvió el beso con más pasión mientras intentaba memorizar para siempre la sensación de su tacto y su olor. Sabía a sal y a viento, y a pesar de su exposición a los elementos, sus labios eran suaves y cálidos. Entonces sintió que se abandonaba a sus deseos, sin cortapisas, y quería que Nico se liberase de toda contención.

Al final, enterró su rostro en su cuello y susurró:

—Oh, Nico, ¿por qué no vienes conmigo a Plymouth? Te presentaré a mis parientes. Estoy segura de que les gustaría mucho que...

—¿Qué? —Nico la apartó abruptamente y la miró a los ojos con aire contrariado —. ¿Has dicho Plymouth? Pensaba que ibas a Londres.

Midori le acarició la mejilla.

—No te dije toda la verdad, pero no quiero que haya más secretos entre nosotros. Voy a conocer a la familia de mi madre, los Marston y viven en Devon. No está muy lejos de Londres, ¿verdad?

Pero Nico no le contestó. La miró enfadado.

—¿Los Marston? ¿La familia de tu madre? —repitió como si no pudiera asimilar aquella nueva información.

Midori apoyó la mejilla contra su pecho e intentó acercarlo a ella.

—Sí, mi madre, Hannah, viajó a Japón y se quedó a vivir allí. Se enamoró de mi padre y...

Nico la cogió por las muñecas y la apartó. Negó con la cabeza, como si no creyera lo que estaba oyendo. Parecía dolido.

—Deberías haberme contado todo esto desde el principio —dijo con voz severa.

—Pero ¿qué más da? —Midori bajó la vista a sus manos, con las que la mantenía a distancia, y sintió que de repente se abría un abismo entre los dos. No entendía por qué. *¿Será que desprecia a los mentirosos? Pero yo tenía una buena razón para no contarle todo, eso debería comprenderlo.*

Pero según parecía no. La soltó y le dio la espalda.

—Lo siento, Midori, esto no debería haber pasado. Tengo... tengo que irme. —Y se dirigió hacia la puerta sin mirar atrás.

Midori se quedó paralizada sin comprender nada. Después se dejó caer sobre el camastro sintiéndose fría y vacía, como si hubiese pasado casi toda la noche a la intemperie. No lloró, sería un ejercicio de futilidad. Además, se sentía como una concha vacía, en aquellos momentos no sentía nada. Ahora estaba segura de que Nico significaba mucho para ella, pero parecía que no tendría un futuro con él. La había repudiado por su mentira y no tenía más remedio que aceptarlo.

No podía culparlo. La sinceridad y la integridad eran los valores más importantes en la sociedad japonesa. Evidentemente, debía de ocurrir lo mismo en el país de Nico. *Si por lo menos le hubiera dicho la verdad antes, quizá todo habría sido diferente. Aunque él tampoco es que haya sido muy claro...* Todavía no comprendía del todo por qué su ciudad de destino era tan importante para él.

En cualquier caso, estaba claro que no la quería. *Tengo que sacármelo de la cabeza.*

El destino había vuelto a jugársela, pero si había sobrevivido a aquella tormenta, superaría cualquier cosa.

Nico subió las escaleras dando tumbos, luego dio media vuelta y se dirigió a su camarote. Cerró la puerta de un portazo y se tiró a la cama con la respiración entrecortada. Se tapó los ojos con un brazo y gimió.

—No, ¡no me lo puedo creer! De todas las extrañas coincidencias... ¿Cómo es posible?

Juró, perjuró y maldijo su mala suerte. *¡Esto es demasiado!*

Había deseado no tener que volver nunca más a Plymouth. Era la ciudad donde se había criado, el lugar del que había huido y que había intentado olvidar. *Un infierno.* Y especialmente había esperado no volver a saber nada de los Marston. *¡Malditos sean!*

—Hannah —murmuró. Había oído aquel nombre muchas veces. No era posible que hubiera dos. Al menos no dos que hubieran viajado a Japón treinta años atrás.

*Se coló en un barco y se disfrazó de muchacho. Viajó hasta Japón con nosotros y una vez allí, la secuestró un señor de la guerra. Conseguimos rescatarla, pero la volvimos a perder de camino al barco. Se ahogó en un río. Sí, fue muy triste...*

Las palabras resonaban en su cabeza. Conocía bien la historia. Cada vez que acudía a visitar a la familia de su madrastra la volvía a escuchar. Hannah era la

hermana de su madrastra y el hermano de esta, Jacob, fue quien la perdió en Japón. Aquella gente no solo eran familiares de Midori, también lo eran suyos, aunque solo por el matrimonio de su padre con Kate Marston.

—Dios, no son nada para mí. No me une nada a ellos, ¡ni quiero que me una nada! —Y el sentimiento era mutuo. Jamás se llevó bien con aquella familia y cuando se marchó, cambió su apellido, incluso su nacionalidad, para empezar una nueva vida. Ahora era Nico Noordholt, ciudadano holandés. No había nada que lo conectara con Plymouth ni con los Marston. *Salvo Midori, ¡maldita sea!*

Miró el techo. *Nada de esto es culpa suya, lo sé, pero... qué ironía.*

—Así que es evidente que Hannah no se ahogó porque entonces no habría tenido una hija. —Nico apretó los dientes—. Y la dichosa niña tenía que comprar un pasaje en mi barco precisamente. ¡Maldita sea mi mala suerte!

*Bueno, juré que no regresaría, así que Midori tendrá que buscarse otra forma de llegar hasta allí.*

*Y yo no pienso decirle por qué.*

*Julio y agosto de 1642*

Midori no vio mucho a Nico en los días siguientes, y cuando coincidían, se comportaba como si la noche de la tormenta nunca hubiera sucedido. Le hablaba con educación, como siempre había hecho, pero se mostraba distante. Si aún quedaba algo de chispa entre los dos, lo disimulaba muy bien. Midori también hizo lo que pudo por fingir indiferencia. Había escondido sus sentimientos durante años y sabía cómo hacerlo.

Ámsterdam resultó ser un puerto bullicioso, como Nagasaki, pero ahí es donde terminaban las similitudes. Mientras que Nagasaki se levantaba sobre colinas y estaba rodeada de montañas, la ciudad holandesa era totalmente llana. No se llegaba a ella directamente por mar, sino a través de la Zuiderzee, una enorme aunque poco profunda bahía del mar del Norte.

Mientras avanzaban por la bahía, Midori disfrutó de su primera visión de Holanda. Abundaban las casas de campesinos, en su mayoría edificios de dos plantas con tejados de paja, con uno o dos graneros y un terreno embarrado por donde sus animales se movían libres. Los mugidos del ganado, el piar de los pollos y el balar de las ovejas llenaba el aire, mezclado con el alegre canto veraniego de los pájaros. La gente se llamaba a gritos en holandés, su rítmica cadencia era un placer para los oídos. Vio jóvenes que cantaban mientras cumplían con sus labores. Aquellas imágenes y sonidos animaron a Midori y ni siquiera el olor de las granjas consiguió hacerle cambiar de humor.

*Por fin estoy en Europa.*

El paisaje, con sus árboles y arbustos, era de un verde exuberante, lo que le recordó al bosque que rodeaba al castillo Shiroi. Las flores que se mecían con el viento añadían un toque de color extra. Pero lo que más le llamó la atención, sin embargo, fueron los curiosos molinos que jalonaban el terreno. Nunca había visto nada igual, y cuando Nico pasó a su lado, le pidió que le explicara cómo funcionaban.

—¿De verdad lo quieres saber? —Parecía realmente sorprendido por su pregunta.

—Claro. Ese tipo de cosas me fascina.

Nico sonrió resignado.

—Perdona, ya debería estar acostumbrado a tus preguntas, ¿verdad?

Midori no estaba segura de si aquello era un cumplido, así que simplemente contestó.

—Exacto.

Le contó todo lo que sabía sobre los molinos y ella escuchó con atención, en parte

porque todavía disfrutaba con el sonido de su voz.

Cuando llegaron a la ciudad de Ámsterdam, quedó maravillada por las ordenadas filas de casas, sus fachadas de ladrillo y la decoración de las cornisas que daban a los canales y que se reflejaban en sus tranquilas aguas. Reconoció el estilo por haberlo visto en Batavia, aunque Ámsterdam era mucho más bonito, según su opinión.

Nico la sorprendió al situarse a su lado mientras esperaban para amarrar el barco a puerto. Aún parecía un poco distante, pero le dio conversación como si no pudiera soportar el silencio entre los dos.

—Los canales de la ciudad fueron construidos como una serie de semicírculos junto al río Ij —le explicó—. Hay otros más pequeños que van hacia el norte y hacia el sur y calles estrechas llenas de gente entre las casas.

Midori miró a su alrededor. El tamaño de aquella ciudad la habría dejado boquiabierta si no hubiese estado en Edo con su padre varias veces.

—Hasta aquí llegan productos de todo el mundo, ya que el comercio es la principal actividad económica de la ciudad —le explicó.

Había extranjeros de toda procedencia y cuando por fin amarraron, Midori escuchó una extraña mezcla de idiomas a su alrededor. Nico le señaló algunas de las diferentes razas.

—Aquellos hombres son judíos de España y Portugal. Se establecieron aquí huyendo de la persecución de sus países. Los hombres altos y rubios proceden de los estados bálticos y Escandinavia. Vienen aquí para cambiar hierro, madera y pieles por productos extranjeros. Y el resto es una mezcla de diferentes nacionalidades europeas que vienen por diferentes razones. Este es un gran mercado, donde se pueden encontrar productos de cualquier lugar del mundo. Los mercaderes locales hacen grandes fortunas, inimaginables hace solo unos años. Espero convertirme en uno de ellos. —Bajó la guardia por un momento y sonrió—. Vamos —añadió—, os llevaré a ti y a Harding a la posada antes de supervisar la descarga de la mercancía. —Y como si sintiera llegar la próxima pregunta de Midori, añadió—: No te puedes quedar en mi casa, no sería apropiado y además no hay espacio suficiente. Estarás más cómoda en la posada. Harding, ¿te importa hacer compañía a la señora Midori un poco más? Jochem ha bajado a ver a su familia, o eso creo.

—Claro, capitán. Será un placer.

Durante su viaje, Nico le había hablado un poco sobre la gente de Holanda y su historia.

—Llevan en guerra con España casi ocho años. Su rey se considera también el jefe de Estado de los Países Bajos. Los estados del norte se unieron, adoptaron el nombre de Provincias Unidas y desde entonces luchan por ser independientes.

—¿Y ya han ganado?

—Bueno, casi. La lucha ha sido sangrienta y terrible, pero todo el mundo cree que



por fin ha terminado. Ya no hay luchas y se habla de negociaciones para la paz, pero aún no está todo ganado. Se dice que los españoles van a ceder y que están dispuestos a hablar.

—Entonces, ¿estáis en medio de una guerra civil? —Midori no podía creer su mala suerte al llegar a Europa a un momento así.

—Sí, pero como te dije antes, casi ha terminado, así que no tienes de qué preocuparte. No creo que te afecte en nada. Ahora mismo no hay batallas.

Mientras avanzaban junto a los canales esa era la sensación que tuvo. La gente se ocupaba de sus cosas como si jamás hubieran oído la palabra «guerra», así que comenzó a relajarse.

—Bien, esta es la posada que tenía en mente —dijo Nico señalando un establecimiento de aspecto respetable, limpio y ordenado—. Pediré alojamiento, si te parece bien.

Midori asintió.

—Es perfecto.

Regresó poco después.

—Tienen dos habitaciones y un salón privado para cenar. La posadera dice que podréis comer en cuanto estéis listos.

—Gracias.

—Pues os dejo entonces, tengo mucho que hacer. Regresaré lo antes posible.

Nico parecía impaciente por marcharse, así que Midori no intentó retenerlo. En poco tiempo se instaló en su pequeña habitación, que constaba de una confortable cama, una palangana con agua y poco más. Se sentó sobre la blanda cama e intentó no sentirse abrumada.

Nico pasó el resto del día asegurándose de que su valiosa carga llegaba a salvo al almacén. Una vez guardada, apostó a varios hombres a las puertas para proteger la mercancía. No iba a correr ningún riesgo pues sabía que había mucha gente sin escrúpulos dispuesta a robar lo que pudiera. Cuando regresó a su casa, que estaba junto a la que había pertenecido a Casper, se sentía agotado. Pero su día aún no había terminado porque la casera le avisó de que alguien lo esperaba.

—Mijnheer Schuyler, no pensaba verlo tan pronto —dijo al abogado de Casper con un firme apretón de manos. Siempre le cayó bien aquel hombre y sabía que compartía su pena por la muerte del capitán.

—Tenía que venir. Me avisaron de la llegada del Zwarte Zwaan esta tarde. Sin embargo, la alegría que sentí pronto se vio ensombrecida al saber lo sucedido. —Schuyler negó con la cabeza—. Era un buen hombre. Lo echaré mucho de menos.

—Yo también. —Nico suspiró. Había tenido nueve meses para acostumbrarse a la muerte de Casper, pero aún le parecía irreal, sobre todo allí, donde siempre había sido su vecino.

—¿Me puedes contar qué sucedió, por favor? O quizá prefieras dejarlo para otro momento...

—No, no, claro que no. ¿Quieres que vayamos a cenar fuera? Y te cuento todas nuestras aventuras.

Una hora después, estaban cómodamente sentados en la esquina de una acogedora posada llena de gente, y con sendas jarras de cerveza.

—Ah, ni te imaginas lo que echaba de menos comer como Dios manda, sin tener que ir apartando los gusanos del plato. —Nico sonrió a Schuyler—. Uno acaba acostumbrándose, pero ya estaba harto.

—Me lo imagino. Y aun así, tanto tú como Casper lleváis años viajando por todo el mundo por deseo propio. —Schuyler negó con la cabeza—. Me temo que yo no podría soportar algo semejante, aunque desde luego habrás visitado lugares maravillosos. Bueno, y hablando de Casper, ¿te habló de su testamento?

Nico frunció el ceño.

—Sí, le dije que no quería nada, pero insistió en que recibiría algo. Pero yo creo que se lo debería entregar a sus parientes.

Schuyler le sonrió.

—Me temo que uno no puede hacer nada contra un testamento legal. El legado es tuyo, lo quieras o no. Te dejó su casa, pero la puedes vender, si quieres.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿No debería venderla y dividir el dinero entre sus sobrinos? —Nico estaba asombrado ante la magnitud de su herencia. En Ámsterdam las casas eran caras.

—Casper les ha dejado sus ahorros, una suma considerable ya que nunca se casó y tenía un estilo de vida bastante espartano. No, la casa es tuya, y todo lo que contiene, incluyendo los criados, si los quieres. Informaré a los parientes de Casper, no te preocupes.

Nico aspiró hondo.

—No sé qué decir. No esperaba nada de esto. —Estaba emocionado de que Casper le hubiera tenido en tanta estima, sobre todo porque con su familia había sido todo lo contrario. Su padre dividió sus pertenencias a partes iguales entre sus hijos, pero a Nico no le dejó nada. La explicación que daba en su testamento fue que lo consideraba un holgazán al que había que dar una lección, la de tener que valerse por sí mismo. Aunque había algo de verdad en sus acusaciones, le dolió profundamente que lo pusiera en evidencia de aquella manera.

—Acepta el legado —fue el consejo de Schuyler—. Casper me dijo que te consideraba el hijo que nunca tuvo. Quería que fueras feliz. Ya cumpliremos con el papeleo mañana, si vienes por mis oficinas. ¿Te parece bien por la tarde?

—Sí, claro. Gracias.

*Soy el propietario de una casa, de un hogar.* De repente le parecía extraño tener un lugar que fuera realmente suyo. Era extraño, pero también agradable. Se acabaron las casas de alquiler.

Nico no regresó al día siguiente y Midori decidió salir a explorar la ciudad con Harding.

—No quiero pasarme todo el día aquí sentada, pero ¿tú crees que es seguro? No quisiera meterme en líos de nuevo.

—Oh, este lugar es mucho más civilizado —le aseguró Harding—. Y no permitiré que nadie me deje sin sentido otra vez, lo juro.

Midori tuvo que sonreír ante aquella ocurrencia.

—Sí y nos mantendremos lejos de los portales oscuros, ¿eh? —Salieron a la calle y la joven miró a su alrededor con interés—. ¿No es maravilloso pisar de nuevo tierra firme, Harding? Aunque tengo la sensación de que aún se mueve un poco.

—Sí, se le pasará pronto.

—Me pregunto dónde estará el mercado más cercano.

—Por allí —dijo Harding señalando—. He vivido bastante aquí y conozco la ciudad. —Comenzaron a caminar en la dirección que había indicado. Avanzaban a paso lento, asimilando lo que veían y escuchaban.

—*Goedermorgen, mevrouw.*

—*Goedermorgen* —contestó Midori ante los saludos de los mercaderes al tiempo que inclinaba la cabeza y sonreía. La miraban algo extrañados, ella supuso que por su kimono, pero como Nico le había contado que en Ámsterdam había gente de todas partes, decidió que no importaba. Hacía meses que no se sentía tan viva; era como si la hubieran liberado de una prisión. La felicidad bullía en su interior.

Volvió a asombrarse por lo ordenado de las casas y los canales, y la gente que se ocupaba de sus negocios la fascinaba. Había diferencias evidentes entre los ricos y los pobres, pero la mayoría de la gente parecía satisfecha, sin importar cuál fuera su situación. Los ricos comerciantes y sus familias, la flor y nata de la sociedad holandesa, como la llamó Harding, ofrecían un hermoso espectáculo en sus espléndidos trajes. El negro era el color predominante para los ricos, pero no el único. Y los que iban de negro usaban materiales de tanta calidad que sus ropas parecían iridiscentes en la luz de la mañana, y el negro se convertía en azules y púrpuras en un abrir y cerrar de ojos. Midori se dijo que debía comprar algo de esa maravillosa seda negra porque era preciosa.

La mayoría de los habitantes de la ciudad llevaban sencillos ropajes de lana en colores tierra, que seguramente serían mucho más baratos. También se dio cuenta de que muchas mujeres llevaban unos gorros blancos, cofias, los había llamado Harding. Algunos iban con adornos y otros eran más sencillos.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Es una forma de saber si una mujer está casada o no, aunque algunas los llevan sin tener eso en cuenta —contestó Harding—. Está bien visto. Aunque son diferentes de los tocados ingleses.

—¿Debería comprarme uno?

Harding resopló.

—No iría bien con su ropa extranjera, señora. Lo mejor será esperar hasta que esté en Inglaterra. Allí tienen otro estilo.

—Oh, sí, claro.

El mercado, cuando por fin lo encontraron, era un sueño hecho realidad y Midori pronto vio cosas interesantes. El pobre Harding avanzaba detrás de ella cargado de paquetes, mientras la joven disfrutaba de su día de compras. El holandés que había aprendido durante el viaje le fue muy útil y se las arregló por sí sola. En el puesto de telas, acarició el material más caro para decidir cuál era de mejor calidad.

—*Hoeveel kost het?* —dijo señalando un rollo de seda negra finísima. Estaba dispuesta a regatear. El mercader no la decepcionó. Tardó un buen rato en conseguir que el vendedor bajara el precio lo suficiente, pero al final llegaron a un acuerdo satisfactorio para los dos y se marchó triunfante con su nueva compra.

—Lo sabía, era un espabilado —dijo entre risas.

—Yo me habría rendido mucho antes —admitió Harding—. Ha hecho bien. ¿Qué tal si comemos algo? Hace media hora que el estómago me ruge.

—Claro, perdona, Harding. Me he dejado llevar, vamos.

—Ha hecho un buen trabajo, Noordholt. Estamos muy satisfechos con usted. Bueno, con usted y con Leuw, por supuesto.

Nico inclinó la cabeza en señal de agradecimiento por aquel cumplido, pero intentó contener su entusiasmo. Había ido a informar a sus jefes, antes de ver a Schuyler, para saber cuál iba a ser su remuneración. Ahora se encontraba frente a los Heeren XVII, o los «Diecisiete Señores», como también los llamaban, el cuerpo que gobernaba la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales. Estaba formado por diecisiete directores, aunque en esta ocasión Nico solo contaba catorce.

La Verenigde Oostindische Compagnie era una organización extremadamente poderosa. Tenía derecho a firmar tratados, reclutar un ejército e incluso acuñar moneda, además de gobernar e impartir justicia en los territorios holandeses de ultramar. Era importante que los Heeren XVII quedaran complacidos con su trabajo, algo que Casper le había repetido muchas veces.

Ahora que lo había conseguido, podía esperar firmar lucrativos contratos e incluso mejorar su posición dentro de la compañía. El hecho de que no fuera de noble cuna no importaba. La VOC solo buscaba competencia, experiencia y conocimiento en sus empleados. El estatus social era irrelevante.

—Nuez moscada, canela, pimienta, té, seda, índigo...

Uno de los directores estaba leyendo la lista de los bienes que Nico había traído.

—Con esto conseguirá un buen pellizco. —Otro director asintió satisfecho—. Debido a la muerte de mijnheer De Leuw, su parte será mayor. —Nombró una cantidad aproximada que hizo que Nico casi se tambaleara. Era mucho más de lo que

esperaba, pero consiguió mantener la compostura.

—Gracias. —Nico se inclinó de nuevo.

—¿Qué debemos hacer con el dinero que le correspondía a Leuw?

—Creo que su abogado, mijnheer Schuyler, se ocupará de todo —y entregó a los directores las señas de sus oficinas.

—Gracias, Noordholt. Y no olvide informarnos cuando esté listo para embarcarse en otra aventura.

Con una última inclinación de cabeza y un suspiro de alivio, Nico se marchó. En la puerta de la Casa de las Indias Orientales, el cuartel general de la compañía, se sintió como si acabara de enfrentarse a la Santa Inquisición, aunque los directores se habían mostrado muy amables con él. Inspiró los familiares aromas de Ámsterdam y lentamente, su corazón volvió a latir a su ritmo normal.

Ahora solo quedaba buscar pasaje para Midori a Inglaterra y sería libre para volver a navegar.

De vuelta a la posada, Midori y Harding se encontraron con que Jochem los esperaba.

—¡Por fin! —gritó el joven nada más verlos—. Ya creía que no volveríais nunca.

—No hemos estado fuera tanto tiempo, ¿no? —dijo Midori sonriendo. Le había cogido mucho cariño al muchacho y había creído que tras desembarcar, no volvería a verlo más.

—Mi madre me ha pedido que la invite a cenar esta noche en casa. Dice que le encantaría conocer a la señora que viene desde un país tan lejano. Le he hablado mucho de usted. ¿Qué dice, vendrá? El señor Harding también está invitado, por supuesto.

—Vaya, pues gracias, tu madre es muy amable. Me encantará ir —respondió Midori.

—Estupendo. Vendré a buscaros dentro de un rato, entonces —y Jochem se marchó como un cachorro deseoso de jugar. Midori pensó en lo feliz que se debía sentir al tener por fin tiempo libre, después de pasar tantos meses a las órdenes de todo el mundo.

La madre de Jochem resultó ser una viuda que se ganaba la vida como costurera desde la muerte de su marido, hacía ya unos años. Su casa era algo caótica, pero estaba limpia. Era una mujer parlanchina y Midori intentó contestar a todas sus preguntas. Fue una velada muy agradable, pero cuando todo hubo terminado, se alegró mucho de regresar por fin a su posada.

Mientras ella y Harding caminaban hacia sus habitaciones, escucharon que alguien los llamaba por sus nombres. Midori se volvió para encontrarse con Nico, sentado en una silla. Con una mano agarraba una jarra y con la otra a una mujer sentada sobre sus rodillas. La moza era muy exuberante, con mejillas sonrosadas, pelo rubio y un busto bastante llamativo. Algo que a Nico no parecía importarle.

—Aquí estás. Ya empezaba a creer que te habías marchado a Inglaterra tú sola.

Midori frunció el ceño, muy molesta por encontrarlo de aquella guisa, aunque era plenamente consciente de que lo que hiciera en sus horas de ocio no era asunto suyo.

—¿Y qué más te da? No te hemos visto en todo el día. —Las palabras se le escaparon sin pensar. Rabiosa, apretó los dientes. ¡Idiota!

—Oh, me has echado de menos, ¿eh? —Nico arrastraba algo las palabras, por lo que supuso que llevaba un rato bebiendo. Le había echado de menos, pero no se lo pensaba decir.

—No, pero como dijiste ayer que volverías pronto... Es igual, hemos cenado con la familia de Jochem. Si hubieses venido antes, sin duda también te habrían invitado.

—Podrías haber dejado aviso. —Repuso molesto—. Llevo horas sentado aquí.

Empezaba a pensar que te habían secuestrado de nuevo.

—Pero tienes quien te haga compañía. —Midori miró a la espectacular joven que ahora había inclinado la cabeza sobre el pecho de Nico. Sus dedos jugueteaban con el pelo rubio que se había soltado de la coleta y se extendía sobre sus anchos hombros. Una oleada de celos le recorrió el cuerpo de forma tan violenta que tuvo que hacer un esfuerzo para no gritar. A ella no le dejaba tocarle así, ¿pero sí se lo permitía a aquella moza de posada?

Apartó esos pensamientos y añadió:

—Me voy a la cama. Si tienes tiempo, puedes volver mañana. Te informaremos de todos nuestros movimientos.

Dio media vuelta y reenprendió su camino sin volver la vista atrás, ni siquiera para asegurarse de que Harding la seguía. Una vez en la cama, tardó mucho en dormirse porque cada vez que cerraba los ojos veía a aquella mujer regordeta rodeando el cuello de Nico con sus brazos.

—¡Qué hombre más exasperante! —dijo entre dientes—. Me niego a permitir que me afecte así. Ya ha dejado claro que no me quiere.

Pero todos sus esfuerzos no valieron para nada porque no fue capaz de apartar aquella imagen de su cabeza.

Nico se despertó a la mañana siguiente somnoliento. Se marchó de la posada poco después de que Midori se fuera a la cama y tras rechazar la oferta de solaz de la joven. No sabía por qué le había permitido que se sentara en sus rodillas cuando en realidad no le gustaba, aunque eso ya en sí mismo era un misterio. Después de pasar tanto tiempo en el mar, debería estar desesperado por tener compañía femenina, y sin embargo, no se había sentido tentado. Un vistazo a Midori y cualquier idea de acostarse con otra desaparecía de su cabeza.

—¡Ah, maldita sea! —murmuró—. Puede que Midori sea tentadora, pero no es la única mujer atractiva. —Lo que ocurrió es que la joven de la posada no era su tipo.

Además, si se acostaba con Midori tendría que casarse con ella, eso lo sabía. No era como las demás, era una señora. *¿Casarme? ¡Nunca! Cómo le gustaría a mi antigua familia verme como un hombre respetable. Y casarme con Midori significaría también tener que ir con ella a Plymouth para ver a la familia, y eso no es una opción.*

*¿Qué es lo que te da tanto miedo?* Le preguntó una vocecita en su cabeza. *¿Qué te van a hacer ahora? Eres un hombre hecho y derecho, y tras este viaje incluso tienes dinero. ¿Por qué no vuelves y se lo restriegas?*

—Al infierno con eso —murmuró. No creía que les importara lo más mínimo lo que había sido de él.

En cualquier caso, sabía lo que el matrimonio le hacía a la gente y no estaba dispuesto a pasar por el aro. Vio cómo su madrastra envejeció prematuramente y se

convirtió en una mujer amargada, siempre embarazada o al cuidado de algún bebé. ¿Y qué consiguió a cambio de tantos esfuerzos? Nada. El cascarrabias con el que se casó no le dejó después ni un penique. Solo sus hijos, aparte de Nico.

—Cabrón —dijo entre dientes. Pero mientras que su madrastra fue acogida por su hermano, Nico no gozó de esa suerte y tuvo que buscarse alojamiento en otro lugar.

—Ya eres lo bastante mayor para ganarte la vida —le dijo Jacob Marston—. Es hora de que dejes el juego y las tabernas y hagas algo de provecho. —Había tenido razón, pero se lo podría haber dicho de otra forma. Además, le habría agradecido que le hubiera dejado al menos una semana para buscar trabajo. Marston incluso le podía haber ofrecido un puesto en el negocio familiar, pero cuando Nico se lo sugirió, se rió de él abiertamente.

—Dudo que fueras de ninguna utilidad —fue su veredicto.

Respiró hondo.

—Bueno, el caso es que he salido adelante y he demostrado que estaba equivocado, así que ya no tiene sentido pensar más en eso. —Pero aquello aún le escocía.

En cuanto a Midori, lo mejor sería compensarla por la tontería de la noche anterior. Lo más probable es que le diera igual, pero por alguna razón no quería que se hiciera una idea equivocada, como sin duda había ocurrido.

Quería que tuviera buena opinión de él, aunque no se detuvo a analizar la razón.

—¿Dices que has heredado una casa?

—Sí, de mi amigo, el capitán que murió en Dejima. ¿Recuerdas que te hablé de él?

Nico se había unido a Midori y Harding en el salón privado de la posada, pero no quiso comer nada. Midori sospechaba que le dolía la cabeza y tenía náuseas, pero no tenía muy mal aspecto y por alguna razón eso le molestó. Debería estar sufriendo los terribles efectos de la noche anterior. Le habría servido de escarmiento. Asintió con educación.

—Sí, lo recuerdo.

—Me han dado las llaves esta mañana, así que me preguntaba si te apetecería venir conmigo a verla antes de que emprendas el viaje a Inglaterra. Harding, ¿qué dices tú?

—Yo no, capitán, si no le importa. Hay un viejo amigo al que quiero visitar antes de regresar a Inglaterra. De todas formas, usted puede cuidar de la señora.

—Sí, claro.

Midori no estaba segura de si debía pasar más tiempo a solas con Nico.

—¿Es apropiado? —preguntó—. Desconozco las costumbres locales, pero en mi país no debería entrar en casa sola con un hombre.

—Pero ayer lo hiciste —dijo Nico.



—Oh, sí, es cierto, pero... —Midori no podía explicarle que jamás había visto a Harding como otra cosa que su guardaespaldas, mientras que estar a solas con Nico le parecía algo completamente distinto.

—Y has estado nueve meses sola con muchos hombres.

Midori asintió.

—Muy bien, pues vamos —dijo. Tenía razón, la poca buena reputación que pudiera tener, probablemente la perdió hacía tiempo.

Se subieron a un pequeño bote y avanzaron por los canales con lentitud, dándole a Midori la oportunidad de admirar de nuevo la arquitectura de la ciudad. La mayoría de las casas eran similares en tamaño y forma, con los pintorescos gabletes tan comunes en Holanda. Pero todos los edificios parecían tener algún detalle que mostraba la individualidad de sus dueños. A la joven le parecían muy bonitas y los árboles que se erigían a lo largo de los canales, cuyas hojas frescas y verdes se reflejaban en el agua, le daban un toque de belleza y orden al conjunto.

—¿Qué son esos ganchos que sobresalen de lo alto de las casas? —le preguntó a Nico.

—Son vigas-montacargas. La mayoría de estas casas pertenecen a mercaderes y el ático suele ser donde se guardan los productos. Gracias a esos montacargas, se puede subir todo tipo de cosas desde el canal.

—¡Qué ingenioso! ¿Tú también vas a hacer eso?

—Supongo. Aún no lo he pensado. Generalmente solo me corresponde un porcentaje del cargamento. A todos los hombres que conforman la tripulación les corresponde un espacio en la bodega para sus compras, pero es solo una parte muy pequeña. La práctica totalidad de la carga pertenece a la Compañía y se guarda en sus almacenes, que están en otro lugar. Pero puede que pruebe suerte con el comercio y alquile un barco.

Nico le señaló las mejores propiedades, las que pertenecían a las familias y comerciantes más adinerados, que se encontraban en los canales Singel y Herengracht. Por fin llegaron a la casa de Casper, y a Midori le dio muy buena impresión.

En la entrada, que tenía un bonito suelo de mármol con baldosas blancas y negras, se fijó enseguida en las brillantes maderas y en los cuadros de paisajes que decoraban las paredes. Lo contempló todo con admiración.

—¡Oh, es precioso!

Nico sonrió por primera vez aquella mañana y se inclinó con exagerada afectación.

—Me alegro de que cuente con su aprobación, señora —bromeó. Midori le lanzó una mirada de exasperación, pero a su pesar acabó devolviéndole la sonrisa. Entonces pensó que quizá podrían ser amigos, ya que él no parecía querer nada más. Desde luego, lo que no podía negar era que por lo general se encontraba realmente a gusto en su compañía. Estaban muy compenetrados y cada vez que se encontraban sus ojos,

Midori reconocía sus pensamientos reflejados en ellos. Era curioso.

—Vamos a subir al primer piso. A ver cómo está el salón —dijo Nico—. Mijnheer Schuyler me dijo que los criados habían mantenido la casa en buen estado, pero con el amo fuera, ¿quién sabe? De momento les ha dicho que no vengán.

Lideró la subida por las escaleras hasta llegar a una gran sala que daba al canal. Nico abrió la puerta y Midori tuvo que contener la respiración. El salón era luminoso y fresco, con suelo de madera pulida, cojines y telas de diferentes tonos que colgaban del techo y añadían colorido a los muebles oscuros y a las paredes. En las estanterías y las mesas descansaban todo tipo de utensilios y objetos decorativos. Jarrones de porcelana blanca y azul, jarras de peltre e incluso conchas y caracolas, todo limpio y bien cuidado. La casa resultaba acogedora, cálida y confortable, en contraste con la posada donde se alojaba.

—Es una habitación muy bonita —dijo—. ¡Eres muy afortunado!

Nico miró a su alrededor, como si la viera por primera vez.

—Sí que lo soy, ¿verdad? Quizá debería deshacerme de parte de todas estas baratijas, pero aparte de eso...

—¿Qué? No, no, es muy bonito todo. —Midori sintió que se ponía colorada—. O al menos a mí me lo parece. Claro que tú puedes hacer lo que te parezca.

Nico alzó una ceja.

—Entonces, si vivieras aquí, ¿lo dejarías tal y como está?

—Desde luego. Pero como no vivo aquí, pues es cosa tuya. —Midori dio media vuelta. Por un momento se sorprendió deseando con todo su corazón compartir aquella preciosa casa con Nico. Incluso criar allí a sus hijos. Pero sabía que aquello no era más que un sueño. Él lo había dejado perfectamente claro.

—¿Me enseñas el resto? —le pidió algo inquieta—. Y luego me gustaría hablar contigo del resto de mi viaje.

—He conseguido pasajes para los tres en un barco que sale esta noche —les anunció a Harding y Midori al día siguiente—. ¿Estarás lista para entonces?

—¿Los tres? —Midori frunció el ceño—. Pensaba que Harding me iba a acompañar, ya que él también va a Plymouth.

Nico se acercó a la ventana y adoptó un tono despreocupado.

—He decidido acompañaros. Le prometí a tu hermano que te llevaría a tu destino y voy a respetar mi palabra.

—No hace falta —protestó Midori, pero Nico la interrumpió alzando una mano.

—Ya está todo pagado, y es demasiado tarde para alterar los planes. ¿Me encargo de que lleven el equipaje hasta el muelle? —No le apetecía hablar con ella de por qué había cambiado de opinión, porque ni él mismo lo sabía. Solo sabía que no podía dejar que Midori viajara sola a Inglaterra. Tenía que asegurarse de que llegaba sana y salva.

—Está bien. Gracias —añadió a regañadientes—. Entonces comenzaré a prepararlo todo.

Nico la vio marcharse. La idea de que solo le quedaban unos días más para disfrutar de su compañía le resultó inquietante. Le había cogido cariño, se había acostumbrado a tenerla a su lado. *Bueno, más que eso*. No podía negar que entre los dos había algo. Ahora todo lo que tenía que hacer era entregársela a su tío, poner fin a aquel episodio de su vida y comenzar de cero.

### *Mediados de agosto de 1642*

Midori no vio mucho a Nico durante el viaje de cuatro días hasta Plymouth. Se mostró reservado y malhumorado, y no entendía por qué. Harding tampoco sabía nada.

—No tengo ni idea de lo que le ocurre —dijo encogiéndose de hombros—. Creo que no le gusta mucho Inglaterra, pero desconozco la razón.

—Bueno, yo no le pedí que viniera —dijo ella, irritada sobremanera.

Y por fin, en una ventosa mañana de verano, atracaron en el puerto de Plymouth. Midori experimentó una mezcla de sentimientos: alegría por haber llegado por fin a su destino, e inmensa tristeza por tener que despedirse de las personas que se habían convertido en todo su mundo durante los últimos nueve meses. Pero sobre todo, odiaba la idea de separarse de Nico. Le había dicho que no se quedaría allí mucho tiempo.

Sabía que aquello era lo mejor, pero habría dado cualquier cosa por pasar un poco más de tiempo con él. Sin embargo, Nico pronto formaría parte de su pasado y solo el destino sabía qué le depararía el futuro. Ya que no tenía otra opción, estaba decidida a aprovechar aquella experiencia al máximo, pasara lo que pasara.

Se despidieron de Harding.

—Aunque solo voy al otro lado del puerto —dijo—, así que estoy seguro de que nos tropezaremos de vez en cuando. Si me necesita para cualquier cosa, señora, no dude en buscarme.

Midori asintió.

—Gracias por todo.

Plymouth no era como lo había imaginado y arrugó la nariz al avanzar entre la basura que se apilaba en las estrechas calles.

—¿Por qué está todo tan sucio? —le preguntó a Nico, mientras esquivaban el cuerpo de un animal muerto. Parecía que lo habían tirado de una carnicería cercana. Una nube de moscas revoloteaban sobre él, zumbando enojadas. Midori las espantó.

El capitán se encogió de brazos.

—La casa de tu tío está un poco más arriba, por esa colina. Allí las condiciones son algo mejores.

—¿Cómo lo sabes?

—Eh, he preguntado a un lugareño.

Midori apuró el paso, espoleada por el deseo de escapar de aquellos olores nauseabundos. Pasaron por delante de varios talleres, el del velero, el del panadero, el del zapatero... y todo era muy diferente de lo que ella conocía. Se detuvo en varias ocasiones para inspeccionar algunos de los productos hasta que se dio cuenta de que los tenderos se la quedaban mirando con evidente curiosidad. Después de aquello, siguió a Nico con la mirada clavada en el suelo.

—¿Por qué me miran así? —preguntó en voz baja—. Me cambié de ropa como me sugeriste. —Nico le dijo que no llevara su kimono más colorido, que era el que había elegido para aquella ocasión.

El capitán le sonrió.

—Aun así tus ropas son diferentes, ¿no? —Señaló con la cabeza en dirección a unas señoras que pasaron por su lado y Midori se dio cuenta de lo que quería decir—. Deberíamos haberte comprado ropa en Ámsterdam.

—No, quiero que me vean con la mía. —Por alguna razón que no alcanzaba a explicar, no estaba dispuesta a ceder en eso—. Ya sé que tendré que adaptarme, pero hoy voy a ser yo.

—Bien, entonces te miran porque no han visto en su vida una mujer tan hermosa como tú —le susurró, y un escalofrío de placer le recorrió la espalda.

—No empieces... —No le gustó que eligiera precisamente aquel día para jugar con ella. Nunca antes le había dicho que fuera hermosa y ahora ya era demasiado tarde. Siguió avanzando con la cabeza bien alta hasta que se dio cuenta de que no sabía el camino y no tuvo más remedio que esperar a Nico. El capitán la miró con una ceja arqueada, pero no dijo nada.

Durante todo el recorrido se toparon con personas de aspecto bastante sucio. Acorralada por los malos olores, Midori comenzó a sentir náuseas y se preguntó si sería poco apropiado taparse la boca y la nariz con la mano. Después de un rato, no se lo pensó más; era eso o vomitar en público. Sintió un gran alivio cuando Nico por fin se detuvo al final de una cuesta bastante empinada. Señaló una casa que se veía desde la cima de la colina.

—Ese es tu destino, la casa de tu tío —dijo con voz ronca, casi en un suspiro, como si le costase pronunciar las palabras.

Se trataba de un edificio de cuatro plantas, construido en piedra gris, pero con algo de madera y escayola blanca en la fachada. Tenía grandes ventanas, con una miríada de pequeños paneles de cristal separados por plomo, distribuidas por el primer piso. En las plantas segunda y tercera las ventanas eran más pequeñas y daban a la calle.

—¿Lista? —preguntó Nico, atrayendo su mirada hacia él. Cambió el peso de un pie a otro, como si estuviera impaciente por terminar con aquello. Su rostro, sin embargo, parecía impasible.

Midori asintió. Ahora que estaba allí, de repente se sintió sobrepasada por todo y deseó haberse quedado un poco más en Ámsterdam antes de enfrentarse a sus parientes. Respiró hondo para tranquilizarse y se recordó que era la hija de un daimio y que no le tenía miedo a nada.

—Espera un momento. —Nico sacó una bolsa de cuero de su bolsillo y se la ofreció—. Toma, será mejor que guardes esto en un lugar seguro.

Midori frunció el ceño.

—¿Qué es?

—La mitad del dinero que me dio tu hermano. Mentí sobre el precio del pasaje para desanimarte. Ya que no tuvo efecto alguno y el viaje ha terminado, creo que debo devolvértelo.

—Ya veo. Bueno, gracias. —Cogió la bolsita y la sopesó. Después la guardó en una de sus mangas y se preguntó si le estaba diciendo la verdad o solo pretendía ser amable.

—Ahora te dejo —dijo Nico—, pero si me necesitas, estaré en la posada de la Cadena y el Ancla durante un día o dos. Mándame llamar si...

Midori lo interrumpió.

—¿No vas a venir conmigo? Oh, por favor, solo un ratito. —Por alguna razón no podía soportar la idea de decirle adiós, no tan pronto—. Les parecerá raro si me ven aparecer así sola, ¿no crees? —añadió—. Y querrán darte las gracias por acompañarme.

—Lo dudo —dijo en voz baja y en un tono cortante que Midori no comprendió.

Sabía que no podía obligarle a acompañarla, pero aunque era valiente, prefería no tener que presentarse ante su familia sola. Necesitaba de la callada fortaleza de Nico a su lado. Lo miró suplicante. Vio cómo apretaba los dientes y sus ojos azules se oscurecieron con una emoción que podría haber sido dolor o quizá algo más, no estaba segura. Abrió la boca para contestar cuando la interrumpió un grito de alguien a sus espaldas.

—¿Nicholas? ¡Nicholas! No lo puedo creer...

Midori contempló cómo una mujer de mediana edad y entrada en carnes se acercaba a ellos corriendo. Miraba a Nico con ojos desorbitados y una mano en la boca, que supuso estaba abierta. La mujer dejó escapar un grito de angustia y a continuación se desmayó. Nico se lanzó en su ayuda al verla caer sobre el empedrado de la calle. A duras penas consiguió evitar el golpe.

—Oh, maldita sea —murmuró entre dientes mientras la alzaba en sus brazos. Algo llamó la atención de Midori. Nico sostenía a la desmayada de manera fría, manteniéndola todo lo alejada posible de su cuerpo, como si al tocarla se fuera a contaminar.

Midori frunció el ceño.

—¿La conoces?

—Sí —dijo con sequedad mientras el esfuerzo de acarrear a la mujer le hacía jadear. Sin más explicaciones, comenzó a caminar colina arriba. Midori lo siguió. Casi tuvo que correr para igualar las pisadas largas y aparentemente enfadadas de Nico. Se detuvo frente a la casa de su tío—. ¿Te importa llamar a la puerta, por favor? Lo mejor será entrar.

Enseguida se encontraron franqueando un arco de piedra que los condujo hacia un pasillo oscuro con el suelo de piedra suave y desgastada. Midori tuvo la impresión de que las paredes se cernían sobre ella y sintió un escalofrío ante el aire fresco que atravesó sus sandalias de paja a pesar de que estaban en pleno verano. La sirvienta que les abrió la puerta los condujo hacia una escalera en espiral que conducía al piso superior. Midori la reconoció por las descripciones de su madre y sintió una punzada de tristeza. *Oh, madre, si estuvieras aquí conmigo.*

Nico dejó su carga sobre un banco de madera que había pegado a una pared.

—Si aguardan un momento, avisaré al señor —dijo la sirvienta mientras se retorció las manos y miraba con ojos desorbitados a Midori.

Se preguntó si quizá no habría sido mejor vestirse con su mejor ropa, pero ahora ya era demasiado tarde, el sencillo kimono azul que llevaba tendría que valer. Nico le había explicado que el que había elegido para aquella ocasión, uno lleno de bordados de diferentes colores que se ponía en situaciones especiales, no habría sido adecuado y decidió confiar en su criterio. Además, el kimono de seda azul le sentaba bien y mostraba el símbolo del clan de su padre, lo que contribuía a darle valor. Taro Kumashiro no habría permitido que nadie lo intimidara, daba igual dónde estuviera. Su hija estaba decidida a que se sintiera orgulloso de ella.

—¿Qué ocurre aquí? —Una voz resonó en la sala y Midori se volvió para descubrir a un hombre mayor que los miraba con expresión enojada. Supuso que

debía de haber entrado en la habitación tras ellos, ya que la puerta estaba ligeramente entornada. Iba vestido con pantalones de lana negros, chaleco, camisa blanca y medias. Los zapatos también eran negros. El cabello gris le caía sobre los hombros y escaseaba algo por delante—. ¡Nicholas! ¡Por todos los santos! ¿Qué haces aquí? — El hombre abrió mucho los ojos, tan sorprendido como la mujer de la calle.

Midori frunció el ceño. *¿Qué está pasando? Eso es lo que yo también querría saber.*

Inmóvil, miraba a Nico y al hombre de negro una y otra vez. Era evidente que se conocían y comenzaba a molestarle el hecho de que ella fuera la única que no se enteraba de nada allí.

La mujer del banco se movió y gimió mientras intentaba abrir los ojos. El hombre se agachó a su lado.

—¿Kate? ¡Kate! ¿Me oyes? —Se volvió hacia Nico—. Al menos podrías habernos avisado de tu llegada.

—¿Cómo iba a saber que mi presencia iba a causar tal impresión a mi madrastra? Desde luego es la primera vez. —Midori jamás le había visto comportarse de aquella manera tan fría. Entonces se percató de que estaba apretando los dientes, lo cual le indicaba que no estaba tan tranquilo como quería aparentar.

—Bueno, hace trece años que no sabemos nada de ti —dijo el hombre—. ¡Pensábamos que habías muerto! Kate, siéntate, vamos, hermana. No te puedes quedar tumbada, necesitas aire. —La ayudó a incorporarse y a apoyarse contra la pared, entonces se percató de la presencia de Midori—. ¿Quién es?

—Querido tío Jacob, esta es tu sobrina, Midori. De Japón —dijo Nico mientras cruzaba los brazos sobre el pecho. La palabra «tío» la pronunció con cierta ironía—. La hija de tu hermana Hannah.

Midori no pudo evitarlo, se quedó boquiabierta. *Tío. Hermana.* Las piezas del puzle comenzaban a encajar.

—¿Eres mi primo? —se volvió hacia Nico.

Él negó con la cabeza.

—En realidad no. No estamos emparentados, pero estos son tus tíos, por si aún no te habías dado cuenta. —Su boca se había convertido en una fina línea y su mirada en un bloque de hielo.

—¿Mi qué? —Su tío miró a Nico, olvidándose de su hermana por un momento—. Eso es imposible. Hannah murió.

—Eh, no, no murió, no hasta el año pasado —dijo Midori—. Tengo una carta suya que lo demuestra.

—Pero por todos los... —Jacob negó con la cabeza—. Esto es demasiado.

Midori cogió aire e intentó mantener la calma. Estaba totalmente de acuerdo con él, pero la única persona con la que estaba enfadada era Nico.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le preguntó entre dientes mientras el hombre mayor se volvía hacia su hermana.

—Porque no pensaba llegar hasta aquí —murmuró—. Mi idea era dejarte al final de la calle. Ahora entenderás por qué. Aquí no soy bienvenido.

—No, la verdad es que no. Esto —dijo extendiendo un brazo para incluir a sus tíos— se podría haber evitado. Ha sido una encerrona.

Nico se encogió de hombros.

—Como ya he dicho, no pensaba que les importara. Y de habértelo contado, ¿me habrías creído?

—Quizá. Aunque debes admitir que todo esto resulta bastante extraño.

—Eso mismo pensé yo cuando por fin me contaste adónde ibas en realidad.

—¡Pero podías habérmelo dicho entonces! —Midori estaba perdiendo la paciencia y no podía comprender a qué jugaba Nico—. ¿Por qué no lo hiciste? —Como había dicho su tío, aquello era demasiado.

—Lo siento mucho pero...

—Es igual —lo interrumpió. Ya no quería oír más excusas—. Ya hablaremos luego —dijo muy molesta.

—Está bien. —Nico frunció el ceño y cerró la boca, mientras contemplaba a sus parientes.

Midori decidió ignorar a Nico de momento y se acercó a ayudar a su tía.

—Lo siento, tía. No tenía ni idea de que nuestra llegada le iba a causar tal impacto. Por favor, créame, yo no sabía nada.

Pero su tía no parecía inclinada a aceptar la ayuda de Midori. Su mirada resultó tan fría como la de su sobrino.

—¿Eres la hija de mi hermana? —preguntó—. ¿Madori, te llamas?

—Midori —le corrigió la pronunciación—. Sí, así es.

—Si no lo veo no lo creo. ¡Una pagana!

—No soy ninguna... —empezó a defenderse Midori, pero Kate la interrumpió. Se puso de pie y se dirigió a Nico.

—Y en cuanto a ti, ¿dónde has estado, sinvergüenza? Trece años. ¡Trece años! Y ni una palabra para decirnos que estabas vivo. ¿Cómo es posible?

—Bueno, madre —dijo Nico— me alegra saber que por fin has encontrado tu instinto maternal. Aunque un poco tarde, ¿no te parece?

Kate alzó una mano para abofetearle, pero Nico la interceptó fácilmente y negó con la cabeza.

—Yo que tú no lo haría. Ya no. He crecido bastante, ¿sabes?

—¡Ya basta! —gritó Jacob—. Vosotros dos —dijo señalando con la cabeza a Nico y Midori—, acompañadme a mi despacho, por favor. Kate, tumbate un rato. Ya podrás discutir luego con Nicholas, cuando te hayas recuperado. No quiero que te vuelvas a desmayar.

Los condujeron hasta una sala de la planta baja que tenía una fila de pequeñas ventanas que daban a la calle. Jacob parecía tranquilo mientras se sentaba tras la mesa cubierta de legajos y carpetas, pero Midori vio cómo se agarraba al borde con tanta



fuerza que sus nudillos se pusieron blancos. Con un gran esfuerzo le sonrió. Fue una sonrisa de circunstancia, pero ahí estaba.

—Cielo santo, casi no puedo creerlo —dijo mirando a Midori. Su voz se quebró por la emoción reprimida. Esperaba que fuera porque estaba contento de verla, no lo contrario.

Le devolvió la sonrisa.

—Estoy muy contenta de conocerlo por fin. Mi madre me habló mucho de usted.

—¿Ah sí? Bueno, bueno... —Negó con la cabeza—. Pero ¿dónde están mis modales? Por favor, sentaos y poneos cómodos. ¿Quieres algo de beber, querida? ¿Nicholas? —Añadió su nombre casi a regañadientes.

—No, gracias —respondió Midori, mientras se preguntaba cómo iba a ponerse cómoda en una dura silla de madera sin cojines.

—Gracias, pero yo me marchó ya. —Nico se inclinó ante su tío, luego ante Midori, dio media vuelta y avanzó hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —le espetó Midori. De repente sintió la necesidad de rogarle que no la dejara sola tan pronto, pero controló ese impulso. Le había mentado, o al menos le había ocultado información. Era evidente que no quería reconocer que eran familia, así que no debería importarle si se quedaba o se marchaba.

—Voy a la posada de la que te hablé —le dijo—. Si mal no recuerdo, en esta casa no hay sitio para mí.

—Vamos, Nicholas, ya sabes que eso no es lo que quería decir, y ocurrió hace mucho tiempo —comenzó a decir Jacob, pero Nico le dedicó una mirada de rabia.

—¿Ah sí? Quizá empujar a alguien por la puerta significa otra cosa para ti. A mí, la verdad, me hizo sentir que no era bienvenido aquí. Así que si me perdonas, no me voy a quedar.

—¿Vas a regresar? —Jacob hizo la pregunta cuya respuesta también quería saber Midori.

—¿Me lo estás pidiendo? —Nico miró con dureza a su pariente.

—Sí, sí, te lo estoy pidiendo. Ven a cenar, a Kate le gustará.

Nico resopló.

—Eso lo dudo, pero está bien. Hasta luego. —Se despidió de Midori con una inclinación de cabeza.

Ella le dedicó una mirada llena de veneno para mostrarle que aquella jugarreta no se la iba a perdonar con facilidad. Tenía que explicarle muchas cosas, aunque no estaba segura de si quería escuchar lo que tenía que decir. Ya lo decidiría más tarde. De momento quería conocer a sus parientes.

El silencio que se hizo en la habitación tras la salida de Nico era casi tangible y Midori dobló las manos dentro de las mangas de su kimono para que Jacob no viera cómo le temblaban. Al hacerlo, encontró una hoja de papel, y entonces recordó la carta que había atraído.

—Tío, como dije, he traído algo para usted. —Sacó la carta enrollada y observó

cómo Jacob la abría y comenzaba a leer las últimas palabras que su madre le dedicó.

Cuando terminó, alzó la vista a Midori con expresión seria.

—Así que tu madre no murió. He estado lamentando su muerte todos estos años mientras ella seguía viva y con ese... —Se detuvo de forma abrupta como si no pudiera pronunciar el resto de la frase.

Midori no sabía qué decir, así que repitió la historia que su madre le había contado innumerables veces.

—Se la llevó la corriente. La distéis por muerta y os marchasteis. Sin embargo solo había perdido el conocimiento, y cuando la encontraron y recuperó el sentido, ya era demasiado tarde para alcanzaros. ¿Qué debería haber hecho? No tenía más opción que quedarse e intentar vivir lo mejor posible. —Midori no añadió que tenía la sensación de que si su madre hubiera querido, se hubiera marchado con su hermano, pero que no lo hizo porque se enamoró de Taro Kumashiro. También estaba el pequeño detalle de su marido inglés, un hombre al que despreciaba—. Eh, el capitán Rydon, el hombre con el que se casó, ¿qué fue de él?

Midori sabía que su madre había estado brevemente casada con un amigo de Jacob, Rafael Rydon, pero no por elección propia. «Me obligaron a casarme con él — le explicó Hannah—. Pero acordamos anular la boda ya que jamás se consumó. Me prometió que se ocuparía de ese asunto en cuanto regresara a Inglaterra».

—¿Quién, Rydon? —Jacob parecía sorprendido—. Se ahogó el mismo día que ella. Pero da igual, supongo o tú no... es igual.

—No entiendo.

—¿Ah, no? ¿No te enseñó tu madre a diferenciar el bien del mal? No, supongo que los pecadores no hacen eso.

—Mi madre era una buena mujer. —Aunque Midori comprendía que a juicio de su tío, su madre había cometido muchos pecados, sentía que debía defenderla. En su opinión, Hannah no había hecho nada malo.

—Lo sé, pero tu madre siempre fue un poco... impulsiva, digamos. Su familia debería haberla salvado de la tentación, pero le fallamos. Yo, más que nadie. —Negó con la cabeza, sus ojos mostraban tristeza—. Bueno, ahora ya es demasiado tarde, pero no para ti. Tendremos que trabajar duro, ya que no has recibido la primera bendición de Dios, pero no te preocupes, que nos encargaremos de eso, si así lo deseas, claro.

—¿La primera bendición de Dios?

—Nacer de padres creyentes, no paganos.

Midori abrió la boca para alegar que sus padres no eran paganos, pero la volvió a cerrar. No tenía ningún sentido discutir con su tío. Lo mejor sería no llevar la contraria a nadie sin necesidad. Inclino la cabeza sumisa.

—Entiendo. ¿Puedo quedarme aquí, entonces?

—Por supuesto. Ven, te presentaré al resto. Creo que están en el salón.

Nico bajó por la colina, sin mirar a derecha ni izquierda. Estaba furioso, tanto consigo mismo por su desastrosa forma de llevar la situación, como con su madrastra y Marston, por dar aquel espectáculo. *¡Cualquiera diría que les importaba algo!*

—¡Ni hablar! —murmuró. Kate no se había mostrado contenta por verlo, solo enfadada por no haberla avisado de que estaba vivo. *Y en cuanto al hipócrita de Marston... ¡bah!*

Sabía que debía haber encontrado la forma de contarle a Midori que estaban emparentados, pero no surgió el momento adecuado. Cuanto más dilataba el asunto, más difícil se le hacía. Y tampoco habría sido necesario ya que su intención había sido despedirse para siempre de ella aquel mismo día. Incluso aunque Midori les hubiera contado que un hombre llamado Nico Noordholt la había traído a Europa, jamás lo habrían relacionado con él. *Todo habría salido bien si me hubiera mantenido apartado.*

Pero ahora Midori estaba furiosa y no era así como quería recordarla.

—¡Bueno! —se dijo así mismo—. Si está molesta, no le importará tanto que nos digamos adiós, y así podré seguir con mi vida.

Pero el caso es que a él sí le importaba. Allí sentada, con sus tíos, se la veía tan fuera de lugar y tan vulnerable... Y luego estaba el veredicto casi instantáneo de su tía: pagana. Aquella palabra resumía bien cómo la veían, de eso estaba seguro. Jamás encajaría allí. Había sido un loco al pensar que lo conseguiría.

Entonces, ¿qué podía hacer? *Necesito tranquilizarme y pensar con lógica.* Al menos tenía una excusa para volver, ya que le habían invitado a cenar. Eso era un principio.

Alquiló una habitación en la posada de La Cadena y el Ancla y después entró en la taberna del local, donde pidió una jarra de cerveza para ver si le ayudaba a pensar. Quería estar solo y encontró una mesa vacía en una esquina. Al principio, su expresión malhumorada evitó que se le acercara nadie, pero después de un rato, un grupo de hombres se sentó en la mesa de al lado. Parecían sentir tanta curiosidad que pasaron por alto su cara de pocos amigos.

—Perdone que le moleste, pero ¿no habrá llegado por casualidad de Londres? —le preguntó el hombre que tenía más cerca—. Verá —prosiguió sin dejar de mirarlo con curiosidad—, es que parece usted un viajero y estamos ávidos de noticias.

—No, acabo de llegar de Ámsterdam —contestó Nico—. Hace años que no visito Londres —añadió con tono algo cortante. No se extendió porque no quería que le preguntaran más, pero los hombres no se dieron por enterados. En lugar de eso, se acercaron para incluirlo en su conversación. Nico ahogó un suspiro y decidió armarse de paciencia.

—¿Corre algún rumor por Ámsterdam sobre nosotros? —preguntó otro hombre.

Nico frunció el ceño.

—No, que yo sepa. ¿Por qué? —No había prestado ninguna atención a los rumores ya que había tenido cosas más importantes de las que hacerse cargo mientras

estaba en Holanda, pero ahora comenzaba a lamentar su falta de interés. Por lo general le gustaba mantenerse informado de cualquier cosa que se dijera sobre Inglaterra.

—Bueno, hemos oído todo tipo de cosas, principalmente conjeturas, supongo. Hay quién dice que estamos al borde de la guerra civil.

—¿En Inglaterra? ¿De verdad? —Nico olvidó su mal humor. Aquello era grave.

—Sí, pero no es seguro. El rey Carlos no ha hecho bien su trabajo, no ha sabido elegir a sus consejeros y hace oídos sordos al Parlamento, de eso no hay duda —dijo alguien con voz autoritaria—. La cosa no pinta bien, eso lo sabemos todos.

—También se dice que ve con buenos ojos a los papistas —añadió otro hombre.

—Esta misma mañana he escuchado a un comerciante decir que el Parlamento ha tomado el control de Londres, pero no sé si es cierto. Según él, el rey ha huido al norte para reunir un ejército.

Nico escuchaba con atención. Había oído todo aquello antes, en Holanda, y según esos rumores parecía que la guerra civil fuera inminente. Si ese era el caso, había traído a Midori a un país lleno de peligros. *¡Maldita sea!*

—¿Qué vamos a hacer si es cierto? —El primer hombre parecía preocupado—. ¿Tendremos que luchar?

—No, seguro que esto se soluciona pronto. El rey lleva años peleándose con el Parlamento, eso no es ninguna novedad.

—He oído que el conde de Bath está intentando reclutar hombres para el rey, aquí en Devon.

—No creo que tenga mucho éxito —gruñó alguien—. Y menos aquí, en Plymouth.

—Aun así es una gran desgracia, te lo aseguro —insistió el primer hombre—. Quizá nos obliguen a elegir bando.

—Eso no será un problema —dijo otro—. Nosotros no queremos tener nada que ver con los papistas, eso seguro. Pero como decías tú, seguramente todo quedará en nada.

Nico no estaba tan seguro. Si el rey estaba reuniendo un ejército, entonces es que pensaba usar la fuerza. *Si es que el rumor es cierto.* Dio un gran sorbo a su cerveza, se recostó en su asiento y echó un vistazo a la taberna. Se dio cuenta de que muchas de las conversaciones que tenían lugar a su alrededor tenían como temas principales el rey o la religión. También se percató de que era casi el único que iba vestido de forma diferente. Su chaqueta azul índigo y sus pantalones de lana fina, a pesar de su sencillez, lo hacían destacar como una moneda de oro entre un puñado de peniques.

—¿Puritanos? —murmuró entre dientes. *¿Son todos puritanos? ¡No puede ser!* Ya había coincidido con algunos en Holanda y sabía algo de sus costumbres y creencias. Decidió mantener los ojos y los oídos abiertos durante su estancia en Plymouth. Los puritanos tenían una visión muy extremista de la religión y dudaba de que todos allí compartieran sus ideas. Los hombres de la taberna seguramente ibas

vestidos con ropa humilde porque era más barata y práctica que vestir ropajes teñidos de colores. Aun así, pensó que no estaría de más indagar un poco.

De repente se acordó de que Marston iba vestido de negro y casi se le escapó un grito. Jacob siempre había sido de naturaleza piadosa, pero si se había pasado al puritanismo, entonces Midori tendría muy difícil encajar en esa familia. *Maldita sea, tengo que sacarla de allí.*

¿Pero cómo?

Jacob acompañó a Midori por el pasillo y las escaleras hasta el primer piso, después entraron en una habitación grande, situada en la parte frontal de la casa. Tenía ventanas por toda la pared y sin duda debía de ser la mejor de todo el edificio. Paneles de madera hermosamente labrados cubrían los muros y una gran chimenea presidía la estancia. Los muebles escaseaban, sin embargo. Midori tampoco vio elementos decorativos, no había cortinas, ni cuadros, y desde luego tampoco cojines sobre los que sentarse. Además, la sala resultaba un poco tenebrosa a pesar de que las ventanas carecían de contraventanas. El cristal, grueso y turbio, dificultaba la visión y distorsionaba lo que había al otro lado.

No puedo evitar comparar aquella habitación con el salón de la casa que Nico había heredado en Ámsterdam y decidió que le gustaba más aquella, con su acogedor desorden y sus vivos colores. Le había parecido un lugar cálido, mientras que la sala en la que se encontraba ahora le resultaba muy fría. Había varias personas sentadas en unos bancos pegados a la pared y todas se pusieron en pie cuando los vieron entrar.

—Ah, aquí estáis, bien, bien. Venid y dad la bienvenida al nuevo miembro de la familia. —Todos se acercaron, Kate a la cabeza del grupo. Evidentemente no había seguido el consejo de su hermano de retirarse a descansar—. Midori, esta es Kate Hesketh, tu tía y mi hermana, a quién ya has conocido. —La mujer regordeta miró de nuevo a su sobrina que en aquellos momentos se esforzaba en hacer una reverencia, tal y como le había enseñado Nico unos días antes. «Los codos pegados a las caderas, las manos unidas frente a ti y la mirada fija en el suelo, con modestia». Siguió las instrucciones, pero aquello no pareció complacer a su tía, que se limitó a asentir con la cabeza. De repente recordó dónde había oído antes el nombre de Hesketh y frunció el ceño.

—¿Ha dicho Hesketh? Pero yo pensaba... —Midori estaba segura de que su madre se marchó de Inglaterra para no casarse con alguien con ese mismo apellido; un hombre al que despreciaba. Eso fue antes de contraer matrimonio con Rydon, al que también detestaba. Según Hannah, su hermana Kate se había casado con el hijo de un noble, así que ¿por qué su tía no era una Lady? Hannah le explicó que ostentar el título de Lady era algo de lo que estar orgullosa, como ser la mujer de un daimio japonés.

Su tío ignoró su interrupción y prosiguió con las presentaciones como si Midori no hubiera dicho nada.

—Y esta es mi querida esposa, Emma. —Una mujer delgada con el pelo canoso y recogido bajo una cofia blanca se adelantó y tomó las manos de Midori entre las suyas.

—Bienvenida a nuestro hogar, querida. Espero que seas feliz aquí. Me entristeció saber de la muerte de tu madre. La conocí un poco cuando solo era una jovencita.

—Gracias, tía, es muy amable. —Midori se animó un poco ante su cariñosa acogida, que contrarrestaba un poco el recibimiento de su otra tía—. ¿La llamo tía Emma o tía Marston? —Se le había olvidado preguntar a Nico sobre cómo debería referirse a sus parientes.

—Tía Marston, si te parece bien.

—De acuerdo. *Entonces debería llamar tío Marston a Jacob.*

—Estos son nuestros hijos —dijo Jacob señalando a un chico y una chica que dieron un paso hacia delante—. Daniel y Temperance. —Ambos tenían el pelo claro. Temperance era rubia, casi platino, mientras que el pelo de su hermano tenía tonalidades rojizas, aunque de un tono menos vivo que el de Hannah—. Los hijos e hijastros de Kate son mayores y ya no viven aquí —añadió.

—Tienes un nombre extraño —dijo la tía Hesketh mientras apretaba los dientes—. ¿Acaso tu madre no encontró ningún nombre cristiano de su gusto?

Midori se volvió hacia su tía, sorprendida por su falta de educación.

—Creo que fue mi padre quién eligió mi nombre. Tengo los ojos verdes, algo bastante inusual en... mi país y Midori significa verde. No tiene nada de extraño.

—Deberías tener un nombre normal, como Mary, por ejemplo —replicó.

—Si no le importa, prefiero quedarme con el que tengo. —Eso era algo que tenía muy claro. Además, sabía de manera instintiva que si cedía en algo así, estaría renunciando a algo mucho más que su nombre.

—No creo que este sea el momento ni el lugar de hablar de este tema —dijo el tío Marston, conciliador.

—Hum, bueno, al menos te enseñó a hablar como dios manda —murmuró.

Antes de que Midori tuviera tiempo de responder, la mujer de su tío le rodeó los hombros con un brazo y la condujo hacia la puerta.

—Vamos, querida, te enseñaré tu cuarto, y después mataremos el tiempo hasta la cena. Hacemos la comida principal al mediodía, ¿sabes? ¿Tú también? Tienes que explicarme cuáles son las costumbres de tu país... —y así la tía Marston sacó a la recién llegada de la sala.

Midori miró de reojo al grupo, pero nadie se movió ni dijo nada. Lo último que vio fue la mirada suspicaz de su tía Hesketh.

La mujer que debería haber sido noble, pero que evidentemente no lo era.

El dormitorio estaba en la tercera planta, debajo del tejado, y era muy pequeño. No contenía más que una especie de cofre para la ropa, la tía Marston lo llamó arcón, una cama y una pequeña chimenea. Una estrecha ventana dejaba entrar algo de luz, pero no lo suficiente. Eso, combinado con el techo abuhardillado y los muebles oscuros, convertía el cuarto en un lugar tenebroso. Las partículas de polvo que bailaban en un

rayo de sol y el olor a cerrado le dieron ganas de estornudar. Siguió a su tía al interior y contempló las tablas desiguales del suelo. Parecía que el carpintero que las había puesto había sido incapaz de hacerlas encajar de manera adecuada. Le sorprendió que hubieran tolerado semejante chapuza.

—Tendrás que compartir el cuarto con Temperance, claro —dijo su tía, y Midori la miró, sobresaltada. La habitación ya le había parecido pequeña para una sola persona, pero ¿para dos? La mujer mayor percibió la decepción en el rostro de Midori antes de que tuviera tiempo de disimularla y añadió—: Pero tú te puedes quedar con la cama. Temperance dormirá en la carriola, sí así lo prefieres. Supongo que no estás acostumbrada a compartir cuarto.

—¿Carriola? —Midori tenía la sensación de que se le había dormido el cerebro ante aquel repentino bombardeo de experiencias nuevas. Miró la cama que a duras penas parecía lo bastante ancha para una persona. La idea de compartirla con alguien más le hizo apretar los dientes.

—Sí, una cama que se saca de aquí, así. —Su tía dejó a la vista un viejo colchón que se ocultaba debajo de la cama.

—Oh, ya entiendo. Bueno, eh, gracias, si a ella no le importa...

—Claro que no. Buscaré sábanas y una manta después de cenar. Temperance te ayudará y meterá algo de ajeno entre la ropa de cama para ahuyentar a las chinches.

Midori se estremeció. ¿Chinches? Ya tuvo que convivir con esos bichos en el barco, pero había esperado no tener que soportarlos también en tierra.

—¿Dónde están tus cosas? —le preguntó su tía.

—El capitán Noordholt dijo que alguien del barco lo traería todo esta tarde.

—¿El capitán Noordholt? —Su tía parecía confusa.

—Me refería a Nico, es decir, Nicholas —se corrigió Midori. ¿Habría mentido también sobre su nombre? La sola idea la llenó de rabia. Supuso que si el apellido de su otra tía era Hesketh, el suyo debería ser también ese, a no ser que la mujer se hubiera casado dos veces. Entonces, ¿por qué se hacía llamar Noordholt?

—Bien, bueno —dijo su tía Marston—. Ya te instalarás luego. ¿Has traído mucha ropa?

—No, me marché a toda prisa. Además, la idea era comprar ropa nueva al llegar aquí. Aunque adquirí unas telas en Ámsterdam.

—Excelente. Te ayudaremos a que vayas vestida adecuadamente. —La mujer miró el kimono—. Yo te podría dejar algún vestido hasta que tengas los tuyos. Creo que tenemos la misma talla.

—Se... lo agradezco. —La idea de llevar la misma clase de ropaje que aquella mujer no le atraía nada pues era mucho más feo que su precioso kimono de seda, pero decidió resignarse. Después de todo, tenía que adaptarse, quería integrarse.

—Espera que voy a buscar un vestido.

Un poco más tarde, su tía regresó y la ayudó a vestirse.

—Esto es la camisola. Se lleva siempre, para dormir también. —Se trataba de una



especie de tela blanca sin forma que llegaba casi hasta el suelo y que se ponía por la cabeza—. Ata este cordón a la garganta y yo te ayudaré con las muñecas —le indicó su tía con amabilidad.

Después le entregó una cosa que parecía un cojín con forma de salchicha y que estaba relleno de algo suave.

—Pelo de caballo, cielo —le explicó. También tenía cordones en ambos extremos que debía atar a la cintura.

—Esto va en la parte de atrás, para darte más... una forma más femenina, por así decirlo. Lo atas en la parte de delante. Después te pones el faldellín encima.

Una falda de lana muy gruesa en un aburrido color marrón que iba ajustada a la cintura.

—Es un poco grande —dijo. De hecho, parecía hecha para una mujer el doble de ancha.

—Oh, no te preocupes, esto se ajusta. —La tía Marston sonrió con dulzura—. Yo llevé este vestido estando embarazada y me quedaba pequeño. De eso hace ya unos años, claro, pero aún vale.

Midori intentó no dar importancia al hecho de que la estuvieran vistiendo con ropa vieja.

—Bueno, y este es el corsé. Este en concreto no tiene mangas, porque es verano, pero te haremos otro con mangas para el invierno. Se ata en la parte delantera, así. —Midori comenzó a cerrar el corsé como le habían dicho, pero su tía la interrumpió—. No, no, no en zigzag. Tiene que ir como una escalera, así lo puedes apretar.

—Oh, ya entiendo. —El corsé de un color rojo algo menos apagado, se ajustaba a su torso y estaba rematado en la cintura por unos pequeños volantes. Una vez atados los cordones, le mantenía el pecho en su sitio y aun así le dejaba libertad de movimientos. Le habría resultado bastante cómodo si no fuera porque la lana le picaba. Podía sentir el material a través del lino de la camisola, pero intentó no rascarse.

—Ya está, ahora solo te falta el cuello y una cofia. —Su tía le entregó un triángulo de lino y le mostró como se ponía alrededor del cuello—. Será mejor que te trence el pelo, para poder recogerlo. Vaya, tienes mucho y muy largo. Espera, te voy a ayudar. —Cuando hubieron terminado, le colocó el tocado en la cabeza—. ¡Perfecta! En cuanto a los zapatos, debes conservar los tuyos porque no tengo ninguno de sobra.

—Gracias.

—Venga, vamos a comer. Espero que Nicholas haya regresado ya. A tu tío no le gusta la gente impuntual.

Midori la siguió por las escaleras y se quedó de pie, frente a la mesa, en una sala más pequeña del primer piso, en la parte posterior de la casa. Esperaba que todo el mundo se sentara en los bancos situados a cada lado, pero sus parientes permanecían de pie, incluso Nico, que había aparecido en el último momento. Se quedó mirando a

Midori, que llevaba aquella ropa prestada, pero consiguió ocultar su sorpresa. Todos inclinaron la cabeza piadosamente, salvo él, y el tío Marston comenzó a hablar. Midori los imitó.

—Señor, queremos darte las gracias por las bendiciones que nos has traído hoy y por la comida que vamos a recibir. También queremos agradecerte que nos hayas devuelto a nuestra sobrina Midori... —Nico le dedicó una misteriosa mirada al oír su nombre, pero ella no se dio por enterada— y a Nicholas, al que ya no esperábamos volver a ver. También te pedimos que bendigas, Señor estos... —Jacob prosiguió su oración durante lo que a Midori le pareció una eternidad. El estómago le rugía ya del hambre porque no había comido apenas nada en toda la mañana. Por suerte, nadie lo oyó bajo la atronadora voz de su tío.

Cuando por fin terminó, todos se sentaron. Dos criadas trajeron sendas fuentes con comida y las colocaron en la mesa. Midori percibió los extraños aromas que escapaban de aquellos platos. La tía Marston se levantó para servir a los demás y Midori le pasó el plato cuando se lo pidieron. Se lo devolvieron con una sustancia amarilla y un pedazo de pan rancio. Miró su plato con interés.

—¿Qué es? —le susurró a Temperance, que estaba sentada a su lado.

—Potaje —contestó la joven—. Lleva guisantes, leche, yemas de huevo, trozos de pan y perejil. A veces madre le da sabor con azafrán o jengibre. Creo que hoy le ha echado azafrán, ¿ves el color?

Desde luego que lo veía. La lista de los ingredientes le pareció extraña, pero tenía hambre y ya tuvo que acostumbrarse a comer lo que se servía en el barco cuando se le acabaron las provisiones. Además, sería una falta de educación rechazar lo que le ofrecían, así que se armó de valor y sumergió la cuchara en el plato. Se metió una buena cantidad de potaje en la boca junto con un trozo de pan duro. No estaba mal, pero una oleada de nostalgia le hizo recordar el arroz y casi se queda sin respiración. Se dominó. *Tengo que adaptarme a las costumbres inglesas, y eso incluye la comida.* Nico le había dicho que allí no cultivaban arroz, y aquello supuso para ella una gran decepción. *¡Jamás volveré a comer arroz!* Intentó ahuyentar ese pensamiento.

—Bueno, ¿y qué has estado haciendo desde que te marchaste? —le preguntó Jacob a Nico, en cuanto todos estuvieron servidos.

—He navegado —repuso Nico con sequedad.

—¿Durante trece años? Tienes que haber estado en muchos lugares interesantes.

—Sí.

Midori miró a Nico molesta. Ni siquiera se esforzaba en contestar con educación y se preguntó cuál sería el origen de aquella difícil relación. Aun así, no quería meterse en donde no la llamaban, así que guardó silencio.

—Supongo que en aquellos lugares no conocían la pluma ni el papel —dijo la tía Hesketh, con ironía.

—No —respondió Nico, como si quisiera enfadar a su madrastra a propósito. Lo consiguió.

—Bien, si has olvidado cómo se escribe, estoy segura de que podrías haber mandado aviso a través de alguien.

—Como dije antes, lo habría hecho si hubiera pensado que os importaba algo. La última vez que hablamos me dijiste que te alegrabas de no tener que volver a verme.

—¡Me provocaste! No lo decía en serio.

—¿Ah no? Pues me lo creí. Hasta la última palabra. —Nico se volvió hacia su tía Marston, de la que parecía tener mejor opinión, puesto que se dirigió a ella en un tono conciliador—. ¿Y tú cómo estás? Tienes buen aspecto.

—Oh, gracias.

La comida continuó en silencio después de aquello, aunque Jacob habló durante un rato de negocios con su hijo Daniel. Midori supuso que le estaba enseñando el oficio para que continuara con él. Nico, mientras tanto, no participó más en la conversación, pero no dejó de mirarla. Ella apartaba la vista cada vez que sentía sobre sí los ojos del capitán. Seguía furiosa. De hecho, le habría pegado una bofetada con gusto, aunque al mismo tiempo su presencia allí la tranquilizaba. Al menos no era un completo extraño, aunque evidentemente lo conocía menos de lo que había creído. *En eso tenía razón.*

Descubrió a los demás mirándola de reojo cuando pensaban que no se iba a dar cuenta. Al principio aquello le hacía sentir incómoda, pero luego pensó que era normal que sintieran curiosidad. *Yo también tengo ganas de saber más sobre ellos.*

La cuchara de peltre que le dieron para comer le pareció grande y difícil de manejar, sobre todo si la comparaba con los palillos a los que estaba acostumbrada. En un momentáneo lapsus de concentración, la dejó caer al suelo con el consiguiente estruendo. Se agachó rápidamente debajo de la mesa para cogerla. Sintió que ponía colorada de la vergüenza, pero todavía enrojeció más cuando se encontró con los ojos de Nico.

—Deja que te ayude —dijo en voz alta, y le devolvió la cuchara—. Tengo que hablar contigo. A solas —le dijo en un susurro.

—No tenemos nada de qué hablar —le contestó. Para su consternación, no le soltó la mano de inmediato, sino que la sujetó, con cuchara incluida, durante mucho más tiempo del que era necesario.

—Midori, por favor...

—¡No! —Apartó la mano y se golpeó la cabeza con la mesa en su ansia por incorporarse.

—¿Qué ocurre? —preguntó el tío Marston desde su posición presidiendo la mesa.

—A Midori se le ha caído la cuchara y le he ayudado a recuperarla —repuso Nico con tranquilidad. Su madrastra le dedicó una mirada llena de desconfianza, pero el tío Marston no pareció darse cuenta.

—Por supuesto —dijo, y se volvió a Midori—. Todos esperamos que pronto te sientas como en casa, querida.

La joven inclinó la cabeza para ocultar sus verdaderos sentimientos.

—Gracias, seguro que así será.

—Tenemos que hablar —le dijo, moviendo solo los labios, pero ella negó de nuevo con la cabeza. No estaba preparada para aquella conversación, antes tenía que pensar.

—Nicholas, quiero hablar contigo, por favor.

Resultaba evidente que iba a ser imposible hablar con Midori como había planeado. Su tío le indicó que lo acompañara al salón, que estaba frente al comedor, y el capitán sintió que no tenía más opción que hacerle caso. Contuvo un suspiro de impaciencia.

Jacob cerró la puerta, dejando a su hermana fuera, a pesar de que había salido del comedor tras ellos. Aquel gesto casi le arranca una sonrisa, sobre todo al reparar en la expresión de indignación de su madrastra. Evidentemente sentía que tenía derecho a estar presente, pero Jacob tenía otros planes y Nico se alegró de escapar de sus hirientes comentarios y de sus miradas acusadoras. Había olvidado lo persistente que podía ser.

—Por favor, ¿no quieres sentarte? —Jacob señaló dos sillas altas con reposabrazos situadas junto a la chimenea apagada. Nico se sentó sin decir palabra—. Entiendo que te sentiste injustamente tratado tras la muerte de tu padre —comenzó Jacob—, pero en aquel tiempo, me pareció que era lo mejor para ti. —Guardó silencio, como si esperara que Nico dijera algo, pero al ver que no iba a intervenir, prosiguió—: No puedes negarme que eras un... bueno, digamos que eras un joven difícil.

—No más que otros. —Nico recordó que bebía en exceso, que le gustaba jugarse el poco dinero que tenía y que conocía los placeres de la carne, pero pensaba que la mayoría de sus amigos hacían lo mismo. Fueron años de descubrimiento.

—No estoy de acuerdo con eso. —Jacob frunció el ceño—. Mi hermana me pidió varias veces que hiciera algo después de la muerte de tu padre, ya que ella no conseguía meterte en vereda. Estabas descontrolado y no mostrabas interés alguno en ganarte la vida por ti mismo.

—Tenía diecisiete años y ninguna formación. Hacía lo que podía con lo que tenía. —Nico apretó los dientes para no pensar en aquella difícil época de su vida. Se había sentido perdido. Todos sus hermanos y hermanastros habían recibido suficiente dinero para comenzar algún tipo de negocio, para estudiar, o en el caso de las chicas, casarse. Para él, en cambio, no hubo nada. *Y todo porque mi padre me quería dar una lección. Al menos podía haberme recomendado a algún mercader para que me enseñara el oficio, pero ni siquiera me dejó la pequeña suma necesaria para eso. ¡Maldito sea!* Nico respiró hondo y dijo—: Puede que fuera un poco difícil, pero habría agradecido alguna ayuda. Te pedí una oportunidad para trabajar contigo, pero te negaste.

—Porque quería que buscaras trabajo por tu cuenta antes. Si no lo conseguías, te habría ofrecido algo, pero sabía que te habrías sentido más orgulloso si te las arreglabas por ti mismo. Si te hubiera dado trabajo, habría sido como un acto de caridad y antes o después, me lo habrías echado en cara. Pero jamás habría permitido que pasaras necesidades.

—Pues esa no fue la impresión que me dio.

—Ya, bueno, me enfadaste. Me pediste un préstamo y Kate y yo pensamos que si te dábamos dinero, lo malgastarías o lo perderías jugando o... haciendo otras cosas. Te queríamos dar una lección, pero no que te marcharas.

—Muchos jóvenes acabaron haciéndose a la mar. Me pareció la opción más lógica. Y una vez allí, descubrí que me gustaba. —Nico no vio la necesidad de insistir en lo mal que lo pasó antes.

—Entiendo. Pero podrías habernos dicho algo, cuando ya por fin... maduraste un poco, ¿no crees?

—No me pareció que tuviera mucho sentido puesto que me había convertido en otra persona. —Se encogió de hombros—. Tampoco tenía la menor intención de regresar. Y tampoco pienso quedarme mucho más. Tengo que volver a Ámsterdam.

—Significaría mucho para Kate y para mí que nos escribieras de vez en cuando. ¿Por qué no lo olvidamos todo? Me disculpo por cualquier malentendido que haya surgido entre los dos.

Nico pensó que la disculpa llegaba con trece años de retraso, pero le pareció sincera y no quiso seguir alimentando su rencor ahora que Jacob había explicado su versión de los hechos. Además, ya no importaba y Jacob tenía razón, todo aquello pertenecía al pasado. Asintió y le ofreció la mano, intentando suprimir la rabia que había sentido durante tantos años.

Quizá había llegado el momento de enterrar el rencor de una vez por todas.

—¿Qué es eso? —preguntó Temperance, mientras observaba con ojos como platos todo lo que sacaba de su arcón. Antes le había explicado que tenía doce años.

—Un abanico. ¿No tenéis abanicos en Inglaterra?

—Sí, pero nunca había visto uno así. ¡Es precioso! ¿Lo puedo coger?

—Claro. —Midori le ofreció su abanico dorado que no estaba en muy buenas condiciones después del uso que hizo de él durante el largo viaje. Temperance lo abrió y lo cerró con admiración y le dio la vuelta varias veces para inspeccionar el dibujo.

—Nunca había visto nada tan hermoso —dijo.

—¿De verdad? ¿Tu madre no tiene abanicos? Desde luego aquí hace el calor suficiente para poder usarlos.

—No, no tiene ninguno —le confesó—. Aquí nadie tiene estas cosas.

—Bueno, pues puedes quedarte con este, si quieres —le dijo Midori—. Tengo más.

—¿De verdad? ¿Me lo das? —Midori sonrió—. Oh, gracias, muchas gracias. —Temperance apretó el abanico contra el pecho con expresión de puro deleite. Pero entonces, su rostro se ensombreció—. Pero dudo que padre deje que me quede con él.

—¿Por qué? No es más que una baratija. —Midori no entendía aquello. ¿Qué había de malo en un abanico?

—Es que se supone que solo debo tener cosas sencillas, sin adornos. Y esto es tan colorido...

Midori no entendía nada, pero había algo que sí sabía identificar en cuanto lo veía, la felicidad. El abanico había hecho feliz a Temperance y por lo tanto, debía quedarse con él.

—Te diré qué haremos —le dijo—. Lo guardaremos en mi arcón, aunque sea tuyo. Será nuestro secreto. O podemos encontrar algún escondite, si lo prefieres. —Estaba mirando a su alrededor y ya había dado con una tabla suelta en un banco bajo la ventana. Un lugar perfecto para ocultar sus monedas de plata y sus dos espadas.

—¿De verdad? ¿No se lo dirás a nadie? —preguntó Temperance con ojos desorbitados y una expresión entre temerosa y esperanzada.

—A nadie. Lo juro por... la Biblia. —Midori pensó que con aquello seguro que convencería a la chica.

Temperance arrojó los brazos al cuello de su nueva pariente y la abrazó con fuerza.

—Gracias. ¡Cuánto me alegro de que hayas venido! Espero que te quedes para siempre.

Midori soltó una carcajada.

—No estoy muy segura de que todo el mundo comparta tu entusiasmo, pero gracias por hacerme sentir bienvenida. De hecho, y ya que estás aquí, ¿me podrías responder a un par de preguntas, por favor? Todo esto es nuevo para mí y quiero aprender.

—No te preocupes, yo te ayudaré.

Midori sonrió. Tenía la sensación de que Temperance podría ser como su hermana pequeña, algo que siempre había deseado. Quizá vivir en Inglaterra no iba a ser tan terrible después de todo.

Algo más tarde, Midori bajó las escaleras y encontró a sus dos tías en el salón ocupadas con sus labores.

—Pasa, querida. —Su tía Marston fue la primera en verla—. ¿Qué tienes ahí?

Midori se acercó a las dos mujeres y le dio a cada una un paquete.

—Es solo un pequeño regalo. No quería presentarme con las manos vacías.

—Vaya, gracias. Es todo un detalle. —La tía Marston quitó el envoltorio para revelar un rollo de seda. Abrió mucho los ojos asombrada ante su brillo y lustre, pero enseguida negó con la cabeza—. Oh, lo siento mucho, pero no puedo aceptarlo. Ha sido un detalle precioso, de verdad, pero...

Midori contempló la reluciente tela verde y se preguntó qué tendría de malo. Le pareció que favorecería mucho a su tía y le daría un poco de color a su pálida tez.

—¿No le gusta el verde? A lo mejor quiere cambiarla por la de la tía Hesketh.

Su otra tía no dijo nada, pero no dejaba de mirar la tela color azul cielo que yacía en su regazo con una mezcla de odio y deseo. Alzó la vista, los ojos llenos de veneno.

—No es una cuestión del color. O sí, pero no por lo que tú crees.

—Lo siento, no lo entiendo. —Midori miró a su tía Marston en busca de una explicación.

—Verás, querida, no nos vestimos con colores tan vivos. Preferimos tonos menos ostentosos, como el negro o el gris. Y tampoco usamos seda, solo lana.

—¿Nunca? ¿Ni siquiera en las celebraciones? —Por alguna razón Midori había pensado que aquella ropa tan sosa la llevaban solo en el día a día—. Pero mi madre me habló de la fiesta de su boda, tía Hesketh, justo antes de marcharse, y me describió el vestido que se puso con todo lujo de detalles. Si no recuerdo mal era rosa, ¿verdad?

—¡Ya basta! —Su tía Hesketh hizo ademán de levantarse de la silla y tuvo que agarrar el rollo de tela que casi resbala al suelo desde su regazo.

Midori dio un paso atrás ante aquella vehemencia y la tía Marston alzó una mano en un intento por calmar a su cuñada.

—Tranquila, Kate, tranquila. Ella no tiene la culpa de no saber de estas cosas. Después de todo, han pasado más de treinta años. —Se volvió a Midori—. Verás,

aquello sucedió hace mucho tiempo y ahora vivimos de acuerdo a otras reglas. Seguimos las enseñanzas de la Biblia y en ella se nos advierte de los peligros de la vanidad en nuestra forma de vestir. Seguro que eres consciente de que algo tan bonito como esto resulta también ostentoso.

—Pues... —Midori no lo entendía. Ni tampoco comprendía por qué tenían que vestir ropas tan sobrias y aburridas por sus creencias religiosas, pero no supo cómo exponer sus dudas.

La tía Marston se puso en pie, se acercó y tomó las manos de su sobrina.

—Por favor, te aseguro que agradecemos el gesto. Desde el fondo del corazón, pero desgraciadamente no podemos aceptarlo. No lo tomes como una ofensa, te lo suplico.

—No, no, no me ofende. —Midori pensó rápidamente y se le ocurrió una idea—. Aunque no podáis usar la tela, ¿al menos podréis venderlas, no?

—Supongo, ¿por qué?

—Pues que podrías utilizar el dinero para alguna otra cosa. Yo solo quería regalaros algo. Es costumbre en mi país.

—Una gran idea, le pediré consejo a tu tío. Gracias, de nuevo.

La tía Hesketh permaneció en silencio y cuando Midori se acercó a la puerta dispuesta a salir de la habitación, vio de reojo cómo acariciaba la tela y ahogaba un profundo suspiro.

—Capitán Noordholt, no esperaba verlo tan pronto. Por favor, pase, pase.

Harding acompañó a Nico al interior su humilde casa. Estaba bastante más descuidada que la de Jacob, pero que aun así le pareció mucho más acogedora. Por lo que pudo ver, solo tenía dos habitaciones, pero estaba muy ordenada.

—Ahora mismo mi hija no está, pero estoy seguro de que podré encontrar algo de comer, si tiene hambre.

—No, gracias, ya he comido. Solo estoy aquí porque quería hablar de unas cuantas cosas contigo. ¿No te estaré molestando?

—En absoluto, de momento no tengo nada que hacer hasta que vuelva a embarcarme. Si soy sincero, estoy pensando en dejarlo. Un amigo me ha ofrecido participar en su negocio. Ya empiezo a sentirme demasiado viejo para tanto ajetreo. Además, tengo unos ahorros así que...

—Parece sensato —asintió Nico.

—Y ¿usted qué piensa hacer, señor? ¿Va a volver a Ámsterdam?

—Todavía no. De eso quería hablar contigo. Es la señora Midori, ¿sabes? Tengo que sacarla de esa casa. De hecho, creo que cometí un error al llevarla allí. —Le contó lo que había oído en la posada—. No sé si todo lo que se dice es cierto, pero podría ser peligroso. —Nico había hecho todo lo posible para salir de dudas, pero nadie parecía saber nada con seguridad.



—Tengo entendido que la guerra es un hecho —dijo Harding—. Y es una pena. Yo soy demasiado viejo para luchar, pero quizá no tenga opción.

—¿De verdad crees que llegará la sangre al río, aquí en Devon?

—Sí, creo que todos tendremos que tomar partido antes o después. Esta vez el asunto no se va a solucionar con facilidad.

Nico apretó los dientes.

—Pues lamento oír eso. Ahora sí que es imperativo que saque a Midori de aquí.

—Estoy de acuerdo —dijo Harding—. Este no es lugar para una dama como ella.

—Lo sé. —Nico suspiró—. Pero es muy terca y... bueno, digamos que no fui sincero con ella y ahora está enfadada conmigo y no quiere escucharme. —Le contó a Harding el parentesco existente entre Midori y él.

Harding silbó suavemente.

—Vaya, qué cosas. Primos políticos, ¿eh? Quién lo habría pensado.

—Sí, una asombrosa coincidencia, pero ahí está. El asunto es que si no quiere venir conmigo, ¿puedo confiar en que cuides tú de ella? En caso de que lo necesite, quiero decir.

—Claro. No se preocupe, haré lo que pueda.

—Gracias, Harding. Ya te diré cómo van las cosas. Primero tengo que encontrar la forma de hablar con ella a solas.

Cómo conseguiría eso, no tenía ni idea.

—Me gustaría hablar contigo, Midori, si no te importa. En privado —dijo su tío Marston guiándola hacia su pequeño estudio. Su voz le sonó cordial y la petición le parecía razonable. Sin embargo, tenía la sensación de que no le iba a gustar lo que le iba a decir. Había pasado ya una semana desde su llegada y sabía que había estado bajo un escrutinio constante. Parecía que había llegado el momento del veredicto.

—Por favor, toma asiento.

Midori se sentó en la silla de respaldo alto frente a la de su tío, unió las manos sobre su regazo y asumió una expresión de tranquilidad. Intentó no moverse mucho, pero le resultó casi imposible porque el corsé de lana y el faldellín le picaban mucho, a pesar de la camisola de lino que llevaba debajo. Se preguntó cuánto tiempo tardaría en acostumbrarse a aquellas telas. Su tía le había dicho que no podían vestir con seda, así que todo lo que compró en Ámsterdam lo tuvo que cambiar por lana y lino.

Se produjo un largo silencio mientras su tío buscaba las palabras adecuadas. Junto los dedos formando un triángulo sobre el que apoyó la barbilla y durante unos segundos fijó la vista en un punto de la mesa antes de alzar los ojos hacia ella.

—Querida, te he estado observando estos días y espero que no te importe si te digo que no pareces saber cómo comportarte.

—Oh, ¿en qué sentido, tío? He hecho todo lo posible para seguir las instrucciones de mis tías. Estoy aprendiendo a hacer pan, a coser e incluso a tejer, aunque me temo

que tardaré bastante en dominar la técnica. —Sabía que no se refería a sus habilidades con la aguja, que probablemente no le interesaban lo más mínimo, pero prefirió hacerse la tonta. Él la interrumpió.

—Sí, sí. Estoy seguro de que estás aprendiendo mucho y eso es muy loable, sí. Pero yo me refería a tus devociones. Como estás bajo mi tutela, me gustaría, si me lo permites, ofrecerte algunas indicaciones en temas de fe.

A Midori aquel ofrecimiento no le sorprendió. Aunque había hecho lo posible para participar en los rezos diarios y cantaba los himnos, las discusiones teológicas se le escapaban y a menudo se desconcentraba. Era evidente que su tío se había dado cuenta, a pesar de que había intentado ocultar aquella falta de atención.

—Es muy amable, pero... ¿le disgustaría mucho si declinara la oferta? El capitán... eh Nicholas y yo ya hablamos de religión durante el viaje, pero aún no me siento preparada para abrazar su fe. Lo siento. —Bajó la cabeza y se preguntó si su tío explotaría de rabia y la echaría de la casa. Durante un tiempo pensó que podría adaptarse a la nueva religión, pero cuando se puso a ello, le pareció imposible. *¡Tengo que ser fiel a mí misma!*

—Lo entiendo. Debe de ser muy diferente a las creencias que te inculcaron en tu país.

Midori alzó la vista.

—Así es, sí. Y si me convirtiera al cristianismo, sentiría que estoy traicionando a mi padre. Es... para mí es muy difícil.

—Por supuesto, soy consciente de ello —repuso su tío con tono amable—. ¿Quieres aprender más o ya no te interesa? Me gustaría aprovechar esta oportunidad para hacerte cambiar de idea, si es posible, pero no quiero obligarte a nada.

Midori se sintió muy aliviada al oír aquello.

—Estaré encantada de oír lo que tenga que decirme, tío. Después de todo, ¿qué mal puede hacer?

—Excelente. —Su tío le sonrió.

—Gracias por ser tan comprensivo y por permitir que me quede en su casa. No tenía otro sitio adonde ir y mi madre siempre me dijo que...

—Hiciste lo correcto. Pase lo que pase, eres familia y nos alegramos mucho de tenerte con nosotros. No pienses más en ello. Ahora, ¿por qué no me cuentas de qué hablaste con Nicholas? Seguiremos las enseñanzas dónde él las dejó.

—Yo leía pasajes de la Biblia y luego me los explicaba.

—¿Ah, sí? —Su tío Marston parecía muy sorprendido—. ¡Mira tú por dónde! Así que su padre no perdió el tiempo con él... —Negó con la cabeza—. Bueno, nuestra Biblia está en el salón y puedes leerla cuando quieras. La guardamos en una caja y confío en que la tratarás con cuidado.

—Sí, por supuesto. ¿Me puede sugerir algún pasaje en concreto?

Su tío asintió.

—Elegiré los que me parecen más adecuados para ti. Pero antes me gustaría que

aprendieras cuáles son los diferentes pecados y tentaciones que nos acosan a diario. El mundo es un lugar inmoral y sean cuales sean tus creencias, debo insistir en que sigas las reglas morales bajo las que vivimos en esta casa, ¿de acuerdo? Hay ciertas cosas que las jóvenes solteras no pueden hacer. Y esto no tiene que ver con el cristianismo solo, sino con el código de conducta de la sociedad inglesa en su conjunto, ¿lo entiendes?

—Prometo que lo intentaré.

Su tío prosiguió en esa línea durante un rato y Midori lo escuchó con atención. El tío Marston la había tratado con amabilidad hasta el momento y no era culpa suya que sus culturas fueran tan diferentes. Estaba decidida a hacer todo lo posible para complacerlo.

—Y no lo olvides, puedes acudir a mí con cualquier problema o duda que tengas.

—Gracias tío.

Justo antes de salir de la habitación, recordó algo.

—Tío Marston, hay algo que me llevaba intrigando toda esta semana.

—¿Sí?

—¿Se casó la tía Hesketh con el hombre que en principio estaba destinado para mi madre, el que provocó que se marchara de Inglaterra? Mi madre me contó que estaba prometida con otro.

La expresión de su tío se ensombreció.

—Se casó con Ezekiel Hesketh, sí. Ella y su prometido llegaron a la conclusión de que no estaban hechos el uno para el otro y rompieron su compromiso. No es un tema del que solamos hablar, pertenece al pasado.

—Entiendo. Bien, gracias. Ha sido muy amable.

Midori se marchó antes de volver a meter la pata.

De vuelta en la pequeña habitación que compartía con Temperance, Midori se arrodilló frente a la diminuta chimenea. Encima había un estante de madera, con la parte de abajo renegrida por el humo. En dicho estante descansaban las urnas con las cenizas de sus padres. Nadie se había fijado en ellas. De hecho todos supusieron que no eran más que dos elementos decorativos, pero como eran sencillos, no les habían pedido que los quitara de allí. Entre las dos urnas solía haber un pedazo de pan y una pequeña taza con sidra, como si lo hubiera dejado allí por error. Aquellas eran las exiguas ofrendas a sus ancestros.

Unió las manos dos veces y comenzó a rezar en silencio a los espíritus de sus padres.

—Por favor, ayudadme a encajar aquí y a aprender más sobre sus creencias. Por favor, interceded también por mí ante los antepasados y explicadles que esto lo hago por necesidad. No he olvidado tus enseñanzas, querido padre, y jamás lo haré. Perdóname por no traerte ofrendas hoy, pero de momento no me atrevo. Nadie lo

entendería. Y madre, sé que era tu deseo que viniera aquí, así que por favor, guíame para que no cometa más errores. Puedo sentir vuestra presencia, siempre estáis en mis pensamientos. Ayudadme, os lo suplico, por favor.

Una corriente revolvió el polvo que había junto a la chimenea y Midori lo tomó como una buena señal. Con algo más de ánimo, se inclinó una vez más y susurró:

—Gracias.

—Madre y yo vamos a comprar provisiones. ¿Quieres venir con nosotros, Midori? — Temperance había entrado en el salón donde la tía Hesketh, con muy poca paciencia, intentaba enseñar a Midori a zurcir sábanas. Era un trabajo aburrido y totalmente nuevo para ella. En el castillo Shiroi esas cosas las hacían los criados.

—Oh, sí, por favor. —Se puso de pie, y luego miró a su tía para pedir permiso.

—Sí, ve. Tampoco es que estemos avanzando gran cosa —contestó la mujer. Algo que no era del todo cierto, pero Midori estaba demasiado contenta de poder irse como para discutir.

Salieron de la casa al ardiente sol de agosto. El aire era como una neblina temblorosa a través de la cual los objetos lejanos parecían irreales. Muchas de las personas con las que se cruzaban tenían los rostros de un indigno tono rosado. Y según fueron avanzando entre la basura y los despojos que jalonaban las calles, el olor se hizo insoportable. A estas alturas, Midori ya se había habituado a la suciedad, aunque a veces, algún hedor particularmente repugnante le revolvía el estómago. Pensó que era un alivio que no fueran hacia el puerto. Había estado allí el día anterior con la tía Marston y la peste de los miles de peces que estaban descargando y limpiando en el Barbican y Fisherman's Steps era terrible.

El calor no le habría molestado tampoco, pero hacía que el corsé de lana le picara aún más. Habría preferido llevar puesto uno de sus frescos kimonos de seda, pero aquello quedaba fuera de toda cuestión. «Tu ropa es preciosa, querida —dijo su tía Marston con amabilidad—, pero me temo que aquí no servirá. ¿No querrás poner en evidencia al tío, verdad?». —Así que Midori no tuvo más remedio que guardar toda su ropa japonesa con algo de alcanfor para que no se la comieran las polillas.

—Por aquí. —Su tía Marston dirigió al pequeño grupo hacia el ayuntamiento, un imponente edificio de dos plantas de aspecto bastante antiguo. Un lado parecía sólido, mientras que en el otro la segunda planta estaba soportada por una arcada con la que se creaba un espacio abierto y cavernoso. En la agradable sombra que arrojaba, se levantaba el mercado donde los comerciantes vendían los productos que habían llevado hasta allí en sus carros, carretas o cestas. Las parientes de Midori se dirigieron hacia el puesto de un granjero cuyas verduras parecían de buena calidad.

Al pasar por delante de uno de los pilares, alguien la agarró del brazo y tiró de ella. Comenzó a gritar y a intentar liberarse, pero cuando vio quién era su captor, se detuvo.

—Nico, ¿qué haces? Suéltame. —Sacudió el brazo y Nico la soltó, pero por su expresión, parecía dispuesto a agarrarla otra vez si ella decidía salir corriendo.

—Tengo que hablar contigo y no puedo verte a solas en ese mausoleo donde

vives —le dijo apretando los dientes. La frustración también era evidente en su mirada. Había ido a cenar con su familia en varias ocasiones, pero Midori hasta el momento había evitado estar a solas con él. Nico alzó una mano para acallar cualquier protesta—. Ya sé que estás enfadada conmigo, pero por favor, escúchame, esto es importante.

Midori no sabía qué hacer, al final ganó la curiosidad.

—Está bien, pero date prisa o me echarán en falta.

La sacó de entre el gentío y se ocultaron detrás del toldo de un puesto, donde nadie podía verlos.

—Escucha, hay dos cosas que debo decirte. La primera es que Inglaterra está al borde de la guerra civil. No sé si afectará a Plymouth, pero es posible. —Le explicó lo que había oído en la posada.

—Pero son solo rumores —dijo Midori.

—Harding no lo cree, pero admito que es difícil saber qué hay de verdad en ellos.

—Bueno, si Plymouth es atacado, tendré que ayudar a proteger a tu clan.

Nico negó con la cabeza.

—Aquí no puedes luchar, eres una mujer.

—¿Y qué? Ya sabes que sé manejar la espada y...

—Ya te lo dije, a las mujeres no se les permite hacer esas cosas en Europa. Se quedan en casa y ayudan a cuidar de los niños. Por amor de Dios, no le digas a nadie que estás entrenada en las artes de la guerra. Y espero que hayas escondido bien tus espadas.

Midori frunció el ceño.

—Sí, pero si ocurre algo, ¿se espera de mí que me quede mirando mientras matan a mi familia?

—No, claro que no. Solo digo que no creo que se llegue a eso, pero lo mejor es que no digas nada sobre tus habilidades. Si de verdad sientes que estás en peligro, claro que puedes defenderte.

—Muy bien, si insistes. ¿Y de qué otra cosa querías hablarme?

—De los puritanos.

—¿Los qué?

Nico le dio la espalda y comenzó a caminar arriba y abajo.

—Es difícil de explicar. —Tomó aire—. ¿Recuerdas que te dije que había diferentes tipos de cristianos? —Midori asintió—. Bueno, en Inglaterra y también en Holanda hay grupos que viven su fe con gran dedicación. Se llaman a sí mismos «piadosos», o «los hijos de Dios», y cumplen de forma estricta las reglas que aparecen en la Biblia... Oh, ¿cómo te lo puedo explicar? Viven su fe con más intensidad que otros cristianos, casi rozando la obsesión. Rezan mañana, tarde y noche, leen su Biblia constantemente, hablan de temas religiosos sin parar... ese tipo de cosas. ¿Me sigues?

—Sí, pero ¿qué tiene eso que ver conmigo?

—Creo que Jacob es un puritano. Seguro que te has fijado en la sobriedad de sus ropas y en los rezos después de cenar... No descansa nunca.

—Oh, ¿y no hacían eso antes?

—No, no hasta estos extremos, Midori. No puedo dejarte con ellos. Jamás encajarás.

—No pasa nada. Ya le he dicho que yo tengo otras creencias y él lo ha aceptado. Admitió que le gustaría que cambiara de opinión, y aunque le voy a dejar que lo intente, no lo conseguirá. Pero por favor, no le digas nada.

—¿Por quién me tomas? Claro que no le diré nada. Pero lo más seguro es que te haya dicho eso para ganarse tu confianza. Antes de que te des cuenta, te bautizará por la fuerza o algo así.

—No, no lo hará. Es un hombre bueno y me dijo que me podía quedar, pasara lo que pasara.

—Eso es mentira.

Midori lo miró furiosa.

—Bueno, ¿y qué sugieres que haga? A Japón no puedo volver. Para ser sincera, estoy tan contenta de que mi tío esté vivo, que estoy dispuesta a soportar lo que sea. Al menos ahora tengo un hogar, pertenezco a un clan.

—Pero no es tu hogar, ¿es que no lo ves? No te aceptarán tal y como eres. Tendrás que cambiar, mucho más de lo que crees. No lo soportarás.

—Lo intentaré.

Nico negó con la cabeza.

—Dudo que toleren tu presencia en la casa durante mucho más tiempo, aunque, primero intentarán convertirme, claro.

Midori alzó la barbilla.

—No pueden obligarme y de todas formas, estás equivocado. Ellos no son así.

—¿Estás segura de que quieres quedarte en esa casa? Tienes otra alternativa, ¿sabes?

—¿Ah sí? ¿Cuál?

Nico titubeó, como si le costara pronunciar las palabras; finalmente dijo:

—Cásate conmigo y vámonos a Ámsterdam.

Nico sabía que no era una proposición muy romántica, pero parecía lo más adecuado en aquel momento. Jamás había pensado en que le pediría matrimonio a nadie, pero ahora que lo había hecho, admitió que no le había resultado tan difícil. Midori no encajaría nunca y se sentía responsable de su situación. Él la había llevado allí y ahora debía encontrar una solución.

—¿Qué? Estás de broma —repuso con el ceño fruncido.

Nico negó con la cabeza.

—No. En Ámsterdam estarás mejor. Hay más extranjeros y no llamarás tanto la

atención. Supongo que te habrás dado cuenta de eso, ¿no?

Midori lo miró furiosa con los brazos en jarras.

—¿Y por qué crees que me casaría contigo? Me has mentido durante nueve meses. ¡Ni siquiera me diste tu verdadero nombre!

—Sí, me llamo Nicholas Noordholt. Lo cambié cuando me convertí en ciudadano holandés. Antes me llamaba Nicholas Hesketh, pero como Ezekiel me desheredó, no vi razón alguna para conservar el apellido. No le debo nada.

Midori no cambió de expresión y Nico podía ver que no la había convencido, así que intentó explicarse mejor.

—Mira, dejé Plymouth porque nadie me quería en esa casa. Mi madrastra no hacía nada cuando el viejo cascarrabias me pegaba el doble que a los demás. Yo no era hijo suyo, así que ¿por qué iba a defenderme? Además, también le habría pegado a ella. Cuando murió, no me dejó nada y sus propiedades se dividieron entre el resto de sus hijos. Kate no se llevó nada tampoco y se marchó a vivir con su hermano, dejándome desamparado. Jacob me dejó muy claro que no iba a manchar su reputación. La verdad es que tenía sus razones para decirme aquello, como después me ha explicado. Pero en cualquier caso, me marché para empezar de cero, decidido a no regresar jamás. Entonces te conocí...

—El destino no ha sido amable contigo —le dijo en un tono lleno de sarcasmo—. Siento que hayas tenido que volver por mi culpa.

Nico dejó de caminar y se acercó a Midori.

—Estoy seguro de que el destino nos ha unido por alguna razón y admito que debí contártelo todo en cuanto supe nuestra conexión y por eso te pido perdón. Pero entre nosotros había algo, desde el principio, ¿no? Tú lo sentiste también. He intentado resistirme, primero porque le prometí a tu hermano que te protegería y después porque supe que acabaría regresando aquí. A un lugar al que juré no volver.

Midori apartó la vista.

—No sé qué quieres decir.

—¿Y quién miente ahora? —preguntó con dulzura. Tomó su rostro entre sus manos y lo volvió hacia él, después se inclinó y la besó con suavidad, intentando grabar en su mente el tacto de sus labios, el sabor de su boca. Ella gimió, quizá en señal de protesta, pero no lo apartó de su lado y entonces él la besó más profundamente y la rodeó con sus brazos para atraerla hacia su pecho. Era perfecto. Los dos encajaban. Quería que siempre estuviera allí, donde podía protegerla. Quizá el matrimonio no fuera tan malo como lo imaginaba, no si Midori era su esposa.

Ella le devolvió el beso, su lengua luchó con la suya, hasta que de pronto, se libró de su abrazo y se apartó.

—No —dijo, alzando una mano para que no se acercara más—. Déjame en paz. No me voy a casar con un hombre en el que no confío, un hombre sin honor.

—¿Qué? Yo tengo más honor que nadie aquí. —Nico intentó recuperar el aliento y tranquilizar su corazón—. Y me puedes confiar tu vida. ¿Acaso no te lo demostré



en Batavia?

—Aquello fue diferente. Y además, tampoco recuerdo gran cosa, solo lo que tú me contaste. ¿Cómo sé que no me mentiste también entonces? —Negó con la cabeza—. No va a funcionar. Un matrimonio se debe basar en la confianza y el respeto. Y pensar que me sentía culpable por no haberte hablado de mi verdadero destino, cuando tú... No, vuelve a Ámsterdam. No me quisiste cuando yo... bueno, antes de esto. Ahora ya es demasiado tarde.

Nico tragó saliva y apretó los dientes para no contestarle de mala manera. Él había cumplido, pero si no quería salvarse, no había nada más que pudiera hacer.

—Muy bien —respondió—. Espero que disfrutes de tu nueva vida.

Midori observó cómo se alejaba con una mezcla de enfado, desesperación y nostalgia. Apartarse de aquel beso fue una de las cosas más difíciles que había hecho nunca, pero ahora sabía que había sido lo correcto. No podía casarse con él, no ahora.

*Si me lo hubiera pedido antes y jamás me hubiera traído aquí...*

Pero no lo había hecho y ahora no podía fiarse de sus palabras. No podía negar la atracción que existía entre los dos, pero no estaba dispuesta a rendirse a ella por completo.

—Soy una mujer samurái. No me dejaré dominar por las emociones —se prometió a sí misma—. Haré todo lo que pueda para encajar aquí porque quiero tener una familia de nuevo. No será tan duro.

Desde luego, había pasado por momentos mucho peores.

A la mañana siguiente Midori escuchó gritos en el salón y se sentó en las escaleras para escuchar la conversación.

—¡No puedo creer que te marches tan pronto! Pero si acabas de regresar, después de trece años. ¿Es que no piensas en nosotros? ¿Y qué pasa con tu deber de cuidarme en mi vejez? —La voz de la tía Hesketh sonaba estridente y beligerante.

—¿Qué sabes tú del dinero que tengo? —respondió Nico—. A diferencia de tus hijos, yo no heredé nada, ¿o es que ya no te acuerdas? ¿Y resulta que ahora tengo deberes? Si necesitas ayuda económica, ¿por qué no se lo pides a ellos?

A Midori ya le habían hablado de los hermanastros de Nico, dos jóvenes de veintitantos años que eran vendedores y dos hermanas un poco más jóvenes. Una estaba casada con un granjero, la otra con un pastor. Por alguna razón todos se habían mudado a Exeter o a algún lugar cercano.

—Tienen familia propia de la que ocuparse y resulta evidente que tú has progresado en la vida. —La tía Hesketh parecía estar ahora a la defensiva—. Llevas ropa de buena calidad, incluso ostentosa.

—Quizá la robara. —Nico hablaba con voz tranquila, controlada y con un toque

de sarcasmo, pero Midori sabía que se estaba esforzando por contener su genio. Si lo que le había contado el día anterior era cierto, comprendía que no quisiera regresar a aquella casa. Las palabras de la tía Hesketh parecieron confirmar su versión.

—Me estás provocando deliberadamente. —La tía Hesketh resopló y se sonó la nariz.

—Bueno, pues para tu información te diré que ya le he dado a Jacob algo de dinero para tus gastos. Tienes razón, él no tiene por qué mantenerte. Y como mis hermanastros no pueden o no quieren hacerlo, yo lo haré, aunque Dios sabrá por qué...

—Ellos hacen lo que pueden y cuando pueden.

—Me da igual, ya está arreglado.

—Más vale tarde que nunca, supongo.

—Un simple gracias valdría. —Había amargura en la voz de Nico y entendía que se sintiera así. La tía Hesketh estaba siendo muy poco conciliadora.

—Por supuesto que te lo agradezco, pero ¿por qué te marchas de nuevo? Jacob dijo que estabas dispuesto a olvidar el pasado. Esto tiene que ver con la chica, ¿verdad? Me lo dicen las tripas, es una mala influencia.

—No digas tonterías. La traje aquí porque no tenía adónde ir. Tú y Jacob sois su familia, no lo olvides, y más vale que la tratéis bien o...

—Lo sabía, hay algo entre vosotros. ¿Por qué si no te importa?

—No hay nada. —Le pareció que pronunciaba aquellas palabras con rabia y Midori aguantó la respiración, esperando a ver qué añadía después—. Es una amiga, nada más, y nos conocimos durante el viaje. Sé que es buena y honrada. Merece que la tratéis con respeto, nada más. No quiero que la volváis a llamar pagana ni tonterías de esas, ¿entendido? Y no creas que no me voy a enterar, porque me enteraré, de eso puedes estar segura. Aún tengo amigos en Plymouth.

Se hizo un incómodo silencio que solo rompió otro resoplido.

—Está bien. De todas formas, la chica no es responsabilidad mía. Adiós.

—Demos gracias a Dios por eso. Tengo que regresar a mi barco. Adiós.

Midori apenas tuvo tiempo de ocultarse antes de que Nico abriera la puerta de golpe y saliera a toda prisa. Bajó las escaleras de dos en dos, incluso de tres en tres. Resultaba evidente que tenía ganas de salir de allí. Midori se puso en pie con calma. Sentía los miembros extrañamente ateridos y pestañeó varias veces para librarse de las lágrimas que se habían acumulado en sus ojos.

—Nunca lloro —se dijo, y respiró hondo para darse valor—. Y no merece las lágrimas de nadie.

No hizo caso de la vocecita dentro de su cabeza que le preguntó si estaba segura de eso.

Aquella misma tarde, se encontraba en su dormitorio, mirando absorta por la pequeña

ventana mientras limpiaba el cristal con la mano. Tenía la vista perdida en el puerto, en los barcos de pesca y navíos de todo tipo y tamaño. Sin embargo, el gran barco que la había traído junto con Nico y Harding ya no estaba.

Se tapó la mano con la boca para ahogar un grito de angustia que quería escapar de su garganta. La desesperación se acumulaba en su interior, pero decidió reprimirla. *No voy a dejarme vencer por estas emociones.* Cerró los ojos y apoyó la frente contra el frío cristal.

—¿Estás bien?

La vocecita a sus espaldas la sobresaltó y se volvió para encontrar a su prima de pie, junto a la puerta, observándola con expresión preocupada.

—Oh, Temperance, me has asustado.

—Perdona, estabas sumida en tus pensamientos. ¿Ocurre algo? ¿Te ha dicho algo padre que te haya molestado? Sé que a veces puede ser un poco...

—No, no es nada de eso. —Midori se volvió de nuevo hacia la ventana y miró de nuevo a la lejanía—. Solo pensaba en... mis amigos del viaje. Su barco ha zarpado ya.

—¿Te refieres al primo Nicholas? Sí, lo oí decir que zarparía con la marea.

—Lo sé. —Midori intentó que su voz no la delatase.

—Oh, ¡se me olvidaba! —Temperance metió la mano en un bolsillo de su delantal y sacó un pedazo de papel—. Me pidió que te diera esto.

—Gracias. —Midori cogió la nota que iba dirigida a ella e intentó ignorar el brinco que le había dado al corazón.

*Midori:*

*Si necesitas ayuda, te suplico acudas a Harding, que ha prometido hacer todo lo que esté en su mano. Vive al otro lado del puerto, en la cuarta casa de la izquierda desde el muelle.*

*Si deseas escribirme, ya sabes mi dirección: canal Keizersgracht, Ámsterdam.*

*Siempre tuyo.*

*Nicholas Noordholt, antes Hesketh.*

Midori hizo una bola con el papel y lo arrojó a la chimenea. No pensaba que fuera a necesitar escribirle, pero aunque así fuera, tampoco iba a olvidar dónde estaba su casa. Además, la firma, en la que dejaba claro que había cambiado de nombre, y que por lo tanto no había mentido, tampoco ayudaba. *No fuiste sincero conmigo, ¿cómo voy a confiar en ti?*

La respuesta es que no podía, entre otras cosas porque la habían educado para valorar el honor por encima de todo. Un hombre sin honor era peor que un eta, lo más bajo de lo más bajo.

Ahora su vida era aquello y tenía que acostumbrarse. Pero conforme su respiración se fue tranquilizando, se preguntó dónde estaría Nico en aquellos

momentos y si lo volvería a ver.

Nico estaba junto al ojo de buey del camarote y observaba como la costa inglesa se hundía bajo el horizonte. Se sentía vacío por dentro, como si le faltara algo, y su ánimo era bastante oscuro.

*No debí dejarla allí. Es imposible que encaje. Si no quería casarse conmigo, podría haber encontrado otra solución.*

La culpa lo estaba devorando por dentro, implacable, y no le dejaba descansar.

Apretó los puños.

—Pero lo ha decidido así —dijo en voz alta.

*Intentarán cambiarla.* La imagen de una Midori sonriente siendo golpeada por su tío hasta la sumisión se había aferrado a sus párpados y se frotó los ojos para hacerla desaparecer.

—¡Por todos los santos! —murmuró—. Él no es así. —Aunque Jacob había echado a Nico de su casa en un ataque de furia, en realidad nunca lo llegó a maltratar. *Así que no hay razón para pensar que le vaya a pegar.*

Quizá debería haberse quedado algo más, haber indagado más sobre la posible guerra civil antes de dejarla en Plymouth. *¿Cómo sabré si está bien?*

*Ah, pero no debo olvidar que Midori sabe defenderse.* La creía perfectamente capaz de arreglárselas sin él. Cualquier soldado que se lanzara a por ella iba a llevarse una buena sorpresa. No pudo evitar sonreír al pensar en ello.

*Pero ¿y si se niega a hacer lo que le pida Jacob?* Apoyó la frente contra el cristal y cerró los ojos. Midori era una mujer terca, de gran determinación, cualidades que le habían ayudado a llegar hasta allí, pero también podían causarle problemas.

—Espero que se pueda adaptar a sus nuevas circunstancias —susurró. La castigarían, aunque no le pegaran. *¡Su precioso pelo!* A las mujeres que se comportaban de forma inapropiada les cortaban el pelo y esa idea le hizo estremecer. *¿Y si la echaban?* Si Jacob fuera un puritano de verdad, estaría obsesionado con la inmoralidad y con reprimir el vicio a cualquier precio. No habría sitio para una pagana como Midori en aquella casa.

*Ella me dijo que le había prometido dejarla decidir por sí misma. ¿Sería verdad?*

Nico comenzó a caminar por su camarote. *¿Debería dar media vuelta y esperar hasta estar seguro? No, no puedo.* Ya llevaba demasiado tiempo en Inglaterra, tenía que reunirse con los Heeren XVII en Ámsterdam si quería seguir trabajando con ellos.

Harding. Nico le había pedido que estuviera pendiente de Midori.

—Te pagaré por las molestias, por supuesto —le había dicho mientras depositaba sobre la mano del marinero un puñado de monedas.

—Oh, no es necesario —repuso, intentando devolver el dinero—. Estaré encantado de ayudar si puedo, ya lo sabe. Le tengo cariño, la verdad.

—Ya, pero quédatelo de todas formas —insistió Nico—. Quizá lo necesite ella.  
Harding aceptó y le prometió que ayudaría a Midori si los Marston la echaban de casa.

—Avísame si necesitas algo, ¿de acuerdo?

—Sí, se lo juro. No se preocupe, todo irá bien.

Nico apretó los dientes. Quería creer las palabras de Harding, pero no era capaz. Aun así, de momento no podía hacer nada más. Suspiró, se tumbó sobre su camastro y cerró los ojos. Tenía que olvidarse de Midori, ya no era su responsabilidad.

Septiembre de 1642

*Querido Ichiro:*

*Te escribo, como te prometí, para informarte de mi llegada a Inglaterra. El viaje estuvo lleno de aventuras, pero todo salió bien gracias al capitán Noordholt. Él ya ha vuelto a su hogar en Ámsterdam.*

*Me estoy adaptando poco a poco a la vida aquí y me esfuerzo por complacer a mi tío Marston y a mis dos tías. Estoy decidida a encajar, como hablamos, y voy a procurar aprender todo lo posible, tanto en el aspecto religioso como en el de sus costumbres. Tengo deberes, como ayudar en la cocina, no porque no haya sirvientes, sino porque aquí todo el mundo debe realizar algún trabajo. Es una experiencia nueva para mí, pero me gusta y el tiempo pasa muy rápido. He aprendido a cocinar, a fabricar velas y sé cómo hacer queso, un alimento que se consume mucho aquí. Creo que te agradecería, a mí me gusta.*

*Con la ayuda de mi tío ahora entiendo mucho mejor las doctrinas cristianas. Me ha hecho ver lo sabio que era Jesús de Nazaret (el hijo del dios cristiano) y eso hace que me resulte más fácil seguir sus enseñanzas sobre cómo comportarme. Todo empieza a encajar y el tío Marston parece complacido con mi progreso, aunque naturalmente sigo observando las costumbres japonesas (aunque en secreto, para no ofenderlo).*

*Tengo una joven prima, Temperance, que es muy dulce. Sabe muchas cosas a pesar de su juventud, y es una experta en casi todas las labores del hogar. Aprender de ella es mucho más fácil para mí, porque me explica las cosas de una manera más directa. A cambio yo le hablo de Japón y de nuestra vida en el castillo Shiroi. Le parece todo muy exótico y siempre está ávida de más información. Admito que no me importa satisfacer su curiosidad ya que me ayuda a mantener vivos mis recuerdos.*

*Confío en que estés bien, y también tu mujer y los niños. Por favor, escíbeme si puedes.*

*Tu obediente hermana*

*Midori*

Midori dejó la pluma sobre la mesa y suspiró. No tenía ni idea de si sus cartas llegarían a Ichiro, aunque su tío le había dicho que intentaría encontrar la forma de enviarlas a través de los barcos de la Compañía de las Indias Orientales. Se mordió el

labio para evitar que la nostalgia la invadiera e intentó permanecer optimista.

*Estoy segura de que mis mensajes le llegarán de alguna manera.*

—Me temo que los barcos con destino al lejano Oriente no zarparán hasta enero, pero si no te importa viajar al norte, tenemos uno con destino al Báltico. El capitán está enfermo y necesitamos a alguien que lo sustituya.

En esta ocasión Nico estaba ante solo uno de los Heeren XVII, lo que resultaba mucho menos intimidante. No contaba con que le ofrecieran trabajo tan pronto, así que la propuesta le sorprendió gratamente. Estaba intranquilo y necesitaba hacer algo, lo que fuera.

—Me parece muy bien, gracias —contestó—. Iré adonde sea mientras haya posibilidad de hacer negocio.

—Sí, bien, no será tan lucrativo como un viaje al lejano Oriente, pero también hay mercancías de valor en esa región. —Después añadió con una sonrisa—: Su mujer esperará pieles y ámbar, sin duda.

—Lo cierto es que no tengo esposa. —Intentó que aquella declaración no sonara muy cortante. ¿Por qué iba a interesarle a nadie del VOC si estaba casado o no?

—Oh, perdone, siendo usted un joven tan próspero, pensé que ya le habría atrapado alguna afortunada dama.

Nico intentó sonreír ante el cumplido.

—No, aún no, pero quizá compre ámbar de todas formas.

—Buena idea. Estos son los detalles del viaje...

Mientras le informaban, intentaba no pensar en la única mujer a la que había propuesto matrimonio. ¿Le gustarían las pieles y las joyas? ¿Debería hacerle la corte? Dudaba de que fuera a conseguir nada. Ella le daba más valor al honor y la sinceridad, cualidades que no le atribuía.

Si de verdad quería conquistarla, tendría que demostrar que estaba equivocada. *Pero como no quiero, ¿no tiene sentido darle más vueltas!* Entonces, ¿por qué no dejaba de pensar en ella?

Lo cierto era que la echaba de menos. Y no se quitaba de la cabeza los besos que habían compartido. Su cuerpo ansiaba abrazarla de nuevo. Apretó los dientes.

*Me rechazó. No me quiere y se acabó.*

Esperaba que el viaje al Báltico lo mantuviera ocupado.

—Espabila un poco, niña. No tengo todo el día, ¿sabes?

—Ya voy tía Hesketh. —Midori siguió a su tía al interior de la casa, cargada con todo lo que habían comprado en el mercado. Se sentía furiosa. Nunca había sido la bestia de carga de nadie y el tiempo húmedo de finales de septiembre no hacía su cometido más fácil. Y tampoco es que le fueran a agradecer sus esfuerzos.

*¿Es que nunca voy a hacer nada bien para esta implacable mujer? Solo verla parecía ponerla de mal humor y no había nada que pudiera hacer para cambiar eso, o al menos eso parecía. Menos mal que Nico le pidió que me tratara bien. Nico... No, no debo pensar en él, se ha marchado. Pero por alguna razón, su mente se negaba a seguir sus órdenes.*

—Me voy a echar un rato. Este calor es insoportable —dijo la tía Hesketh. A mitad de las escaleras se volvió hacia Midori—. Pero no te quedes ahí, lleva todo lo que hemos comprado a la cocina antes de que se ponga malo.

Midori se apresuró a hacer lo que le habían ordenado, aunque solo fuera para perder de vista a aquella mujer. Negó con la cabeza. ¿Por qué su tía la trataba tan mal?

En la cocina estaba solo su otra tía y se dio cuenta de que tenía ante sí una rara oportunidad de obtener algunas respuestas.

—Tía, ¿podríamos hablar un momento, por favor? —dijo, mientras apilaba los paquetes sobre la mesa.

—Sí, claro, querida. ¿Qué ocurre? —Su tía Marston parecía un conejillo asustado sorprendido en la seguridad de su escondite. Siempre parecía estar al límite, lo que no era de sorprender teniendo como cuñada a la tía Hesketh.

—El tío Marston dijo que el señor Hesketh era el hombre con el que mi madre iba a casarse y la razón de que se marchara de casa. ¿Me puedes explicar qué ocurrió, por favor? ¿Por qué mi tía acabó con él cuando ella estaba prometida a otro hombre?

—Eh, bueno, yo solo sé que Kate se vio obligada a aceptar a Hesketh. Se dieron ciertas circunstancias y... Tu abuelo ya había firmado un contrato de matrimonio con él y a Hesketh le daba igual casarse con una o con otra... Tu abuelo podía ser bastante contundente cuando quería. —La tía Marston se estremeció ligeramente como si el recuerdo del viejo la atemorizara. Jugueteeó con las tiras de su delantal—. ¿Ya está? Tengo muchas cosas que hacer, así que si me perdonas...

—Solo una cosa más, por favor. No entiendo muy bien la inquina que siente la tía Hesketh hacia mí. Nada de lo que hago le parece bien y me esfuerzo mucho, de verdad.

La mujer palideció y se agarró a la esquina de la mesa para no perder el equilibrio. Miró a su alrededor como si buscara una forma de zafarse de las preguntas de su sobrina.

—Bueno, tu madre y ella no se llevaban muy bien, y quizá le recuerdas a ella, a veces. No se lo tengas en cuenta, es su forma de ser.

Midori se percató de que la tía Marston se sentía muy incómoda y como la apreciaba, no quiso insistir más.

—Muy bien. Gracias por contestar a mis preguntas. Eres muy amable.

Su tía salió de la habitación sin decir ni una palabra más y Midori se quedó pensando qué habría pasado entre su madre y su tía.

*Supongo que jamás lo sabré.*



Nico permaneció junto a la barandilla del barco mientras este se alejaba de Ámsterdam en dirección norte. La tentación de dar media vuelta y dirigirse al sur era muy grande, pero sabía que regresar a Plymouth no tenía ningún sentido. Aunque volviera, no sería bienvenido, ni siquiera por Midori.

—¡Ah! —Apretó los dientes y se agarró con fuerza a la madera. *¿Por qué no me la puedo sacar de la cabeza?* Tampoco es que estuviera deseando casarse. El matrimonio era una carga, te ataba a un sitio y te cargaba de responsabilidades. Y él quería ser libre, ¿no?

Contempló cómo desaparecía la ciudad, reemplazada por una línea de costa llana, y sintió un gran alivio. Siempre que se hacía a la mar, la sensación de libertad lo liberaba de la tensión que solía sentir en tierra firme. Durante los siguientes dos meses, estaría demasiado ocupado para pensar en otra cosa que no fuera la navegación y el comercio. Al menos, eso esperaba.

—Y cuando vuelva, quizá me envíen de nuevo a Oriente —murmuró para sí.

La idea debería llenarlo de alegría, ya que sabía que ganaría mucho dinero, pero por alguna razón no conseguía entusiasmarse. *Sin Midori no será lo mismo. Tantos meses en el mar, sin nadie con quién hablar...* Juró entre dientes, se apartó de la barandilla y caminó decidido hacia su camarote.

—Antes nunca me sentía solo. —Tenía que acabar con aquellos pensamientos de una vez por todas y aceptar que Midori no era para él. Había rechazado su oferta y se acabó.

*Tampoco escogiste el mejor momento para hacerle la pregunta,* le dijo una vocecita en su cabeza. Tenía que admitir que aquello era cierto. De hecho, en cuanto pisó Plymouth, pareció regresar a las andadas, a su antiguo yo, casi como si volviera a ser un adolescente. Se había mostrado grosero y malhumorado, eso sin mencionar su presuntuoso intento de convencerla con un beso. *No sé por qué me extraña tanto que Midori me rechazara.*

La mayoría de las mujeres querían que las halagaran y las conquistaran. Siempre pensó que Midori era diferente, pero a lo mejor en el fondo no lo era tanto. En cualquier caso ahora no había nada que pudiera hacer.

Respiró hondo, cogió su brújula y fue a buscar a su primer oficial para comprobar el rumbo.

Octubre de 1642

Tras dos meses en el hogar de los Marston, Midori comenzaba a sentirse cada vez más como en su casa. Aún había muchas cosas que le parecían extrañas, pero aparte de la tía Hesketh, los demás la hacían sentir bienvenida. Aquello era exactamente lo que había esperado, razón por la cual la idea de que su familia se viera amenazada

por una posible guerra civil la intranquilizaba mucho.

Aunque nadie parecía saber con seguridad la gravedad del conflicto, circulaban numerosos rumores. Midori procuraba estar atenta y a comienzos de octubre descubrió que no era la única.

—Hoy he oído que piden voluntarios para un ejército que están formando en Dorset —dijo Daniel, que no hacía más que picotear de su plato, para dar la impresión de que estaba comiendo.

Midori se sorprendió. Incluso a la edad de dieciocho años, era un chico bastante tímido y rara vez hablaba, pero lo tenía por un joven sensible e inteligente. Era evidente que había pensado mucho antes de sacar el tema.

—¡Tonterías! —gruñó su padre—. No hay necesidad alguna de formar ejércitos. Esta tonta disputa se solucionará pronto.

—Creo que te equivocas padre. He estado atento a los rumores y habrá guerra. ¿Por qué si no estarían reclutando hombres? Casi todos en Plymouth están en contra del rey Carlos y es nuestro deber oponernos a él.

—El desacuerdo entre el rey y el Parlamento se resolverá sin llegar a la sangre, ya lo verás. —El tío Marston miró a su hijo como si lo retara a seguir con la discusión.

Sin embargo Daniel esta vez se mostró testarudo.

—Habrá guerra, estoy seguro y...

—¡Ya basta! —El tío Marston golpeó la mesa con el puño y mandó su cuchillo al suelo con gran estruendo. Se hizo un silencio incómodo en la mesa mientras los dos se lanzaban miradas retadoras durante lo que les pareció a todos una eternidad. Por fin Daniel bajó la mirada, capitulando, y su padre cogió su jarra de cerveza.

—No habrá guerra —fue su sentencia final antes de dejar la jarra sobre la mesa, poniendo así fin a la comida.

Midori esperaba que tuviera razón.

Pero el tío Marston tuvo que tragarse sus palabras, al menos en parte.

—¿Sabes ya que todo Cornwall está ahora en manos del rey gracias a sir Ralph Hopton? —se atrevió a preguntar el joven unos días después—. Es probable que dentro de poco también nos ataquen a nosotros.

—Lo dudo. —Su padre le dedicó una mirada de aviso, pero Daniel no hizo caso, estaba demasiado emocionado por las noticias.

—Diez mil hombres se han alzado en favor del rey, según me han dicho —prosiguió—. ¡Imagina! ¡Van a venir aquí!

—¡Tonterías!

Su tío se mostró muy vehemente, pero al ver que un grupo de refugiados de Cornualles, partidarios del Parlamento, comenzaba a cruzar el Tamar en busca de protección, se fue haciendo más difícil, para él y para cualquier otra persona, seguir ignorando la situación. La Corporación de la Ciudad de Plymouth comenzó a reunir

dinero para construir fortificaciones alrededor de la zona norte.

—Eso demuestra que al menos ellos sí se toman la amenaza en serio —murmuró Daniel cuando su padre no podía escucharlo, mientras despotricaba porque las autoridades se habían sacado de la manga una nueva tasa que todo el mundo debía pagar.

El alcalde de Plymouth, Philip Francis, era claramente partidario del Parlamento y mandó arrestar a cualquier realista que aún permaneciera en la ciudad. Nada de aquello contribuyó a calmar el temperamento de Jacob Marston, que se mostraba muy irascible desde que Daniel sacó el tema por primera vez. Entregó el dinero a la Corporación de muy mala gana.

—Todos estos esfuerzos serán inútiles, estoy seguro —murmuró entre dientes.

Aun así, Midori se dio cuenta de que se fijaba de reojo en las diferentes obras que se estaban realizando en la ciudad con vistas a mejorar su defensa.

—Se ha pedido la colaboración de todo el mundo, en la medida de lo posible —les informó. A regañadientes tuvo que permitir que primero Daniel, luego Midori y finalmente Temperance y dos de sus criadas ayudaran en las obras en puntos estratégicos. Incluso los niños pequeños tenían que poner su granito de arena, llevando y trayendo aquello que pudieran.

—¿No te importa tener que realizar este tipo de labor, prima? —le preguntó Daniel mientras trabajaban codo con codo y con la respiración entrecortada visible en el frío otoñal. Tenía las mejillas sonrosadas, como si no estuviera acostumbrado a trabajar con mujeres. Midori fingió no darse cuenta.

—No, al contrario, la verdad. —Se detuvo para secarse el sudor de la frente con la manga y le sonrió para tranquilizarlo—. Me gusta la actividad física y si te soy sincera —bajó la voz ligeramente— es maravilloso tener esta libertad y salir de casa durante varias horas. —Daniel dejó de cavar y la miró un tanto escandalizado, así que Midori se apresuró a añadir—: Lo digo con todo el respeto, pero es que aún no me he acostumbrado a la vida de aquí.

—No, no, por favor, no tienes que disculparte —la interrumpió Daniel—. Entiendo que debe de ser muy difícil para ti, viniendo de una cultura tan diferente. A nosotros también nos cansa tanta restricción —admitió—, pero por favor no le digas a mi padre jamás lo que acabo de confesarte.

Midori rió.

—Me alegra que no te hayas ofendido. Y claro que no le diré nada.

Excavar era una actividad infinitamente preferible a la monotonía de sus días en la casa Marston, y el trabajo duro le ayudaba a liberar algo de su frustración. Compartir aquellas labores con Daniel también le servía para conocerlo mejor, otra ventaja. Además la mantenían alejada de la tía Hesketh, que había dejado de criticar todo lo que hacía Midori para limitarse a mirarla con desprecio siempre que la veía aparecer.

—No entiendo por qué me tiene tanta manía —les dijo a sus primos.

—Oh, es una amargada —contestó Temperance. Pero aquello no la convencía, su inquina parecía algo personal.

—Bueno, pues ya me estoy cansando.

Midori y los demás trabajaron duro y pronto levantaron una sencilla muralla con una parte frontal cubierta de tierra y hierba, y un foso. En muy poco tiempo aquel primitivo muro se extendió por todo Eldad Hill, desde el oeste hasta el río Plym en el este, creando una formidable línea defensiva alrededor de la ciudad.

—Seguramente estaremos listos para defendernos a finales de noviembre —dijo Daniel.

—Pero ¿y si esa muralla no consigue contener a los realistas? —preguntó Temperance con voz temblorosa—, ¿nos matarán a nosotros también?

—No, claro que no. No atacaran a las mujeres y a los niños —repuso Daniel, pero Midori y él intercambiaron miradas sin que su hermana se diera cuenta, conscientes de lo que sucedería.

El tío Marston seguía negándose a aceptar que la guerra era inminente, pero de nuevo los acontecimientos lo dejaron en evidencia.

—El 23 de octubre se libró una batalla en un lugar llamado Edgehill, tengo entendido. La suerte está echada —anunció Daniel—. Ahora ya no hay vuelta atrás y todo el mundo está obligado a elegir un bando: el rey o el Parlamento.

—Hum —fue la contestación de su padre. Sin embargo, Midori sabía que para él la elección era fácil. Llevaba meses hablando de la ineptitud y arrogancia de Carlos.

—Sostengo con firmeza que el rey está decidido a restaurar la fe católica en Inglaterra —dijo en una ocasión—. Habrá una conspiración, es lo más lógico. De todas formas, su mujer es papista, ¿no? Y no ha hecho nada para resolver ese problema. Además, tiene demasiado poder, no hay más que ver los favores que otorga a sus amigos.

La elección de Midori también era clara. Según las reglas por las que vivía, su deber era permanecer con la familia. Fuera cual fuera el camino que tomaran, ella los seguiría. Llevaba en Inglaterra solo unos meses y los asuntos de Estado no le preocupaban mucho, pero comprendía que no podía haber más de un gobernante en el país, y aunque sentía que estaba mal luchar contra un rey al que consideraba el equivalente del sogún, no tenía un interés especial en quién ganara la contienda, pero el honor la obligaba a luchar junto a su clan.

—Por el Parlamento, entonces —murmuró.

*Noviembre de 1642*

—Necesitan más hombres para defender la ciudad, padre, y me gustaría unirme a ellos. —Daniel, con el rostro sonrojado por el pudor, había aprovechado que su padre tenía la boca llena de comida para exponer su caso.

El tío Marston se atragantó con un trozo de arenque en escabeche y tarta de fruta, una combinación que Midori encontraba repugnante.

—¿Cómo dices? ¿Luchar? ¡Por encima de mi cadáver! —dijo entre ataques de tos.

Daniel lo intentó de nuevo, ganándose el callado respeto de Midori por su valor y testarudez.

—Pero padre, sé de buena tinta que sir Ralph Hopton está de camino. Va a intentar superar nuestras defensas, así que necesitaremos todos los hombres disponibles.

—Tú no vas y se acabó. Una escaramuza y todo habrá terminado. Solo tengo un hijo y quiero te encargues del negocio cuando yo no esté, no que luches en guerras inútiles.

—¡Inútiles! ¿Cómo puedes decir eso cuando están luchando por nuestra libertad para conservar nuestra fe? Si fuera por los realistas, todos seríamos papistas. Lo dijiste tú mismo. Y no tengas ninguna duda de que como ganen, te confiscarán el negocio.

—No seas impertinente. Las defensas desplegadas son más que suficientes. No hace falta que vayas tú también. Tu sitio está en casa, conmigo, aprendiendo a ser mercader. Y esa es mi última palabra. —El tío de Midori miró a su mujer, que se había quedado tan blanca como el cuello de su vestido—. Y piensa un poco en tu madre.

—Oh, Daniel, no te precipites, te lo ruego. —La tía Marston lo miró con ojos suplicantes—. Tu padre tiene razón. ¿Y por qué tendrías que ir? Si jamás has usado un arma.

—Pues aprenderé, como todo el mundo. Y alguien tiene que ir.

—¡Pues no serás tú! —gritó su padre y explotó en un torrente de palabras cuyo argumento principal radicaba en que la lucha era para gente que no tenía nada mejor que hacer y que ningún hijo suyo se uniría a las fuerzas de defensa. Durante todo el discurso, Daniel no dijo ni una palabra, pero su expresión se mantuvo firme.

Midori comprendía a su primo, pero también entendía el punto de vista de su tío. Daniel era su único hijo y no estaba entrenado en las artes de la guerra. Sus

probabilidades de supervivencia en una batalla eran escasas, por no decir inexistentes, y si al final decidía luchar, le causaría gran preocupación.

Entonces se le ocurrió una idea sobre la que meditó mientras masticaba la tarta. Después de la comida, siguió a Daniel hasta el jardín, adonde había salido sin duda para dar rienda suelta a su rabia y frustración. Lo encontró con la frente apoyada contra el tronco de un árbol frutal. Su respiración agitada era visible en las nubes de vaho que salían de su boca y le recordó a un caballo inquieto.

—¿Primo? —dijo en voz baja—. ¿Podemos hablar?

—Si no hay más remedio, pero en estos momentos estaría mejor solo. —Alzó la vista durante unos segundos, y luego volvió a cerrar los ojos—. Perdona.

—No te preocupes, lo entiendo. Pero quería hablarte de eso. Creo que tu padre tiene razón en cierto sentido, pero...

—Tú también no. —Alzó la vista y en ese momento el chico le recordó tanto a su madre que el corazón le dio un vuelco. El parecido familiar era evidente, sobre todo con aquel pelo rojo tan similar al de Hannah. A diferencia de su tía, sin embargo, él además tenía muchas pecas que resaltaban sobre su blanca piel.

—Espera, escúchame. Estoy contigo. Lo que quiero decir es que al final te pedirán que vayas, porque no creo que esta guerra vaya a terminar rápidamente. Tu padre se equivoca en eso. Así que si eres paciente, llegará el momento en el que no tendrá más remedio que dejarte marchar. Supongo que querrás estar bien preparado cuando eso ocurra.

—¿Qué quieres decir? —Daniel la miró desconfiado.

—¿Sabes manejar un arma?

—Puedo defenderme como cualquiera. —Alzó la barbilla y Midori tuvo que reprimir una sonrisa.

—Sí, pero ¿sabes manejar una espada? ¿Disparar una flecha?

—Bueno, eso no.

—Pues ahí lo tienes. Te puedo ayudar. Mi padre y mi hermano me enseñaron a batirme con espadas, manejar un arco y a defenderme en la lucha cuerpo a cuerpo. Yo haré lo mismo contigo. Bastará con que quedemos en algún lugar tranquilo, donde nadie pueda vernos. No quiero que acabes muriendo por nada. No necesitamos muertes inútiles. Tú quieres luchar por la causa del Parlamento, ¿no?

Daniel frunció el ceño ante el implícito insulto a su masculinidad, pero la lógica fue más fuerte y asintió.

—Lo que dices tiene sentido, prima. Me gustaría aprender. ¿De verdad podrías enseñarme?

—Sí. Te prometo que no me estoy inventando nada. Te lo demostraré, pero necesitamos intimidad. ¿Qué tal en el jardín, por la noche, mientras todos duermen?

—No, nos podrían oír y hace mucho frío en esta época del año. —Pensó durante unos momentos—. Podemos bajar al mar. Allí habrá algún lugar apartado donde podamos practicar. Pero ¿qué excusa damos?

—Podemos decir que vamos a excavar. Es cierto, las obras aún no se han terminado, y no hace falta que les expliquemos que vamos a otro sitio una hora antes.

—Me parece un buen plan. —Daniel sonrió—. ¿Empezamos mañana, después del desayuno?

—Sí, de acuerdo.

—¿Pero qué armas usaremos? Ni siquiera tengo una espada.

—Yo sí, pero al principio no usaremos armas reales. Practicaremos con palos hasta que te sepas los movimientos.

—Bien, ¿hasta mañana, entonces?

Midori dirigió una breve oración a los dioses y les pidió que sus enseñanzas bastaran para mantener a salvo a Daniel.

Llegaron a una zona desierta en la costa donde nadie podría verlos. Daniel dejó en el suelo el saco que llevaba al hombro y comenzó a sacar su contenido. Dos palos gruesos, que él mismo había cortado en una arboleda a las afueras de la ciudad, y un arco con flechas que le había pedido a un amigo.

—¿No necesitamos nada más? —preguntó. Se dio la vuelta y ahogó un grito al ver que Midori se estaba despojando de su falda, revelando el hakama que llevaba debajo—. ¡Dios santo! ¿Pero qué llevas puesto, prima?

Midori sonrió.

—¿No pensarías que iba a luchar con un vestido, no? Necesito movilidad en las piernas. —Le mostró la abertura de aquella especie de falda y Daniel se quedó con la boca abierta.

—Esto no está bien —dijo con la voz entrecortada mientras sus mejillas se teñían de rojo—. No debí meterte en esto.

Midori alzó una ceja.

—Si no recuerdo mal, fue idea mía. Y si a mí no me molesta, ¿por qué te iba a preocupar a ti? Venga, si quieres aprender, tendrás que desprenderte de tus prejuicios. Quizá sea una mujer, pero te aseguro que te puedo enseñar un par de cosas. ¿Confías en mí?

Daniel tragó saliva con los ojos aún como platos, pero asintió.

—Sí, confío en ti.

—Pues entonces olvida lo que llevo puesto y concéntrate en esto. —Midori cogió uno de los palos, se lo arrojó y comenzó a mostrarle las técnicas más básicas de la lucha con espada.

Aspiró hondo el frío aire del mar y se sintió más viva que en los últimos meses. Qué agradable era practicar de nuevo, hacer algo en lo que sabía que era buena. Aquello hacía que la sangre volviera correr por sus venas.

Daniel aprendió con rapidez las bases de la lucha y la defensa con espada.

—Lo haces bien —dijo Midori cuando pararon un momento para descansar.

—Gracias. ¿Cuándo crees que podré unirme al ejército?

—Aún te queda bastante. Recuerda, la mayoría de los soldados se preparan durante años antes de enfrentarse al enemigo. —Midori no quería desanimarlo, pero tenía que ser realista—. Digamos que un par de meses, por lo menos.

—¡Meses! Quizá no tenga tanto tiempo, así que más me vale avanzar. —A partir de aquel momento Daniel se concentró todavía más en las indicaciones de su maestra.

Hacia el final de la primera sesión, negó con la cabeza y le sonrió.

—Tengo que admitir que al principio no te creí, pero me has demostrado lo equivocado que estaba.

—¿Con respecto a qué?

—Pues que de verdad sabes blandir una espada. —Daniel parecía algo avergonzado—. Tienes que admitir que las mujeres no suelen hacer estas cosas.

—La mayoría de las mujeres samurái sí las hacen. —Midori se encogió de hombros—. Siempre le agradeceré a mi padre que me enseñara, aunque quizá sus razones fueran otras.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que sabía que una mujer mezcla de dos razas debía ser capaz de defenderse. Conocía a gente en puestos importantes, así que quizá supuso que podría tener problemas y quiso que estuviera preparada para afrontarlos.

—Entiendo. Un hombre sabio, tu padre.

Midori asintió mientras recordaba aquellos entrenamientos en uno de los muchos patios del castillo. Su padre siempre se mostró muy paciente, animándola en cada envite, aunque sin permitirle jamás que revelara sus debilidades. Le estaba tremendamente agradecida y deseó que estuviera allí con ella. Pero cambió de tema antes de que la añoranza la entristeciera.

—¿Qué tal se te da manejar el arco, Daniel?

—Hum, no muy bien, pero puedo alcanzar la puerta de un granero a veinte pasos. Midori no pudo evitar reír.

—¿Y si la puerta del granero es un arquero enemigo que se abalanza sobre ti? Daniel carraspeó.

—Quizá necesite un poco de ayuda con eso. Pero ya casi nadie usa el arco. Se prefieren las lanzas y los mosquetes.

—Aun así, estoy segura de que no te vendrá mal practicar un poco. Nunca sabes con qué te puedes encontrar.

*Enero de 1643*

*Querido Ichiro:*

*Aunque tengo serias dudas de que te llegara mi última carta, quiero mantenerte informado de lo que está pasando aquí y de que me encuentro bien a pesar de que*



*Inglaterra se halle sumida en una guerra civil.*

*La ciudad de Plymouth está sitiada desde noviembre y aunque no entiendo bien por qué, todos creen que las débiles defensas que hemos construido aguantarán los envites del enemigo. No puedo evitar compararlas con los resistentes muros de piedra y las almenas del castillo Shiroi. Sin embargo, aquí la guerra se hace de otra manera. De momento, parece que estamos a salvo.*

*Te sorprenderá saber que mi primo Daniel, que tiene dieciocho años, no tenía ningún conocimiento sobre el arte de la guerra. Así que le he estado enseñando con la esperanza de que mis lecciones le basten para salvar la vida. Está deseoso de luchar por su gente, pero yo intento disuadirle hasta que haya aprendido más, ya que no considero que esté preparado todavía. Afortunadamente confía en mi juicio y hasta la fecha me ha hecho caso. Cuando llegue el momento, lucharemos juntos, aunque mi tío no cree que eso vaya a ser necesario. Sin embargo, estoy convencida de que se equivoca, pero ya veremos.*

*Aquí no se festeja la entrada del Año Nuevo como en Japón. Pero sí celebran el nacimiento del hijo del dios cristiano unas semanas antes con una especie de festín, que a mí me pareció bastante pobre. Nos limitamos a escuchar unos cuanto sermones más y a degustar unos platos bastante insípidos, ya que la comida no abunda debido al sitio. Pero no me importa. A estas alturas ya me he adaptado a su dieta. Sin embargo, añoro del castillo Shiroi cubierto de nieve y de los maravillosos baños en las fuentes termales. ¿Recuerdas que mi madre siempre decía que aquellos manantiales eran su lugar favorito en la tierra? Ahora entiendo por qué.*

*Siguiendo con ese tema, creo que no he mencionado antes la falta de higiene que hay aquí en general. ¿Te puedes creer que la mayoría de la gente se pasa meses e incluso años sin bañarse? Les parece que ya hacen bastante con cambiar de ropa interior y están convencidos que la suciedad evita que las infecciones entren en su cuerpo. Yo, por el contrario, intento, dentro de lo posible, mantenerme limpia de acuerdo a nuestras costumbres, como supongo te alegrará saber.*

*Akemashite omedeto gozaimasu, hermano. Espero que este sea un buen año para ti y el clan Kumashiro.*

*Tu obediente hermana, Midori.*

Pero ¿sería un gran año para ella? Por alguna razón, tenía sus dudas. Desde que Nico se marchó, su vida parecía vacía y aburrida, y daba igual cuánto se esforzara, no podía evitar pensar que quizá debería haber aceptado su oferta después de todo. ¿Pero habría sido mejor la vida con él? No lo sabía.

—Lo has vuelto a hacer, Noordholt. Ya van tres rentables viajes al Báltico seguidos. ¡Excelente!

Nico había regresado del norte cada vez con mejores mercancías de las esperadas

y los Heeren XVII estaban complacidos. En otras circunstancias se habría sentido muy orgulloso por impresionar a unos hombres tan importantes, pero por alguna razón aquel día apenas logró esbozar una sonrisa. Se sentía agotado y el desánimo lo abatía como si fuera una pesada y oscura manta sobre sus hombros.

—Me alegro de haberles sido útil —murmuró.

—Con semejante porcentaje de éxito, pensamos que quizá sea el hombre idóneo para volver a Japón —prosiguió el director—. ¿Está usted interesado?

Nico respiró hondo para calmar los nervios. Aquello era lo que había estado esperando, el objetivo de todos sus años de trabajo. Y sin embargo, ahora que lo tenía al alcance de la mano, no sintió entusiasmo alguno por iniciar un viaje tan largo.

Sopesó con cuidado su contestación.

—Me siento muy honrado por su propuesta, pero me temo que esta vez tengo que declinar el ofrecimiento. Me acaban de informar de que mi madre está en su lecho de muerte y debo volver a su lado. Estoy seguro de que lo comprenderán. Vive en Inglaterra y con todo lo que está sucediendo allí, no puedo garantizarles que regrese a tiempo.

La mentira salió con facilidad de sus labios ante su propia sorpresa. Jamás había mentido antes. *Salvo a Midori*, le dijo una vocecita en su interior. *No le mentí, tan solo no le dije la verdad*. Arrinconó su conciencia en un lugar apartado de su mente y se concentró en el presente.

—Pero les estaría muy agradecido si volvieran a tenerme presente si surge otra oportunidad similar en el futuro.

Los Heeren XVII parecían decepcionados, pero todos asintieron.

—Muy bien, estas cosas pasan —dijo el director—. Por favor, avísenos cuando vuelva a estar disponible.

—Pueden estar seguros de que así lo haré. —Hizo una reverencia y salió de allí.

Una vez en la calle, maldijo entre dientes. *Acabo de rechazar la mejor oferta que he tenido, ¿y por qué?* Por una mujer que no podía sacarse de la cabeza. Resopló impaciente. *Esto es ridículo, ¡el mundo está lleno de mujeres!* Aunque lo intentó con todas sus fuerzas, no había podido olvidar a Midori. El problema era que la quería solo a ella.

—¿Ha llegado alguna carta para mí, Johan? —le preguntó a su criado en cuanto entró por la puerta.

—No, mijnheer, hoy no.

*¡Maldita sea!* Había albergado la esperanza de encontrar al menos alguna carta de Midori a su regreso a casa del Báltico, pero de momento, nada. Ni siquiera el más escueto de los mensajes. Y tampoco de Harding. No es que quisiera recibir ninguna carta suya, puesto que solo debía contactar con él en caso de emergencia, pero aun así...

—Yo creo que ya debe de haberse cansado de vivir en un hogar puritano, ¿no? —murmuró. No había que ser ningún genio para darse cuenta de que no estaba hecha

para esa vida. Quizá había intentado mandarle alguna misiva, pero no le había llegado. Como había informado a los Heeren XVII, las noticias que llegaban desde Inglaterra no eran buenas y no podía evitar preguntarse cómo estarían Midori y los demás, atrapados en una guerra civil. ¿Tendrían suficiente comida, estarían sufriendo penalidades? Le habían dicho que algunos de los puertos estaban bloqueados, así que esa posibilidad existía.

—Debo encontrar la forma de ayudarlos. Tengo que sacarla de allí —murmuró. *Además de conseguir que vuelva a confiar en mí y se case conmigo.* Porque ahora sabía que la amaba lo suficiente como para querer permanecer a su lado toda la vida. Jamás había sentido aquello, y había tenido mucho tiempo para pensar. Había conocido diferentes mujeres a lo largo de su vida y ninguna relación había sido tan importante para él. Midori era especial.

Suspiró y volvió a salir de casa. Debía poner sus asuntos en orden, quizá realizar algunas inversiones con ayuda de mijnheer Schuyler y alquilar su casa de Ámsterdam. Después tendría que comprar provisiones, fletar un barco y navegar hasta Plymouth.

Luego, aún no sabía cómo, tenía que convencer a Midori de que dejara Inglaterra, porque no pensaba regresar sin ella.

El año había comenzado bien para Plymouth.

Hopton realizó varios ataques sobre la ciudad, pero todos fueron rechazados. Cuando se supo que el conde de Stamford avanzaba hacia Exeter para liberar aquella ciudad y las que estaban más allá, Hopton decidió, sabiamente, seguir adelante. Él y sus hombres de Cornualles se marcharon el día de Año Nuevo.

—¡Excelente! De nuevo podremos ir y venir como nos plazca —dijo el tío Marston cuando se enteró de la noticia.

No obstante, para Midori el año no había comenzado con tan buenos auspicios. Una oscura tarde de enero su tío la llamó a su despacho. Midori no entendía por qué, ya que ya había tenido su sesión diaria con él.

—¿Querías hablar conmigo, tío?

—Así es. Dime, ¿qué es esto?

Midori vio con sorpresa que su tío sostenía el abanico que le había regalado a Temperance meses atrás. Parecía como si lo que tuviera entre los dedos fuera una víbora por el cuidado con el que lo sujetaba y la distancia a la que lo mantenía.

—Pues es un viejo abanico —replicó Midori con cautela al tiempo que se preguntaba cómo habría acabado en sus manos.

—Encontré a Temperance con esto y me dijo que se lo habías dado tú.

—Sí, así fue. Como puedes ver ya no me sirve para nada, así que no vi por qué no podía dárselo a ella.

—¿No viste por qué? —El tío Marston la miró incrédulo—. ¿Es que no has aprendido nada después de todos estos meses? Esto, este... objeto es llamativo, impropio para una joven. Debías saberlo y aun así ¿intentaste corromper a mi hija al permitirle quedarse con él?

—Yo no pretendía...

Su tío la interrumpió. Su decepción y enfado eran palpables.

—Esperaba otra cosa de ti, Midori. Creía que a estas alturas habías comenzado a valorar las enseñanzas de Cristo tal y como lo hacemos nosotros, o que al menos respetabas nuestra forma de vida, sin embargo ahora me doy cuenta de que no es así. Me rindo contigo, de verdad.

Midori quería responder a aquellas acusaciones injustas. Se había esforzado mucho para ser aceptada. Quería desesperadamente formar parte de una familia, tener amistades y sentirse segura, pero su tío nunca parecía estar satisfecho. Pero sabía que si decía algo en su defensa, podría perderlo todo. A pesar de que creía que no tenía razón, debía admitir que tenía derecho a castigarla por algo que ella consideraba una fruslería. En resumen, tenía que tragarse su orgullo.

—No, por favor, tío, dime qué puedo hacer para compensarte. Te prometo que te he prestado atención, pero había olvidado por completo lo del abanico. Se lo regalé a Temperance al poco de llegar, cuando aún no entendía tus enseñanzas. No volverá a suceder. Ahora veo que no es más que vanidad.

Su tío inspiró profundamente y dejó escapar un suspiro al tiempo que su rostro perdía algo de su color rojo.

—Está bien. Veo que pareces arrepentida, así que te haré una propuesta. Me doy cuenta de que no tengo autoridad alguna sobre tus posesiones, pero sería un gran ejemplo para Temperance que quemaras esto. Le diré que rece mientras lo haces. Debe pedir a Dios que le dé fuerzas para vencer la tentación, para que la guíe por el buen camino y no se deje dominar por impulsos como el que la llevó a aceptar tu regalo. Ella sabe que no debió hacerlo. ¿Harás esto por mí, por favor?

—Sí, tío, si así lo deseas. Lo siento mucho, por favor, perdóname.

—Por supuesto. Quizá haya sido un poco duro contigo. A veces se me olvida que vienes de muy lejos y que no ves las cosas como nosotros. —Salió de detrás del escritorio y con un gesto un tanto incómodo le dio unas palmaditas en la cabeza—. Olvidemos este asunto y sigamos progresando.

Midori se sintió aliviada, pero cuando más tarde ella y Temperance observaron cómo ardía el abanico, tuvo la sensación de que parte de ella se quemaba con él. Poco a poco, la antigua Midori estaba desapareciendo, pero aquella parecía la única forma de sobrevivir en Inglaterra. Debía dejar de pensar en el pasado y aceptar su nueva vida sin reservas, aunque no fuera de su gusto. Pese a que no se consideraba cristiana, tenía que vivir de acuerdo con sus reglas si quería permanecer allí. Era triste, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Pronto resultó evidente que su tío tenía preocupaciones más serias que el comportamiento de su sobrina. Midori y Daniel regresaron de su salida secreta para encontrar la casa alborotada. Su tía Hesketh se acercó a Midori.

—¿Dónde estabais? ¡Esto es culpa tuya!

—¿Qué es culpa mía? —Midori miró a su alrededor para intentar descifrar qué nueva gran calamidad había provocado, pero no vio nada fuera de lo normal.

—Sí, ¿qué pasa? —preguntó Daniel, angustiado.

—Tu madre está enferma. Está mal de la garganta y tose con tanta fuerza que hace retumbar la casa entera. Y todo por su culpa. —La tía Hesketh miró con ojos acusadores a Midori que con el ceño fruncido intentaba encontrar alguna conexión.

—Midori no está enferma —dijo Daniel—. No puede haber contagiado a madre.

—Eso ya lo sé. —Kate lo fulminó con la mirada—. Pero si hubiera estado aquí para cumplir con sus tareas de esta semana, en lugar de ir a Dios sabe dónde todas la mañanas... —Daniel se puso rojo, pero su tía no pareció darse cuenta— Emma no habría tenido que ir ayer sola al puerto para comprar el pescado para escabechar y

salar. Este mal tiempo ha demostrado ser demasiado para ella.

—Anoche parecía un poco cansada —dijo Daniel preocupado, y respiró hondo—. ¿Y tú por qué no la acompañaste? También podías haberle dicho a alguna criada que fuera con ella.

—Todos estábamos ocupados. No podíamos prescindir de nadie. Le dije que esperara un día, pero ella insistió.

Daniel y Midori fueron juntos al cuarto de la enferma y lo que vieron los dejó aún más preocupados. La tía Marston se encontraba tumbada en su cama de madera. Estaba acalorada y parecía agotada. Los doseles de la cama estaban echados para evitar cualquier corriente de aire y un potente fuego calentaba la habitación. El calor era asfixiante. Quedaba claro por las gotas de sudor que perlaban su rostro que la tía Marston tenía mucha fiebre, y sin embargo le castañeteaban los dientes y los escalofríos y la tos no la dejaban descansar. Todo su delgado cuerpo convulsionaba cada vez que expectoraba y Midori y Daniel intercambiaron miradas de preocupación.

El médico, cuando por fin llegó, dijo que la tía Marston sufría una congestión pulmonar.

—Necesita cataplasmas calientes —dijo y luego les pidió una cantidad de dinero desorbitante por sus servicios. También recomendó algunos otros remedios que podían conseguir en la botica, pero no le hicieron efecto alguno. Durante la noche, el estado de la enferma empeoró y nadie durmió, pendientes de sus ataques de tos. Al final, Midori se vistió con su ropa de más abrigo y fue a su cuarto para ofrecer su ayuda. Su tía Hesketh estaba allí, al igual que su tío Marston. Ambos la miraron con gesto sombrío cuando entró en la habitación.

—¿Puedo ayudar? —susurró—. Tengo conocimiento en hierbas medicinales.

—No. Ya le hemos dado un jarabe de hisopo y no ha servido de nada. Ahora está en manos de Dios —replicó Kate Hesketh.

—Pero yo ayudé al cirujano del barco en el que vine, y aprendí varias cosas. ¿No creéis que merece la pena intentarlo?

—Ya has hecho bastante, vuelve a la cama —le susurró su tía.

Midori miró a su tío, pero este parecía perdido en su propio mundo.

—¿Tío Marston?

—¿Qué? —se volvió hacia ella sobresaltado, sus ojos estaban llenos de confusión—. ¿Has traído más sopa?

—No, pero puedo ir a por ella, si quieres.

—No servirá de nada —interrumpió Hesketh—. Acabaría vomitándola.

Midori contempló la figura que yacía en la cama y se entristeció. Aquella escena le recordaba mucho al lecho de muerte de su madre, el rostro delgado, los labios azulados, el frágil cuerpo y las huesudas manos sobre la colcha... Y esa tos. Midori casi podía sentir el mismo dolor que su tía estaba experimentando. Si al menos le dejaran ayudar, quizá pudiera aliviar su sufrimiento, pero sin su permiso, no podía

hacer nada.

—Las flores... las quiero aquí... son hermosas...

—¿Qué ha dicho? —Su tío frunció el ceño y se acercó a la enferma para escuchar mejor sus palabras.

—No es nada, está delirando —dijo su hermana con brusquedad.

Midori se dio cuenta de que en aquella ocasión su tío no estaba muy seguro de qué hacer. Notaba que existía un gran afecto entre él y su mujer, como cualquiera que los viera juntos podía imaginar. Ahora le estaba costando comprender que su esposa estaba agonizando. Midori le acarició suavemente el brazo para llamar su atención.

—¿Quieres que te traiga algo, tío? ¿Un poco de vino caliente con especias, quizá? Seguro que llevas aquí sentado mucho tiempo. Y no podrás rezar por la recuperación de la tía si caes enfermo tú también.

Se volvió hacia ella como si no la hubiera visto antes. Sus ojos se centraron en su rostro y consiguió esbozar una sonrisa.

—Sí, gracias. Eres muy amable. —Lentamente se puso de rodillas junto a la cama de su mujer—. Y es verdad, debo rezar. Es lo único que podemos hacer ya. Tienes razón.

Midori salió del cuarto y fue a la cocina con el corazón entristecido. No creía que ningún dios pudiera salvar a su tía ya.

La tía Marston vivió solo una noche más. Temperance aceptó la mala noticia con estoicidad. No lloró, pero se aferró con fuerza el brazo de su prima.

—Ha sido voluntad divina —repetía de vez en cuando, como si quisiera grabar esas palabras en su memoria. Midori sabía que aquello era lo que le había dicho su padre, pero no estaba segura de que la joven estuviera tan convencida como él. Sabía por propia experiencia lo perdida y desconcertada que se sentía Temperance, así que hizo todo lo que pudo para mantenerla ocupada.

Daniel se ocultó tras una fachada de extraña calma y Midori deseó que hubiera algo que pudiera hacer para ayudarlo, pero sabía que lo único que aliviaría su dolor era el paso del tiempo. Y eso solo conseguiría atenuarlo.

La tía Hesketh seguía lanzándole miradas acusadoras.

—El señor sabrá castigar a los culpables —murmuró.

—¡Por amor de Dios, ya basta! —Daniel elevó la voz para defender a Midori al tiempo que dedicaba a su tía una fría mirada—. Mi madre habría enfermado aunque Midori la hubiese acompañado. Y sabes perfectamente que jamás habría delegado en nadie una tarea tan importante. Ella siempre elegía personalmente el pescado para evitar que nos engañaran, hasta yo sé eso.

La tía Hesketh pareció sorprendida ante aquella salida de su sobrino, y se alejó sin replicarle. No le dirigió la palabra a Midori de nuevo hasta después del funeral, y cuando lo hizo, solo fue para darle órdenes.

*¡Pero si no fue culpa mía!* Sin embargo aquel no era momento para discusiones, de modo que decidió ignorar las groserías de su tía.

### *Principios de enero de 1643*

Nico se llevó una agradable sorpresa al encontrar el puerto de Plymouth en buen estado a pesar de la guerra. Supervisó personalmente la descarga de las provisiones que había traído y alquiló un almacén seguro cerca del muelle para guardarlas. Después fue a casa de Harding para procurarse su ayuda en la búsqueda de los hombres adecuados para vigilar la mercancía.

Mientras caminaba hacia la casa del marinero le dio tiempo a valorar el estado de la ciudad. Nada parecía indicar que se hubiera producido ningún cambio de importancia. La gente no tenía aspecto de estar sufriendo a pesar de la guerra que se estaba librando. Sin embargo, la falta de sonrisas era notoria y echó de menos las expresiones de satisfacción y alegría que sí veía en los habitantes de Ámsterdam.

No podía evitar preguntarse cómo habría afectado todo aquello a Midori.

—Me alegro de verlo, señor. —Harding sonrió para darle la bienvenida—. ¿Has ido ya a ver a sus parientes, señor?

—No, acabo de llegar. ¿Sabes cómo están? —Nico pensaba que hombre prevenido valía por dos—. Supongo que no se habrá producido ningún desastre porque no he tenido noticias tuyas.

—Bueno, se dice que una de las señoras murió hace poco...

Nico sintió que se le retorció el estómago mientras esperaba que Harding prosiguiera. ¿Le habría pasado algo a Midori? ¿O quizá la excusa que les había dado a los Heeren XVII había sido una especie de profecía?

—... pero fue una de las mujeres mayores, así que estoy seguro de que la señora Midori está bien.

—¿No sabes quién murió?

—No, lo siento.

—Pues será mejor que me dé prisa. ¿Podrías encontrar a alguien que vigile el almacén, por favor?

—Claro, señor, ahora mismo.

Nico se alegraba de que no le hubiera ocurrido nada a Midori, pero la idea de que alguien de su familia hubiera muerto lo entristecía. A pesar de su larga ausencia, se dio cuenta de que aún los quería, más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Como haya muerto Kate... Bueno, me lo tendría bien merecido —murmuró, lamentando haber mentido. Ahora ya no había marcha atrás. Apresuró el paso para descubrir qué había sucedido.



Midori estaba en la cocina haciendo pan. Era un trabajo que le gustaba. La tranquilizaba hundir las manos en la suave masa y amoldarla a su voluntad. Sonrió para sí al imaginar que el pan era el rostro de su tía y lo golpeó para ablandarlo un poco más.

Tras la muerte de la tía Marston, el ambiente de la casa había cambiado drásticamente. Si antes había sido más bien sombrío pero con algo de alegría contenida, ahora la solemnidad lo imbuía todo. Con la tía Hesketh al mando de la gran mayoría de los aspectos del hogar, todo el mundo recibía órdenes sin una sola palabra amable y con muchos comentarios displicentes. La tía Marston hablaba con dulzura, mientras que la voz de Kate era como la de un general, y esperaba la misma ciega obediencia.

—Qué deprimente es esto —se quejó Midori a Temperance—. ¿Y por qué todo es siempre culpa mía? —Su tía solía pagar con ella su mal humor—. De verdad, es insoportable.

Pero de alguna manera había logrado soportarlo, sobre todo gracias a sus dos primos que la ayudaban siempre que la tía Hesketh se daba la vuelta. Le habría gustado darle una lección a aquella mujer, pero de momento, golpear la masa era la única salida a su frustración.

Metió el preparado en el horno, y se estaba sacudiendo la harina de las manos cuando escuchó que alguien llamaba a la puerta principal. Susan, la cocinera, y las dos ayudantes de cocina, habían salido a hacer varios recados y la tía Hesketh se había echado, así que Midori fue a abrir la puerta.

—Hola.

Aquella voz ronca y profunda le hizo alzar la vista tan rápidamente que casi pierde el equilibrio. Contempló con incredulidad la familiar figura que aguardaba al otro lado de la puerta.

—¡Nico! —Midori se llevó una mano al corazón para evitar que se le saliera del pecho. Dio un paso hacia atrás para estabilizarse—. ¿Qué haces aquí? Es decir...

Su aspecto era el mismo de siempre, salvo por la ropa, que ahora parecía más elaborada que nada de lo que hubiera llevado antes. Vestido de negro de pies a cabeza, salvo por la camisa y las medias, se parecía mucho a sus parientes ingleses. Pero a diferencia de ellos, su ropa estaba hecha de la más fina lana y su camisa era de una seda que brillaba a la luz del sol de invierno. Se empapó de la imagen que tenía ante sí, sus ojos azules, el pelo besado por el sol, su espíritu alegre, pero aun así, se sentía incapaz de creer lo que tenía frente a ella. Una agradable y cálida sensación comenzó a recorrerle todo el cuerpo, y sin pensarlo, sonrió.

Nico le devolvió la sonrisa y le hizo una reverencia burlona.

—Yo también me alegro de verte —dijo con media sonrisa.

—Pues claro que me alegro de verte pero... ¿qué haces aquí? Pensé que no volverías. —Por un momento se dejó llevar por la idea de que había regresado a por ella, pero en el fondo sabía que no era más que una fantasía. Rechazó su propuesta de matrimonio, así que no era nada suyo. *¡Ni lo quiero ser! No es de fiar, ¿recuerdas? Es un mentiroso. Desde luego, no te dijo la verdad...* Dejó de sonreír. Jamás podría casarse con él, aunque hubiera vuelto por ella. Lo que de todas formas no había hecho, como le demostró lo que dijo a continuación.

—He venido a hablar de negocios con tu tío y para ver cómo estáis, como le prometí en agosto. —La sonrisa también se esfumó de sus labios—. Pero me han dicho que llego tarde a un funeral. ¿Quién ha muerto? ¿Mi madrastra?

—No, la tía Marston.

—Oh, pobre mujer —murmuró Nico—. ¿Y cómo está tu tío?

—No habla mucho, pero está convencido de que está en un lugar mejor. O al menos eso dice.

—Ya, entiendo.

—Entonces has venido por cuestión de trabajo. —Midori intentó no mostrar la decepción que no debería sentir y ocultó las temblorosas manos bajo el delantal. Aquella visita inesperada le había hecho perder la compostura así que hizo lo que pudo para recuperarla.

—Así es. ¿Puedo pasar? —preguntó mientras arqueaba una ceja.

Midori se echó a un lado y sintió que se le enrojecían las mejillas.

—Sí, claro, perdona.

Nico contempló el delantal y sus manos, que estaban cubiertas de harina.

—Parece que te he interrumpido, pero podemos charlar mientras sigues con el trabajo. Ya veré después a los demás. ¿Cómo estás?

—Bien, muy bien, gracias.

—Bueno, ¿y qué le pasó a tu tía? ¿Fue repentino?

Midori le contó lo que había ocurrido mientras se apresuraba a hacer la masa para otra hogaza de pan.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar? —se atrevió a preguntar.

—No lo sé, depende.

Aquella respuesta tan vaga no le resultó nada satisfactoria, pero Nico no parecía dispuesto a añadir nada más porque enseguida cambió de tema.

—Pero cuéntame más cosas. ¿Qué tal te las apañas aquí? ¿Te has convertido ya en una puritana? —La miró de arriba abajo y Midori fue consciente del estado de su vestimenta y de la cofia que tanto detestaba. Comparada con sus maravillosos kimonos, aquella ropa no le sentaba especialmente bien, y por alguna razón eso la molestaba bastante en aquellos instantes.

—No, pero me estoy adaptando —le contestó y alzó unos centímetros la barbilla.

Estaba enfadada consigo misma por sentirse en inferioridad de condiciones. Aquello no debería importarle. Lo que de verdad contaba era lo que uno llevaba por dentro y precisamente él era el menos indicado para juzgarla.

Nico entornó los ojos, como si quisiera hacerle más preguntas, pero después apartó la vista.

—Desde luego lo llevas mejor de lo que pensaba. —Después de una breve pausa, se volvió de nuevo hacia ella y asintió—. Pero conmigo no tienes por qué fingir, lo sabes, ¿no? Imagino que no habrá sido fácil y... bueno, quizá yo pueda ayudarte.

Midori se encogió de hombros e insistió:

—Ya estoy acostumbrada. El tío y su familia son buenos conmigo. Este es mi sitio.

Nico siguió mirándola al tiempo que ladeaba la cabeza y arqueaba las cejas como si no la creyera del todo. Midori lo miró directamente a los ojos para convencerlo de su sinceridad. Hablaba en serio y aunque quizá hubiera endulzado un poco la realidad, tampoco era asunto suyo.

Pensó en la forma en que se habían despedido meses atrás y se dio cuenta de que Nico no lo había mencionado. Había entrado en la casa como si no hubiera pasado nada entre ellos dos, aparentemente seguro de que sería bienvenido. Por sus palabras, suponía que la encontraría dispuesta a arrojarse a sus brazos para suplicarle una segunda oportunidad. *Si es así, entonces es que no me conoce.*

—Será mejor que le dé el pésame a tu tío —dijo—. Te veré luego.

Cuando se hubo marchado, Midori retomó su tarea, golpeando la masa con más fuerza si cabe. La vida estaba llena de sorpresas, pero ¿por qué tenía que ser todo tan difícil?

Mientras se alejaba de la casa, Nico no sabía qué pensar. Se sentía aliviado de que Midori estuviera sana y bien cuidada, pero también reparó en que había cambiado. Al principio le costó reconocer a la joven que le había abierto la puerta como a la Midori de siempre. El corsé gris oscuro de mangas largas y la falda a juego hacían que se confundiera con su entorno, los tonos oscuros lo dominaban todo salvo el cuello blanco, la cofia y el delantal. Su precioso pelo estaba oculto. *Espero que no le hayan obligado a cortárselo.* Durante la mayor parte de su conversación su expresión había permanecido tan solemne como su atuendo.

*Sin embargo sus ojos se iluminaron al verme.* Y le obsequió con una de sus deslumbrantes sonrisas, lo cual era maravilloso, pero luego enseguida se corrigió y adoptó una expresión más neutra. *¿Qué escondía? ¿Le había dicho la verdad o simplemente intentaba calmar sus temores? No, no puedo creer que sea aquí tan feliz como asegura.*

Harding lo esperaba en el puerto.

—¿Qué tal está la señora? ¿Consiguió hablar a solas con ella?

—Sí, y parece estar bien.

—¿Pero? —Harding había detectado la duda en su voz.

—Es probable que no sea nada, pero tengo la sensación de que me oculta algo.

—Bueno, estoy seguro de que su tío la ha convencido de que no debe hablar a solas con un hombre. Es posible que se sintiera culpable.

Nico dio unas palmadas en la espalda al marinero. El hombre había demostrado ser un fiel amigo y le estaba muy agradecido, así que no quiso preocuparlo más con sus malos presentimientos.

—Seguro que tienes razón. Es que verla otra vez me ha descolocado. Estaba muy distinta. Esas ropas... —Consiguió esbozar una sonrisa—. Pero los cambios serán solo superficiales, ¿verdad? En el fondo seguirá siendo la misma.

—Claro, ¿por qué no iba a ser así?

—No quiero pensar que la estén tratando mal.

—Las veces que la he visto parecía estar bien. Siempre de buen humor.

—Pero la obligan a trabajar. Tenía las manos rojas y ásperas...

—Ah, pero no es el tipo de mujer a la que le gusta holgazanear. ¿No recuerda cómo era en el barco? Siempre se mantenía ocupada. Y no creo que se deje intimidar, ella no.

—Sí, tienes razón —dijo Nico. Midori tenía más personalidad que ninguna de las mujeres que había conocido. Y eso, desgraciadamente, dificultaría mucho su tarea.

Si se había convencido de que allí era feliz, ¿cómo iba a persuadirla de que no era así?

—Entonces, ¿has traído mercadería para vender? No es una mala idea en estos momentos, no es mala, no.

Nico regresó para cenar. Midori lo estuvo observando de reojo durante la cena, que transcurrió como si no se hubiera marchado nunca. Sin embargo, el ambiente en la mesa era distinto al de la última comida que había compartido con ellos. La tensión había desaparecido e incluso le pareció que su tío lo miraba con un respeto mal disimulado. Ahora se relacionaban de adulto a adulto, no de adulto a niño maleducado. Era un cambio agradable.

—Me alegro de que pienses eso. Esperaba que pudieras ayudarme a encontrar los compradores adecuados —contestó Nico, y añadió con una sonrisa—: con la comisión correspondiente por las molestias, por supuesto.

Ante la perspectiva de beneficios, el tío Marston pareció recobrar vida. Resultaba evidente que no había nada que le gustara más que ganar dinero y Midori lanzó una mirada de desconfianza a Nico desde el otro lado de la mesa. ¿Estaba intentando congraciarse con su tío? Y si así era, ¿por qué? Antes jamás le había preocupado mantener buenas relaciones con él. Nico le devolvió la mirada, y sin que nadie más lo viera, le guiñó un ojo. Midori frunció el ceño. *¿A qué estará jugando ahora?*

Incluso fue agradable con su tía Hesketh, a pesar de los punzantes comentarios que le hizo sobre la fina lana de su traje.

—Ya te lo dije en otra ocasión, la robé —repuso Nico con una sonrisa que indicaba claramente que estaba mintiendo—. Pero la próxima vez cogeré un poco para ti, ¿quieres? Veo que te ha gustado mucho.

La mujer se puso nerviosa y no supo qué responder a la broma.

—De verdad, Nicholas —murmuró, pero después de la cena, cuando entregó un regalo a cada una de las «señoras», como él las llamó, pareció complacida.

—Ya sabes que no aprobamos el oropel —le reprochó mientras alzaba una sencilla cadena de plata con una pequeña cruz marrón del paño de lino a la que había estado atada—. ¿Y a santo de qué nos compras regalos?

—La última vez que estuve aquí me echaste en cara que no hubiera traído nada. ¿Es que no piensas lo mismo? —volvió a bromear Nico, después asintió—. Es un símbolo religioso y no tiene mucho valor. Lo compré en el Báltico, donde uno puede encontrar ámbar caminando por la orilla del mar. Estoy seguro de que nadie puede ponerle pegas a un regalo tan sencillo. ¿Tú qué opinas, Jacob?

El tío de Midori, todavía de buen humor ante la perspectiva de ganar dinero con los productos traídos por Nico, dio su consentimiento.

—Si ni siquiera brilla —dijo.

Midori abrió su pequeño paquete y encontró lo que parecía un pedazo de savia endurecida que pendía de una cadena igual de sencilla. Aunque no brillaba como otras joyas, tenía la sensación de que tenía más valor de lo que Nico admitía. Cuando lo alzó para verlo mejor a la luz del sol, distinguió una florecita atrapada en su interior, como congelada en el tiempo. Miró a Temperance, que exclamaba de placer al ver el colgante que le había traído a ella. En principio, el regalo de su prima no era más que una pieza de ámbar pulida, y aunque resultaba bonita cuando le daba la luz, no había nada dentro.

—Tu regalo es especial —le dijo Nico a sus espaldas y en voz baja para que solo ella lo pudiera oír—. Por favor, no se lo digas a nadie o te lo quitarán. ¿Te ayudo con el cierre?

Midori no sabía qué decir. Le daba pudor que la hubiera señalado así y no estaba segura de si debía aceptar el presente. Aunque si no lo hacía, tendría que dar explicaciones. Dudó por un momento, pero finalmente dijo:

—Gracias. —Le ofreció el colgante y él se lo abrochó. El fugaz contacto de sus dedos sobre su nuca le hizo estremecer y tuvo que controlarse para no emitir ningún sonido. Le pareció que tardaba algo más de la cuenta pero entonces, y sin decir nada, se apartó para ayudar también a su madrastra.

Poco después se marchó y Midori se quedó pensando una vez más en qué estaría tramando. Era obvio que tenía algo en mente, la oferta que le había hecho a su tío, los regalos que había traído para las mujeres eran solo el principio, estaba segura.

¿Qué haría a continuación?

Nico estaba contento de que Midori hubiera aceptado su regalo, aunque lo hubiera hecho a regañadientes. Había bajado la guardia por unos segundos y había mostrado sus verdaderos sentimientos. Vio confusión y sorpresa en sus ojos, que era lo que había esperado. Desconcertarla era el único modo de saber qué sentía realmente y ese había sido su propósito. Tenía que saber si cabía alguna posibilidad de redimirse ante sus ojos, quería saber si le podía perdonar.

Solo entonces le pediría de nuevo que se casara con él.

*Me comporté como un verdadero idiota la última vez.* Debió de imaginar que lo rechazaría porque una vez que Midori decidía una cosa, no se echaba para atrás nunca. Y solo consiguió empeorar las cosas cuando la besó, ahora lo veía claro. Si se tratara de cualquier otra mujer, no habría tenido problemas en engatusarla para que lo perdonara. Pero Midori era diferente.

Si le fallabas, era muy difícil ganarse de nuevo su respeto. Y él le había fallado, de eso no cabía ninguna duda. Le había dejado muy claro que ya no confiaba en él, que lo consideraba un hombre sin honor y un mentiroso. No era como las demás, no podría seducirla ni convencerla con regalos y atenciones, aunque esperaba que todo eso lo ayudara, por eso compró el ámbar. Ella se regía por otros valores y un estricto código de conducta, no por las emociones. *O al menos, no era esclava de ellas.*

Al día siguiente sonreía mientras subía la colina que llevaba hacia la casa de Jacob.

—Pero no es tan indiferente como quiere aparentar —murmuró. Aquella impresionante sonrisa cuando la sorprendió con su repentina llegada y las miradas que le lanzaba lo demostraban. Por no mencionar cómo había reaccionado a sus besos en el pasado—. Y puede que seas testaruda, mi señora Midori —susurró para sí— pero yo también lo soy. La perseverancia es la clave. Que comience la batalla.

Llegó justo cuando Midori y sus dos primos salían de la casa cargados con palas y pequeños picos.

—Buenos días —saludó Nico, alzando las cejas ante aquella visión—. ¿Adónde vais?

—A trabajar en las excavaciones —dijo Daniel—. Todo el mundo tiene que echar una mano. Tú también puedes venir si quieres, primo. —Miró a Nico de arriba abajo y sonrió—. Aunque no querrás ensuciar esa ropa tan bonita.

Su primo le devolvió la sonrisa e hizo como si le fuera a pegar.

—Quizá me apunte luego. Ahora tengo que tratar de negocios con tu padre y te aseguro que esta ropa tan bonita me vendrá bien para eso. ¿Dónde vais a estar?

—En principio cerca de Maudlin.

Nico los encontró allí más tarde, concentrados en el duro trabajo. Se había cambiado y estaba dispuesto a cavar si eso era lo que hacía falta para mejorar la idea que Midori tenía de él. Jacob le había dicho que todo el mundo colaboraba, pero cuando echó un vistazo a las obras no pudo disimular su asombro.

—¡Cielo santo! —murmuró mientras miraba a su alrededor—. No tenía ni idea de la magnitud de las excavaciones. —También le sorprendió ver la cantidad de gente involucrada y lo avanzado que estaba el trabajo.

—Sí, impresionante, ¿verdad? —dijo Daniel mientras se apoyaba sobre la pala para descansar por un momento—. Pero es necesario. Los de Cornualles pueden volver en cualquier momento y por eso estamos construyendo encima de lo que levantamos el año pasado.

—¿Tan mal están las cosas? —Nico ahora estaba serio y se llevó a Daniel a un lado—. Yo creía que las noticias que corren por el continente eran pura exageración.

—Me temo que no. —Daniel le puso al tanto de los últimos acontecimientos—. Se decía que íbamos a recibir refuerzos, pero el coronel Ruthven decidió marchar hacia Cornualles sin esperarlos. Fue un desastre y estos últimos días no paran de llegar heridos. Estoy seguro de que los realistas pronto volverán para sitiarnos de nuevo.

Nico digirió la noticia. Parecía que había llegado justo a tiempo. Miró a Midori, que trabajaba con diligencia junto a los demás, y sintió en su interior cómo crecía la necesidad de protegerla. *Tengo que sacarla de aquí y rápido. A los demás también.* Aunque por las ganas que Daniel le ponía a las excavaciones, suponía que no sería fácil convencerlos de que tenían que abandonar la ciudad. Pero bueno, cada cosa a su tiempo. Primero debía concentrarse en ablandar a Midori, después ella le podría ayudar a convencer a los demás. Inclino la cabeza hacia Daniel.

—Gracias por la información —le dijo—. ¿Tenéis alguna pala de sobra?

Parecía que iba a tener que abrirse camino a paladas hasta el corazón de Midori.

*Mayo de 1643*

No funcionó.

Tras pasar varios meses en Plymouth, Nico tuvo que admitir que su ofensiva de reconquista no estaba funcionando y ya se estaba aburriendo de aquel juego del gato y el ratón.

*¡Maldita sea, pero qué testaruda es esta mujer!*

La frustración lo estaba devorando por dentro. Estaba seguro de que Midori aún se sentía atraída por él aunque se negara a admitirlo. De vez en cuando la pillaba mirándolo, pero entonces apartaba la vista. Según su experiencia, eso significaba que estaba interesada en él, pero no había manera de hablar con ella a solas para progresar en su conquista. Se había convertido en una experta en conseguir que sus primos siempre estuvieran cerca e ignoraba todas sus peticiones de hablar con ella a solas o simplemente le daba la risa, como si Nico estuviera bromeando. Y muchas de las veces era incapaz de encontrarla por ninguna parte. No tenía ni idea de donde pasaba gran parte del día; desde luego con él no.

—¿Adónde demonios irá? —murmuró. ¿Y cómo iba a demostrarle lo arrepentido que estaba por haberle mentado si no hablaba con él? *Tiene que haber una manera.*

Pero Midori seguía evitándolo.

*Más me valdría unirme a las tropas y luchar en la guerra, para lo que estoy haciendo aquí.* Pero Nico creía que todas las guerras eran inútiles, sobre todo aquella, y no tenía interés alguno en luchar por ninguno de los dos bandos.

Jacob y él no tardaron mucho en vender todas las mercancías que había traído, tras lo cual se dio cuenta de que no tenía nada que hacer allí. Durante un tiempo se unió a los voluntarios en las excavaciones, pero cuando estas también se detuvieron, de nuevo se vio ocioso.

Ni siquiera se estaban librando batallas, porque aunque la ciudad estuvo sitiada durante el mes de febrero, el sitio pronto se levantó sin que hubiera ni una sola escaramuza.

—Bah, los realistas ni nos han despeinado —presumió Jacob—. Si pensaban que nos iban a causar problemas, iban muy desencaminados.

Y era cierto, porque los partidarios del rey se veían incapaces de controlar el tráfico marítimo. Intentaban evitar que los barcos entraran y salieran del puerto, pero los cañones que tenían dispersos a lo largo de la costa se mostraban del todo insuficientes. Por puro aburrimiento, Nico hizo un par de viajes de negocios en nombre de Jacob. No en su barco, que mandó de vuelta a Ámsterdam al poco de



llegar, sino en los que Jacob tenía y que puso a su disposición. Pasar el bloqueo de los realistas añadía algo de emoción a una vida bastante aburrida. En mayo ya no lo soportó más.

*Yo no vine a Plymouth para esto.*

Aquella mañana había estado ayudando a Jacob a completar sus libros. Al viejo mercader comenzaba a fallarle la vista, así que agradeció que le echara una mano. Gracias a sus aventuras empresariales, se había creado un lazo entre ellos, aunque ambos se mostraban todavía reservados. Ninguno de los dos hablaba ya del pasado, aquel tema era mejor olvidarlo.

—El que debería ayudarme con los libros de cuentas es Daniel, pero últimamente no para por casa —se quejó Jacob—. ¡Malditas obras! Parece mentira que siga habiendo tierra que remover.

Y no la había, como bien sabía Nico, pero no dijo nada. Si Daniel quería que su padre creyera que estaba participando en las obras de defensa, sería por alguna razón y él no iba a traicionarlo. Había visto cómo se le iluminaban los ojos cuando hablaba de la defensa de la ciudad y de sus derechos, y resultaba evidente que estaba obsesionado con alistarse en el ejército. *¡Locura de juventud! ¿Quién en su sano juicio querría luchar en una guerra?*

—Tengo la sensación de que pronto las defensas demostrarán su utilidad —comentó Nico—. Esta mañana he oído que la tregua ha terminado. —Devon y Cornualles acordaron el cese temporal de las hostilidades en marzo, pero la paz no había durado mucho y Nico se sentía en la obligación de avisar a Jacob, ya que aquello podría tener consecuencias para sus negocios.

—Estupendo, justo lo que necesitábamos —murmuró Jacob—. ¿Qué más has oído? —Al ver que Nico dudaba, lo miró preocupado—. No me ocultes nada, prefiero estar prevenido.

—Según parece, el conde de Stamford ha aceptado conducir el ejército hacia Cornualles —confesó a regañadientes. Se preguntó si Daniel correría a alistarse y si Jacob podría hacer algo para evitarlo. Tanto él como su padre sabían que un joven tan inexperto no tendría ninguna oportunidad en una batalla. Acabarían con él.

Jacob suspiró y se pasó las manos por el rostro, como si estuviera cansado de tantas responsabilidades.

—No es fácil ser padre —dijo con un suspiro y se volvió hacia su sobrino—. Ya sé que no tengo derecho a pedirte pero ¿no podrías hablar con Daniel para que entre en razón? Quizá te haga caso, le caes bien. Soy consciente de que si la ciudad estuviera en peligro, él tendría que luchar, pero unirse al ejército para atacar Cornualles... —No pudo terminar la frase porque se le quebró la voz. Nico lo agarró del brazo.

—Lo haré, pero es joven y pasional. Quizá no me escuche. Hablaré con él mañana, cuando salga de casa. Al menos lo intentaré.

Jacob asintió.

—Gracias, aprecio mucho tu gesto.

Daniel había mejorado mucho en el manejo de las armas y Midori comenzaba a pensar que quizá ya había llegado el momento en el que debía reconocer que no tenía nada más que enseñarle. Con la excusa de las obras, habían tenido más oportunidades de escabullirse para entrenar, pero aquel día, mientras salía por la puerta de atrás, decidió decirle a Daniel que a partir de ahora debía practicar él solo. Su tío Marston descubriría cualquier día que las excavaciones ya habían terminado.

Se encontró con Daniel donde quedaban siempre, a varias calles de su casa, y caminaron en silencio hacia la costa, donde buscaban un lugar desierto para entrenar.

—Bueno, ¿y hoy qué hacemos? —preguntó, siempre deseoso de aprender.

A Midori le preocupaba que Daniel no comprendiera la importancia de lo que estaba enseñándole. Quería gritarle que estaba aprendiendo a matar a otro ser humano y que aquello no era un juego, pero sabía que no conseguiría nada. Le había preparado lo mejor que sabía, lo demás era cosa del destino.

En lugar de eso le dijo:

—Vamos a practicar los movimientos que te enseñé ayer —respiró hondo—. La verdad, creo que ya no me necesitas. Solo queda aumentar la fuerza y mejorar los reflejos. Eso lo puedes hacer tú solo. Ya no me atrevo a salir de casa tan a menudo.

Llegaron a la costa. Daniel se detuvo, le cogió las manos y la miró con expresión seria.

—Tienes razón, y nunca te agradeceré bastante lo que has hecho por mí. Ahora me siento mucho menos... inútil. De verdad, muchas gracias.

Midori le sonrió y no opuso resistencia cuando la atrajo hacia así y le dio un torpe abrazo. Le había cogido mucho cariño y le alegraba que la pudiera abrazar por fin como a una hermana. Iba a decirle que no tenía que agradecerle nada cuando oyó una voz heladora a sus espaldas.

—Vaya, vaya, qué enternecedor. De no verlo con mis propios ojos jamás lo habría imaginado. Normal que pasarais tanto tiempo fuera de casa. Por fin entiendo la razón.

Un grito ahogado escapó de los labios de Midori. Después se volvió y vio a Nico caminando hacia ellos. Se liberó del abrazo de Daniel y se apartó de él.

Nico se detuvo a unos pasos. Parecía furioso y los miraba con los ojos entornados.

—¿Cuánto tiempo lleváis así? Y pensar que Jacob creía que estabais trabajando para la ciudad. En cuanto a mí, ¡no sé cómo he podido estar tan ciego!

—No es lo que piensas —dijo Daniel—, es decir... —Miró a Midori como si requiriese su permiso para contarle lo que realmente habían estado haciendo. Como ella asintió, Daniel prosiguió—. Midori me ha estado adiestrando en técnicas de defensa y lucha. Mira, te lo vamos a enseñar.

Pero al parecer Nico no lo estaba escuchando. No apartaba los ojos de Midori.

—Una buena excusa, claro.

Su tono sarcástico la enfureció tanto que se sonrojó y por una vez se dejó llevar por los sentimientos. Lo miró con las manos en las caderas y repuso:

—Bueno, es más de lo que estás haciendo tú para proteger a tu familia —le recriminó—. No veo que hayas aportado nada a la defensa de la ciudad, aparte de los días que estuviste cavando. Si nos mataran a todos mientras dormimos, tú te limitarías a zarpar de nuevo, ¿verdad? —Sabía que no era justa, pero estaba tan enfadada que le daba igual.

—¿Es eso lo que piensas? —Nico dio un paso hacia ella, sus ojos eran oscuros zafiros que relucían de rabia bajo la luz del sol—. ¿Esa es la opinión que tienes de mí?

—Como ya he dicho antes, no te he visto levantar un brazo en favor de tu clan. —Midori se mantuvo firme. Daniel, más sensato, prefirió guardar silencio.

—Por última vez, Midori, en Inglaterra no hay clanes, no en el sentido que tú crees. A estas alturas ya tendrías que haberte enterado.

—El tío Marston y tu madrastra...

—Son familia, sí, y pensaba ofreceros la posibilidad de que todos vinierais a Ámsterdam conmigo, pero nada más. Esta no es mi lucha. Me da igual que gane el rey Carlos o el Parlamento, así que ¿por qué tengo que matar a nadie en nombre de una causa o de otra? ¿Por qué habrías de hacerlo tú?

—Porque es lo honorable. Y solo matarías para defender a tu familia. —Midori apretó los puños y los mantuvo a sus costados para no pegarle. ¿Por qué no lo entendía? Era un código de conducta bastante sencillo por el que regir la vida.

—Y otra vez volvemos a lo mismo, ¿no? Crees que no tengo honor porque te oculté información. ¡Por amor de Dios! ¡Yo creía que ya me había disculpado suficientes veces!

—Yo no quiero más disculpas —dijo Midori entre dientes—. Solo quería que me mostraras la clase de hombre que eres. Las palabras son solo eso, palabras. Y los regalos y las atenciones están muy bien, pero no significan gran cosa si detrás no hay sinceridad.

Reparó en cómo se tensaban los músculos de su mandíbula, como si Nico estuviera apretando los dientes con fuerza.

—Entiendo. Muy bien. Si lo que quieres es que me vaya a la guerra y muera allí solo para demostrar que soy un hombre sincero y de honor, así lo haré. Marcharé para Cornualles esta misma tarde. Aunque no sirva para nada. Os deseo buena suerte en vuestro matrimonio. —Se volvió para dirigirse a Daniel—. Y no se te ocurra seguirme porque con que haya una muerte inútil en la familia ya es suficiente.

—¿Qué? Yo no...

—Nico, no seas ridículo. —Midori dio un paso hacia delante e intentó agarrarlo del brazo, pero él se liberó y comenzó a caminar—. No quiero que mates a nadie para demostrar nada —le gritó—. Uno elige bando siguiendo a su corazón, tiene que ser

elección tuya.

Pero él ya no la escuchaba, puesto que prosiguió su camino. Midori se dejó caer sobre la arena y ocultó el rostro entre las manos. Unas lágrimas calientes luchaban por abandonar sus párpados, pero ella se negó a dejarlas escapar. Nico no lo merecía. Además, recuperaría el sentido común cuando se tranquilizara. O al menos eso esperaba.

Daniel se arrodilló junto a ella y le dijo más o menos lo mismo. Después añadió:

—No entiendo cómo puede haber malinterpretado de tal forma lo que ha visto. Pero si jamás te he mirado de esa manera. Eres demasiado vieja para mí.

Midori no tuvo más remedio que sonreír ante aquel comentario, aunque con labios temblorosos.

—Gracias, Daniel, ahora me siento mejor —dijo con ironía—. No había caído en la cuenta de que fuera tan mayor.

Daniel le devolvió la sonrisa y la trajo hacia así para abrazarla de nuevo.

—Era una broma, pero estoy seguro de que sabes que para mí eres como una hermana. Ojalá hubiera sabido antes que Nico tiene otros sentimientos hacia ti. Quizá hubiera podido ayudar.

Midori negó con la cabeza.

—No, es inútil. Como ya le he dicho, tenía que demostrarme su valía antes, pero no así...

Cuando pensó en Nico de camino a la batalla tuvo que esforzarse más que nunca por no llorar. Ahora todo estaba en manos del destino y lo único que podía hacer era rezar.

—*Bakajaro!* —murmuró—. ¡Qué hombre más estúpido!

*Pero... ¿y si tuviera razón?* La duda comenzó a abrirse camino en su mente. Llevaba en Inglaterra el tiempo suficiente para saber que no todo el mundo estaba dispuesto a luchar hasta la muerte por sus creencias y que el honor no era un valor tan respetado como en su país. Pensó en la tía Hesketh y en Temperance, ¿qué les pasaría si la guerra llegara por fin a Plymouth? ¿Y al tío Marston? Era demasiado viejo para luchar.

*¡Qué egoísta he sido!* Lo había visto solo desde su punto de vista, mientras que Nico no. Él se había ofrecido a llevarlos a todos a Ámsterdam, donde estarían seguros.

*Les habría salvado la vida. Y sin embargo... ¿qué pasará ahora?*

—¡Oh, Daniel! ¡Cómo lo he complicado todo! —Apoyó la cabeza contra su hombro y por primera vez sintió que necesitaba su fuerza y no al revés.

—Todo saldrá bien, ya lo verás —la consoló—. Estoy seguro.

Pero Midori ya no creía en los finales felices.

La rabia dominó la vida de Nico durante las siguientes semanas. Fue como si

estuviese rodeado de una niebla helada donde nada parecía real. Apenas fue consciente de su alistamiento, de la marcha hasta Cornualles y de las noches durmiendo al raso. Ni siquiera la suciedad y el hambre parecieron afectarle. Al parecer, luchó en una batalla en Straton, en el norte de Cornualles, donde los partidarios del Parlamento fueron claramente derrotados; sin embargo, Nico apenas recordaba nada. Solo sabía que había sobrevivido, aunque no entendía cómo lo había logrado cuando era uno de los pocos hombres al que le daba igual vivir o morir.

En su mente todo era una pesadilla de sangre, humo, gritos y el sonido atronador de cañones y mosquetes. Tras la batalla, regresó como pudo a Exeter, junto con lo que quedaba del ejército de Stamford. A pesar de su confusión y de que se había arrojado a lo peor de la lucha, Nico no resultó herido, salvo por algunos arañazos. Era como si el destino se estuviera riendo de él.

*Midori quiere que le demuestre que puedo luchar por mi clan, y cuando lo hago, no tengo ni una herida que lo pruebe.* Aquella idea hizo que una risa histérica se le acumulase en la garganta y entonces se dio cuenta de que tenía que comenzar a pensar con claridad. Miró a su alrededor y llegó a la conclusión de que no tenía ni idea de dónde estaba.

—¿Vamos a hacer noche en Plymouth? —le preguntó al hombre que tenía más cerca.

—¿Plymouth? No, pasamos Plymouth hace dos días. Tendrán que defenderse solos, que Dios los asista. —El hombre lo miró con curiosidad—. ¿Estás bien? Te han dado en la cabeza, ¿eh?

—No, estoy bien, gracias.

Las palabras del hombre sacaron a Nico de su ensimismamiento y comenzó a prestar atención a lo que se decía a su alrededor. Se enteró de que Plymouth había quedado aislada de las fuerzas parlamentarias, en las que él luchaba. Ahora no había nadie que pudiera ayudarlos. Con gran pesar, se dio cuenta de que Midori había tenido razón y que debió quedarse allí para defender la ciudad, pero ahora ya era demasiado tarde.

Midori y los demás estaban solos y no había nada que él pudiera hacer al respecto. Incluso si intentaba regresar, jamás conseguiría entrar en la ciudad.

*¡Maldita sea!*

—No lo entiendo —oyeron murmurar a Jacob durante los días siguientes a la marcha de Nico—. Pensaba que por fin había madurado. Si incluso le pedí que... da igual. Quizá esta sea su forma de ayudarme.

Midori y Daniel intercambiaron miradas, pero ninguno de los dos dijo nada de su encuentro con Nico. Aquel no parecía un buen momento para aclarar las cosas y de todas formas, pronto tuvieron otras preocupaciones más acuciantes. Llegaron noticias de la victoria realista y todos supieron lo que eso significaba. Pronto volverían a

sitiarlos.

¿Y qué le habría pasado a Nico? ¿Habría sobrevivido? No había forma de saberlo.

—Tenéis que volver a las obras. Nos van a evaluar a todos para ver qué funciones podemos desempeñar. Es una vergüenza, eso es lo que es —les dijo su tío una noche—. Un metomentodo vino a informarme esta tarde.

A Midori aquello no le sorprendió y durante las siguientes semanas trabajó junto con Daniel y Temperance en el nuevo parapeto de piedra que se iba a añadir al muro de tierra original para fortalecerlo. Pero apenas si se daba cuenta de lo que hacía, porque la imagen de Nico marchándose enfadado volvía una y otra vez a su cabeza.

*Debí seguirlo y explicárselo todo. ¿Por qué no lo hice? ¿Cómo pudo llegar a una conclusión tan absurda? ¿Cómo iba a querer casarme con Daniel!* Aunque solo era dos años mayor que su primo, se sentía muchísimo más madura y lo consideraba como su hermano pequeño. Casarse con él era una idea tan ridícula que no comprendía como Nico la había considerado siquiera.

Y sin embargo, así había sido y ahora ya no estaba con ellos. *Y todo por mi culpa.*

Tenía pesadillas en las que lo veía muerto en algún campo de batalla y se culpaba de no haber estado allí con él para protegerlo. Un día le habló a su primo Daniel de aquellos sueños.

—Así que estaba en lo cierto. Estás tan loca por Nico como él por ti.

Midori sacudió la cabeza.

—No, tuvo su oportunidad y me rechazó. Después cambió de opinión por una caballerosidad mal entendida, supongo, y como le dije que no, entonces decidió que sí me quería después de todo. Es complicado —suspiró.

—¡Desde luego! —Daniel parecía confundido—. Pero creo que te equivocas. Si no estuviera enamorado de ti, ¿cómo se le habría ocurrido pensar que tú y yo somos novios?

—No lo sé, es malpensado y testarudo y... —*El hombre al que amo.* No podía engañarse a sí misma, pero admitirlo tampoco cambiaba nada. Nico no era para ella, pero eso no impedía que se preocupara por él.

—Volverá pronto —fue el veredicto de Daniel—. Ya lo dijo él, ¿por qué iba a querer luchar por algo en lo que no cree? No te preocupes, siempre ha tenido la suerte de su lado, al menos eso es lo que dice mi padre.

Midori deseó que por una vez su tío tuviera razón en algo. No se atrevía ni a pensar en la alternativa.

*Julio de 1643*

Nico nunca había estado en Wiltshire, pero a comienzos de julio se encontró a las afueras de la pequeña población de Devizes, en el borde de la llanura de Salisbury. La plaza era de los partidarios del rey pero el comandante de las fuerzas parlamentarias, bajo cuyas órdenes luchaba Nico, estaba decidido a cambiar eso.

—Tampoco debería resultar muy difícil, creo yo —le dijo un soldado a otro compañero cerca de donde estaba Nico—. Por lo que he podido ver no hay fortificaciones. Los sacaremos de allí como a las ratas de un agujero.

Nico no estaba tan seguro. Para entonces ya había aprendido que los comandantes de ambos ejércitos eran hombres decididos que no hacían nada sin estudiar antes todas las posibilidades. Tenía que haber una razón por la cual los hombres del rey se negaban a dejar aquel lugar.

El breve sitio a la ciudad resultó poco productivo y en la mañana del trigésimo día llegaron malas noticias.

—Esperan refuerzos. Caballería de Óxford, en concreto. Vamos a marchar a Roundway Down. —El mensaje se propagó entre los soldados y Nico se preparó para la marcha junto con los demás. Se echó el petate y el mosquete al hombro, ya era todo un experto en cargar y disparar. Roundway Down resultó ser una colina en la cara norte de la ciudad, no muy lejos de allí.

—Desde aquí arriba los tenemos controlados. Es la mejor posición —oyó decir a alguien mientras se preparaban para la lucha. El día pronto se tiñó de sangre y las fuerzas del Parlamento se llevaron la peor parte.

Nico combatió en lo peor de la batalla. Disparaba su mosquete y se acercaba después para luchar cuerpo a cuerpo con la bayoneta fijada en el extremo del cañón, y siempre con su espada al cinto como último resorte. El enfrentamiento fue brutal y sangriento, como una horrible pesadilla hecha realidad, pero Nico intentó no pensar en lo que estaba haciendo. Si lo hacía se volvería loco. En lugar de eso, se centraba en sus contrarios, en aquellos hombres que eran sus enemigos, como no dejaba de recordarse a sí mismo, y se limitaba a hacer lo necesario para seguir con vida.

Contra los mosquetes y las balas de cañón no podía hacer nada, pues se iban la vida de los hombres de forma aleatoria y sin hacer discriminaciones. Solo la suerte lo mantenía lejos de su trayectoria. Pero los hombres que se lanzaban a por él, que querían matarlo a toda costa, contra ellos sí podía defenderse y lo hacía. Una y otra vez repelía los ataques al tiempo que intentaba proteger a sus compañeros como mejor sabía. Decidió no pensar en el hecho de que todos allí eran ingleses y de que él

no tenía ninguna razón para matar a nadie.

Esta vez los realistas contaban con un millar de hombres a caballo que no tardaron nada en acabar con las fuerzas en retirada de sus enemigos. Sobre todo de aquellos que, como Nico, iban a pie. Los parlamentarios acabaron huyendo desordenadamente.

—¡Retirada! ¡Retirada!

Nico escuchó la orden a pesar del ruido ensordecedor de los cañones y siguió a sus compañeros de armas en su carrera desesperada a través de nubes de humo y polvo.

¿Cuánto tiempo durará esto? ¿Terminará alguna vez?, se preguntó. Nadie parecía tener la respuesta.

### *Agosto, septiembre y noviembre de 1643*

Midori escuchó a su tío y a todo aquel que era alguien en Plymouth jurar «mantener y defender con lealtad las ciudades de Plymouth y Stonehouse» y «no aceptar ningún perdón ni protección del enemigo», y se preguntó dónde estaría Nico y si lamentaba su precipitado alistamiento tanto como ella el haberlo incitado.

¿Por qué le dije todas aquellas cosas? No tenía derecho. Durante el largo y cálido verano y los días más cortos de otoño, esperó y deseó que recuperara el sentido común y regresara, pero fue en vano.

—El hijo de un amigo mío, que regresó a casa para recuperarse de las heridas, me ha dicho que vio a Nicholas marchar con sus compañeros hacia Bristol tras la batalla de Roundway Down —le comentó su tío a finales de julio—. Pero Bristol ahora está siendo sitiado por las fuerzas leales al rey, así que debemos dar por hecho que Nicholas está atrapado allí. —Aquellas fueron las únicas noticias que tuvieron de él.

Temperance se volvió inquieta y retraída y seguía a Midori como una sombra allí donde fuera, como si ella fuera la única que le daba seguridad en un mundo que se había vuelto loco.

—¿Estás bien? —le preguntó a su prima una mañana. Temperance estaba sentada con la mirada perdida en lugar de coser, como era su obligación.

—¿Qué? Oh, sí, supongo.

Midori negó con la cabeza.

—Estás asustada, ¿verdad?

Temperance asintió y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Es que todo es tan... ¡horrible! No sé si podré soportarlo más.

—Lo sé. —Midori se acercó para abrazarla. Aún no había cumplido los catorce años y aunque se estaba haciendo mayor muy rápidamente, sus hombros le parecieron aún muy frágiles—. Pero no te angusties, no dejaré que nadie te haga daño. ¿Te puedo contar un secreto?



—Sí, por favor.

Le confesó que sabía luchar y que ella y Daniel habían estado practicando a escondidas cerca de la costa.

—Así que ya lo ves, te defenderemos si llega el caso. No hay nada que temer.

Aquello no era exactamente así, y ambas lo sabían, pero Midori vio que sus palabras tranquilizaron un poco a su prima.

—Gracias, me alegro mucho de que estés aquí. —Temperance consiguió esbozar una temblorosa sonrisa—. Ojalá yo fuera tan valiente como tú.

—Estoy segura de que lo puedes ser. Tengo fe en ti. Y ya lo verás, cuando llegue el momento, encontrarás el valor necesario. Nos pasa a todos cuando no hay más opción. Ahora, por favor, no te preocupes más, de momento estamos a salvo.

*¡Si al menos supiera que Nico también lo está!*

—No te preocupes, probablemente Nicholas no podría entrar en la ciudad ni aunque quisiera. —Daniel, amable como siempre, intentaba calmar a Midori.

—Sí, seguro que tienes razón.

La ciudad llevaba sitiada desde septiembre. Llegaron tropas de caballería, pero aunque hubo algunas escaramuzas y ataques, ninguno de los dos bandos hizo intentos serios de iniciar una batalla. Comenzó a correr el rumor de que Bristol había caído en manos de los realistas bajo el mando del príncipe Maurice, el sobrino del rey. De Nico seguían sin saber nada. Midori temía lo peor, pero se mantenía ocupada para no pensar demasiado.

Las fuerzas defensivas de la ciudad necesitaban más soldados y el ejército empezó a recurrir a la leva. Nadie estaba a salvo y durante el sermón del segundo domingo de octubre, varios oficiales entraron en la iglesia a la que acudía la familia Marston e interrumpieron el servicio.

—¿Qué es todo esto? —protestó el pastor mientras recogía la Biblia que se le había caído de las manos.

—Venimos a por todos los hombres capaces —dijo el líder—. Se requiere el esfuerzo de todos o la ciudad caerá en manos de los papistas. ¿Algún voluntario?

Daniel fue el primero en levantarse y lo hizo con expresión triunfal, sin mirar a su padre. Se despidió de su familia con una inclinación de cabeza y salió de la bancada para unirse a los oficiales de leva. Su padre bajó la vista y rezó una oración por el bienestar de su hijo, pero no protestó. Quizá por fin había aceptado la inevitabilidad de aquella guerra, o puede que simplemente lo tomara como voluntad de Dios, puesto que todo había tenido lugar dentro de la iglesia. Pronto otros muchos siguieron a Daniel, algunos eran jóvenes, otros viejos. Para cuando salieron del edificio, el grupo de reclutas ascendía a veinte hombres.

Cuando las puertas dobles se cerraron, un murmullo recorrió el templo y todo lo que se pudo escuchar fueron los suspiros de alguna madre o esposa que intentaban no

llorar abiertamente.

—Bueno. —El pastor se aclaró la garganta varias veces—. Creo que no estará de más rezar algunas oraciones más. Comencemos con las propias palabras del Señor...

Temperance agarró con fuerza la mano de su prima. La joven estaba temblando y Midori le respondió con un fuerte apretón para intentar consolarla. Después bajó la cabeza y rezó a todos los dioses que conocía, incluido el de su tío, para que Daniel supiera sacar partido de sus enseñanzas.

Nico cogió la pluma y mojó la punta en la tinta, pero cuando la alzó sobre el papel, lo único que apareció fue una mancha oscura.

—¡Maldita sea! —murmuró.

—¿Qué ocurre, Noordholt? ¿No encuentras palabras para expresar tu profundo amor? —bromeó su compañero John Stephens. Nico le dedicó una mirada furiosa, pero sabía que eso no detendría al joven.

Se hicieron amigos, o más bien compañeros de penurias, durante la batalla de Roundway Down, cuando Nico lo ayudó a huir del campo al resultar herido en una pierna. Lo sacó de allí a ratos en volandas, a ratos a rastras, sorprendido de su empeño en salvar al menos a una persona de aquella matanza.

En aquel momento no se detuvo a pensar en el porqué de sus acciones, pero después se le ocurrió que quizá tuviera que ver con el hecho de que Stephens, de tan solo dieciocho años, le recordaba a él mismo cuando era joven. Tenía toda la vida por delante y Nico quería que la aprovechara al máximo en lugar de morir inútilmente en un campo de batalla.

—No estoy escribiendo una carta de amor —dijo, intentando que su voz sonara firme para cortar en seco las bromas—. Solo pensaba informar a mis parientes de que sigo vivo y de que regresaré a casa para darles la lata una vez acabe esta guerra.

Stephens sonrió.

—Nah, no me engañas. A nadie le costaría tanto escribir una cosa tan simple. Las cartas de amor son las que llevan más tiempo.

—Qué sabrás tú. Además, no conoces a mi tío —contestó Nico.

—Quizá no, pero seguro que no es la persona en la que estabas pensando cuando pusiste ojos de cordero degollado.

Nico le arrojó la pluma a su compañero, que logró esquivarla con una carcajada.

Los habían alojado en la casa de algún particular, probablemente contra la voluntad de este. En su cuarto dormirían cinco hombres, aunque en aquellos momentos estaban solo ellos dos. Los demás se habían ido de putas. Nico no estaba interesado en ese tipo de diversión y Stephens no tenía ninguna experiencia con las mujeres, así que se inventó una excusa para quedarse con él.

—Déjame en paz anda. Búscate una ocupación mejor que molestarme cuando intento escribir una carta importante. —Sin embargo, no pudo evitar esbozar una

sonrisa. Era imposible enfadarse con Stephens.

—¿Por qué no me cuentas qué pasó? ¿Rechazó tus atenciones? ¿O espera fiel tu regreso? —Stephens le tiró la pluma a Nico que la atrapó en el aire.

Suspiró y le dio la espalda.

—Nada de eso, y no quiero hablar del tema.

—Vaya, es peor de lo que pensaba. Tendrá que ser de piedra para resistirse así a tus avances, porque cuando te pones encantador, no tienes rival. He visto como conseguías que las lavanderas te cobraran la mitad que a los demás.

Nico cerró los ojos. Midori no era de piedra, pero desde luego estaba hecha de un material más duro que las mujeres que acompañaban al ejército. Tenía principios, ideales y él jamás estaría a su altura. *Entonces, ¿qué hago aquí, intentando escribirle una carta?*

Últimamente había tenido mucho tiempo para pensar y había llegado a la conclusión de que había sido un idiota dando por hecho suposiciones ridículas. Midori no había negado que hubiera estado entrenando a Daniel. *¡Pero se estaban abrazando, maldita sea!* Había visto tanta ternura en la escena que había interrumpido que supuso que eran amantes. Y eso le hizo perder el control por completo.

*Tampoco es una idea tan disparatada.* Daniel era un buen chico y casi de la misma edad que Midori. Seguro que nunca la engañaría. Era un joven honorable, justo lo que ella quería. Pero su primo jamás mentía y le había jurado que no había nada entre ellos. *Al menos tendría que haberlos escuchado, dejar que se explicaran...*

Nico arrojó la pluma contra la mesita, se levantó y comenzó a caminar por la habitación. *¿Y qué importa eso ahora?* Si sobrevivía y si Midori seguía soltera para entonces, quizá intentara conquistarla una última vez. Pero en aquel momento estaba atrapado allí, y tras luchar junto a los hombres de su compañía, se sentía incapaz de abandonarlos. Eran amigos, casi familia, y los defendería hasta su último aliento. Dejarlos sería deshonroso.

Midori había tenido razón en eso, y aunque ella jamás llegara a saberlo, esta vez estaba decidido a ponerse a prueba.

Las fuerzas del rey acampadas a las afueras de Plymouth estaban formadas por casi diez mil hombres, una impresionante visión para los defensores que se ocultaban tras las fortificaciones. Midori no entendía cómo la ciudad podía soportar la ofensiva de un ejército tan numeroso. Aun así, aunque durante aquel otoño los ataques fueron frecuentes, la ciudad se mantuvo firme.

*Si al menos pudiera ofrecer mi espada,* pensó. Estuvo tentada, pero sabía que era imposible. La necesitaban en casa. Su tía Hesketh había sucumbido a una especie de oscura desesperación tras acercarse a las fortificaciones para ver por sí misma a las

fuerzas enemigas, y acabó delegando casi todas las labores del hogar en manos de Midori y Temperance.

—¿Por qué no haces algo útil para variar? —le dijo con desprecio—. Yo necesito un descanso.

Midori se mordió la lengua y, como siempre, guardó para sí la airada respuesta que su tía se habría merecido.

—No tiene sentido ponerse a discutir —le dijo a su prima, que ya se estaba convirtiendo en toda una señorita, alta y curvilínea—. Menos mal que estáis tú, Susan y la criada para ayudarme. —La otra sirvienta se había marchado a su casa para estar con su familia—. Aunque la verdad, la que debería llevar la casa deberías ser tú, no yo. Es tu derecho. Además sabes mucho más de esto que yo.

Temperance se limitó a sonreír y a negar con la cabeza.

—No. Yo no quiero estar al cargo de nada. Tú lo haces mejor.

Puede que Midori hubiera mejorado mucho en las tareas del hogar, pero seguía anhelando haberse ido con Daniel. Habría estado bien poner en práctica todo lo que habían entrenado al tiempo que lo protegía. Pero en lugar de eso, tenía que pasarse el día encerrada en una casa llena de tensión, mientras escuchaba el estruendo de los cañones y el redoblar de los tambores en la distancia, y veía cómo Temperance se sobresaltaba cada vez que los oía. Se sentía tan impotente que le daban ganas de gritar.

La gente ahora sí que sufría. Los realistas habían cortado parte del suministro de agua y la escasez de alimentos comenzaba a hacerse sentir entre la población. El número de enfermos no hacía sino aumentar hasta tal punto que oyó que un pastor le decía a alguien que estaba celebrando siete veces más funerales de lo que era habitual.

—Ciento treinta y dos almas enterré el mes pasado —había dicho el hombre al tiempo que negaba con la cabeza ante lo increíble del número—, cuando lo normal son veinte.

Aquel no era el tipo de noticias que querría escuchar.

—¿Qué vamos a hacer?

Midori sintió cómo Temperance la agarraba del brazo mientras las dos contemplaban las estanterías vacías de la despensa.

—Aquí no hay bastante ni para sobrevivir unas semanas, menos aún todo un invierno —se quejó Temperance. Tenían algo de harina, medio barril de pescado en conserva, un saquito de guisantes secos, un jamón ahumado y una docena de gallinas picoteando por el jardín, pero nada de verduras, salvo unas cebollas. Ya no quedaba queso ni mantequilla—. No podemos matar muchas gallinas o nos quedaremos sin huevos. ¡Y estoy harta de pescado! Tiene que haber alguna otra cosa que podamos comer, ¿no?

—Intenté comprar alimentos, pero no hay gran cosa. —Midori estaba gastando la plata que había traído en sobornos, pero ni siquiera eso había tenido el efecto esperado—. Solo nos queda esperar a que el sitio se levante pronto o que los suministros nos lleguen de alguna manera. Mientras tanto, se me ha ocurrido una cosa... Vamos al mar, trae una cesta.

—¿Al mar? ¿Con este tiempo? ¿Para qué?

—Para conseguir comida, por supuesto.

—¡Más pescado no, por favor! O me acabaré convirtiendo en un pez...

Midori sonrió.

—No, no vamos a pescar. Venga, te lo enseñaré.

Bien abrigadas con mantones y capas para guarecerse del frío viento que soplaba del mar, caminaron hasta la costa, hasta llegar a las afueras de la ciudad. Midori permanecía alerta ante cualquier posible ataque, aunque lo más probable era que no pasara nada porque casi todas las escaramuzas tenían lugar en la parte norte de las defensas.

—¿Qué estamos buscando exactamente? —Temperance tenía las mejillas rojas, pero a Midori le pareció que le quedaban bien y que suponían un agradable cambio a su palidez habitual.

—Algas.

—¿Qué? ¿No hablarás en serio?

—Claro que sí. Algunas son comestibles, ¿sabes? Y bastante sabrosas. —Midori sonrió a su prima—. Oye, desde que llegué, tú me has obligado a comer un montón de cosas raras. Ahora te toca a ti probar algo diferente, ¿no crees?

—Supongo, pero ¿estás segura?

Midori se quitó los zapatos y las medias y se metió en el agua heladora. Por fortuna, había marea baja. Sabía que tenía que haber algas comestibles, aunque probablemente fueran diferentes de las que solía comer en Japón. Lo difícil sería reconocerlas. *No tengo ni idea de cuales se pueden comer sin peligro, pero eso no se lo voy a decir a Temperance.* Descubrió un alga parda, grande, de aspecto tosco y con las hojas divididas en segmentos planos que se parecía a una que había comido en su país.

—Esta tiene que valer. —Cortó un pedazo con un cuchillo afilado y se lo dio a Temperance para que lo metiera en la cesta.

—¿Las algas marrones? Pero tienen una pinta muy poco apetecible... —dijo con una mueca.

—Bueno, como el repollo cuando lo cocinas. Solo tienes que acostumbrarte a la textura. No sabe a nada, solo está un poco salada. Oh, y esto, esto sí es estupendo. —Midori cortó un alga diferente, más larga y puntiaguda. Aquella sí que la conocía.

—¡Alaria! —murmuró Temperance—. ¿En serio?

—Bueno, hablaremos con los pescadores de la zona para asegurarnos de que no me he equivocado, pero creo que estas valdrán.

Al final la expedición fue un éxito y cuando horas después, Midori sirvió sopa de pescado con algas, Temperance le susurró que no solo eran comestibles sino que además había mejorado bastante el plato.

La tía Hesketh no se mostró tan impresionada.

—¿Otra vez ha quemado Susan el repollo? Supervisar su trabajo tampoco es lo tuyo, ¿verdad sobrina?

Midori intentó no enfadarse por aquel comentario. Además, prefirió no revelar lo que realmente estaba comiendo.

—A mí me sabe bueno.

—Ya, quizá sea del gusto de los paganos.

La mirada que acompañó aquel comentario displicente iba cargada de veneno, pero una vez más Midori hizo lo que pudo para no entrar al trapo. *La tía Hesketh está muerta de miedo. No sabe ni lo que dice.*

Pero no había duda de que seguía odiando a Midori. *¡Si al menos supiera por qué!*

Daniel regresó a casa unos días después, sin aliento y con muchas noticias frescas.

—No os vais a creer lo que ha pasado —dijo entre jadeos—. El príncipe Maurice nos ha ofrecido el perdón si nos rendimos.

—Oh, eso son buenas noticias, ¿no? —Temperance dio un suspiro de alivio y su rostro se llenó de esperanza. Su hermano se volvió indignado contra ella.

—¿Estás loca? ¿Cómo nos vamos a rendir a los papistas?

—¿Porque queremos vivir, quizá? —Temperance había aprendido a defenderse sola, lo cual era bastante esperanzador—. Y no todos son papistas, eso es solo propaganda.

Daniel ignoró el comentario sarcástico de su hermana.

—Qué sabrás tú. Quemaríamos la ciudad nosotros mismos antes de ceder ante sus ridículas demandas, o al menos eso dice mi comandante —dijo con orgullo—. Somos más duros de lo que creen.

Sin embargo, el príncipe Maurice no quedó muy impresionado por semejante alarde de valentía y comenzó a prepararse para un gran ataque. En ambos ejércitos se respiraba la inquietud. Midori se escapaba de la casa siempre que podía para contemplar el frente. La gran batalla estaba al caer y ella quería estar preparada. Adquirió la costumbre de llevar siempre una de sus espadas escondida entre las faldas y se ató un cuchillo afilado a una pierna. También convenció a Temperance de que llevase consigo una daga en todo momento.

—No quiero que estés indefensa —le dijo, y enseñó a su prima los mejores métodos para usar el arma, si la ocasión así lo requería—. A tu favor tendrás el elemento de sorpresa, así que tienes que estar preparada para aprovecharlo de la mejor manera posible.

Pero ¿tendría alguno de ellos la más mínima oportunidad?

*Diciembre de 1643, enero de 1644*

Se libraron varias batallas, pero Daniel tuvo razón y el valor de la ciudad fue recompensado. El año terminó con grandes esperanzas.

—¡Se ha ido! ¡El príncipe Maurice se ha ido! —gritó Daniel alegremente—. Se ha marchado hoy mismo, el día de Navidad, ¿os lo podéis creer? Aunque había prometido a sus hombres que para entonces ya serían los dueños de Plymouth. ¡Qué gran regalo navideño!

—Demos las gracias al Señor —dijo su padre—. Quizá ahora nos dejen seguir con nuestras vidas.

—La comida sigue escaseando —murmuró Temperance—. ¿Cuándo comenzaran a llegar los alimentos, Daniel?

La alegría de Daniel se desvaneció.

—Para ser sincero, no lo sé. Pero mantendré los ojos bien abiertos.

*Querido Ichiro:*

*Te pido perdón por no haberte escrito en un tiempo, pero no había muchas probabilidades de que te llegaran mis cartas y tampoco he recibido ningún mensaje tuyo.*

*Aquí la situación es bastante desesperada, incluso para aquellos que, como mis parientes, aún tienen algo de dinero para gastar. La comida escasea debido a la guerra y no sé cómo el pueblo de Plymouth sobrevivirá este invierno. Sin embargo, me alegra informarte de que los dioses (o el único dios, según mi tío) han acudido en nuestra ayuda. La gente de la ciudad lo llama «el milagro de los peces», porque miles de sardinas entraron en el puerto, como si los mismos espíritus dirigieran sus movimientos. Nosotros solo tuvimos que sacarlas del agua. Fue un espectáculo peculiar ver cómo centenares de hombres y mujeres bajaban al puerto para atrapar la mayor cantidad de peces posible. Nosotros también fuimos, por supuesto.*

*Mi tío dice que es una señal de que su dios está de nuestro lado. No sé, pero estoy muy contenta de que vayamos a tener comida para lo que queda de invierno.*

*Rezo para que estés bien y no haya escasez de ningún tipo en el castillo Shiroi.*

*Tu obediente hermana,*

*Midori*

Si los espíritus o el dios de su tío trajeran a Nico de vuelta, pensaba Midori, entonces sí estaría contenta. Pero no sabían nada de él y ningún conocido lo había vuelto a ver.

*Oh, Nico, ¿dónde estás?*

*Septiembre de 1644*

Otra interminable marcha, otra batalla.

*¿Dónde estamos? ¿Y qué más da?*

Tenía la sensación de que no importaba lo mucho que lucharan, aquello no parecía tener fin y nadie sabía realmente lo que estaba sucediendo. O si lo sabían, no informaban de nada a los soldados.

—Ganamos una batalla importante en Marston Moor en julio y todo gracias al teniente general Oliver Cromwell, ¿recuerdas? —Stephens, como siempre, intentaba mantener la moral de todos bien alta—. La victoria final solo es cuestión de tiempo.

Sin embargo, y aunque admiraba el optimismo del joven, Nico no estaba tan seguro. Ya había perdido la cuenta del número de escaramuzas o batallas en las que había participado desde que dejaron Bristol. Los días se mezclaban unos con otros y conforme el cansancio y el hastío de la guerra se iban apoderando de él, dejó de pensar en lo que hacía y se limitaba a subsistir.

Mientras marchaban sobre Devon oyó a alguien hablar de Plymouth, y pensó vagamente en regresar, pero se mantuvo firme en su resolución de no abandonar a sus compañeros. No podía dejar a Stephens, aunque el joven parecía gozar de una protección especial. No se había hecho ni un arañazo desde que salió de Roundway Down. A Nico tampoco lo habían herido de gravedad, pero algún rasguño sí tenía.

—Recuérdame por favor dónde nos encontramos exactamente —dijo en voz baja. Estaba junto al joven, esperando órdenes—. Tampoco es que importe —añadió, pero tenía un mal presentimiento y por alguna razón quería saber el nombre del lugar donde quizá muriese.

Los realistas los habían seguido hasta aquel apartado lugar de Inglaterra y los habían acorralado. Si no peleaban, su única escapatoria sería saltar al mar.

—Lostwithiel —dijo Stephens—. En Cornualles.

—Sí, gracias, ya sé dónde está Lostwithiel. Bien, en caso de que haya que luchar, quédate detrás de mí, listillo, es una orden.

No se libró la gran batalla que esperaba. A finales de agosto, el comandante de Nico decidió seguir al regimiento de caballería de sir William Balfours en su intento por atravesar las líneas enemigas. Una vez iniciada la batalla, se produjo el caos de siempre más el producido por los caballos. Los animales relinchaban, se elevaban sobre los cuartos traseros, lanzaban coces y pisoteaban a todo aquel pobre desgraciado que cayera al suelo. Nico consiguió avanzar a través de aquella vorágine, esquivando las arremetidas de los caballos con Stephens siguiéndolo de cerca, pero



justo cuando creyó atisbar un claro en la confusión, apareció un caballo por su derecha. Una gran pezuña peluda surgió de repente frente a él y antes de poder agacharse, lo golpeó en la cabeza.

Fue lo último que vio justo antes de que todo se volviera negro.

A las puertas de Plymouth, los realistas todavía no se daban por vencidos, pero decidieron cambiar el sitio por un bloqueo. Aquella situación se prolongó durante la primavera y el verano de 1644. Sin embargo, el bloqueo no era tan restrictivo como el sitio, ya que su único objetivo era evitar que entraran suministros en la ciudad.

—¡Es increíble lo mucho que está durando esta guerra! —se quejó Temperance. Aunque ya no parecía tan retraída y asustada como antes, se la veía siempre alerta... en realidad todos lo estaban.

En septiembre, el optimismo de Daniel comenzó a flaquear.

Una mañana entró en la cocina con expresión solemne y dijo:

—¿Sabes lo último, prima?

Midori estaba ocupada cortando los nabos que habían cultivado en el jardín. Alzó la vista y dejó el cuchillo sobre la mesa, por si se trataba de malas noticias. Parecía lo más probable y no quería cortarse un dedo.

—No, no he salido de casa. ¿Qué pasa?

—Dicen que se ha producido otro desastre, en Cornualles. En Lostwithiel, creo. Sabes que el conde de Essex lideraba las tropas parlamentarias con la intención de liberar el sudoeste del país, ¿verdad?

Midori asintió. Hacía meses que corría ese rumor.

—Lo sé, quisiste irte con él, pero tu padre insistió en que te quedaras aquí para defendernos. —Eso no fue exactamente lo que dijo su tío, pero en ese momento no tenía mucho sentido discutir sobre el asunto.

Daniel asintió.

—Pues parece que el rey lo siguió y le tendió una emboscada. Fue una carnicería. Una tragedia.

Parecía tan abatido que Midori le cogió una mano y la estrechó compasiva entre las suyas.

—Pero eso no es lo peor —continuó—. El conde abandonó a los soldados, ¿te lo puedes creer? Los dejó a su suerte mientras él y algunos oficiales huían en barco hacia aquí, a Plymouth. —Cerró los puños con fuerza—. ¿Cómo se le ocurrió hacer algo así? ¿Qué clase de caballero se comporta de esa manera?

—¡Es vergonzoso! —A Midori le habían enseñado a luchar hasta la muerte por lo que creía y a no rendirse jamás. Le resultaba imposible comprender la reacción del conde, así que compartía totalmente la indignación de Daniel—. ¿Se sabe algo de Nico? —se aventuró a preguntar, a pesar de que ya casi había abandonado cualquier esperanza de volverlo a ver. Aunque estuviera vivo, era demasiado testarudo para

ponerse en contacto con ellos.

De nuevo Daniel negó con la cabeza.

—Nada. Pero debemos rezar por que regrese sano y salvo.

Midori sabía que aquello se había convertido en una costumbre y que ya nadie esperaba su regreso. Notó una rabia difícil de contener.

—¡Ojalá pudiera hacer algo! ¡Estoy harta de Plymouth, harta de sentirme indefensa y atrapada! ¡Ya no soporto más esta espera! Ya ha demostrado lo que quería demostrar, ¿por qué no regresa a casa de una vez?

Daniel se encogió de hombros.

—Quién sabe...

—¿Y no podríamos escribir a las autoridades para intentar averiguar si está bien? Habrá alguien a quién preguntar. ¿No hay nadie que lleve algún tipo de registro?

—Lo dudo, esta guerra es puro caos.

Midori suspiró.

—Es todo culpa mía. Tenía razón, su sitio no estaba en el campo de batalla. Ojalá pueda decírselo antes de que sea demasiado tarde. *Si no lo es ya.*

Daniel le dio unas palmaditas en el brazo un tanto incómodo.

—Nicholas regresará cuando esté listo, si puede. Pero la verdad, ahora no hay nada que podamos hacer.

Sabía que tenía razón, pero le costaba admitirlo, incluso ante su propia conciencia.

Al día siguiente, ya casi de noche, alguien golpeó con fuerza la puerta de la casa, y Midori, que era la que estaba más cerca, acudió a abrir. Un golpe de aire le arrojó lluvia fría en la cara. Cerró los ojos e intentó limpiarse las gotas de agua helada. Fuera había un hombre calado hasta los huesos, apoyado en la pared y con la mirada fija en el suelo. Midori se olvidó por completo de la climatología en cuanto reconoció la familiar silueta.

—¿Nico? ¡Por fin! —El corazón le dio un brinco, pero se le cayó a los pies cuando pasó por delante y se dirigió directamente a la entrada para caer sobre el banco de madera que había junto a la pared sin dejar de agarrarse la cabeza. Midori cerró de un portazo y lo siguió, casi sin creer lo que veían sus ojos, pero también aterrorizada por su silencio y el dolor que parecía sentir.

—Midori —susurró con voz ronca. Alzó la vista y a pesar de la suciedad que lo cubría, pudo ver que sus rasgos eran los mismos, quizá algo más hundidos. En torno a sus ojos y boca había marcas de cansancio y dolor. Y estaba mortalmente pálido, con una áspera barba rubia, tan enredada como su largo pelo, que ahora le caía empapado sobre la cara. Sus ojos, antes de un penetrante azul, parecían desenfocados y empequeñecidos, como si la más tenue luz le hiciera daño.

El corazón de Midori se estremeció de miedo y alegría al mismo tiempo. *¡Está*

vivo! ¡Alabados sean los dioses! Pero ¿en qué situación se encuentra?

—¿Qué te pasa? ¿Dónde te duele? ¡Dime algo, por favor! —El miedo tomó las riendas y angustiada lo miró de arriba abajo en busca de alguna herida grave.

Nico iba envuelto en una áspera manta, presumiblemente para aislarlo de la lluvia, pero estaba tan mojada que el agua que goteaba de ella estaba formando charcos en el suelo. Además olía a caballo. Lo ayudó a quitársela mientras se reclinaba contra la pared e intentaba recuperar el aliento.

—La pezuña de un caballo me golpeó en la cabeza, mira, aquí... —Se apartó la mano de la frente y señaló la zona sobre la ceja derecha donde tenía un enorme chichón con una brecha en medio, amoratada y adornada con sangre seca. De hecho parecía que aún saliera líquido de la herida, pero Midori no sabía si ese era el caso o si la lluvia mezclada con suciedad era lo que le daba aquel aspecto—. Perdí el conocimiento. Supongo que el enemigo me dio por muerto pero... tengo la cabeza muy dura. —Intentó sonreír y Midori sintió que su corazón se estremecía de amor por aquel hombre. Le había echado mucho de menos y ahora se daba cuenta de que ya no le importaba si era honorable o no. Lo amaba tal y como era.

—Qué tonto eres —murmuró.

Él prosiguió como si no la hubiera oído.

—Después unos compañeros regresaron para buscarme, se hicieron con algunos caballos que solo tenían heridas leves y cabalgamos hacia aquí lo más rápido que pudimos. —Negó con la cabeza y se pasó una mano por los ojos—. Perdona, estoy un poco mareado, hace mucho que no como...

Midori se dio cuenta de que estaba a punto de desfallecer de cansancio, hambre, y quizá también por la pérdida de sangre, así que lo empujó suavemente para que se tumbara en el banco.

—Quédate aquí quieto mientras me encargo de que te preparen la cama y algo de comer. No tardaré nada.

Cuando se disponía a entrar en la cocina, su tía Hesketh apareció en las escaleras.

—¿Han llamado a la puerta? ¿Quién...? ¡Nicholas! —La madrastra de Nico casi cae escaleras abajo al correr hacia él—. Pero ¿qué te han hecho? —exclamó—. ¿Y por qué tuviste que marcharte? Oh, Dios mío...

—Por amor de Dios, deja ya de gritar, me duele la cabeza.

Midori decidió que Nico podía manejar a su tía a pesar de su actual estado y los dejó a los dos solos. Necesitaría agua caliente, sábanas limpias, calentadores de cama y ladrillos calientes para contrarrestar la humedad y el frío. Susan la ayudó a llevarlo todo arriba, a una pequeña habitación en el último piso. Entre las dos lo asearon como pudieron, lo secaron y lo metieron en la cama, tras lo cual, una relativa calma se apoderó de la casa.

—Voy a prepararle una infusión de valeriana para que duerma —dijo la tía Hesketh. Mientras tanto, Midori le limpió la herida y lo vendó. Le dieron un poco de sopa, la infusión y lo dejaron descansar. No podían hacer nada más, salvo esperar que

no tuviera daños internos.

—Vamos a rezar por su recuperación —dijo Jacob, cuando le hubieron informado de la situación— y a dar las gracias por su regreso. Quizá ahora recupere el sentido común y se quede aquí.

—Pero no sabemos si se va a recuperar, ¿cómo vamos a dar las gracias por algo que todavía no es seguro? Apenas ha hablado. Está quieto en la cama, más pálido que la muerte. —Las mejillas de la tía Hesketh estaban empapadas de lágrimas y por primera vez Midori sintió pena por ella. Era evidente que quería a su hijastro y quizá su preocupación por él fue la causante de que pasara todos aquellos meses como ausente.

—Está muy cansado —dijo Midori en un intento por consolarla. Lo único que consiguió fue que la mirara con odio, como si no dijera más que tonterías. Con aquella reacción, su tía pareció volver por sus fueros, algo que tranquilizó a Midori, más que ofenderla.

—Está en manos del Señor, como bien sabes, hermana —añadió Jacob—. Solo podemos rezar. El Señor está poniendo a prueba nuestra fe. Debemos hacer examen de conciencia para descubrir por qué nos manda todas estas tribulaciones.

Tras varios años escuchando a su tío, Midori sabía ya lo que aquello quería decir. Su familia creía que las desgracias eran castigos divinos, la forma que tenía Dios de hacerles pagar por los pecados cometidos, aunque se tratara de tonterías, como comer demasiado o distraerse con pensamientos vanos. Midori se sentía incapaz de creer algo así, le parecía una idea muy extraña. Pero respetaba las convicciones de los demás y los acompañó en sus oraciones por Nico.

No necesitaban saber que ella rezaba a sus propios dioses y a sus ancestros.

—¿Qué tal te encuentras?

Nico por fin había recuperado el conocimiento y abrió los ojos para ver a Midori con una bandeja de comida.

—He estado mejor —contestó, intentando protegerse de la claridad que entraba por la ventana—. Pero al menos no siento como si alguien estuviese intentando agujerearme la cabeza con hierros al rojo vivo. Ahora solo me duele.

Observó cómo dejaba la bandeja en el suelo, junto a su cama baja y poco estable. En realidad, tenerla cerca era la única medicina que necesitaba. A pesar de la ropa de colores apagados y de que había perdido peso, seguía siendo la mujer más hermosa que había visto nunca. Quiso empaparse de aquella visión perfecta; de su piel sin mácula, ahora ligeramente sonrojada por el esfuerzo, de la trenza de pelo cobrizo que asomaba por la ridícula cofia que le obligaban a llevar y que brillaba a la luz del sol, de sus ojos verdes como esmeraldas, con aquellas pestañas oscuras que le acariciaban las mejillas, de esos labios, suaves y dulces...

Se maldijo. ¿Cómo había podido dejarla escapar? ¿Cómo es posible que no

supiera que la amaba? Quizá todavía estuviera a tiempo. Al fin y al cabo había hecho lo que ella quería, había luchado por las creencias de su familia. Tenía que encontrar la forma de cortejarla. Por lo menos, no lo miraba con desprecio, eso tenía que ser una buena señal.

—Toma, te he traído manzanilla. Te vendrá bien para la herida de la cabeza. No dejes nada, por favor.

Nico se incorporó en la cama con cierta dificultad y Midori le ofreció dos pedazos de pan untados con un poco de miel y la manzanilla. El enfermo masticó y tragó la medicina, pero su amargo sabor le hizo fruncir el ceño.

—Tuviste suerte. Aún no entiendo como llegaste a casa en el estado en el que te encontrabas —dijo Midori mientras le ahuecaba las almohadas a su espalda.

—No recuerdo gran cosa. En varias ocasiones pensé en tumbarme a un lado del camino y dejarme morir, pero no sé cómo, continué.

Alzó la vista hacia su enfermera con los ojos entornados. Jamás se había sentido tan inseguro en toda su vida.

—Pensé, si alguien puede curarme, esa tiene que ser Midori. Aunque quizá no debí volver...

Midori se detuvo en seco y lo miró a los ojos.

—Claro que sí. De hecho, no debiste marcharte nunca. Fue culpa mía y lo siento... fui demasiado dura contigo.

Nico le cogió una mano y tiró de ella para que se sentara en la cama.

—No, tenías razón. Soy yo quién debería disculparse. Mi obligación es defenderos, como tú dijiste. Ahora lo veo claro. En cuanto me recupere, volveré a hacerlo como mejor pueda.

De repente Midori pareció preocupada.

—¿Vas a regresar?

—¿Al ejército? No a no ser que no tenga más remedio. No ha sido la experiencia más maravillosa de mi vida y la mayoría de mis compañeros, los hombres con los que luchaba, están heridos o muertos. Me refería a unirme a las fuerzas que defienden la ciudad. Si me aceptan, claro. —Esbozó una sonrisa y sintió que iba por el buen camino cuando ella también le sonrió—. Durante el tiempo que estuve fuera, me di cuenta de que no sería de ninguna ayuda a mi familia si me mataban en algún lugar lejano. Eso mismo les dije a mis compañeros antes de la última batalla y todos estuvieron de acuerdo conmigo. Uno de ellos, Stephens, fue el que me encontró en el campo de batalla. Él y otros dos más arriesgaron sus vidas al ir a buscarme y ayudarme a escapar. Me acompañó durante la mitad del camino y después se marchó hacia Okehampton, donde vive su familia. Tenía un brazo roto, así que tampoco podía luchar.

Le había costado mucho despedirse del joven, pero ahora se alegraba de que Stephens regresara con aquellos que lo querían sin reservas. Le cogió mucho cariño durante el tiempo que pasaron juntos.

Le pareció oír que Midori suspiraba, si era de alivio o resignación ante su estupidez, no lo sabía.

—Bueno, ahora come un poco para recuperar fuerzas —dijo mientras apartaba la mano—. Quizá te llamen a luchar antes de lo que crees. Además, Temperance y yo vamos a lavarte el pelo después. Quedas avisado.

—Vaya, menuda amenaza... lavarme el pelo —fingió inquietud—. ¿Cómo lograré sobrevivir?

—No tengo ni idea. Ahora come, vamos. Volveré dentro de un rato.

—Sí, señora, como usted mande.

La sonrisa que le dedicó al salir de la habitación hizo que se sintiera mejor que en muchos meses.

Con un trapo que le tapaba sus partes pudendas, Nico se metió, con la ayuda de Midori, en un gran barreño que generalmente usaban para lavar ropa. Al sentarse en el fondo, suspiró de placer.

—Ah, qué gusto. Calor en mis músculos doloridos... —dijo, y se recostó para apoyar la cabeza en el borde del barreño.

—Tienes el pelo tan largo ya que casi pareces un realista, Nicholas —dijo Temperance a modo de crítica.

Midori sonrió.

—Pues a mí me gusta. Yo creo que te queda mejor.

Alzó la vista hacia ella con una sonrisa.

—Entonces no me lo cortaré, para mí tu palabra es ley.

—No digas tonterías. —Midori sintió que el calor le subía por las mejillas y volvió la cara. Verlo sonreír le estaba causando un extraño efecto y sabía que tocarle el pelo iba a ser casi un suplicio. Pero había que hacerlo, porque estaba tan lleno de polvo y sangre que no se podía apreciar su color—. Incorpórate un poco, que voy a echarte agua por la cabeza.

Hizo lo que le pidió.

—Perdonad, debería estar fuera, con la cabeza bajo la bomba de agua en lugar de causaros tanto trabajo.

—¡No seas ridículo! No debes moverte de la cama hasta que te hayas recuperado. No tardaremos nada y después te sentirás mucho mejor.

Intentó que su voz sonara despreocupada porque lavar el suave pelo de Nico le recordó la noche de la tormenta en el barco. Tocarle era para ella una deliciosa tortura, pero tenía que hacerlo por él, y por mantener las sábanas limpias. Además, puede que incluso tuviera piojos.

Afortunadamente, no fue ese el caso, pero necesitaron tres jarras de agua y una buena cantidad de jabón casero para poder ver de nuevo el color dorado de su cabellera. Después, Midori lo secó con cuidado y disfrutó pasándole el peine mechón

a mechón para no hacerle daño. Su pelo era tan suave y sedoso que le apetecía hundir en él los dedos y traerlo hacia así. Pero por supuesto, aquello era del todo imposible.

—Ahora pareces más tú mismo —dijo Temperance con una sonrisa—, y no un pobre vagabundo.

—Me alegro de que pienses eso —respondió, sonriendo a su vez—. Desde luego, tengo que admitir que ahora me siento mucho más humano. Y creo que no me costaría nada acostumbrarme a que dos hermosas damas me lavaran siempre el pelo, así que no os quedéis con las ganas.

Temperance se rió y lo golpeó suavemente con el extremo de la toalla.

—Ni hablar. Ya te lo lavarás tú en cuanto estés bien. No somos tus esclavas.

—¡Claro que no! Pero era una bonita idea. Lo mismo debería secuestraros. Ya sé adónde os llevaría... a algún lugar donde la esclavitud esté permitida. Tendría que ser a América, creo.

—Ni se te ocurra. —Midori se unió a la conversación—. Y aunque lo consiguieras, te costaría mucho hacer que te obedeciésemos ¿verdad, Temperance?

—Midori me ha estado enseñando un par de cosas sobre defensa propia, así que te equivocas si crees que puedes conseguir de mí lo que quieras.

Nico rió.

—Pues entonces me tendré que resignar.

—Pero no me importaría que me llevaras a América —añadió Temperance—. Me encantaría viajar, visitar lugares lejanos. Quiero vivir aventuras como Midori y su madre.

—Que Dios nos asista —murmuró Nico, pero sus ojos brillaban divertidos—. ¿Otra aventurera? De verdad, Midori ¿qué le has estado enseñando?

—Nada, lo juro. He hecho lo posible para convencerla de que viajar no es tan apasionante como parece. Si tú pudieras hacer que cambiara de opinión, te lo agradecería mucho.

—Eso jamás —dijo Temperance—. Puede que solo me queden los sueños, pero nunca conseguiréis que cambie de parecer. Como alguna vez tenga una oportunidad, me marcharé —dijo, tras lo cual cogió dos aguamaniles y se alejó escaleras abajo.

Midori negó con la cabeza y suspiró.

—Ha sido muy valiente, pero la guerra le ha pasado factura —murmuró—. No ha sido fácil crecer en una ciudad sitiada. Soñar despierta le ayuda.

Nico se puso de pie y Midori lo envolvió con una gran toalla desde atrás. Apartó la vista cuando se quitó el trapo que llevaba a la cintura, y que había mantenido en su sitio durante el baño.

—Gracias —dijo—. Pobre Temperance, la guerra es dura para todos. Espero que esta situación no se prolongue mucho más.

—Amén, como diría mi tío. —Midori le ofreció una camisa limpia e intentó no mirar mientras se ataba la toalla alrededor de la cintura y se vestía. Pero su mente tenía otras intenciones y lo contempló de reojo de arriba abajo, disfrutando con el

espectáculo. Estaba más delgado que la última vez que lo había visto medio desnudo y su cuerpo mostraba nuevas cicatrices y moratones, pero aún le parecía hermoso. Sintió que de nuevo se le encendían las mejillas y se maldijo entre dientes mientras se volvía para no seguir mirándolo. No quería que su presencia le afectara de aquella manera.

—Estoy vestido, así que ya puedes mirar —le dijo en broma a sus espaldas. Cuando se volvió, lo encontró en la cama, disfrutando de las sábanas limpias que Temperance le había puesto mientras se bañaba. Cuando la miró sus ojos brillaban—. Ya sé que tengo un aspecto lamentable, pero me curaré pronto.

—No tienes un aspecto lamentable, como estoy segura que ya sabes —repuso Midori en tono cortante mientras recogía los trapos mojados—. Bueno, me voy a llevar todo esto abajo. De todas formas tampoco debería estar contigo a solas. A la tía Hesketh le podría dar un ataque. —Y era cierto, no resultaba apropiado que estuvieran los dos solos, aunque en su actual estado no se le podía considerar un peligro para su virtud.

Iba a salir de la habitación, cuando la profunda y un tanto ronca voz de Nico la detuvo.

—¿Me has echado de menos?

Midori se volvió despacio y negó con la cabeza con expresión solemne.

—No, en absoluto. —Nico abrió los ojos incrédulo hasta que se dio cuenta de que su rostro se había relajado y ahora mostraba una amplia sonrisa—. Pues claro que sí, tonto —dijo—. Eres familia...

Nico arqueó las cejas sorprendido ante aquella salida. Esperaba ser para ella algo más, pero Midori no se corrigió.

—Bueno, pues ven aquí y demuéstremelo —le ordenó—. Desde que vine no he conseguido más que un beso de prima como bienvenida. —A pesar de su orgullo, sus piernas le obedecieron y la llevaron hasta la cama. Él la cogió de nuevo de la mano para atraerla hacia así, pero se resbaló y acabó cayendo sobre él, casi nariz con nariz.

—Vaya, yo no me refería a esto, pero me gusta —bromeó y la besó en la mejilla, después en la comisura de la boca.

—Nico —protestó riendo mientras él la rodeaba con sus brazos para acercarla aún más. Cuando la besó en los labios, hizo como si lo fuera a abofetear, pero con mucha delicadeza por si le daba en la herida. Estaba a punto de librarse de su abrazo cuando una voz gritó desde la puerta.

—¡Midori! ¿Qué significa esto? Sal de aquí ahora mismo. Te aseguro que tu tío sabrá de tu falta de decoro.

Midori se levantó con dificultad de la cama y se alisó la ropa.

—Pero yo no...

—No la culpes, fue cosa mía —dijo Nico—. Solo estaba bromeando.

—Tú estás herido —repuso su madrastra como si aquello exculpara su comportamiento, pero no el de su sobrina—. Venga, ¿a qué estás esperando?



La joven dio unos pasos hacia atrás ante la implacable mirada de su tía, pero antes de marcharse, Nico le guiñó un ojo de complicidad.

—Eres incorregible —le dijo moviendo solo los labios, pero cuando salió de la habitación estaba sonriendo. ¡Qué contenta estaba de que hubiera regresado!

En su interior sentía una burbuja de felicidad que de momento nadie podía explotar, ni siquiera la reprimenda de su tío. Solo ver a Nico todos los días, cada vez más fuerte y curándose de las heridas, era un placer. Y aunque la tía Hesketh había retomado las riendas de la casa y hacia lo que podía para mantenerla siempre ocupada, no podía evitar que lo visitara de vez en cuando.

—¿Entonces es verdad que enseñaste a Daniel a pelear a escondidas? —le preguntó Nico el tercer día mientras Midori le servía un vaso de cerveza suave con un poco de corteza de sauce para los dolores de cabeza. Llevarle aquella bebida se había convertido en la excusa perfecta para subir a verlo.

Midori asintió.

—Sí. Estaba empeñado en luchar y yo no podía soportar la idea de que se marchara sin estar preparado. Quería que al menos tuviera alguna oportunidad. Hasta el momento le ha ido bien y el tío está contento porque al menos Daniel se ha quedado en Plymouth.

—Perdóname —dijo Nico.

—¿Por qué?

—Por no creerte. Por sacar conclusiones equivocadas. —Se encogió de hombros—. Por todo.

—Está olvidado. De todas formas, Daniel me dijo que soy demasiado vieja para él, así que ya no me hago ilusiones en ese sentido. —Le sonrió socarrona esperando que captara la ironía. No le apetecía hablar del pasado, prefería hacerlo sobre el futuro, pero por ahora, él se había mostrado algo evasivo. Midori temía que quizá hubiera perdido su oportunidad cuando rechazó su petición de matrimonio. Aunque parecía disfrutar de su compañía y coqueteaba con ella sin reparos, no estaba segura de cuáles eran sus intenciones. Como se había enfrentado a la muerte en numerosas ocasiones en el campo de batalla, se preguntaba si ahora no se limitaba a divertirse mientras podía. Y ella era la que estaba más cerca. Sus ojos se iluminaron de alegría y soltó una carcajada—. ¿De verdad dijo eso? Menudo majadero.

—Bueno, le saco por lo menos dos años. Supongo que para alguien de su edad es mucha diferencia.

—Cielo santo, y entonces ¿qué pasa conmigo? ¿Qué soy, un anciano?

—Desde luego. Yo creo que aún no se cree que pudieras luchar. —Midori rió—. Es igual, ya me he recuperado de esa decepción.

—Me alegro. —La miró y sus ojos volvieron a brillar, y Midori descubrió con alegría que ahora estaban limpios y sin rastro de dolor. Cuando intentó cogerle la

mano, ella no se resistió. Sus dedos callosos acariciaron sus manos castigadas por el duro trabajo y sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo—. Supongo que tú también me consideras viejo —dijo—. Tengo al menos diez años más que tú, creo.

Al principio Midori no lo entendió. Prefería seguir disfrutando de su tacto, por breve que fuera, pero hizo un esfuerzo y se concentró en sus palabras.

—¿Qué? Oh, no, yo no juzgo a la gente por su edad. Y aún estás en posesión de todas tus facultades, ¿no?

Nico sonrió y tiró de ella para que se sentara junto a él.

—Oh, sí, ¿quieres que te lo demuestre?

Cuando lo miró a los ojos, de un intenso azul en la luz de la mañana, le pareció ver en ellos deseo y anhelo. Pero entonces se puso serio. Le cogió también de la otra mano y le acarició con los pulgares. Después respiró hondo.

—Midori, estaba pensando que...

Ella se inclinó un poco más, temblando de la emoción. ¿Sería aquel el momento que había estado esperando?

—¿Sí?

Las manos de él se cerraron con fuerza sobre las suyas, abrió la boca para hablar, pero lo interrumpió un bufido.

—¡Apártate de él, libertina! ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? No eres bienvenida aquí.

Midori se incorporó e intentó que Nico la soltara, pero él no quiso.

—No —dijo en voz baja, y después se dirigió a su madrastra—. Preferiría que no te dirigieras a Midori en esos términos. Ella siempre es bienvenida en mi cuarto.

—Sí, seguro que sí. Pero no voy a permitir este tipo de comportamiento en esta casa. Muchas gracias. Que utilice sus artimañas con otro. ¡Aprovecharse así de un hombre herido! ¿Es que no tienes vergüenza? —Aquella pregunta iba dirigida a Midori, que ahogó un grito ante la injusticia de semejantes acusaciones.

—Yo no me estoy aprovechando de nadie y tengo derecho a hablar con Nico como cualquiera de vosotros. Además, solo vine a traerle una bebida.

—Derecho a hablar con él ¿eh? No, tú no me engañas.

—¡Ya basta! —Nico también se incorporó y sacó las piernas de la cama—. ¿Me puedes acercar los pantalones, por favor, Midori? —Se los dio y miró algo angustiada cómo se los ponía. En cuanto estuvo vestido, se puso en pie.

—No creo que debas levantarte, todavía tienes la herida...

—Que le den a la herida. —Nico miró a su madrastra con tanta furia que la hizo retroceder—. Ya estoy harto de tus intromisiones y tus insinuaciones. ¿Qué demonios te pasa? ¿Por qué te empeñas en pensar lo peor de Midori?

—No son insinuaciones. Hace solo un momento te estaba poniendo ojitos. ¿Acaso lo puedes negar? Lo único que quiere es quedarse con tu dinero y para ello se está aprovechando de que no estás bien y...

—¿Pero qué dices? Tengo dinero para vivir cómodamente, pero no soy rico.

Su madrastra apretó los labios.

—Bueno, desde que llegó no ha sido más que una molestia y ahora que has regresado no necesitamos una boca más que alimentar. Si no sabe comportarse, a finales de esta semana la quiero fuera de esta casa.

—¿Y adónde va a ir? —La voz de Nico era como veneno congelado. Cruzó los brazos sobre el pecho—. Por si no te has dado cuenta la ciudad está sitiada. ¿No esperarás que cruce el canal a nado?

—No seas ridículo. —Sus mejillas habían adquirido un tono sonrosado—. Seguro que podrá encontrar trabajo en algún lugar. Tiene que ganarse el pan.

Nico asintió.

—Claro. Se me olvidaba lo poco que hace por aquí, solo cocina, limpia y se pasa el día de un lado para otro. Y tú por supuesto lo supervisas todo.

El sarcasmo en su voz no le pasó inadvertido a nadie y su madrastra ya no lo pudo soportar más.

—¡Este no es su sitio! ¡Pero sí es el mío! —gritó—. ¡Y no la aguanto más!

Nico entornó los ojos.

—Bien, parece que estamos acercándonos al quid de la cuestión. Ahora quiero que me expliques por qué no la soportas. Voy a llegar al fondo de este asunto. —Se dirigió hacia a la puerta—. Vamos, Midori, y tú también, Kate. Vamos a hablar con Jacob. Creo que él nos podrá ayudar a resolver este misterio.

—¿Jacob? ¿Por qué? —La mujer parecía angustiada, pero Nico no le hizo caso. En su lugar, cogió a Midori de la mano y comenzó a bajar las escaleras.

—Vamos al salón, venga. —Su tono no dejaba lugar a oposición alguna y para sorpresa de Midori, su tía los siguió. Nico pidió que alguien fuera a buscar a Jacob—. Este asunto hay que dejarlo zanjado —dijo abriendo la puerta que daba a la sala—. Por favor, sentaos.

Nico y el tío Marston se sentaron en uno de los dos bancos situados en la pared opuesta mientras que tía Hesketh y Midori ocuparon las dos sillas con reposabrazos que habían colocado una frente a la otra, formando un círculo. Midori lanzó a su tía una rápida mirada, pero esperó en silencio a que hablaran los demás. Nico respiró hondo y comenzó.

—Creo que ha llegado el momento de aclarar las cosas. En esta familia hay viejas rencillas que enrarecen el ambiente y ya va siendo hora de sacarlas a la luz para poder seguir adelante. ¿No crees, Jacob? Me dijiste que había que perdonar y olvidar.

—Desde luego. —Jacob estaba atento, más despierto de lo que Midori lo había visto en bastante tiempo. Alternaba su mirada entre Nico y Kate con gran interés.

—Claro, para ti es fácil —murmuró la mujer mayor, pero cuando Nico fijó su mirada azul sobre ella, agachó la cabeza y ocultó nerviosa las manos bajo la oscura tela de su falda.

—No, no es fácil. Cuando dejé Plymouth, lo único que quería era olvidaros a todos, y por un tiempo lo conseguí. Pero mi regreso ha reabierto viejas heridas y he llegado a la conclusión de que la única forma de curarlas es entender qué las causó. Esto no es solo por Midori, aunque ella parece haber sido una especie de catalizador; creo que esto viene de más antiguo.

Jacob asintió.

—Tiene razón, Kate.

Tía Hesketh lanzó una mirada acusadora a Midori.

—Todos estábamos bien hasta que llegó ella.

Midori abrió la boca para defenderse, pero no tuvo tiempo.

—Si no fuera por ella yo jamás habría regresado —dijo Nico—. ¿Preferirías seguir pensando que estaba muerto? —Su madrastra negó con la cabeza de forma casi involuntaria—. No, supongo que no —continuó Nico—. La mayoría de las madres desean que sus hijos estén vivos y sanos, aunque sean hijastros, así que supongo que tan mala no eres. Aunque la verdad es que jamás me pareció que yo te importara mucho cuando vivía aquí. Quizá va siendo hora de explicarme por qué. ¿Qué hice que fuera tan terrible para que me repudiaras de aquella forma? Sé que era un poco rebelde, pero también lo eran otros chavales, incluso mis hermanos, y a ellos sí los querías.

Kate pareció luchar consigo misma por un momento, como si no pudiera pronunciar las palabras, hasta que comenzaron a salir de su boca como un torrente imparable.

—Te parecías a mi primogénito, ¡lo quería y lo perdí! Creí, creí que si se quedaba

conmigo todo habría merecido la pena, pero no me dejaron. Me lo arrebataron... mientras que tú, tú eras un niño sano y fuerte. Pero no eras mío. —Gruesas lágrimas empapaban sus mejillas.

—¿Por qué ese niño era tan importante? Tuviste más hijos, ¿no? —preguntó Nico, esta vez en un tono más conciliador.

—Fue... fue concebido antes de que me casara con tu padre. Era el hijo del hombre al que amaba, Rafael Rydon. ¡El que se casó con tu madre! —La tía Hesketh dirigió una mirada acusadora a Midori—. ¡Todo fue culpa de Hannah! Yo iba a casarme con Henry Forrester, de haberlo hecho ahora tendría un título, pero como estaba embarazada, Henry anuló el compromiso. Para entonces Rafael ya se había ido y mi padre insistió en que me casara con el hombre que habían elegido para tu madre, Ezekiel Hesketh.

Para Midori todo aquello era completamente nuevo y le resultaba bastante confuso. Quería saber más.

Nico arqueó las cejas.

—Si Forrester no era el padre de la criatura, tenía todo el derecho del mundo a sentirse traicionado. Y tú querías a Rydon. ¿Quién era ese tal Rydon?

—Un capitán de barco. El hombre con el que viajé a Japón —intervino Jacob. La tía Hesketh asintió.

Nico frunció el ceño.

—¿Te había prometido matrimonio?

—No, pero si hubiese regresado, estoy segura de que lo habría convencido. Yo era joven y hermosa y de haber sabido que tenía un hijo...

*La fresca aquí es la tía Hesketh, no yo.* Midori se habría puesto a reír por la ironía de todo aquello si no fuera porque estaban tratando un tema muy serio.

El rostro de la tía Hesketh seguía bañado en lágrimas y retorció las manos debajo de la falda una y otra vez.

—Así que me obligaron a quedarme con Ezekiel y sus mocosos.

—¿Mocosos? ¿Eso era lo que pensabas de nosotros?

—No, en realidad no. Tú eras pequeño, a ti no te odiaba, de verdad que no, pero me quitaron a mi hijo, y tú me lo recordabas. Tu madre era prima de Rydon y te pareces mucho a él, ¡no tienes ni idea de cuánto! Verte crecer para mí fue una... tortura.

Jacob le ofreció un pañuelo y Kate se tapó la cara con él, mientras todo su cuerpo se estremecía por el llanto.

—Lo entiendo —dijo Nico—, pero eso sucedió hace mucho y seguro que comprendes que eres tú, y solo tú, la responsable de lo que ocurrió. No puedes seguir culpando a los demás, y debes perdonarte a ti misma.

Midori ya no podía soportar estar callada ni un minuto más porque aún había algo que la intrigaba.

—Pero ¿qué tiene todo esto que ver conmigo? Culpas a mi madre de que no

llegaras a casarte con Forrester cuando ella ni siquiera estaba aquí.

El rostro de su tía emergió del pañuelo y la miró con rabia.

—No, pero si no se hubiera escapado como un chico, yo no habría tenido que casarme con Ezekiel. ¡Habría sido su marido! Lo siento, Nicholas, pero estarás de acuerdo conmigo en que no era un buen hombre. Habría preferido casarme con cualquier otro, pero como Hannah se marchó, mi padre se sintió obligado a cumplir con él. Ese fue el castigo por mi pecado. La estúpida de mi hermana, debí encerrarla en la habitación cuando fui a ver a Rafael...

—¡No le puedes reprochar nada a nadie, Kate! —le dijo su hermano.

—Quizá, pero ahora su hija Midori está siguiendo sus pasos. —Se volvió furiosa hacia su sobrina—. Y no solo intenta seducir a Nicholas. Sé de tus escapadas, sin duda salías de casa para verte con algún hombre. ¿Qué pasó? ¿Lo mataron y por eso ahora has decidido cambiar de objetivo?

Midori ahogó un grito.

—¿Qué? No, yo no... —Entonces recordó su entrenamiento con Daniel en la playa. Quería defenderse, pero no sabía cómo hacerlo sin desvelar sus habilidades con la espada, lo que a los ojos de su tía sería otro punto en contra.

Nico intervino en su ayuda.

—Midori no estaba viéndose con nadie, de eso puedo dar fe. Su padre le enseñó diferentes técnicas de defensa personal, algo necesario en su país, y ella decidió instruir a Daniel para que tuviera alguna oportunidad de sobrevivir en esta maldita guerra, ¿no es así? —Posó una mano sobre su brazo y apretó para darle ánimos.

—¿Técnicas de defensa? ¿Una mujer? —Como era de esperar su tía la miró atónita.

—Su cultura es diferente, hermana —dijo Jacob sonriendo a Midori—. Y yo, por mi parte, le estoy muy agradecido de que tuviera esa previsión. Quiero mucho a Daniel.

Nico se volvió hacia su madrastra.

—De modo que ha quedado claro que solo tú tienes la culpa de toda esta mala sangre y es algo que tendrás que superar. Va siendo hora de olvidar el pasado y vivir en el presente. Tienes otros hijos a los que quieres, nietos a los que deberías ver más y yo he vuelto, te guste o no. Por el momento, ni Midori ni yo nos vamos a ir a ninguna parte y estamos hartos de soportar tu odio. Esto tiene que acabar.

—Estoy de acuerdo con Nicholas, Kate —dijo su hermano—. He sido demasiado indulgente contigo durante mucho tiempo, he dejado que te regodearas en el victimismo y que pagaras tus frustraciones con aquellos que no lo merecen. El Señor sabe que fui indolente, pero rezaré para que me perdone. Por el bien de tu alma inmortal debes cambiar, de lo contrario no podrás seguir viviendo aquí. Ya está bien.

Kate dejó de sollozar y alzó la vista hacia su hermano, sorprendida.

—¿No lo dirás en serio? Me necesitas para llevar la casa.

—Ya no, Kate. —La voz de Jacob sonó firme—. Temperance se puede encargar

de casi todo y en cualquier caso, puedo contar con que mi querida sobrina la ayude. Te sugiero que reces y le pidas consejo al Señor. Después comunícame lo que hayas decidido. Si eliges quedarte, espero que cambies de actitud de una vez por todas.

Bajo la mirada de tres pares de ojos expectantes ante lo que podía hacer o decir, Kate se vino abajo. Pareció envejecer de repente. Suspiró profundamente y fue como si con el aire se escapara también todo el rencor acumulado. Alzó el rostro desencajado.

—Está bien... Ahora entiendo que no llevaba razón. Estáis en lo cierto, los tres. Cometí un error y pagué por él. —Miró a Nico—. Lo siento, lo siento mucho... —Se sonó la nariz, después respiró hondo y se volvió hacia Midori—. Y te pido perdón si he sido desagradable contigo. Mi hermano tiene razón, debo recordar las palabras de nuestro Señor, los niños son inocentes, da igual lo que hayan hecho sus padres. Y siendo justa, no puedo culpar a Hannah por huir de Ezekiel. Ojalá yo hubiera hecho lo mismo, pero me faltó valor.

—Pues entonces dejemos atrás el pasado y olvidemos las afrentas. —Nico se puso de pie y ayudó a su madrastra a hacer lo propio. Después la abrazó como solo él podía hacerlo. Midori envidió a su tía porque ella también deseaba sentir la seguridad de aquellos brazos. Sin embargo, no estaba segura de que aquel fuera su lugar.

Contempló cómo su tío también se acercaba a abrazar a su hermana en un gesto muy poco habitual. Estaba satisfecha de haber aclarado las cosas y esperaba que ahora la vida fuera más fácil para todos.

*Quizá así Nico me vuelva a pedir la mano.* No quería hacerse ilusiones.

El grave silencio que se hizo en el salón se vio roto por un ruido repentino. Alguien había abierto de golpe la puerta principal, golpeando la pared que estaba justo debajo de la sala. A continuación escucharon pasos en las escaleras. Nico, al que el ruido le había interrumpido cuando iba a decir algo, intercambió una mirada con su tío, que tenía el ceño fruncido. *¿Qué pasa ahora?* Se sentía emocionalmente agotado por la confrontación a la que había asistido y dudaba mucho de que tuviera fuerzas para nada más.

Daniel irrumpió en la sala sin llamar a la puerta. Con el rostro colorado y jadeando, se detuvo en el umbral para recuperar el aliento antes de hablar.

—El rey está aquí... está a las puertas de la ciudad. Y ha venido con un ejército, dicen que de unos doce mil hombres. —Cerró los ojos y volvió a coger aire—. Yo mismo los he visto, he oído los tambores y he visto sus pendones. Seguro que creen que nos asustan con todo ese espectáculo, pero pronto descubrirán que no es así.

—¿Están en formación de ataque? —Jacob se acercó a su hijo y lo cogió del brazo como si quisiera evitar que saliera corriendo para enfrentarse a un enemigo tan formidable.

Daniel negó con la cabeza.

—No, padre, aún no. Están acampando, pero pronto atacarán.

—Necesitaréis todos los hombres disponibles —dijo Nico—. Yo os ayudaré, pero ¿os quedan mosquetes? Perdí el mío.

—Tú no puedes luchar, no en tu actual estado —dijo su madrastra con ojos rojos, llenos de miedo e incredulidad. Nico quería tranquilizarla y asegurarle que todo saldría bien, pero no sabía cómo. ¿Cómo iba la ciudad a rechazar el ataque de un ejército tan numeroso?

—Estoy mejor —fue todo lo que dijo—. La herida está casi cerrada y ya no tengo dolores de cabeza. —Aquello era mentira, pero desde luego no eran tan intensos como los que había sufrido al principio. Y no podía quedarse sentado sin hacer nada.

Miró a Midori, que seguía callada. Había esperado tener una oportunidad para hablar con ella a solas, pero quizá ahora no era el momento.

—Yo te buscaré un arma —dijo Daniel, después se volvió hacia Midori—. Será mejor que comamos ahora. ¿Nos puedes preparar algo? Puede que luego no tengamos tiempo y vamos a necesitar las fuerzas.

—Sí, claro, yo me encargo —contestó y antes de que Nico pudiera llamar su atención, salió de la sala.

*¿Por qué el rey tiene que aparecer justo ahora? ¡Maldita sea!, pensó.*

Una media hora después, el tío Marston entró en la cocina, donde Nico y Daniel estaban rebañando los platos en los que les habían servido un estofado.

—¡Ah! —exclamó, evidentemente satisfecho—. Traigo noticias frescas. Según nuestro vecino, su majestad esperaba que la guarnición se rindiese. Al parecer envió un mensaje en el que decía: «Ríndanse ahora o sean derrotados». Por supuesto la respuesta que recibió fue muy entusiasta.

—No me extraña —dijo Daniel con la boca llena.

—Entonces, ¿qué va a hacer ahora? —preguntó Temperance. Había estado revoloteando en la parte de atrás y Midori había visto cómo se metía la mano en el bolsillo del delantal varias veces, como para comprobar que el afilado cuchillo seguía allí.

—Bueno, se le veía muy enfadado, claro —contestó su padre—, y probablemente le costaría creer lo que estaba oyendo, de modo que envió otro mensajero con la misma misiva. Esta vez el hombre recibió la instrucción de informar al rey de que la ciudad de Plymouth jamás se rendiría y que si enviaba a un tercer mensajero, lo colgarían.

—Oh, entonces supongo que ahora atacará. —La pobre Temperance temblaba visiblemente, pero su padre no pareció darse cuenta. Como Midori le había explicado antes a Nico, su prima había intentado ser valiente durante los largos años de guerra, pero todo aquello comenzaba a pasarle factura, al igual que a los demás. Midori la rodeó con un brazo para tranquilizarla.



—Sí, de eso no hay duda —dijo su tío—. Atacar, atacará, lo que no sabemos es cuándo.

Midori observó la expresión de Temperance y pensó que lo mejor era llevarse a su tío a otro lugar.

—Tío, creo que la tía Hesketh esperaba tu vuelta para conocer las noticias. Ahora iba a llevarle una bandeja con comida. ¿Me acompañas?

—Sí, por supuesto. Tú primero.

Cuando supo que los demás no podrían oírla, preguntó:

—¿Crees que tenemos alguna posibilidad de rechazar el ataque de una fuerza tan imponente? —A ella le parecía imposible, pero sabía que los valientes habitantes de la ciudad no contemplaban otra opción.

—Tenemos que conseguirlo. Yo mismo pienso unirme a las fuerzas defensoras, como lo harán todas las mujeres y niños que puedan.

—¿Ah, sí? Yo pensaba que no querías luchar —dijo sorprendida ante aquel cambio.

—Era una postura egoísta, ahora me doy cuenta. El Señor nos necesita a todos para que luchemos por lo que es correcto. Debí escuchar a Daniel. No quería que le pasara nada, pero según parece no le va mal, en parte gracias a ti. —Le sonrió agradecido.

—Fue un placer, pero ¿de verdad tienes que ir? Estoy segura de que habrá muchos otros que puedan luchar en tu lugar. —Midori consideraba a su tío demasiado viejo para la guerra. Desconocía cuál era su edad exacta, pero imaginaba que debía rondar los cincuenta y estaba segura de que no tenía ninguna experiencia con las armas.

Pero el hombre asintió.

—Sí, es mi deber.

Entonces cayó en la cuenta.

—¿Has dicho todos los hombres, mujeres y niños?

Su tío asintió.

—¿Quiere eso decir que yo también puedo ir?

Ladeó la cabeza con expresión incrédula, como si no estuviese seguro de haber oído bien.

—¿Quieres pelear? ¿Estás segura? Es decir, no es obligatorio.

—Lo sé, pero quiero, de verdad.

—Está bien. Ha llegado el momento de luchar por aquello en lo que creemos. — Su tío le dio unas palmaditas en el hombro, aunque parecía algo incómodo—. Estoy muy contento de que vinieras a nuestra casa y es para mí un orgullo llamarte sobrina. Y por si acaso... ya sabes... me gustaría darte las gracias por todo lo que has hecho, y por lo mucho que has trabajado. Sé que no siempre ha sido fácil para ti, pero te has esforzado.

Midori le sonrió.

—No, gracias a ti por acogerme. Te estoy muy agradecida.

Y ahí lo dejaron, aunque ninguno de los dos quería creer que quizá aquella fuera la última vez que hablaban de sus sentimientos.

—Que Dios esté con nosotros —añadió su tío.

—Amén —respondió Midori, y esta vez se sintió cómoda pronunciando aquella palabra.

Tras dejar a Jacob con su tía Hesketh, bajó las escaleras sumida en sus pensamientos. El hecho de que le permitiera luchar era una prueba evidente de que lo grave de la situación. Solo deseó que su contribución sirviera de algo. Ya comenzaban a escucharse con claridad el sonido de los cañones y los mosquetes. Respiró hondo para tranquilizarse. Parecía que ya había comenzado la batalla, o al menos alguna escaramuza. El olor a pólvora flotaba en el aire, pero eso la tranquilizó.

*Para esto es para lo que me preparé. Padre e Ichiro me enseñaron bien. Estaré a la altura.* Su suerte estaba ahora en manos de los dioses. Si al menos... pero de nada servía lamentarse. Debía aceptar su destino, fuera cual fuera.

Cuando regresó de nuevo a la cocina solo quedaba Nico, y parecía que la estuviera esperando. Se acercó hacia ella y sin decir nada, la rodeó con sus brazos.

—Midori. —Su nombre sonó a caricia y cerró los ojos para disfrutar de aquel momento. Después lo abrazó ella también, acomodándose en su pecho.

—No tenemos tiempo, me tengo que marchar —suspiró—. Daniel me espera fuera. No es esto lo que esperaba hacer esta tarde. —Se separó como si quisiera decir mucho más, pero no encontrara las palabras.

Midori alzó la vista y sonrió.

—Lo sé, pero pronto todo habrá terminado.

—Siempre tan optimista —murmuró, mirándola a los ojos como si quisiera grabar aquella imagen en su mente—. Espero que estés en lo cierto. —La contempló con cariño—. Eres la mujer más asombrosa que he conocido nunca, ¿lo sabes, verdad? —Pero antes de que pudiera contestar, se inclinó para besarla, lenta y profundamente. Segundos después se apartaba de su abrazo y se alejaba camino a la batalla.

Midori se quedó paralizada durante un momento, pero enseguida bajó de la nube. Tenía razón, quedaba poco tiempo y había mucho que hacer.

—Midori, ¿qué haces? —Temperance entró en el dormitorio que compartían, sobresaltando a su prima que no la había oído abrir la puerta.

—Me preparo para luchar —dijo Midori mientras proseguía con sus lo que estaba haciendo—. Seré más útil en el campo de batalla que aquí, en casa. Y tu padre me ha dado permiso.

—¿De verdad? —Temperance la miró atónita.

—Sí, increíble, ¿verdad? —Midori esbozó una sonrisa—. Siento dejarte con la tía Hesketh y los criados pero...

—No te preocupes, nos las apañaremos bien aquí. Tú ve y acaba con todos esos realistas. Como no ganemos esta guerra pronto voy a acabar volviéndome loca.

Midori se fijó en las oscuras sombras que habían surgido bajo los bonitos ojos de su prima. Era evidente que la pobre joven estaba aterrorizada. ¿Y quién podía culparla?

—¿Estás segura? —No le agradaba la idea de abandonar a su prima si su presencia la podía reconfortar.

Temperance asintió con la cabeza, muy decidida.

—Por supuesto.

Media hora después, Midori iba camino del frente. Enseguida encontró a Daniel porque conocía el puesto al que le habían asignado.

—¿Qué tal? ¿Se sabe algo? —le preguntó.

Su primo negó con la cabeza.

—Poca cosa. Creo que el rey quiere intimidarnos, pero no lo va a conseguir. Ha puesto a desfilar a sus tropas frente a las murallas de la ciudad, como si con eso fuera a lograr algo. No tiene ni idea.

Midori sabía que, en parte, su primo decía aquello para convencerse a sí mismo, así que no lo contradijo. El poder de la mente era algo a tener en cuenta, y si Daniel se había convencido de que no tenía miedo, mejor para él.

—Tampoco ha encontrado puntos débiles por donde atacarnos —prosiguió—, aunque sus soldados han cargado contra los muros un par de veces.

—Bien.

De hecho, durante todo aquel día las fuerzas del rey fueron rechazadas una vez tras otra. Parecía que los habitantes de Plymouth tenían la suerte de su lado. Una gran fuerza naval a las órdenes del capitán William Batten estaba por casualidad anclada en Millbay, y cuando el capitán supo lo que estaba ocurriendo, ordenó a todos sus marineros que bajaran a tierra para defender la ciudad. Midori también vio a muchas mujeres y niños acercarse para prestar su ayuda a las fuerzas defensoras. Las mujeres

llevaban pólvora, balas y provisiones y los niños lo que podían. Las perspectivas que tenían ante sí eran de todo menos alentadoras, pero aun así no dudaban en animar a los hombres.

Todos querían poner su grano de arena.

Como de momento nadie había abandonado la seguridad de los muros para luchar, Midori se conformaba con ayudar a las otras mujeres. Al caer la noche, se sentó con ellas y algunos hombres en torno a una pequeña hoguera. Daniel se unió al grupo. Comió lo que le dieron y poco después, Midori escuchó la voz que esperaba.

—Ah, Daniel, aquí estás. Iba a... ¿Midori? ¿Qué haces aquí?

—He venido a ayudar —dijo mientras contemplaba cómo Nico se sentaba a su lado—. Tú mejor que nadie sabes que este es mi lugar.

Nico frunció el ceño.

—Supongo, pero yo esperaba que te quedaras a salvo, en casa.

—No hasta que esto no haya terminado. —Y para dejar claro que no iba a admitir ninguna discusión al respecto, cambió de tema—. ¿Adónde te han destinado? ¿Al otro lado de la ciudad?

—No, me han dicho que me quede aquí. Parece que en esta parte de las defensas hacen falta más hombres.

—Bien, entonces lucharemos los tres juntos —dijo sonriendo a Daniel para darle ánimos.

—Genial —respondió su primo.

Nico seguía sin parecer muy convencido, pero no protestó, solo se limitó a murmurar:

—Pero no sé cómo vas a luchar vestida así —dijo mirando con el ceño fruncido la larga falda color marrón.

Midori sonrió y levantó el dobladillo.

—No te preocupes, ya he pensado en eso. —Debajo llevaba unos pantalones viejos de Daniel. Nico abrió los ojos como platos al ver aquello.

—¿No irás en serio?

—Por supuesto. No llevo el hakama para no llamar demasiado la atención, y sería imposible luchar con esta falda, así que cogí prestadas un par de cosas. De esta forma, mañana espero pasar por un muchacho.

Nico negó con la cabeza, pero no dijo nada más. En su lugar, hundió la cabeza en el cuenco de sopa que alguien le había pasado ante la atenta mirada de Midori.

—Si quieres puedes volver a casa, Midori —dijo Daniel—. No habrá acción hasta mañana y te vendrá bien descansar. —Señaló a Nico con un movimiento de cabeza—. Eso también va por ti. A no ser que te toque guardia.

—No, esta noche no, ¿y a ti?

—Sí, pero no te preocupes, estaré bien. Ya estoy acostumbrado.

Nico terminó de cenar, se levantó y ofreció una mano a Midori para ayudarla a incorporarse.

—¿Nos vamos entonces? Cuanto antes nos acostemos mejor. Tengo la sensación de que el rey Carlos nos va a hacer madrugar.

Midori tomó su mano y dejó que tirara de ella.

—Muy bien. Pero nos avisarás si pasa algo, ¿verdad Daniel? ¿Lo prometes?

—Lo juro.

De camino a la casa de su tío, Midori se sorprendió al sentir cómo Nico la cogía de la mano y la estrechaba. Entrelazó sus dedos entre las de ella. Parecían encajar a la perfección. A pesar de todo lo que estaba sucediendo a su alrededor, se sentía segura, protegida, solo porque él estaba a su lado. Caminaron en silencio hasta llegar a la casa que estaba completamente a oscuras. Una vez frente a la puerta, Midori se detuvo y dio media vuelta con la idea de confesarle a Nico algunas de las cosas que le rondaban la cabeza, aunque sin saber bien por dónde empezar ni si aquel era el momento idóneo.

—Nico, ¿vendrás mañana a despertarme para que podamos ir juntos?

—Por supuesto. No voy a apartarme de ti hasta que esto haya terminado.

—¿Qué pasa? ¿Acaso crees que no sabré defenderme? —preguntó con las manos en jarras y visiblemente molesta—. Si no recuerdo mal, te hice una demostración de mis habilidades hace algún tiempo. Y he estado practicando.

Nico se acercó y la tomó por la cintura para estrecharla contra sí.

—Quizá lo recuerde demasiado vívidamente —le susurró al oído—. Si no me equivoco acabaste sentada sobre mí. Y te aseguro que no me gustaría que le hicieras eso mismo a nadie más. Tendría que matarlo, ¿sabes?

Midori comenzó a sentir calor ante el tono insinuante de su voz. Alzó la vista, pero no pudo distinguir sus rasgos en la oscuridad.

—¡Nico! Ni se te... ¡no sé qué te ha dado de repente!

—Se llama *carpe diem* —contestó mientras jugueteaba con el lóbulo de su oreja hasta hacerla estremecer—. Se lo oí a alguien. Significa «aprovecha el momento». No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy porque quizá entonces sea demasiado tarde.

—Entiendo, ¿y qué es exactamente lo que quieres hacer?

—Acostarme contigo.

Desde luego no se andaba con rodeos, pero Midori sabía que ella también lo deseaba y ¿había acaso alguna razón para contenerse? Probablemente sí, pero no quería pensar en eso ahora. Hizo ademán de quejarse pero Nico la acalló poniendo un dedo sobre sus labios.

—Sh —dijo—, no malgastemos el tiempo hablando. Por favor, di que sí.

—Sí —susurró.

Notó su sonrisa contra sus labios cuando la besó breve pero profundamente. Luego le cogió de la mano y tiró de ella para que entrara con él en la casa, después subieron las escaleras hasta llegar por fin a su cuarto en el ático. Avanzaron de puntillas para no hacer ruido, aunque no hiciera falta. Tanto el tío Marston como la tía

Hesketh tenían sueños muy profundos y ni a Temperance ni a las criadas se les ocurriría nunca salir de su cuarto.

—Tengo ganas de ver cómo te quedan esos calzones —susurró Nico mientras encendía una vela no sin cierta dificultad. Se volvió y la ayudó a quitarse el vestido, después le pasó las manos por las caderas y las nalgas, donde la tela se pegaba a su cuerpo—. Me parece que te quedan más apretados que a Daniel.

—Si te vas a reír de mí me marchó —le susurró, pero cuando hizo como que iba a dar media vuelta, Nico la cogió del brazo y la atrajo hacia su pecho.

—No me río, te lo prometo. Es que no he sabido expresar lo maravillosa que estás vestida así. Me está volviendo loco. —Hundió las manos entre los lazos del corsé y ella le devolvió el favor desabotonándole la chaqueta, aunque le resultó difícil concentrarse en una tarea tan sencilla cuando Nico no dejaba de besarle los labios.

Sus besos eran todo lo que había soñado desde la noche de la tormenta. Entonces fue ella quien tomó la iniciativa. Ahora los papeles habían cambiado y descubrió que aquello le gustaba todavía más. Aunque empezó despacio, quedaba claro que estaba impaciente y su deseo la excitaba aún más. Lo escuchó gemir cuando ella le devolvió el beso con todas las ganas que había estado acumulando durante aquellos años. Sabía a cerveza y olía a pólvora, pero debajo estaba su olor único que tan bien conocía y tanto le gustaba. Aspiró y movió las caderas de tal forma que su estómago rozó la parte delantera de sus pantalones. La seguridad de que aquello lo excitaba todavía más aumentó aún más su impaciencia.

—¿Te gusta esto? —susurró con timidez y al mismo tiempo queriendo parecer osada.

—Hum, no tienes ni idea. Repítelo cuando quieras.

De alguna manera se libraron de sus ropas en tiempo record y por fin pudo sentir su cálida piel desnuda desde el pecho a los muslos. Lo acarició como tanteando, siguiendo el contorno de los músculos de sus brazos y su delgado torso. Era tan alto, tan perfecto, tan... *solo mío*. Descubrió que le gustaba tocar el bello que descendía desde su estómago hasta la entrepierna. Sus dedos siguieron el camino y lo acarició con suavidad. Escuchó como ahogaba un gemido de placer.

—Midori. —Su voz sonaba más ronca de lo habitual, como una sensual caricia, mientras le besaba la clavícula y sus manos seguían el contorno de su cuerpo por detrás. Sus caricias eran suaves y delicadas, pero su piel estaba tan sensible que sentía como si sus dedos la marcaran a fuego. Se inclinó para besarle los pechos, primero uno, luego el otro y después usó los labios y la lengua para jugar con sus pezones mientras sus manos seguían explorando su cuerpo. Sus dedos encontraron el camino entre sus piernas y Midori pensó que iba a deshacerse en aquel mismo momento. Era maravilloso.

—Nico, por favor... —Sabía lo que le estaba pidiendo, le habían hablado de aquello, pero hasta ahora no había tenido ni idea del placer que se podía sentir.

La levantó en volandas rápidamente y la acostó sobre la inestable cama, después

se tumbó sobre ella.

Sentir el cuerpo de él sobre el suyo, a pesar del peso, le pareció una experiencia maravillosa. Su boca pasó de sus pechos a su ombligo y luego más abajo y ahogó un grito cuando su lengua bajó todavía más, haciéndola estremecer de arriba abajo.

—Dios mío, ¡qué hermosa eres! —susurró—. Como una diosa, mi diosa. —Subió de nuevo para besarla en la boca mientras sus dedos proseguían lo que su lengua había comenzado. Midori gimió de deseo y lo rodeó con sus brazos para que fuera donde ella quería. Y rápido.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —le preguntó—. ¿Me quieres a mí? —Por su tono de voz parecía que le costara creer algo así, y Midori lo entendía. Aquello era como un sueño hecho realidad. Pero era real y no quería tener que esperar ni un segundo más.

—Sí, Nico, te quiero a ti. Ahora.

Apenas acabó de pronunciar aquellas palabras cuando su deseo se hizo realidad. Entró en ella, en cuerpo y alma, y Midori supo que aquello era lo que había estado esperando. Y la espera había merecido la pena. Cuando comenzaron a moverse como uno solo, quiso gritar de alegría y felicidad.

Por fin era suyo.

Se despertaron al amanecer y volvieron a hacer el amor, despacio, con cuidado, como si pretendieran memorizar el cuerpo del otro. Después, Nico la abrazó y susurró:

—Ojalá pudiera detener el tiempo aquí y ahora.

Pero Midori no se sentía capaz de escuchar cómo se lamentaba, ni siquiera lo que deseaba para el futuro, así que le tocó a ella hacerlo callar con una caricia.

—No, por favor. Voy a bajar a la cocina antes de que se levanten los demás. Reúnete conmigo cuando estés listo y nos iremos.

Nico asintió y la besó una última vez antes de que lo dejara solo en la cama.

Como la noche anterior, caminaron por las calles de Plymouth cogidos de la mano y en silencio. No tenía sentido hablar hasta que no supieran lo que les depararía el día.

Aquel segundo día quedó patente que el rey iba en serio. Según se acercaban, comenzaron a escuchar el ensordecedor estruendo de los cañones, los disparos de los mosquetes y los gritos de los hombres reclamando la supremacía. Nico y Midori se abrieron paso hasta la puerta donde sabían que estaba Daniel y lo buscaron entre el humo y el polvo que flotaba en el aire como una densa niebla.

—¿Dónde debemos presentarnos? —preguntó Nico mientras avanzaba detrás de Midori. Intentaba mantener un tono de voz neutral para que no se le notara lo asustado que estaba. No por él, sino por ella. *¿Y si la pierdo ahora? Después de lo de anoche no podría soportarlo.* La mera idea casi le causaba dolor físico e intentó enterrarla en lo más profundo de su mente. No podía distraerse con esos pensamientos o lo acabarían matando, a él y a Midori.

Se fijó en las dos espadas que llevaba al cinto, muy parecidas a las que le había visto a su hermano. Saber que las había afilado a conciencia y que era muy hábil con ellas le dio cierta tranquilidad. Midori no era una joven indefensa que necesitaba protección, sino una guerrera letal y más le valía no olvidarlo. Además, mantenía intactas sus aptitudes porque había seguido practicando. Otro dato más que había que tener en cuenta.

Los gruesos jubones de piel que ambos llevaban los protegerían de las armas blancas. Él llevaba su propia espada, un florete que había comprado en Ámsterdam hacía años, colgado de la cadera izquierda. Tenía el mosquete con llave de mecha que le había conseguido Daniel, y cruzada sobre el pecho llevaba una bolsa de piel con doce frascos llamados apóstoles, cada uno lleno con suficiente pólvora para un disparo. También tenía otro recipiente más grande colgado de la cintura con más pólvora, una bolsa con cuarenta y ocho balas para el mosquete y varios codos de mecha que encendería por ambos extremos antes de que comenzara la batalla. *Estoy todo lo preparado que puedo estar.*

—Creo que aquí es donde teníamos que presentarnos —dijo Midori. Divisaron a un hombre pelirrojo que avanzaba hacia ellos desde la derecha—. Espera, ¡creo que ese es Daniel!

—Ah, aquí estáis. ¡Cómo me alegro de veros! —dijo Daniel entre jadeos. Estaba sudando del esfuerzo y tenía las mejillas y la frente manchadas, pero agarró a su prima y le dio un rápido abrazo. Midori sonrió y Nico descubrió que no le había molestado. Ya no había necesidad alguna de ponerse celoso, aquella mujer era suya y jamás tendría que dudar de ella.

—No puedo creer que haya empezado tan temprano —le dijo a su primo—. Tendríamos que haber venido antes. Bueno, ¿dónde seremos más útiles?



—Ni idea. Venid, voy a buscar a algún oficial, a ver qué le parece.

Mientras Nico avanzaba tras él, decidió que para variar, aquella vez iba a seguir los consejos de su tío y se puso a rezar. Ahora solo Dios podía ayudarlos.

Los enviaron al campo de batalla casi de inmediato.

—Necesitamos a todos los hombres y mujeres que puedan combatir —les dijo el oficial de Daniel. Estaba claro que el disfraz de Midori no engañaba a nadie—. Limitaos a seguir a los de vuestro grupo, pero manteneos en la retaguardia hasta que os hayáis acostumbrado a cómo son las cosas. Al principio puede resultar un tanto abrumador. —Miró a Midori una vez más con expresión dubitativa—. ¿Está segura de que quiere unirse a la lucha, señora?

—Sí, desde luego, le garantizo que estoy bien entrenada. *Aunque nunca haya luchado en una guerra.* Eso prefirió no decírselo.

Los ojos del oficial le dijeron que no creía ni una palabra, pero tampoco era asunto suyo.

—Muy bien, pues adelante. —Y con la mano les indicó el camino.

—Toma, esto te vendrá bien. —Daniel le ofreció el casco que llevaba puesto—. Pero antes ponte este gorro de lana o te bailará en la cabeza. Midori se puso un gorrito de lana y después se colocó el casco sin problemas. Arrugó la nariz ante el desagradable olor que emanaba de su interior. También le resultó bastante pesado.

—¿De verdad tengo qué...? —comenzó a protestar, pero la cortante contestación de su primo la acalló.

—¡Por supuesto que sí, no seas tonta!

Al otro lado pudo sentir, más que ver, cómo Nico se estremecía ante las duras palabras del joven. Ella sabía que había reaccionado así porque le preocupaba su bienestar, así que no tuvo más remedio que obedecer.

A su alrededor, muchos otros soldados llevaban unos cascos similares, conos metálicos que brillaban cuando la luz del sol lograba colarse entre las nubes de humo que flotaban en el aire, producido por los cañones y mosquetes. Midori tuvo que pestañear varias veces para ver a través de la niebla. El peso de las espadas a ambos lados de su cadera le dio cierta seguridad mientras avanzaba detrás de Daniel.

Olieron la batalla antes de llegar a ella: el olor dulzón de la sangre, el hedor de la carne putrefacta y de cuerpos sucios y sudorosos y el aroma acre de la pólvora.

Midori detectó todo aquello y se echó hacia atrás por instinto, al tiempo que procuraba realizar respiraciones más breves. *Nunca imaginé que sería así.*

Los potentes cañonazos que hacían temblar las colinas y los gritos que desgarraban el aire eran casi insoportables. Ya había oído antes los sonidos que hacían los hombres cuando experimentaban un dolor extremo, pero aquellos alaridos parecían inhumanos, como emitidos por malignos kami en busca de venganza. Vio que varios hombres salían disparados como muñecas de trapo para acabar chocando

contra el suelo con un sonido sordo y un crujir de huesos rotos.

Al ver por primera vez al enemigo, Midori sintió que el miedo se apoderaba de su cuerpo. Por un momento se quedó paralizada junto a Daniel, incapaz de moverse hacia delante o hacia atrás. Entonces respiró hondo y logró recuperar el control.

—Eres la hija de un daimio, puedes hacer esto —se dijo a sí misma y rezó una rápida oración a sus ancestros—. Padre, madre, dadme fuerza y valor. No dejéis que deshonre a la familia.

Caminó hacia el campo de batalla con Daniel y Nico a cada lado, e intentó vaciar la mente de cualquier pensamiento que no fuera la lucha. Debía mantener la concentración, recordar todos los movimientos que le había enseñado su padre, pero sobre todo, no debía mostrar miedo. *Puedes hacerlo, puedes hacerlo...*

Sin embargo, el pánico lo teñía todo, un miedo animal y básico que flotaba en el ambiente y que resultaba contagioso. Sabía que no era la única y que cualquier persona en su sano juicio sentiría eso mismo, pero también sabía que debía superarlo o sería su fin.

*Jamás muestres debilidad. Tus enemigos se aferrarán a ella. No lo olvides nunca,* le había dicho su padre. Midori asintió con la cabeza y echó los hombros hacia atrás. No iba a mostrar ninguna señal exterior de aprensión.

Los tambores eran el único modo de comunicación en el campo de batalla, pero su sonido resultaba tan abrumador que no dejaba oír las órdenes de los superiores, sin embargo Midori sintió que la imbuían de una extraña excitación conforme se acercaba al frente.

—Estos hombres son el enemigo, basura que no merece vivir —se dijo llena de furia, conjurando sentimientos de odio para que matar fuera más fácil.

—¿Listos? —preguntó Daniel y se escucharon rumores de asentimiento entre los hombres que los acompañaban. Entonces, gritando de rabia, cargaron contra el enemigo, ganando velocidad al tiempo que se animaban entre sí. Midori sintió como si sus piernas se movieran solas y dejó escapar el terrible grito de guerra del clan Kumashiro para reunir valor.

Había llegado el momento.

Junto a Midori, Nico también intentaba concentrarse en la tarea que tenía entre manos. Había luchado ya en muchas batallas, pero seguía sin saber con seguridad por qué lo hacía, aunque cada vez le importaba menos. Nunca había sentido el menor interés por la política o la religión, pero se había dado cuenta de que lo realmente importante era la familia. Y como su familia estaba en peligro, lo que estaba haciendo tenía que ser lo correcto. Miró a Midori y vio su determinación, su total concentración, y supo que tenía que permanecer junto a ella durante toda la batalla.

Había una cosa que tenía muy claro, si Midori moría aquel día, él tampoco quería seguir viviendo. Lo que más deseaba en este mundo era tener un futuro con ella, y

por eso estaba dispuesto a luchar como no lo había hecho antes.

Se unió al grito de guerra y sintió cómo ganaba velocidad al tiempo que cargaba, junto con los demás, contra el enemigo...

El caos era total.

Una vez en el centro de la batalla, Midori no tuvo ni un momento para pensar en lo que estaba pasando o en lo que estaba haciendo. Se dejaba guiar por el instinto. El deseo primario de supervivencia la apartaba de la trayectoria de las espadas enemigas y la empujaba a herir y atacar sin discriminación alguna. Había sangre por todas partes, en la ropa, en la tierra, en las gotas de lluvia, en el mismo aire. Midori detectó un sabor metálico en la boca y tragó saliva, sintiendo al mismo tiempo repulsión y excitación.

Enseguida se dio cuenta de que las batallas imaginarias libradas en el castillo de su padre no tenían mucho que ver con la realidad. Aquí nadie daba cuartel, y nadie la esperaba. Todos estaban allí para matar al rival y la sed de sangre que vio en los ojos de los que la rodeaban la asustó, aunque supuso que también estaría en los suyos. Era como si la locura se hubiera apoderado de todos y ante aquello, no había escapatoria alguna.

De vez en cuando se podía distinguir cierto método en la locura. Los mosqueteros se arrodillaban en filas de tres para disparar a sus oponentes y Midori escuchó cómo más de una bala le pasó rozando la oreja. Cuando los de la primera fila habían terminado, se adelantaban los siguientes para disparar, y así sucesivamente, enviando interminables salvas de balas, algunas de las cuales encontraban su objetivo entre las filas de los defensores del Parlamento.

Los piqueros eran más fáciles de abatir con la espada. Formaban grupos, sosteniendo las picas a la altura del hombro para cargar contra el enemigo. A Midori le recordaban erizos interpretando una extraña danza. No dudó en atacarlos siempre que tenía oportunidad y más de una camisa blanca se tornó roja gracias a sus esfuerzos.

Sin embargo, uno de los piqueros se volvió de forma inesperada y cargó contra Nico, que estaba ocupado luchando contra otro soldado. Midori reaccionó de manera instintiva, dio media vuelta y le clavó su espada en la espalda justo cuando la pica golpeaba a Nico en un brazo.

—¡Dios! —Nico saltó y la miró con los ojos desencajados—. Gracias. ¡Eso estuvo cerca!

Midori sonrió, pero no le dijo que la sangre se le había helado en las venas al pensar en lo cerca que había estado de perderlo.

Nunca se había sentido tan cansada ni tan viva al mismo tiempo. Cada segundo que conseguía mantenerse con vida se convertía en algo precioso, algo que debía saborear. Sus sentidos lo captaban todo y almacenaba imágenes que más tarde tendría

que procesar. En aquel momento no podía perder el tiempo pensando en lo que estaba haciendo o viendo, solo podía actuar. Se abrió paso entre las fuerzas enemigas blandiendo sus espadas y cada vez que hería a alguien sentía que la invadía una oleada de satisfacción.

—¡Madre de Dios! —oyó exclamar a Daniel la primera vez que la vio combatir—. Están muy afiladas. —Pero pronto tuvo que concentrarse de nuevo en su propia lucha. Él y Nico entraban y salían de su campo de visión y aunque allí todo el mundo luchaba por mantenerse con vida, los tres procuraban ayudarse entre sí.

Durante un rato se sintió invencible, después, el cansancio comenzó a atenazarla y de nuevo apareció el miedo. *¿Y si no soy lo bastante fuerte para seguir? ¿Y si pierdo la concentración y me convierto en un peligro para los demás?* Para recuperar el valor lanzó su grito de guerra en la lengua de su padre, lo que hizo que algunos soldados enemigos la miraran aterrados. Se preguntó fugazmente si la considerarían una especie de criatura mágica y su grito, una maldición. Pronto tuvo que dejarlo porque se quedó afónica. El humo que los rodeaba le resecaaba tanto la garganta que le entraban ganas de toser.

Aunque jamás lo habría admitido, cuando por fin cayó la noche sintió un gran alivio. La lucha tenía que posponerse hasta la mañana siguiente. En su ansiedad por llegar a los fuegos de campamento, tropezó con un cadáver, pero consiguió mantener el equilibrio. Miró alrededor para asegurarse de que nadie la había visto. *No quiero que me crean débil.*

—¿Has visto a tu padre? —le preguntó Midori a su primo mientras se sentaba junto a Nico sobre una gran piedra. La idea era descansar y recuperar fuerzas comiendo un poco de queso con pan duro. Aquello era lo mejor que había disponible y la verdad es que no le importaba, mientras fuera comestible.

—Pues últimamente no. Está en la zona oeste porque unos amigos suyos le pidieron que los acompañara.

—Espero que esté bien.

—Sí, le dije que no hacía falta que se uniera a la lucha, pero es un hombre muy testarudo. —Daba la sensación de que Daniel no sabía si enfadarse o admirar su valor.

—Ya, yo también intenté persuadirlo, pero como se le meta algo en la cabeza, luego no hay forma de convencerlo de lo contrario, ya lo conoces. Supongo que es cosa de familia, ¿no? —y le dio un suave puñetazo en el brazo. Su primo le devolvió el golpe con la misma delicadeza y sonrió.

—Me alegro de que estéis aquí —dijo poniéndose en pie para estirar las piernas—. Ahora me tengo que ir, os veo luego.

Nico, que había guardado silencio durante esta breve conversación, rodeó a Midori con un brazo.

—¿Estás bien? ¿Tienes algún corte o golpe que haya que curar?

Ella negó con la cabeza.

—Nada importante, ¿y tú?

—Estoy bien, creo —dijo y le dedicó una media sonrisa que la derritió por dentro—. Aunque estoy tan cansado que lo mismo tengo algo y no me he dado cuenta.

—Entiendo lo que quieres decir. ¿Nos quedamos aquí a descansar, por si nos necesitan?

—Sí, me he comprometido a participar en la guardia. ¿Te importa no dormir en una cama? —y la miró de tal manera que le quedó bien claro que a él sí le importaba. A pesar del cansancio, Midori sabía que la deseaba y esa idea hizo que se estremeciera de placer. Se inclinó para darle un rápido beso.

—Pues sí que me importa, pero creo que lo más sensato es quedarse aquí.

Nico suspiró.

—Ya, yo también. —Alargó una mano para colocarle un mechón de pelo que se le había escapado del recogido—. Cuando todo esto termine, nos pasaremos una semana entera en la cama, ¿vale?

Midori asintió y continuó con su fingido optimismo.

—Por supuesto. —Y aunque era consciente de que no había mencionado el

matrimonio como parte del plan, le dio igual. Ella ya se había entregado, así que a todos los efectos era ya una perdida.

La idea no le preocupó lo más mínimo.

La lucha se reanudó al romper el día. Midori tenía la sensación de estar atrapada en una horrible pesadilla donde todo se repetía hasta la extenuación. El hedor, el miedo, el ruido y la masacre eran como las del día anterior, la única diferencia residía en que a sus miembros cada vez les costaba más obedecer. Sus músculos protestaban doloridos, pero daba igual a cuantos hombres abatiera, siempre había un centenar más que ocupaban su lugar.

Los rostros aparecían y desaparecían de su campo de visión en un torrente interminable, deformados por la rabia, con el ceño fruncido por la concentración, jadeantes por el dolor, triunfantes, derrotados, asustados. Midori les quería pedir a gritos que la dejaran descansar un poco, pero no había forma de detenerlos. Pasaron las horas y todo el cuerpo le dolía. Tenía moratones y cortes por todas partes, había perdido la cuenta de las veces que la habían herido. Cada vez paraba más a menudo para limpiarse el sudor y la suciedad de los ojos y vio que Nico y Daniel hacían lo mismo. Los dos hombres habían insistido de nuevo en luchar uno a cada lado, ambos decididos a protegerla al igual que ella intentaba protegerlos a ellos. Tenía que admitir que se alegraba de que estuvieran allí, la hacían sentir más segura.

La lucha continuó.

—¿Es que no se va a acabar nunca, maldita sea? —dijo Daniel, pero al parecer la respuesta era no.

Midori comenzó a tener dificultades para respirar y a no sentir el brazo con el que blandía la espada. *No puedo seguir... pero debo hacerlo, debo hacerlo.* Ya era un gran esfuerzo mantenerse de pie y tenía que parar a menudo para descansar. Y fue justo después de uno de esos descansos cuando ocurrió la tragedia.

Una bala de cañón cayó cerca de donde estaban, haciendo saltar por los aires un arbolito y convirtiéndolo en una lluvia de astillas y escombros. Midori notó que algo se le clavaba en el muslo derecho. Escuchó cómo Daniel y Nico gritaban su nombre al mismo tiempo y después sintió cómo la pierna cedía. Gritó, perdió el equilibrio, cayó al suelo y todo se volvió negro.

—¡No! —gritó Nico, pero era como si el sonido de su voz procediera de otro lugar mientras veía que Midori caía a sus pies.

Intercambió una mirada con Daniel y vio en su expresión la sorpresa y el horror que sin duda también reflejaban sus ojos. De alguna manera, tras sus heroicos esfuerzos del día anterior, Nico se había convencido a sí mismo de que Midori estaría bien y de que juntos superarían aquello. No pensó en los cañones, el enemigo

invisible que podía golpear en cualquier momento.

Por un instante se quedó paralizado, incapaz de moverse, mientras un sudor frío le cubría todo el cuerpo. Entonces Daniel gritó para avisarlo de que tenía un soldado enemigo a su izquierda y con gran esfuerzo logró dar media vuelta para enfrentarse a él. Después se ocuparía de Midori.

*¡No está muerta, no puede estarlo! ¡No se lo permitiré! ¡Maldita sea!*

—¡Cúbreme! —le gritó a Daniel. El joven asintió y se colocó frente a Nico mientras este se agachaba para coger a Midori en brazos. Acercó el oído a su pecho y escuchó el tranquilizador latido de su corazón. Era todo lo que necesitaba saber.

—Sígueme —dijo y salió corriendo hacia la muralla. No se volvió a comprobar si Daniel le había hecho caso, confiaba en él.

En cuanto estuvieron a cubierto, dejó a la herida en el suelo, se quitó la chaqueta y se la colocó como almohada. Daniel apareció enseguida a su lado y la ayudó en silencio a colocar a Midori sobre una manta que alguien les había ofrecido.

—Respira —dijo Daniel.

Nico asintió con la cabeza.

—Sí, pero mira la pierna. Es una enorme astilla del árbol. Tiene que ir fuera. — Había un gran desgarrón en los pantalones y una amplia mancha de sangre que no hacía sino crecer.

—¿La pierna? —Daniel palideció bajo la suciedad que le cubría el rostro y miró a Nico.

—No idiota, la astilla. —Nico intentó que su voz no sonara demasiado seria. No era momento para bromear, pero lo último que quería ahora era que Daniel se desmoronara. Midori los necesitaba a los dos—. ¿Sabes si hay por aquí un cirujano?

—No lo sé, voy a preguntar.

Se marchó a la carrera, pero regresó negando con la cabeza.

—No he encontrado a ninguno, estarán todos ocupados. —Contempló con desmayo la carnicería que se extendía a su alrededor, ya que era allí adónde llevaban a los heridos.

—Entonces tendremos que extraérsela nosotros mismos. He visto cómo se hace. Sujétala fuerte, ¿vale?

—¿Yo? —La voz se le aflautó un poco, como a un adolescente, y Nico pudo sentir su miedo. Pero aquello no era nada comparado con el terror que se había apoderado de él. Aun así, sabía que tenía que actuar rápidamente si quería que Midori tuviera alguna oportunidad de sobrevivir. Apretó los dientes y miró a Daniel con firmeza.

—Sí, tú. Te necesito. Ella te necesita. Puedes hacerlo, ¿vale?

Daniel asintió, respiró hondo y tragó saliva.

—Sí, puedo hacerlo —repuso.

—Muy bien. Mira, se está moviendo. Maldita sea, esperaba que no recuperase el conocimiento, pero que se le va a hacer. Sujétala, por favor.

Nico también respiró hondo. Aquello iba a ser una pesadilla.

—¡Midori! ¡Midori! ¿Me oyes?

Midori abrió los ojos lentamente y al principio solo vio el cielo, después apareció el rostro de Nico al tiempo que sentía una terrible punzada de dolor en la pierna.

—¿Nico?

—Sí, estoy aquí. Estás herida y me temo que vamos a tener que hacerte un poco más de daño si queremos reducir el riesgo de infección. Tienes que ser valiente. ¿Quieres algo para morder? ¿O algún licor?

—¿Qué vais a hacer? —miró a Nico, luego a Daniel pero los dos hicieron lo posible para rehuir su mirada—. ¡Decídmelo! ¡Tengo que saberlo!

—Tienes un trozo de madera en la pierna, una gran astilla. Hay que sacártela antes de que se hunda más y acabes perdiendo la pierna. Lo siento.

Midori apretó los dientes y asintió. Al menos no había que amputar, no de momento.

—Muy bien, adelante.

En la distancia aún se podía oír el ruido de la batalla. Entonces se dio cuenta de que estaba tumbada sobre el duro suelo junto a un árbol y que había algo blando bajo su cabeza.

—Te voy a poner una tira de cuero en la boca para que no te muerdas la lengua —dijo Nico—. ¿De acuerdo? Pues vamos allá.

Midori asintió, había visto hacer algo parecido al cirujano del barco y sabía que tenía sentido. Mordió la cinta e intentó contener las arcadas por su mal sabor.

Nico se acercó a la herida con un cuchillo afilado y Midori cerró los ojos. Daniel le tomó una mano con las suyas y apretó en un intento por imbuirle algo de su fuerza. Después se apoyó suavemente sobre su torso para evitar que se moviera.

—Lo siento —dijo—, pero no hay más remedio.

—¿Lista? —La voz de Nico llegó hasta ella desde detrás de Daniel.

—Sí. —Midori se preparó. Sintió un agudo dolor, señal de que Nico había empezado a cortar, y respiró hondo por la nariz. Sus dientes mordieron con tanta fuerza la tira de cuero que pensó que se le romperían. Mientras Nico seguía con la operación, no pudo evitar que se le escapara un gemido, después el dolor se hizo tan insoportable que todo se volvió negro y ya no se enteró de nada más.

—¿Sobrevivirá?

—Sí, creo que sí. Es una luchadora, eso lo sabemos todos.

Le pareció detectar algo de ironía en aquella voz y quiso abrir los ojos para ver a quién pertenecía. Al principio todo era blanco y se preguntó si aún seguiría inconsciente. Entonces se dio cuenta de que lo que estaba viendo era el delantal de su



tía Hesketh. La mujer estaba arrodillada junto a su cama, cambiándole el vendaje de la herida. Temperance se encontraba a su lado.

Con gran esfuerzo giró la cabeza y vio a Nico de pie junto a la puerta, con cara de preocupación. Cuando su tía hubo terminado, el leve ardor que sentía en la pierna se convirtió en un dolor agudo. Resopló con fuerza y los demás se dieron cuenta de que estaba despierta.

—Ha recuperado el conocimiento.

—Midori, ¿cómo te encuentras? —Nico se acercó al lecho con el ceño fruncido y los profundos ojos llenos de angustia.

—Me duele un poco.

La tía Hesketh puso una mano sobre su frente y asintió.

—De momento no tiene fiebre —murmuró—. ¿Usaste un cuchillo?

Nico asintió.

—Sí. El cirujano de mi barco me explicó que él siempre limpiaba la hoja de su navaja con vino antes de realizar cualquier cirugía, pero solo encontré un poco de sidra y eso fue lo que usé. Después lo puse al fuego para cauterizar la herida. ¿Sigue sangrando?

—Un poco, pero le he puesto unas telas de araña y la hemorragia casi se ha detenido. Voy a esperar un poco antes de preparar una cataplasma con consuelda para evitar que se infecte, pero debería comenzar a tomar ya corteza de sauce o manzanilla. Ahora vuelvo con los remedios. —Salió de la habitación con Temperance, dejando a Midori a solas con Nico, que se sentó con cuidado en el borde de su cama.

—Estás en buenas manos —dijo en voz baja, y sonrió cuando vio la expresión de escepticismo de Midori—. De verdad, sé que mi madrastra y tú habéis tenido vuestras diferencias, pero eso es cosa del pasado. Además, cuando decide encargarse de algo, lo hace siempre lo mejor que puede.

—Supongo que tienes razón —admitió de mala gana—. ¿Tú estás bien? ¿Las astillas no os alcanzaron ni a ti ni a Daniel?

—No, los dos estamos bien. Daniel sigue en la batalla. Dijo que lo necesitaban. Yo te traje hasta aquí, pero tendré que regresar dentro de poco y... —No terminó la frase. Los dos sabían lo que le esperaba.

—Claro, lo entiendo. —Intentó sonreír, pero se vio incapaz.

Nico tenía la cara vuelta hacia la ventana, así que Midori no pudo ver su expresión, pero percibió la emoción en su voz cuando dijo:

—Pensé que te perdía y lo único que pensaba era que yo tampoco quería vivir. —Se volvió hacia ella—. Tienes que superar esto, ¿me oyes? —Midori quedó impresionada por la emoción que vio en sus ojos, al tiempo que sintió que un agradable calor le recorría todo el cuerpo.

—Lo haré. Y tú ten cuidado. No podrás pasar una semana en la cama con tu amante si te matan.

—¿Amante? ¿Piensas que...? Por amor de Dios, Midori, no puedo creer que me tomes por un tipo tan poco honorable.

—¡No! Pero si soy yo la que se ha quedado sin honor. Lo que ocurrió la otra noche fue... bueno, fue decisión mía y no lo lamento. De verdad, no importa.

Nico tomo las manos de ella entre las suyas y se inclinó de modo de su rostro quedó muy cerca del de Midori.

—No, mi amor, claro que importa, si eso es lo que piensas. Creía que lo habías entendido. Te amo y quiero casarme contigo. Pero no tiene mucho sentido hacer planes cuando existe la posibilidad de que uno de los dos no viva para ver el final de la semana.

—¿Me quieres? ¿De verdad?

—Claro que sí, tonta. —Negó con la cabeza—. Aunque no sé por qué te empeñas en pensar lo peor de mí.

Midori alzó una mano para atraer su cara hacia sí y puntualizar sus palabras con besos.

—No. Creo. Que. No. Tengas. Honor. Yo también te quiero, con todo mi corazón.

Nico sonrió y le devolvió el beso, pero con cuidado y ternura, como si fuera lo más frágil del mundo.

—Entonces, ¿te casarás conmigo?

—Sí, claro, nunca he querido a nadie más.

—Bien, otro motivo más para regresar a casa.

La idea de que volviera a la batalla la devolvió a la cruda realidad, pero miró las urnas que descansaban sobre la repisa de la chimenea y rezó una rápida oración a sus ancestros.

—Por favor, protegedlo. ¡Lo amo y no puedo perderlo ahora!

Plymouth no se rendía y el 14 de septiembre el rey no lo soportó más. Al día siguiente, emprendió camino hacia el norte, dejando a sir Richard Grenville a cargo del bloqueo de la ciudad.

—¡Gracias a Dios! De momento se acabó la lucha —exclamó Daniel. Había irrumpido en el cuarto de Midori sin llamar a la puerta. Cojeaba, pero él no parecía darle la menor importancia. Aparte de eso, Midori no detectó nada más, solo algún que otro moratón. Temperance, que estaba con ella, frunció el ceño e intentó regañarlo, pero su hermano no paraba de hablar. De repente, un gran grito de alegría se elevó entre los exhaustos defensores de la ciudad y tuvo su eco en todo Plymouth. Midori sonrió a Daniel, compartiendo su alegría a pesar del cansancio.

—Ahora podréis disfrutar de un merecido descanso —dijo.

—Sí, Dios sabe que lo necesitamos. Los realistas deben de haber perdido su deseo de vencer, y menos mal, porque no íbamos a aguantar mucho más. No he estado tan cansado en toda mi vida.

—Una suerte que no lo supieran —añadió Midori.

Cuando Daniel iba a dar media vuelta para marcharse, Nico entró en el cuarto. Parecía que había venido corriendo.

—¡Daniel, Temperance! Siento mucho ser el portador de malas noticias, pero vuestro padre... vuestro padre ha muerto —dijo—. Cayó fulminado. Creo que el esfuerzo fue demasiado para él. Jamás debió luchar.

—¿Padre? No puede ser. —Temperance miró a Nico como si no lo creyera.

Daniel negó con la cabeza.

—¿Qué? Pero la batalla terminó y...

Nico miró a sus sobrinos con tristeza.

—Sí, pero sufrió un ataque, o al menos eso es lo que me han contado. Su cuerpo está de camino.

—¡Oh, no! —Midori sintió que la tristeza se apoderaba de ella y en su débil estado no pudo contener las lágrimas. *¿Cuándo acabará la matanza? Estoy harta de todo esto.* Alzó los brazos hacia Temperance, que rompió a llorar cuando por fin asimiló la noticia. Se desplomó sobre la cama y apoyó la cabeza en el hombro de su prima—. Daniel, cuánto lo siento, pero al menos murió haciendo algo en lo que creía —le dijo, esperando que le sirviera de consuelo.

Daniel hizo evidentes esfuerzos por controlarse.

—Sí, tienes razón. La última vez que lo vi me dijo que había llegado el momento de hacer algo. Necesitábamos la ayuda de todos y él lo sabía.

—La situación era desesperada —añadió Nico—. Y él siempre hacía lo correcto.

Pensaba sinceramente que la ciudad no soportaría los ataques del ejército del rey, pero lo conseguimos y en parte ha sido gracias a hombres como tu padre.

Daniel asintió lentamente.

—Sí, debemos estar satisfechos por lo conseguido, a pesar del precio que hemos tenido que pagar.

La recuperación de Midori fue lenta, aunque jamás llegó a sufrir las temidas fiebres. Nico permaneció a su lado todo lo que pudo durante los siguientes días. La joven pasó dormida la mayor parte del tiempo gracias a un remedio de Kate y, muy a su pesar, no pudo asistir al funeral de Jacob. Sin embargo, su sufrimiento era evidente. A Nico le costaba mucho verla así y le habría gustado meterse en la cama con ella y abrazarla. Se contuvo por respeto a su difunto tío. Había decidido que, para variar, iba a hacer las cosas tal y como Jacob habría querido.

A pesar de ir mejorado, Midori seguía tan débil como un cordero recién nacido. Su ánimo, en cambio, estaba casi restablecido y Nico tuvo problemas para convencerla de que todavía debía guardar cama.

—Pronto podrás levantarte —le dijo—. Entonces nos casaremos y empezaremos una nueva vida.

—¿En Ámsterdam?

—¿Te gustaría vivir allí? Pensaba que preferías quedarte aquí —dijo Nico.

—Bueno, tú dijiste que allí encajaría mejor, aunque me da igual dónde vivamos mientras estemos juntos.

—Pues me alegra saberlo porque tengo noticias. El abogado, Schuyler, me ha enviado una carta, en la que me adjunta otra de los Heeren XVII.

—¿De los directores de la VOC? —Midori frunció el ceño—. ¿Qué quieren de ti?

—Me informan de que el puesto de gobernador general en Dejima va a estar pronto vacante porque han llamado de vuelta al inútil de Corneliszoon. Quieren saber si estaría interesado.

—¿Dejima? —Su rostro se iluminó y Nico pudo ver que estaba en lo cierto al pensar que aquella noticia le agradaría.

—Sí, ya que no podemos vivir en Japón, Dejima sería la mejor alternativa. Al menos allí estarías cerca de tu hermano. Tendrías que fingir que eres mi concubina japonesa, porque por lo general las mujeres tienen prohibida la estancia en la base de la compañía, pero si eso no te importa, estoy seguro de que lo podríamos arreglar.

Midori parecía un poco confundida y frunció el ceño.

—¿Dejima? —repitió y Nico comenzó a preocuparse. Quizá no había interpretado bien su reacción.

—¿Es que no quieres volver?

—No, es decir, ¡claro que quiero! Sería estupendo estar cerca de Japón y de Ichiro, pero entonces tendría que decir adiós a mi familia inglesa. ¿Y tú qué? Tu

hogar está en Holanda. Tienes una casa, te gusta vivir allí.

—No te preocupes por eso. No será un puesto permanente y siempre podemos venir de visita. Japón es un país fascinante y creo que sería más útil a la compañía que el actual gobernador. Sobre todo si llevo conmigo a mi propia intérprete. —Y añadió con una sonrisa—: Entonces ¿quieres ir o no?

Midori le echó los brazos al cuello y lo besó.

—Oh, sí, por favor. Me parece un plan maravilloso. Quizá incluso podamos visitar a Ichiro de incógnito.

Nico rompió a reír.

—Si no me equivoco con respecto a él, seguro que se ocupará de todos los detalles. Tenía aspecto de ser el tipo de hombre que no admite una negativa cuando se ha propuesto algo. Más o menos como tú, la verdad. —La besó antes de que pudiera protestar y luego añadió—: ¿Qué crees que pensará de nuestro matrimonio?

Midori negó con la cabeza.

—Él quería que fuera feliz y lo soy. Se alegrará por mí.

—Muy bien, entonces contestaré al Heeren XVII ahora mismo. Y ni se te ocurra levantarte de la cama, te quiero recuperada totalmente lo antes posible.

—No moveré ni un músculo, lo prometo. Pero date prisa, antes de que cambien de idea.

—Bueno, puede que esto te mantenga entretenida mientras estoy fuera. —Sonrió, sacó algo de una manga y se lo entregó—. Aquí tienes la carta que has estado esperando. Ya me dirás qué se cuenta tu hermano.

—¡Por fin! —Midori cogió el pliego, lo desenrolló y lo leyó tan rápido como pudo.

Cuando Temperance entró en la habitación un poco después Midori no pudo contenerse.

—¡He recibido una carta de mi hermano! Todos están bien y esperan noticias mías. ¡Gracias a los dioses!

Se casaron en cuanto Midori fue capaz de mantenerse de pie y Daniel, como el cabeza de familia de los Marston, fue quién la entregó. No faltó nadie, incluso acudieron los hermanos y hermanastros de Nico, lo que complació mucho a Midori.

—¿Lo ves? Tú también tienes un clan.

—Supongo que sí —admitió su marido—, y ahora que soy mayor, ya no me parecen tan estirados o, en el caso de los más jóvenes, tan molestos.

—¡Nico! —lo regañó Midori, pero pudo ver que se llevaba bien con todos ellos.

Pero lo mejor fue cuando Harding y Jochem se acercaron después del servicio para felicitarlos. No había visto a Harding desde antes del sitio y había temido lo peor.

—He invitado al chaval —dijo Nico, aunque Jochem ya no era un niño sino un

hombre—. Se viene a Japón con nosotros.

—Para mí en cambio, se acabaron los viajes —dijo Harding—, pero les deseo lo mejor y espero que me visiten cuando regresen.

Pasó más de un año hasta que pusieron rumbo al Lejano Oriente, ya que antes debían dejar las cosas atadas y bien atadas. Pero Midori estaba contenta porque al menos sabía que a partir de entonces sus parientes ya no correrían peligro.

La ciudad de Plymouth aguantó y se mantuvo fiel a la causa del Parlamento. Sufrió un nuevo ataque después de Año Nuevo en 1645, pero los realistas no lograron penetrar las defensas y a mediados de marzo recibieron órdenes de marchar sobre Somerset. Dejaron atrás un pequeño ejército que no hizo ningún intento por tomar la ciudad. Al final del verano, la guerra había terminado.

Los realistas sufrieron derrotas por toda Inglaterra. Hubo batalla en Devon, pero la liberación llegó con el general sir Thomas Fairfax y el llamado Nuevo Ejército Modelo, creado por Oliver Cromwell, pero entrenado por Fairfax. Demostró ser invencible. Cuando los realistas vieron cerca su fin, intentaron que Plymouth se rindiera con un soborno. Ofrecieron al comandante diez mil libras y el mando de un regimiento, pero el hombre lo rechazó.

El 25 de marzo de 1646, el general Fairfax entró en Plymouth. Todos los habitantes salieron a contemplar el desfile, incluso Midori y Nico, que se marchaban a Ámsterdam el día siguiente. Se unieron al resto de la familia Marston en las celebraciones mientras el estruendo de trescientos cañones retumbaba por las calles. Esta vez sus disparos señalaban un acontecimiento alegre, en lugar de anunciar el desastre, y eso hizo sonreír a todo el mundo.

Mientras Midori contemplaba a su familia, percibió con satisfacción lo felices que parecían todos, salvo su tía Hesketh. Pero entonces recordó que estaba triste porque su hijastro iba a partir una vez más, ahora que por fin habían recuperado su relación.

—No te preocupes, estaremos de vuelta en unos pocos años —le había dicho Nico—. El tiempo pasa muy rápido y te prometo que te escribiremos. Y ¿quién sabe? Puede que te traigamos uno o dos nietos.

Daniel, por su parte, emanaba madurez y una confianza en sí mismo de la que antes carecía. Parecía relajado y cómodo. Midori sabía que era porque ahora él y Nico eran socios a partes iguales en el negocio familiar, y aunque Daniel dirigiría su porción del negocio desde Inglaterra, Nico seguiría enviándole productos para vender.

—No se me ocurre un socio mejor —le había confesado Daniel, y Midori se dio cuenta de que Nico estaba tan feliz como ella al sentir que por fin tenía una familia.

—¿De verdad ha terminado ya? ¿Se acabó la guerra? —Temperance contemplaba el desfile con las mejillas sonrosadas por la emoción y el alivio.

—Desde luego. Ahora podrás dormir tranquila —le aseguró Daniel—. Los realistas han sido derrotados.

—Pues quizá ahora la vida sea demasiado aburrida —dijo Temperance con aire

melancólico.

—¿Estás loca? —Daniel la miró incrédulo, pero su hermana se había vuelto con ojos suplicantes a Midori y Nico.

—Yo también quiero ir a Japón. Por favor, ¿puedo ir con vosotros? Me encantaría conocer tu país, Midori, sería como una gran aventura, por favor, por favor.

Midori no sabía qué decir.

—Pero vamos a estar allí mucho tiempo, Temperance. Y no es el lugar ideal para una jovencita como tú. De hecho, no creo que te dejen entrar. —Midori no quiso añadir además que su prima se estaba convirtiendo en una hermosa mujer y podía suponer una tentación demasiado grande para los hombres que trabajan en el oriente y echaban de menos a sus mujeres y sus familias.

—¿Y no podría disfrazarme de chico, como hizo tu madre? No me importa, pero por favor, dejadme ir con vosotros. Haré lo que sea, te ayudaré con la casa, haré lo que tú quieras. Me gustaría mucho ver todo aquello de lo que tanto me has hablado... Tiene que ser un país de ensueño.

Midori miró a Nico, que sonrió y se encogió de hombros.

—Parece que esta jovencita está decidida. Si no nos la llevamos, encontrará la forma de ir allí sola, como hizo tu madre. Estará más segura con nosotros. —Negó con la cabeza—. Las mujeres Marston son testarudas, solo espero que el Señor me de paciencia.

Aquel comentario arrancó las risas de todos. Midori lo golpeó con suavidad en el brazo, haciéndose la ofendida, y Nico la abrazó.

—Tú también eres un Marston, y sabes que te lo pasarás genial —le susurró. Nico no se atrevió a negarlo porque era la verdad.

Un año después, el Zwarte Zwaan entraba en la extraña bahía en forma de abanico de la isla de Dejima. El familiar paisaje, los sonidos y los aromas de Japón los asaltaron casi por sorpresa mientras observaban el paisaje desde el puente. Midori sintió entonces una profunda gratitud hacia los dioses y los espíritus que la habían protegido en su aventura. Ahora se embarcaba en otra, una totalmente diferente, pero se sentía preparada para enfrentarse a lo que fuera mientras su marido estuviera a su lado. Le apretó la mano, demasiado emocionada para hablar, aunque no hacía falta que dijera nada.

Los dos se comprendían a la perfección.

## Nota de la autora

Este relato se basa en hechos históricos. En 1641, el señor de Japón, el sogún, decidió prohibir la entrada al país de todos los extranjeros, salvo los holandeses (los portugueses, los últimos en abandonar la isla, se marcharon en 1639). En esa orden también se incluía a los hijos de extranjeros, aunque fueran mitad japoneses. El cristianismo hacía ya un tiempo que también se había prohibido y cualquier fiel de esa religión que permaneciera en el país era ejecutado. De modo que aunque la heroína de esta historia, Midori, es un personaje ficticio, su lucha por sobrevivir habría sido real.

Mientras que en un principio los mercaderes extranjeros tenían su base en Hirado, un puerto algo más al norte, todo cambió con las expulsiones. Los holandeses tuvieron que trasladarse a la pequeña isla de Dejima, en el puerto de Nagasaki. Japón permaneció cerrado al mundo exterior a todos los efectos durante los siguientes doscientos años.

Los sucesos que describo en Plymouth durante la guerra civil también son históricos. Fue una época de gran agitación y debió de ser realmente difícil para el inglés medio decidir a qué bando apoyar. Aunque admito que personalmente habría estado del lado de los realistas, he intentado describir lo que sucedió sin tomar partido. Ya que mi heroína y su familia eran partidarios de los parlamentarios, tuve que optar por defender su posición, por así decirlo, y eso supuso un ejercicio muy interesante para mí. Sin embargo, entiendo que ambos bandos tenían sus propios intereses y evidentemente todos creían estar en posesión de la razón, lo cual me facilitó el trabajo.

He intentado ser fiel a los acontecimientos en todo lo posible (vistos siempre desde la perspectiva de los habitantes de Plymouth) y espero haber acertado, cualquier error que haya cometido será, sin duda, culpa mía. Creo que Plymouth fue la única ciudad del sureste de Inglaterra en no sucumbir a las fuerzas realistas y permanecer fiel a los parlamentarios durante toda la contienda, lo cual ya es todo un logro. Por supuesto, todos sabemos que su victoria no duró, pero aunque Carlos II fue reinstaurado, los realistas ingleses jamás tuvieron el mismo poder, así que de todas formas, el gobierno del país cambió para siempre. Pero fue una pena que el pobre Carlos I tuviera que perder la cabeza para que eso sucediera.

He intentado no usar personajes reales, aunque algunos, como el de los comandantes, tenían que aparecer. El gobernador general de Dejima no se llamaba Corneliszoon, pero Antonio Van Diemen sí fue el gobernador general holandés de Batavia y le eché un poco de imaginación en sus conversaciones con Nico. ¡Espero que a sus descendientes no les importe!